3 1761 04940702 6

OBRAS COMPLETAS
DE
AMADO NERVO

F 90

TOMOS PUBLICADOS

I.—PERLAS NEGRAS.—MISTICAS
II.—POEMAS
III.—LAS VOCES, LIRA HEROICA Y OTROS POEMAS
IV.—EL ÉXODO Y LAS FLORES DEL CAMINO
V.—ALMAS QUE PASAN
VI.—PASCUAL AGUILERA —EL DONADOR DE ALMAS
VII.—LOS JARDINES INTERIORES.—EN VOZ BAJA
VIII.—JUAÑA DE ASBAJE
IX.—ELLOS
X.—MIS FILOSOFIAS
XI.—SERENIDAD
XII.—LA AMADA INMOVIL
XIII.—EL BACHILLER.—UN SUEÑO.—AMNESIA.—EL SEXTO SENTIDO
XIV.—EL DIAMANTE DE LA INQUIETUD.—EL DIABLO DESINTERESADO.—UNA MENTIRA
XV.—ELEVACIÓN
XVI.—LOS BALCONES
XVII.—PLENITUD
XVIII.—EL ESTANQUE DE LOS LOTOS
XIX.—LAS IDEAS DE TELLO TÉLLEZ.—COMO EL CRISTAL
XX.—CUENTOS MISTERIOSOS
XXI.—ALGUNOS.—CRÓNICAS VARIAS
XXII.—LA LENGUA Y LA LITERATURA. (Primera parte.)
XXIII.—LA LENGUA Y LA LITERATURA. (Segunda parte.)

DE CADA TOMO SE HAN IMPRESO CIEN EJEMPLARES EN PAPEL DE HILO

TEXTO AL CUIDADO DE
ALFONSO REYES
ILUSTRACIONES DE MARCO

LS
N4566

OBRAS COMPLETAS DE AMADO NERVO — Volumen XXIII

LA LENGUA Y LA LITERATURA

SEGUNDA PARTE

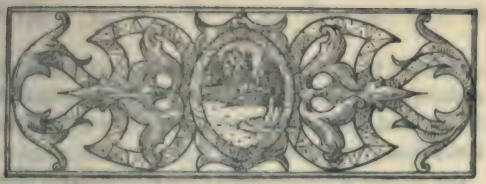
370378
18.8.39

BIBLIOTECA NUEVA — MADRID

ES PROPIEDAD
DE LOS HEREDE-
ROS DEL AUTOR

TODA EDICIÓN
FRAUDULENTA
SERÁ PERSEGUIDA
POR LA LEY

PQ
7297
N5A1325
1920
v. 23



I

EL CASTELLANO COMO LENGUA INTERNACIONAL

HAY posibilidad de que el Español sustituya al Esperanto como idioma internacional?

He aquí una pregunta que basta por sí sola para halagar legítimamente el orgullo de más de cincuenta millones de hombres.

El Esperanto, a pesar de sus indiscutibles cualidades, no gana todo el terreno que se esperó en un principio. Le falta esa vitalidad de los idiomas «que se hablan». No cunde como ellos. Es un agregado artificial que resulta propicio más bien a los eruditos.

Además, ciertas susceptibilidades nacionales le hacen sombra. No obstante la liberalidad con que ha acogido raíces y palabras de todas las lenguas, no resulta simpático. Es un vehículo de pensamiento quizá demasiado perfecto, pero carece de ascendiente, de eso misterioso que nos atrae hacia determinados idiomas, que nos hace aprenderlos con entusiasmo y hablarlos con predilección.

En suma, una lengua no es más que un organismo sujeto a las leyes de la vida, del progreso, de la evolución, de la decadencia y de la muerte, y corre la suerte de ciertos hombres y de ciertas existencias.

Hay idiomas que tienen *ángel,* como el Francés, por ejemplo. Al Esperanto le falta este *ángel.* Echa uno de menos en él la agilidad, la gracia, la elegancia. Nadie, en cambio, le puede negar ni la robustez, ni la probidad... como a los suizos. Para los Dioses y los que más a ellos se parecen: los seres «alados y sagrados» de Platón, de seguro que no sería el Esperanto el lenguaje que escogerían para expresarse; aunque los esperantistas hayan representado en él una pieza de Molière.

Supuesto, pues, que este idioma que ha obtenido en el mundo un honorable *éxito de estima,* no pase de allí, ¿cuál será la lengua internacional?

No podemos esperar indefinidamente, hasta que un sabio nos dé construída *de toutes pièces* una lengua simpática a todas las naciones. El mundo marcha muy de prisa y las activísimas relaciones comerciales, políticas, científicas y literarias que se han desarrollado entre los pueblos, exigen a grito herido un procedimiento cualquiera para entenderse mejor.

Un idioma nuevo, aun suponiendo que todos lo acepten, que se enseñe en todas las escuelas, requiere por lo menos treinta años, o sea lo que tarda en entrar totalmente en acción una generación nueva, para ser vehículo efectivo y práctico de las relaciones entre los hombres.

Ahora bien, el mundo no puede esperar esos treinta años. Urge, por tanto, que se adopte un idioma vivo, de los hablados por mayor número de individuos, el cual tendrá

sobre cualquier lengua artificial la ventaja de millones y millones de gentes que lo hablan y además gozará de esa simpatía, de esa facultad de contagio, de predominio, de influencia, de ascendiente, que poseen los organismos por cuyas venas corre sangre de veras.

¿Y por qué ese idioma no habría de ser el Castellano? El Castellano es una de las lenguas más perfectas, la más perfecta acaso que existe, la más racional, la más lógica y fácil de aprenderse, y, sobre todo, aquella cuya ortografía puede simplificarse mejor.

En realidad, esta ortografía viene modificándose desde el siglo XV, en que el buen maestro Nebrija escribió su gramática castellana. La conformidad de la escritura con la pronunciación, por la que tantos gramáticos ilustres han abogado, hoy por hoy, es casi absoluta, sin recurrir a los extremos de la «nueva ortografía racional» de nuestros amigos los chilenos.

Los inconvenientes de nuestra ortografía son mínimos si se comparan con los de la ortografía inglesa o francesa; pues como decía ya un gramático ilustre de principios del siglo pasado, hay letras de cuya rectificación no podía resultar ningún equívoco, que es el principal inconveniente que se podía temer. Porque ¿qué equivocación puede resultar de dejar a la *j* todos los sonidos guturales, usándose únicamente de ella como en *jente, jitano, cojer, ajitar,* etc., y quedando la *g* sólo para las más suaves o paladiales, aun cuando interinamente conservase la *u* muda, como en *guerra, guisado,* etc.? ¿Qué de dar a la *i* vocal todos los sonidos vocales, escribiéndose *soi, doi, lei, mui, guirigai,* etc., ni de quitar la *h,* a lo menos de en medio de dicción, poniéndose sin ella *anelo, saumerio, veemente, proibir, desonrar* y

otras muchas palabras que para nada la necesitan? Tampoco se originaría ningún desorden en la escritura de que a la *z* se le dejasen todos los sonidos linguales, aplicándole los que con la *e* y la *i* le quita la *c*, escribiéndose en adelante con *z*, *zena*, *zinta*, etc., así como se ha escrito *zelo*, *zizaña*, *pez*, *pezes*, *cáliz*, *cálizes*, etc., ni de que a la *q* se le quitase la *u* muda, que para nada sirve, escribiéndose *qeso*, *qinta*, *qemar*, *qitar*, etc. Es bien seguro que si nuestra Academia hubiese adoptado ya a lo menos estas enmiendas, que ningún trastorno producen, hubieran sido recibidas con aplauso, visto el justo deseo que todos tienen de ver la ortografía arreglada a la pronunciación.

Pero no apuremos este asunto, que tan luminosamente ha sido tratado y resuelto por sabios lingüistas modernos, y veamos si el castellano tiene probabilidades de llegar a ser el idioma universal.

Desde luego referiré que, últimamente, la Sociedad Nacional de Academias de los Estados Unidos habló de la urgencia de un idioma universal, el que, en su concepto, debía fundarse de nuevo, «a fin de evitar susceptibilidades de amor propio entre las naciones».

Comentando lo anterior, la Sociedad Internacional del Idioma, de Cincinnati, Estado de Ohio, abogó también, y en términos verdaderamente cálidos, por la realización de tan noble desiderátum, añadiendo que, dados los fines que se persiguen, el idioma elegido debía ser el castellano, «la primera lengua merced a la cual se pusieron al habla dos mundos, al llegar a América las naves de Colón».

Por su parte, el publicista don Ricardo Blanco Belmonte, discurriendo alrededor de este pensamiento, dice:

«Si el mundo necesita para su mayor enlace adoptar patrón uniforme de expresión oral y escrita, ese patrón, ese modelo, no debe ser otro que el castellano.»

Conviene decirlo sin ufanía, pero con firmeza de convicción honda. Y hoy es más legítima aún esa manifestación, cuanto que ya tiene como precedente nada sospechoso el «alegato» de una sociedad y de un periódico que no pueden verse acusados de «españolismo».

The Monthly Cincinnation está redactado en inglés, por escritores que hablan en inglés, y, sin embargo, reconocen la superioridad del castellano.

Crear un nuevo idioma es casi tanto como correr el riesgo positivo de fracasar una vez más en la empresa acometida por distintas entidades.

Además, lógicamente, el idioma que se inventase había de basarse en el latín para conservar las raíces de los vocablos antiguos y modernos, que son cimiento del lenguaje que habla en Europa el grupo románico, en contraposición al grupo teutónico. En el teutónico figuran el alemán y el inglés; en el románico el español, el italiano y el francés. Ni Alemania aceptaría el entronizamiento del inglés, ni Inglaterra el del alemán. Y, aun cuando llegasen a transigir, el grupo románico no acataría el acuerdo. Realmente, la supremacía corresponde a este último grupo, y, dentro de este grupo, Francia, Italia, España, a aquel de los pueblos que en justicia pueda ostentar mayores méritos y mejor derecho. «No hace falta, pues, inventarlo, ya que está inventado.» Lo que sí se requiere es que sea reconocido el mejor derecho de quien lo posea.

Diez y nueve naciones hablan actualmente el castellano, a saber: España, México, Guatemala, Honduras, Salvador, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú, Bolivia, Argentina, Paraguay, Uruguay, Chile, Cuba y Santo Domingo. A estas diez y nueve naciones hay que sumar dos seminaciones, Puerto Rico y las mil doscientas islas que forman el archipiélago de Filipinas.

Por la extensión territorial de esos pueblos, el español es, indudablemente, el lenguaje más difundido por el mundo.

Tomando sólo como ejemplo, a título de comparación: Buenos Aires compite, ventajosamente, con Viena; México es mayor que Austria, Hungría, Alemania, Italia y Francia reunidas; Bolivia, Colombia, Perú o Venezuela, son, separadamente, dos veces mayores que cualquier Estado europeo y Austria-Hungría; la pequeña República del Ecuador equivale en superficie a la que unidas presentan Bélgica, Holanda, Dinamarca, Suiza y Portugal; la Argentina es mayor que toda Europa, prescindiendo de Rusia, y, en fin, la totalidad de territorio de la América que habla español, excede en un millón de millas cuadradas al de todos los pueblos europeos, Rusia inclusive.

«Esto, por lo que se refiere a extensión. En lo que toca a población, esas diez y nueve naciones y dos seminaciones, con más las posesiones españolas en Africa, representan una masa de «sesenta millones de personas», que podrán amar más o menos a España; pero que, aun para hablar mal de ella, tienen que hacerlo en español.»

«Hay más todavia. Portugal y el Brasil, éste con quince millones de habitantes, y aquél con cinco y medio, tienen como idioma oficial el portugués, que, por su estrecha re-

lación con el castellano, relación tan estrecha que un ilustre filólogo ha dicho que es el mismo castellano deshuesado, está infinitamente más cerca de él que cualquiera de los dialectos de las distintas regiones españolas.»

✠

Por mi parte, y para reforzar mis argumentos y los anteriores del señor Belmonte, añadiré que el castellano, lejos de decaer, logra cada día mayores progresos, no obstante las ingenuas veleidades de los barceloneses que le hablan a su Rey en catalán...

En efecto, en Alemania, por ejemplo, he leído que está dando los mejores resultados el movimiento iniciado hace algunos años por los fabricantes y exportadores alemanes, fomentando el estudio del idioma español entre sus empleados y dependientes, con el propósito de aumentar las relaciones comerciales con los países de la América Central y del Sur.

Con objeto de establecer agencias y representaciones en varias naciones del Continente e islas de América, han salido ya de Hamburgo, según noticia que tengo a la vista, más de 200 jóvenes alemanes que se dedican al comercio, los cuales, como es natural, compran las mercancías que necesitan a los exportadores alemanes, que, apoyados por un excelente servicio de transportes, y gracias a las facilidades que les dan las Compañías alemanas de vapores, estableciendo servicios rápidos y económicos con los principales puertos de las Américas Central y del Sur, han logrado realizar pingües negocios, con la circunstancia de que, en muchos casos, el transporte de géneros desde Alemania

a América resulta más barato que si hubiesen salido aquéllos de la mayoría de los puertos de los Estados Unidos.

«No es, pues, extraño—añade la noticia—que ante tan benéfico resultado sea poco menos que obligatorio el estudio del idioma español en las Escuelas de Comercio de la Confederación germánica.»

✠

Como el mundo se gobierna, según hemos convenido, por intereses y no por sentimientos, y en el interés de los grandes países industriales y exportadores está vender cuanto puedan a las diez y ocho naciones que hablan en el Nuevo Mundo el castellano, y que son excelentes consumidoras, claro que nuestro idioma tiene que lograr enormes progresos en el futuro. El mundo teutón se dará maña para aprenderlo, con el aliciente de la clientela, y hasta los ingleses y americanos mismos, si nosotros no les facilitáramos tanto la tarea, apresurándonos a hablar en inglés y poner en este idioma hasta los rótulos de nuestras tiendas, de seguro que acabarían por dominar el castellano.

En Africa, donde la influencia hispana es grande, a pesar de todo, el castellano obtiene éxitos lisonjeros, y en estos días justamente acaba de producirse un hecho tan significativo para el porvenir de nuestra lengua, que no resisto a la tentación de copiarlo.

«Una obra de capital interés para la restauración de nuestra influencia y prestigios no poco decaídos, por causas de todos conocidas, en Marruecos, está a punto de entrar en vías de realización por intervención directa y decisiva de S. M. el Rey—dice *El Imparcial.*

»Esta obra es la construcción de escuelas españolas en Tánger.

»El Rey, conocedor del estado precario en que atención tan importante se encuentra al otro lado del Estrecho, en menoscabo de nuestra penetración pacífica en el Imperio marroquí, pensó en apelar a la munificencia particular, tan presta en otros países para cooperar al fomento de la cultura general, y, a su paso por París, hizo una indicación al opulento señor marqués de Casa-Riera, el cual la acogió, mostrándose dispuesto a contribuir con una suma de consideración al establecimiento de una escuela o de un hospital en Tánger, lo que fuera más urgente a juicio de las personas que por su posición en la colonia española se hallan en condiciones de apreciar lo más conveniente a nuestros intereses, sin que la preferencia en la satisfacción de una de estas dos necesidades implicara el abandono de la otra.

»Por mediación de nuestro ministro señor Merry del Val, se enteró el Monarca de que las escuelas eran las que requerían la prelación; hízolo saber al noble marqués, y éste puso a disposición de S. M. la cantidad de 300.000 pesetas.

»Entretanto, no se descuidaba nuestro representante, y, previendo una solución favorable a los anhelos de la colonia, por virtud de la alta mediación que se daba en el asunto, enviaba al Gobierno anteproyectos y planos y relación de las condiciones que ha de reunir la utilísima institución que se levantará en terrenos del Estado, con exclusiva intervención de operarios españoles.

»Al recibir S. M. la noticia del generoso rasgo, telegrafió al prócer donante en los siguientes términos:

«Complázcome en reiterarle la expresión de mi más profundo reconocimiento por sus nobles propósitos y sentimientos caritativos y de acendrado patriotismo, que tanto le enaltecen.—*Alfonso.*»

»Pocos días después se recibía en Palacio una carta del marqués de Casa Riera para S. M. con una de crédito a su augusto nombre y cargo de los señores Urquijo y Compañía por pesetas 300.000 para construcción de escuelas en Tánger.

»El Rey contestó por lo pronto con un telegrama de gracias, y después con una misiva de su puño y letra, en la que, a vuelta de frases amables y encomiásticas de la conducta del marqués, le decía textualmente: «No encuentro palabras para elogiar su nobilísimo proceder. Que Dios le recompense como merece y le colme de dichas por este nuevo rasgo de caridad y acendrado patriotismo.»

»Al decir «nuevo rasgo» el Monarca se refería al donativo de 500.000 pesetas que un año antes había hecho el marqués de Casa Riera para un hospital y asilo de españoles en París.

»A la carta de S. M. replicó el marqués con otra en que decía: «La carta de V. M., además de un honor para mí, es un timbre para el nombre que llevo.»

»En su escrito añadía el Rey que tenía empeño en que la gratitud de todos los españoles recayera, como era justo, en la persona del noble marqués, y en ese empeño continúa el joven soberano a juzgar por su apresuramiento en dar publicidad a tan patriótico proceder, una vez puesto en conocimiento de su Consejo de ministros.

»El asunto está pendiente de pequeños detalles de trámite y preparación a cargo de nuestro ministro en Tánger, que

trabaja en él con la mayor actividad, y no se hará esperar mucho el comienzo de las obras.

Ya se verá, por tanto, que no es ilusorio ni descabellado el intento de hacer del castellano una lengua internacional. A todas las razones expresadas para robustecer esta idea, podría añadirse la de la semiderrota del Esperanto por el Ido.

Como ustedes sabrán, en efecto, «después de haber estudiado todos los proyectos de lengua universal, y reconocido la excelencia del idioma ideado por el doctor Zamenhof, un comité internacional, compuesto de eruditos y lingüistas, resolvió, *sin embargo*, introducir *ciertas modificaciones*, así para simplificar la ortografía y la gramática, como para enriquecer el vocabulario con la adopción de raíces nuevas, cuidadosamente seleccionadas, conforme al principio del mínimum internacional». La raíz más internacional es la común a mayor número de idiomas.

«Formada así, exclusivamente de raíces escogidas, la «linguo internaciona» no constituye un habla nueva que estudiar; es, según quienes la forman (*y la deforman*), la quinta esencia de las lenguas europeas. La «linguo internaciona» (sistema Ido) viene a ser un esperanto perfeccionado, que aventaja al esperanto primitivo, a lo que parece, en muchas cosas...», pero que hay que aprender de nuevo, digo yo...

Tanto los esperantistas como los *idistas*, han traducido la «Plegaria en la Acrópolis» de Renán... Pero unos y otros convienen en que «la oración del maestro era más armoniosa en su idioma original»...

Desengañémonos, pues: el lenguaje artificial que ha de servir en el futuro para el intercambio de ideas a los hombres de todos los climas, está aún en el seno de las posibilidades. En vez de quemarnos las pestañas aprendiendo Volapuk... para sustituirlo después por el Esperanto, y Esperanto... para sustituirlo después por el Ido... e Ido, para sustituírlo después por no sé qué cosa, aprendamos bien nuestro castellano, popularicémoslo, démosle prestigio y lustre y trabajemos por que impere en todos los países cultos.

No podemos, por utilitaristas que seamos, prescindir de la belleza de la lengua en que hemos de comunicarnos, y no vale la pena de que nos entendamos todos si hemos de entendernos a ladridos.

Yo sigo, por tanto, prefiriendo la armonía majestuosa de mi castellano vernáculo, en el cual, por cierto, nada pierde de su hermosura la «Plegaria en la Acrópolis» de Renán, ni ninguna otra voz surgida de los labios de los hombres... o de los dioses.

II

NUEVA ESCUELA LITERARIA

UNA nueva escuela?

—Sí, señor, nada menos que eso. La Revista Internacional *Poesía*, que se publica en Italia, acaba de fundar una nueva escuela literaria bajo el nombre de «Futurismo».

He aquí el manifiesto de los «Futuristas» traducido a buen romance:

1.º Queremos cantar el amor al peligro, el hábito de la energía y de la temeridad.

2.º Los elementos esenciales de nuestra poesía serán el valor, la audacia y la rebelión.

3.º La literatura no ha magnificado hasta ahora más que la pensativa inmovilidad, el éxtasis y el sueño. Nosotros queremos exaltar el movimiento agresivo, el insomnio febril, el paso gimnástico, el salto peligroso, la bofetada y el puñetazo (sic).

4.º Declaramos que el esplendor del mundo se ha enriquecido con una hermosura nueva: la hermosura de la ve-

locidad. Un automóvil de carrera con su caja guarnecida de gruesos tubos, como serpientes de aliento explosivo, un automóvil enrojecido que parece correr sobre la metralla, es más bello que la *Victoria de Samotracia.*

5.º Queremos cantar al hombre que mantiene la rueda cuyo eje ideal atraviesa la tierra, lanzada ella a su vez sobre el circuito de su órbita.

6.º Es preciso que el poeta se gaste con calor, brillo y prodigalidad para aumentar el fervor entusiasta de los elementos primordiales.

7.º Ya no hay belleza más que en la lucha. No hay obra maestra sin un carácter agresivo. La poesía debe ser un asalto violento contra las fuerzas desconocidas, para obligarlas a que se pongan a los pies del hombre.

8.º ¡Nosotros estamos en el promontorio extremo de los siglos!... ¡Para qué mirar hacia atrás, pues que no podemos demoler los batientes misterios de lo imposible! El tiempo y el espacio murieron ayer. Vivimos ya en lo absoluto, puesto que hemos creado la eterna velocidad omnipresente.

9.º Queremos glorificar la guerra—sola higiene del mundo—; el militarismo, el patriotismo, el movimiento destructor de los anarquistas, las bellas ideas que matan y el desprecio de la mujer.

10.º Queremos demoler los museos, las bibliotecas, combatir el moralismo, el feminismo y todas las cobardías oportunistas y utilitarias.

11.º Cantaremos a las grandes multitudes agitadas por el trabajo, el placer o la rebelión; las resacas multicolores y polifónicas de las revoluciones en las capitales modernas; la vibración nocturna de los arsenales y de las canteras, a la luz de las violentas lunas eléctricas; las estaciones de

ferrocarril glotonas, que tragan serpientes que humean; las *usinas* suspendidas de las nubes por los hilos de sus humaredas; los puentes de saltos gimnásticos lanzados sobre la cuchillería diabólica de los ríos asoleados; los buques de vapor aventureros que van olfateando el horizonte; las locomotoras de vasto pecho que piafan sobre los rieles, como enormes caballos de acero embridados por largos tubos, y el vuelo resbaladizo de los aeroplanos, cuya hélice tiene crepitar de banderas y de aplausos de multitud entusiasta.

✠

Como ven ustedes, he traducido sin pestañear los doce párrafos esos, incendiarios.

Y es que a mí, viejo lobo, no me asustan ya los incendios, ni los gritos, ni los denuestos, ni los canibalismos adolescentes. Todo eso acaba en los sillones de las academias, en las plataformas de las cátedras, en las sillas giratorias de las oficinas y en las ilustraciones burguesas, a tanto la línea...

Los verdaderos revolucionarios, los que mueven, sacuden, cambian la tierra, son silenciosos, sonrientes, apacibles en apariencia, amigos discretos de la acción y enemigos resueltos de la logomaquia...

Estos niños que desprecian a la mujer desde su futurismo ingenuo, probablemente tienen novia o amante... que los domina por completo.

Estos incendiarios, ácratas y otras yerbas, no sabrán de fijo fabricarse más explosivos que los *bombos*.

Italia, sin tanto alarde, sin *futuristas*, ha avanzado mara-

villosamente en estos últimos veinte años, quizá porque ha gritado poco y ha trabajado mucho.

Pero lo más peregrino de los once artículos que he traducido, es lo que los jóvenes creadores de la nueva escuela se proponen cantar.

Cantarán las locomotoras (no hagáis caso de las enmarañadas imágenes con que las nombran). Pero, ¿y no las han cantado ya, señores futuristas, más de cien poetas modernos? Hasta Salvador Rueda, que no pretende, ni mucho menos, ser futurista, nos dijo hace la mar de tiempo:

Atrevido las montañas
el resuelto tren perfora,
al redoble acompasado
de su marcha monofónica... etc.

Cantarán las fábricas, las multitudes que trabajan, gozan y se rebelan. ¡Bonita novedad! ¡Pues qué otra cosa he hecho yo!, diría al leer esto un Emilio Zola, por ejemplo...

Cantarán las fábricas, los puentes, los buques de vapor... ¡Novísimo!

Y cantarán por último los aeroplanos.

Bueno, ya los cantaremos todos, a su tiempo, *futuristas* o *presentistas*...

Por la exaltación de la prosa truculenta que os he traducido, comprenderéis que los futuristas son meridionales. En efecto, el futurismo nos viene de Italia, a la cual los nuevos poetas quieren redimir.

«En Italia, dicen, es donde lanzamos este manifiesto de

violencia derrocadora e incendiaria, por el cual fundamos ahora el futurismo, porque queremos librar a Italia de su gangrena de profesores, de arqueólogos, de cicerones y de anticuarios.»

«Italia ha sido largo tiempo el mercado de los cambalacheros; queremos desembarazarla de los museos innumerables que la cubren de innumerables cementerios.»

«Museos, cementerios... Idénticos verdaderamente en su siniestra promiscuidad de cuerpos que no se conocen. Dormitorios públicos en que duerme uno para siempre, al lado de seres odiados o desconocidos, ferocidad recíproca de los pintores y de los escultores, matándose los unos a los otros a golpes de líneas y de colores, en el mismo museo.»

«Que se les haga una visita cada año como va uno a ver a sus muertos!... ¡Esto si podemos admitirlo!... Que se dejen flores una vez por año a los pies de la Gioconda; esto lo concebimos! ... Pero que vayamos a pasear diariamente a los museos nuestras tristezas, nuestros ánimos frágiles y nuestra inquietud, eso no lo admitimos! ¿Queréis por ventura envenenarnos? ¿Queréis podriros? ¿Qué puede encontrarse en un viejo cuadro si no es la contorsión penosa del artista que se esfuerza en quebrantar las barreras infranqueables para su deseo de expresar enteramente su sueño?

«Admirar un viejo cuadro es verter nuestra sensibilidad en una urna funeraria, en lugar de lanzarla hacia adelante como en chorros violentos de creación y de acción. ¿Queréis, pues, desperdiciar así vuestras mejores fuerzas en una admiración inútil del pasado, de la cual saldréis por fuerza agotados, empequeñecidos, atropellados?

»En verdad, la frecuentación cotidiana de los museos, de las bibliotecas y de las academias (esos cementerios de

esfuerzos perdidos, esos calvarios de ensueños crucificados, esos registros de ímpetus rotos...), es para los artistas lo que es la tutela prolongada de los padres para los jóvenes inteligentes, embriagados por su talento y por su voluntad ambiciosa.

»Para los moribundos, los inválidos y los prisioneros, pase. Es quizá un bálsamo de sus heridas el pasado admirable, ya que el porvenir les está vedado... Pero nosotros no queremos esto, nosotros los jóvenes, los fuertes, los vivientes futuristas.»

No hay ideas, por rabiosas que sean, en las cuales no exista algo bueno, y mis amigos los futuristas, dentro de su inocente palabrería, suelen repetir dos cosas que vale la pena de que retengamos.

Primera. Los poetas deben cantar el espectáculo de la vida moderna. Todo es digno de la lira, todo es poesía: el automóvil y el aeroplano, el trasatlántico y el acorazado, la fábrica y la tienda...

Segunda. No veamos de sobra el pasado. El pasado está ya bien muerto. Utilicemos sus enseñanzas, y una vez hecho esto, dirijámonos en línea recta al porvenir.

Si los futuristas se limitaran a decir esto, no dirían nada nuevo, pero sí dirían algo inteligente, a lo cual habría quizá que objetar solamente que eso del pasado y del porvenir no son más que palabras; que el porvenir no existe sino por el pasado; que ambos forman una línea indivisible, un todo perfecto, perennemente inmóvil, alrededor del cual los hombres ambulamos como sombras...

Lo malo es que estos jóvenes, en cuanto dicen una cosa razonable se arrepienten, y después de su tirada sobre el peligro de mirar hacia el ayer, lanzan su verba fogosa a

ciento a la hora y exclaman como a modo de escolio de lo que he traducido:

«Vengan, pues, los bellos incendiarios de manos carbonizadas... ¡Vedles aquí! ¡Vedles aquí!» (¡Pronto vinieron!) «¡Prended fuego a los estantes de las bibliotecas! Desviad el curso de los canales para inundar los subterráneos de los museos» (nada más para eso...). «¡Oh! que naden a favor de la corriente las telas gloriosas...» «¡A vosotros los zapapicos y los martillos!... ¡Minad los cimientos de la ciudades venerables!»

Como ven ustedes, esto ya es más grave, y habrá que llamar a la policía... Pero no, no pasará de allí. A las almas de ahora les faltan bríos hasta para repetir la triste hazaña del Califa Omar, y todos sus discursos incendiarios pueden reducirse a los términos del viejo diálogo inmortal:

—¿Qué es lo que habláis, señor?

—¡Palabras, palabras, palabras! (¡words, words!).

Por lo demás, nuestros iracundos amigos se encargan de darnos la razón de sus desmanes líricos, tranquilizándonos al mismo tiempo, en párrafo subsecuente:

—«¡Los más viejos de entre nosotros—dicen—tienen treinta años!»

¿Ven ustedes cómo se explica todo?

La embriaguez de la juventud, afirman los árabes, es más fuerte que la del vino...

«Diez años nos quedan aún, añaden, para cumplir nuestra misión.»

¿La de inundar los museos y quemar las bibliotecas?

«Que cuando hayamos cumplido cuarenta años, otros más jóvenes y valientes tengan a bien echarnos al cesto como a papeles inútiles.»

¡Arrea, y qué poca vitalidad se prometen los futuristas! Volvámoslos a disculpar empero. Ya veréis cómo a los cuarenta piensan de otra manera. Ya veréis también cómo para entonces no han quemado nada, no han destruído nada... y lo que es mucho peor: ¡no han creado nada!

Pero, en suma, no censuremos esta vanidad iconoclasta, por poco sincera, si viene acompañada de dos cosas preciosas: de juventud y de entusiasmo.

La juventud es lo de menos. Veinticinco años los tiene cualquiera, como dijo el otro. Ser joven no es ninguna cualidad, ninguna gracia. Muy más difícil es ser viejo, y sobre todo, saber serlo.

Pero el entusiasmo sí es de tenerse en cuenta, ahora que hasta los niños están *blasés*, que ni se cree ni se espera en nada, fuera del dinero.

¡Qué importa que ese entusiasmo, como el de los jóvenes redactores de la bella revista milanesa *Poesía*, se cifre en destruír! ¡La cuestión es tenerlo y alimentarlo: ya mañana se empleará acaso en edificar!

El disgusto del pasado no viene, en el fondo, más que de un poquito de celo y de despecho porque no podemos igualarlo. Nos vuelve rabiosos la perfección de la obra antigua. No queremos admitir que nuestra época sea incapaz de producir un Homero, un Hesiodo, un Platón, un Sócrates, o viniendo a tiempos más cercanos, un Leonardo, un Miguel Angel, un Shakespeare o un Cervantes. Y como no podemos igualar el pasado, como está allí severo, límpido, perfecto, aplastándonos como la catedral maravillosa

en el villorrio incapaz de labrar una nueva, deseamos destruirlo, aniquilarlo... crear algo que no haya que comparar con él, a fin de que no resulte pequeño...

Nuestra época industrial, pero sin quilates espirituales, esta época en que andamos más aprisa y más aprisa hacemos todo, pero en que somos mucho menos hombres que los abuelos, porque tenemos miedo de la vida, suele proporcionarnos un pretexto para ultrajar al pasado: aquellas gentes no conocieron ciertamente el aeroplano... decimos, sin pensar que en cambio su pensamiento era águila que se cernía tranquila en el espacio, en tanto que el nuestro se arrastra entre el cocido, la concupiscencia, el billete de banco.

Afortunadamente, aun somos capaces de una nobleza, la de indignarnos contra el pasado, es decir, contra nosotros mismos; no podemos igualarlo y pretendemos destruirlo (porque nos molesta su perfección).

De tal sentimiento salen los propósitos y gritos rebeldes e incendiarios, tales como los de los portaliras italianos, propósitos que felizmente no se realizan, gritos que felizmente se pierden sin eco, pero que ayudan al entusiasmo de la labor nueva y a mantener la vibración artística que tiende a extinguirse para desgracia y condenación del mundo!

III

LA JUNTA REFORMISTA DE LA ENSEÑANZA

En uno de mis anteriores informes hablé de la Junta Reformista de la Enseñanza, que se inauguró con solemnidad en Madrid no ha mucho tiempo, y que está formada por hombres de pensamiento y de acción, entre los cuales figuran Ramón y Cajal, Vicenti, Rodríguez Carracido y otros distinguidos españoles.

Los fines de esta Asociación no pueden ser más prácticos. Los catedráticos y escritores que la han creado propusiéronse ante todo orientar el pensamiento y la acción del pueblo, del Parlamento y del Gobierno, «hacia los problemas de enseñanza, a fin de mejorar y fortalecer los procedimientos docentes».

Hay que advertir que se trata de un organismo independiente que nada tiene que ver con el Estado, que puede constituirse, eso sí, dado que lo juzgue conveniente, como colaborador suyo, oficioso y desinteresado, prestándole su apoyo y sus luces.

Los miembros de la Junta han comprendido, sin duda, que el problema de la educación y de la instrucción del pueblo no es sólo el Estado quien debe plantearlo y resolverlo, sino todos los buenos españoles, porque es el problema nacional por excelencia.

Tan simpático eco tuvo desde el primer momento la iniciativa de los catedráticos y hombres de letras de la Junta, que en poco más de un año hanse constituído *cuarenta y siete* Juntas locales en otras tantas poblaciones de España.

Como se trata de un organismo neutral, en el que están representadas todas las opiniones, así el Profesorado de las Universidades, de los Institutos, Escuelas especiales, Normales y de Artes y Oficios e Industrias, como el Profesorado particular y aun muchas personas que no pertenecen al magisterio, han querido formar parte de la Asociación.

Ahora se organiza la primera Asamblea general de la Junta.

Habrá de verificarse en Valladolid el día 12 de abril en el Paraninfo de la Universidad, y oportunamente daré cuenta de los asuntos que en ellas se traten.

Eligióse a Valladolid, según leo, para esta Asamblea inicial, porque fué en aquella histórica ciudad donde primero quedó establecida la Junta local correspondiente. El Ayuntamiento, por aclamación, resolvió tomar parte en dicha Asamblea, y otro tanto hizo el Claustro de la Universidad.

Es de augurarse que las reuniones próximas se efectuarán con el mismo entusiasmo con que se ha de celebrar ésta, pues todos los ciudadanos comprenden la absoluta y capital urgencia que España tiene de renovarse mentalmente, renovación en la que sin duda está el secreto de su futura vida nacional.

IV

EL CONGRESO DE LA POESIA

El día 22 de marzo, convocados por don Mariano Miguel de Val, nos reunimos en la Secretaría del Ateneo de Madrid varios escritores y poetas.

Entre los que concurrieron o enviaron adhesiones se contaban Francos Rodríguez, Cavestany, Zayas, Martínez Sierra, Villaespesa, Machado, Marquina, Castro, Díez Canedo, Répide, Rubén Darío, Vicenti, Alvarez Quintero, Catarineu y Fernández Shaw.

El señor Val dijo que el objeto de aquella reunión era conocer la adhesión de los elementos indispensables para la organización de un Congreso de la Poesía en Valencia, en octubre próximo.

Así como en Provenza, con ocasión del cincuentenario de Mistral, va a celebrarse la Fiesta de la Poesía, así Valencia quiere congregar a los poetas españoles en rededor del viejo bardo levantino Teodoro Llorente, y hacer

que la musa castellana resuene en la ciudad florida en los bellos días en que todo florece y fructifica.

Para la realización del Congreso empezóse, pues, por lo que se empieza siempre entre nosotros en estos casos: por nombrar una Comisión a fin de que iniciase los trabajos preparatorios, Comisión que quedó formada como sigue:

Señores Vicenti, Francos Rodríguez, Herrero, Zayas, Martínez Sierra, Machado y el que esto escribe.

✠

Ahora bien, ¿qué es eso del Congreso de la Poesía?

Una denominación a la cual no hay que dar gran importancia, porque todavía no es definitiva.

El mismo Teodoro Llorente, interrogado a este propósito, respondió:

—La denominación de Congreso no me parece del todo bien. Esto parece indicar controversias críticas literarias o discusiones sobre la forma.

»Llamarle *certamen* y otorgar premios, tampoco me satisface.

»Lo que estimo mejor es algo así como un gran festival de la Poesía, en que la musa española luzca sus esplendores. Pero la forma no me atrevo a concretarla.»

Val, por su parte, dice:

«Aun cuando nada puede todavía concretarse de lo que en definitiva será el Congreso de la Poesía en Valencia, porque toda su organización depende de los acuerdos que adopten sus organizadores valencianos y de Madrid, me veo de tal modo requerido a exponer con alguna amplitud mi pensamiento, que no puedo negarme a hacerlo, siquiera

sea con la protesta de que no aspiro a que prevalezca en absoluto.

»Me dirijo, pues, a los amigos y compañeros de Valencia y a cuantos desde otras regiones escriben interesándose por conocer los pormenores del proyecto.

»Empezaré por decir que la organización del Congreso me parece absolutamente fácil.

»Aun revestido de toda la importancia que se le quiere y debe dar, serán escasas las dificultades con que se tropiece, ni habrá obstáculo alguno por cuanto se refiere a los gastos que ocasione.

»La necesidad de que sea Congreso estriba en que sólo así podrá contarse con la asistencia de los grandes maestros de las letras patrias, tales como don Marcelino Menéndez y Pelayo, que, a más de ser poeta, conoce como nadie la historia de nuestra Poesía, y puede, como nadie también, honrar con su presidencia la solemnidad literaria.

»Una vez recibidos, dentro del plazo que se fije, los trabajos de los congresistas que hayan de actuar en el Congreso, se clasificarán formando, con arreglo a sus temas, las correspondientes Secciones.

»Para la admisión de congresistas se formarán Comités en las distintas regiones y en Provenza, los cuales se pondrán en relación con la Comisión organizadora de Madrid.

»Cada uno de los grupos regionales nombrará un presidente o mantenedor, que será el que lleve la voz como representante de su región en la solemne sesión de apertura.

»La sesión de apertura será, pues, el acto de presencia de las distintas regiones y entidades que concurran al Congreso.

»Con el objeto de dar la mayor unidad y valor científico

al conjunto de los trabajos que se presenten, la Comisión de Madrid encargará a todos y a cada uno de los mantenedores regionales un estudio histórico-crítico de la Poesía en sus respectivos países, con los cuales trabajos se formará uno o varios volúmenes importantísimos, seguidos de sus correspondientes antologías y de los cuales se harán grandes tiradas.

»El Congreso se reunirá en Secciones tres días a lo sumo, pudiendo simultáneamente leerse varios trabajos en distintos locales.

»Entre los fines del Congreso no debe olvidarse la fundación de una Sociedad en Madrid que sea algo así como *Las Cortes de la Poesía Nacional.*»

Esto de *Las Cortes de la Poesía Nacional* o de la *Academia de la Poesía*, ya es algo con visos de más permanencia y con más enjundia que el simple Congreso. ¿Por qué los poetas no han de tener también su academia?

.... Sólo que se me ocurre preguntar lo que en esta Academia se haría.

¿Organizar certámenes? ¡Se organizan ya tantos!

¿Fijar los cánones del verso? ¡Qué cánones! El verso libérrimo ni los solicita ni los admite.

¿Estimular a los poetas? Habría que investigar qué clase de estímulo sería éste. Porque *la progenie de los dioses*, los seres *alados* y *sagrados*, ya noquieren ni palabras ni oropeles; quieren vivir. ¡Reivindican su derecho a la vida!

¿Pensarán en esto los congresistas de la Poesía?

—Sí pensarán—me responde Val, quien, contestando así mismo a una pregunta de F. Aznar Navarro, ha agregado:

«No será un hecho aislado y sin finalidad práctica el viaje de los poetas a Valencia. Ya sería bastante, como

fuente de inspiración, reunir a estos idealistas bajo el dosel de un cielo que parece creado para cobijar espíritus soñadores; pero se trata de algo más: el comienzo de un plán más vasto, que tiende a constituir *la Casa de los Poetas;* la cual será a un tiempo palacio de las musas, lugar de reunión, amparo de poetas pobres. A eso llegaremos. La iniciativa ha cristalizado. Sólo nos falta reunir unos miles de pesetas. Esto es fácil.»

Como ven ustedes, la juventud no duda de nada... y hace bien!

Aznar Navarro, comentando sin embargo las anteriores palabras, dice:

«Posesión del divino estro» y «posesión de un palacio» (no siendo imaginativo), son posesiones que siempre se repelieron. Podrían dar fe desde sus tumbas aquellos hombres de mocedades ajetreadas que se llamaron Bretón de los Herreros, Pastor Díaz, Espronceda, Zorrilla, Trueba, Florentino Sanz, Narciso Serra y Gustavo Adolfo Bécquer, tan excesivamente soñadores; poetas tan de sobra, — y hombres tan de falta—que ni se cuidaron los pobrecillos de esperar semejantes posesiones.

»Los tiempos han cambiado, como se ve. Los poetas de ahora quieren tener palacio. Son hombres más prácticos, y no diré que menos poetas, aunque no los halle a cada paso, mientras me tropiezo con harto numerosos malabaristas de la estrofa.

»No está mal que los poetas vayan a la conquista del palacio. Ni quiero aguarles su presente gozo discurriendo sobre la influencia del ambiente académico en quienes lo respiran; ni hacer una brillante frase recordando cómo mueren los ruiseñores en las jaulas; ni pensar en desmayos

tras la necesidad satisfecha, con el consiguiente «¡Es tan fácil no hacer nada!» lanzado por el socarrón Miguel de los Santos Alvarez apenas convertido en consejero de Estado; ni las consecuencias de una vida lógica y de orden, tan detestada por Espronceda en su *Diablo Mundo:*

»¡Oh, cómo cansa el orden! ¡No hay locura igual a la del lógico severo!

»Pero sí he de acordarme—temblad, poetas soñadores y hombres prácticos!—de lo difícil que os va a ser lograr los elementos necesarios para que el palacio se alce. No hay entre vosotros un Mistral. Quiero decir, un salvador premio Nobel. O si sois vosotros hombres prácticos (aunque sin dinero), oh poetas!, lo es también en tal medida el prójimo adinerado, que tiene por costumbre dedicar sus capitales a menesteres más prosaicos.

»¿Y por qué abandonar, aunque dinero no hubiere, la dorada idea? Mientras se incuba el Mistral español que un día pueda, con su buen premio Nobel, satisfacer la colectiva aspiración del palacio propio, hágase una instalación provisional con terreno del común, en el mismísimo Salón del Prado, alrededor de un banco simbólico.

»Simbólico, sí, porque ese banco, en la Meca improvisada de los poetas españoles modernos, podría hacer el oficio de la piedra negra en la misteriosa Caaba, y podrían exclamar de contínuo ante él los jóvenes poetas y ya hombres prácticos:

»Aquí durmieron muchas noches, a falta de lecho mejor, grandes poetas antepasados nuestros. ¡No sabían vivir!»

✠

Yo entiendo, no obstante, que mientras se incuba este

Mistral español de que habla irónicamente Aznar, hay que intentar algo.

O el poeta desempeña una función social, o es un ser inútil.

Si lo segundo, tengamos la franqueza de decirlo, de pregonarlo, y en vez de alentar por ningún concepto la poesía, y en vez de juzgarla representativa de la mentalidad del mundo, y en vez de creerla civilizadora y de honrar a los Homero y los Dante y los Shakespeare y los Víctor Hugo, combatamos desde la escuela, desde el hogar mismo, vigorosamente toda tendencia a ella; no toleremos su intrusión ni su manifesfación en ninguna parte; afirmemos de una vez que es cosa vitanda, o siquiera baladí.

Si, por el contrario, entendemos que es una función social, que ayuda a la vida mental y a la economía misma de las sociedades, ayudemos a vivir a los poetas!

En suma: o construyamos pajareras o comámonos a los pájaros... fritos!

Para concluir estas notas diré a ustedes cuáles son los planes a que, según la última reunión habida, debe sujetarse la Asamblea:

Esta se verificará, como he apuntado, en el próximo mes de octubre y concurrirán a ella cuantos quieran inscribirse, con arreglo a las condiciones que han de publicarse, y los representantes de entidades colectivas, academias, ateneos, etc.

El Congreso celebrará dos o tres sesiones para tratar temas de carácter teórico y de condición práctica, cuyo

desarrollo ha de encomendarse a personas de grande suficiencia y autoridad.

Entre esos temas están los de la fundación de una *Academia Nacional* de la Poesía; relaciones entre los poetas hispano-americanos y todos los de la raza latina, e influjo social de la Poesía.

Los asuntos de carácter práctico que han de tratarse, se refieren a la formación de una Sociedad de poetas para defensa de sus intereses; mutualismo editorial; constitución de un montepío; medios de facilitar el transporte terrestre y marítimo de libros a los países extranjeros y manera de difundir en el nuestro las lecturas poéticas.

Por último, para dar fin a las tareas del Congreso se celebrará un gran festival consagrado al gran poeta español del siglo XIX don José Zorrilla. Poetas designados por distintas regiones españolas concurrirán al homenaje, en el que llevará la voz del Congreso don Marcelino Menéndez Pelayo.

Se procurará que a este acto, celebrado al aire libre, concurran altas representaciones sociales y poetas de Francia, Italia, Portugal; que sea, en suma, la sesión, un espectáculo digno de la idea que la inspira y propio de la grandeza del certamen que se dispone en Valencia.

Tal es el programa... De su *realización* daré a ustedes oportunamente cuenta, pues no nos es permitido a los poetas «llenos de fe sagrada» dudar de que ha de realizarse!

V

LA ARISTOCRACIA ESPAÑOLA Y EL CULTIVO DE LAS LETRAS.

El 26 de abril se verificó en la Real Academia de la Historia la recepción del duque de T'Serclaes, miembro de la más linajuda aristocracia.

A su erudito discurso —que versó sobre los historiadores de la ciudad de Sevilla, no sin hacer antes el elogio de su antecesor el marqués de la Vega de Armijo—respondió mi distinguido amigo don Francisco Fernández de Béthencourt, en amplia y brillante pieza oratoria, que voy a comentar en mi informe porque, por primera vez que yo sepa en un sitio público, en ceremonia de alta resonancia, en presencia de príncipes, como la infanta doña Paz y su hija la princesa Pilar, que presidían la sesión, y de numerosos miembros de la aristocracia, se ha hecho una crítica de la nobleza española, envuelta si se quiere en todas las fórmulas que demanda la cortesía, pero no por eso menos enérgica y, digámoslo de una vez, menos justa.

Hay que advertir que esta crítica, brotando de los labios del ilustre don Francisco Fernández de Béthencourt, no podría por modo alguno tacharse de parcial. Se trata de un testigo de mayor excepción, de un amigo decidido del patriciado español, autor del *Anuario de la nobleza*. El mismo, antes de precisar sus cargos, de los que hablaré luego, expresa, distretísimamente por cierto, los títulos que le dan derecho para hacerlos: «Yo me figuro—dice—que no carezco de alguna autoridad para decir en voz alta lo que sobre estos delicados asuntos pienso, y que ni la grandeza de España, ni la nobleza de nuestro país en general, han de enojarse extremadamente conmigo por nada que yo pueda decirles ni observarles, con todos los miramientos y todas las reservas que ellas quieran exigir de mi cariño.»

«Yo—sigue diciendo el señor Fernández de Béthencourt—he consagrado mi vida entera a su defensa y a su enaltecimiento; yo las he defendido muchas veces hasta de sí mismas, que es adonde más puede llegar el verdadero afecto; soy, en suma, muy amigo suyo, aunque nadie encuentre extraña mi aspiración constante a que se añada: *Sed magis amica veritas*. Yo me he dedicado en cuerpo y alma al estudio de su pasado y he procurado en cuanto he podido hacer del dominio general el conocimiento de su verdadera historia, que es el servicio mayor que puede prestarse a institución semejante; yo me he atribuído la misión de dejar consignado todo lo que fué y todo lo que hizo la nobleza española, cómo nació y cómo vivió, y he conceptuado siempre como título honroso el de su historiador, soñando en hacer míos, con orgullo injustificado, aquellos nobles conceptos de Salustio, cuando dice que después de realizar los altos hechos, nada hay tan grande como referirlos y

perpetuarlos. Yo he asumido, por mi libre y desinteresada voluntad, la ardua tarea de relatar los de la nobleza española: primeramente, para que ella no los olvide; después, para que los pueblos a quienes prestó tamaños servicios no los ignoren, que es el lógico complemento de lo anterior, si es que todo no ha de ser un nombre vano y un mote huero, y ella misma, en tal caso, una cosa perfectamente inútil y una rueda sin aplicación necesaria en la complicada máquina nacional.»

✠

Después de este exordio, ¿cómo va a enojarse la nobleza por lo que le diga mi grande y buen amigo don Francisco Fernández de Béthencourt?

Y lo que le dice es nada menos que esto, envuelto en finuras de lenguaje: —Tú ya no piensas. Lo único que haces es jugar al *golf*, al *polo*, al *tennis*... y correr desaforadamente en automóvil... Ahora bien, si no piensas, ya no eres clase directora, «porque para dirigir es forzoso saber y pensar y no volver sistemáticamente la espalda a estos campos fecundos, agitándose impotente fuera de ellos».

«Yo voy a decir aquí todo mi pensamiento—exclama valiente y noblemente el señor Fernández de Béthencourt—con la honrada franqueza y la diáfana claridad que imponen las severidades de este sitio, del que no me creeríais digno—y yo me lo creyera aún menos que vosotros— si me olvidara un solo instante al ocuparlo de lo que debo a la verdad: *el amor de las letras, de las ciencias y hasta de las artes, suprema expresión de la cultura humana, parece que muere a mano airada, sacrificado torpemente por la pasión desapo-*

derada de los deportes corporales, como si hubiera entre uno y otra incompatibilidades absurdas y no cupieran juntos y hasta dichosamente se completaran, realizando la aplicación discreta del vulgar aforismo, no por repetido menos exacto «Mens sana in corpore sano».

Es decir, que a la aristocracia española se le ha olvidado el *mens* para no acordarse más que del *corpore*.

Y se le ha olvidado, asimismo, el dístico aquel de Bernabé Moreno de Vargas:

Las letras y las armas dan nobleza:
consérvanla el valor y la riqueza.

Yo creo que nuestros jóvenes mexicanos de buenas familias deben *ponerse el saco de esta crítica, porque les viene* tan bien como a los españoles, y pensar que nuestra clase media, con su inteligencia, con su saber, con su tenacidad en la labor, es la única que en realidad está en México *haciendo patria*. Esta reflexión habrá de serles saludable, como espero que le serán a la aristocracia española las de don Francisco Fernández de Béthencourt... si es que las lee, cosa un poco difícil, porque el *golf*, el *tennis* y el *polo* le roban mucho tiempo.

Debo advertir, sin embargo, como un elogio a los criticados, que de los muchos que asistieron a la Academia de la Historia—porque aquí, a pesar de todo, la nobleza suele acudir a los banquetes espirituales—ninguno se molestó por la crítica. ¿Y cómo molestarse si la infanta doña Paz, que todos sabemos tiene acendrado amor por las letras y por las artes, era la primera en felicitar al señor Fernández de Béthencourt? Y advertiré, en segundo lugar, que éste ni por asomos pretende deprimir los deportes. Dios lo libre a

él de esto y a mí también que gloso su discurso. Lo único que desearíamos los dos—y perdóneseme la inmodestia del plural—es que los que tanto se acuerdan del *corpore* de marras se acordaran un poquitín del *mens.*

Lejos de desdeñar los deportes, el sabio académico los estima en alto grado.

Leed si no: «Siempre hubo deportes físicos para los caballeros españoles—dice—y ya estáis oyendo que los designo con su bello nombre, casi olvidado, sin apelar a los calificativos bárbaros, como bárbaros son los que más privan; bárbaros en el sentido clásico de la palabra, que no hay que decir, y no se alarme nadie, que significa extranjero. Bien sabéis todos que es del siglo xv el famoso Códice del *Vergel de los príncipes,* en que un prelado insigne trata a la perfección de cómo ha de procederse a la educación adecuada de los que ocupaban los primeros lugares en la jerarquía social, ensalzando como es debido las innegables ventajas de entregarse, en los ocios que dejan los arduos y graves asuntos, a vigorizar el cuerpo con la esgrima y con la caza, todo ello con magnífica disertación, no por original y nueva menos filosófica y levantada. Siempre hubo felizmente deportes para el viril recreo de la nobleza española' formada por la guerra y para la guerra, hija legítima de tantos siglos de luchas y batallas, cuyos primeros blasones se habían trazado con la propia sangre en los brumosos días de sus ignorados comienzos.»

«La nobleza peninsular amó siempre apasionadamente cuanto representaba fuerza, destreza, vigor, ligereza y gallardía: lució estas cualidades constantemente en los torneos y en las justas; ofreció con Suero de Quiñones y sus compañeros en el *Paso Honroso* de la Puente de Orbigo,

singular ejemplo de desusada fortaleza; acreditóla a cada instante en los *rieptos* y desafíos, y cuando la mayor suavidad de las costumbres comenzó, después de consumada gloriosamente la unidad nacional, obra de siete centurias, en el campo, sobre Granada, todavía pensó que había de conservar la marcialidad de su espíritu, para el luchar continuo contra los moros mal sometidos, contra los africanos insolentes, contra los ingleses codiciosos, contra los franceses vecinos y enemigos, contra los turcos ensoberbecidos, contra los portugueses recelosos, y creó para conservarse maestra en los ejercicios de la jineta y de la brida, en los juegos de cabezas, de caña y alcancías, complemento natural de la educación de un caballero español, en todas las distintas esferas de la hidalguía tradicional, esos nobilísimos cuerpos que se llamaron y se llaman Reales Maestranzas de Caballería.»

Solo que, la propia nobleza, que tan ahincadamente se dedicaba a tales ejercicios, «la misma fuerte mano que luchaba con el oso feroz en la abrupta montaña, que daba cuenta del fiero jabalí en las espesuras profundas, que perseguía certera al azor rapaz en su región del aire, que sostenía briosamente la lanza en el torneo, que airosamente blandía la espada en el duelo de cada día y de cada hora, en aquella vida de galanteos y aventuras, que ganaba las cintas con los colores de la dama gentil, solicitada del justador, dueña y señora de sus pensamientos, que acosaba al toro bravo en las dilatadas planicies andaluzas, *esa misma mano escribía la Historia a la manera de Melo, disipaba las más espesas nieblas del pasado con la pluma luminosa del marqués de Mondéjar, esculpía tiernas endechas al modo de Garci Lasso y Jorge Manrique, trazaba con don Diego*

de Hurtado de Mendoza la típica figura de El Lazarillo de Tormes, *bordaba madrigales y letrillas como el príncipe de Esquilache, disparaba acerados epigramas y sátiras implacables, a las de Juvenal no inferiores, con el conde de Villamediana; dejaba, en suma, páginas admirables, que durarán de fijo mientras millones de seres tengan en dos mundos por suya, sonora y rica, el habla majestuosa castellana.»*

Para probar su aserto, el señor Fernández de Béthencourt cita nombres, no sólo de las viejas centurias, sino de recientísimos tiempos. España asistió a mediados del siglo XIX, por ejemplo, a un poderosísimo renacimiento literario, que se realizó alrededor del Trono. Bastaría mencionar los nombres del conde de Toreno, historiador; del duque de Frías, poeta; del duque de Rivas, autor dramático con *Don Alvaro de Luna,* poeta épico con *El moro expósito,* romancero admirable con los romances históricos; del marqués de Molins, autor de *Doña María de Molina,* de *La espada de un caballero,* periodista, orador, poeta; del barón de Biozal, autor del poema clásico intitulado *El cerco de Zamora;* del duque de Villahermosa, traductor de las *Geórgicas* de Virgilio; del conde de Cheste, traductor de la *Jerusalén libertada...* de tantos y tantos que buscaron en las letras más lustre para sus títulos.

¿De dónde proviene, pues, el actual despego de buena parte de la aristocracia española por las fiestas y labores del espíritu? Yo entiendo que de una mala imitación de los ingleses. La anglomanía mal entendida destierra a las musas de los salones. Y digo mal entendida, porque bien sabido es que, junto a los deportes, privan entre las más

nobles familias inglesas las letras, las ciencias y las artes. Nadie ha olvidado aún la gracia, la corrección y el encanto con que la gran Victoria manejaba el idioma, y no son pocos aquellos de sus descendientes, entre ellos su nieta, la actual soberana de España, que cultivan las letras. Inglaterra es el país en que se ennoblece a los poetas, a los artistas y a los sabios. Si se la imita, cuerdo será imitarla también en esto.

En cuanto a Francia, ¿quién no conoce los ilustres nombres de la duquesa de Rohan, que tiene como mote de su escudo aquel orgullo:

Roy ne pruis.
Prince ne daigne:
Rohan suis!

de la condesa de Haussonville, de la condesa Aimery de la Rochefoucauld, de la princesa de Jarante, las cuales en sus magníficos salones reciben y agasajan a los poetas? ¿Quién podría olvidar los versos encantadores de la condesa de Noailles? ¿Quién no ha leído a la traviesa y picaresca Gyp, condesa de Mirabeau? ¿Quién, por último, no ha oído mencionar, con respecto a la Academia, al ya clásico *partido de los duques?*

¡Imítese, pues, en buena hora en España a los ingleses y franceses cuando, con nobles deportes, intentan vigorizar el *corpore* asendereado; pero imíteseles asimismo cuando cultivan el *mens*, pensando que no hay aristocracia posible sin alteza de pensamiento, como podían afirmarlo un duque d'Aumale, hijo de reyes, un Broglie, un Mun, un Haussonville, un Segur, un Vogó o un Costa de Beauregard!

¿Oirá *por ese oído* la aristocracia española? ¿El *sermón* de don Francisco Fernández de Béthencourt, que he glosado y conmentado, dará frutos?

¡Ay! si lo leyesen todos... Pero el trajín de las fiestas y de los deportes no da tiempo más que para ver los fotograbados de las revistas, y me temo que las palabras de mi amigo se hayan perdido en los ámbitos de la noble Academia de la Historia sin despertar eco ninguno...

¡El automóvil va demasiado de prisa, y más de prisa la vanidad deportiva, para que los alcancen las nueve hermanas, que calzan coturno, pero ya no tienen alas!

VI

LA ASAMBLEA DE LA ENSEÑANZA EN VALLADOLID

MAS de una vez he hablado a ustedes de la Junta reformista de Instrucción Nacional, y en mi informe anterior anunciaba la gran asamblea que debía efectuarse en Valladolid el día 12 de abril.

En esa fecha tuvo efecto verificativo, a las cuatro de la tarde, y en el Paraninfo de la Universidad, ante concurrencia nutridísima, y presidida por el alcalde de Valladolid, rodeado de catedráticos de las Universidades, Institutos y Escuelas Normales de León, Avila y Salamanca.

El alcalde, señor Romero, dijo algunas afectuosas palabras de salutación a los asambleistas, y habló en seguida el ex rector de la Universidad, señor Alonso Cortés.

Envío a ustedes abundantes recortes, que les darán amplios detalles de lo que fué esta importantísima asamblea, llamándoles especialmente la atención hacia tres documentos que reproduzco en seguida, y que son: una carta del

eminentísimo Ramón y Cajal y dos discursos: el primero, de Ortega Munilla, y el segundo, del ilustre químico Rodríguez Carracido:

Carta del señor Ramón y Cajal:

Señor don José Ortega Munilla.

Estimado amigo: Abrumadoras ocupaciones me impiden tomar personalmente parte en esa asamblea de los amantes de la cultura nacional. Excusado es decir que me asocio cordialmente a la noble labor emprendida por ustedes, y que me hallo en absoluto identificado con el espíritu y tendencias del Congreso.

Harto conoce usted mis opiniones. Como usted y todos cuantos se preocupan del porvenir de la patria, pienso que el infalible remedio de nuestros males y decadencias está en la difusión e intensidad de la cultura. «Difusión cultural» en las masas para crear ese ambiente de amor y de entusiasmo, sin el cual no brota o se malogra el sabio incomprendido, e «intensidad cultural» en los intelectuales, y singularmente en el profesorado superior, para que produzcamos ciencia original, fecunda en aplicaciones a la vida, rica en promesas de prosperidad y bienandanza.

Sólo la ciencia puede enriquecer y engrandecer a las naciones pobres. Agotada la geografía política, quedan aún, convidándonos a gloriosas hazañas, las luminosas tierras del espíritu. El mundo es todavía un enigma; las ciencias distan mucho de su ideal perfección; brindannos las fuerzas naturales océanos de energía compensadora de la pobreza de nuestro suelo. El filón asoma por todas partes. Laboremos.

Mas para que el éxito corone la redentora empresa, me-

nester es crear plena conciencia de nuestro atraso, ansia general de reforma y renovación; es preciso desperezar la indiferencia y la rutina, estimular y asociar a la obra común a las partidos políticos y a los más ilustres estadistas; hay que recordar incesantemente a los gobiernos la urgencia de dotar a la enseñanza oficial, en todos sus grados, de los recursos indispensables. Misión inexcusable del Estado es multiplicar las escuelas y los maestros, crear Laboratorios y Bibliotecas modernas, mejorar las condiciones morales y sociales del profesorado superior, atender a la doble misión pedagógica de instruir y educar, estableciendo al efecto, en Institutos y Universidades, internados decorosos (superiores a los de las corporaciones privadas), donde, bajo la dirección de instructores ilustrados, sean simultáneamente cultivadas la inteligencia y el corazón, el cuerpo y el espíritu, y donde, en fin, con altas miras políticas, se inocule hondamente en el educando amor ferviente a la patria, y fe robusta y sin desmayos en los altos destinos de la raza.

A conseguir tan hermosas aspiraciones, o mejor dicho, a crear el ambiente social necesario para alcanzarlas, responde la importantísima asamblea de Valladolid. Por eso, merecerá de todos los buenos españoles sinceros y entusiastas plácemes. Quiera Dios no se malogren en la indiferencia hidalgos y patrióticos empeños, por cuyo logro hace fervientes votos su afectísimo amigo y admirador, *S. Ramón y Cajal.*

Algunos párrafos del discurso del señor Ortega Munilla:

«Nos congregan, señores, un triste sentimiento y una obligación inexorable: el sentimiento de ver cómo el más

grande problema de cuantos perturban el alma española—el de la enseñanza—sigue abandonado de las iniciativas oficiales y pasan los gobiernos y se suceden en el mando los hombres de las más contrarias doctrinas, sin que le dediquen la atención preferente que su urgencia reclama; y ese abandono determina en nosotros la obligación ineludible de acudir con la humilde súplica y, si necesario fuera, con el enérgico requerimiento ante todos aquellos a quienes compete hoy y puede competir mañana el régimen de la nación.

No hay sobre el planeta un pueblo culto que no dedique celoso cuidado a sus organismos docentes. Hasta aquellas minúsculas naciones mediatizadas, cuya independencia está sujeta a las altas combinaciones y aun a los bajos caprichos de la diplomacia, aumentan sin cesar la cifra de sus presupuestos de Instrucción Pública. Y por ser afrentosos para España, no quiero apuntar datos comparativos de los que resulta que somos la única excepción en esa campaña de nobles emulaciones por ver quién hace más y más pronto y mejor para el remedio de la peste negra de los entendimientos, que se llama barbarie. Las cifras de la estadística escolar de España son aterradoras. Sólo una pequeñísima parte de los ciudadanos sabe leer y escribir. Sólo una minoría exigua tiene la costumbre de leer. La inmensa mayoría de la masa nacional no ha pasado por la escuela, y eso basta a explicar la decadencia que nos lleva al abismo. De tal suerte se ha ejercido aquí la tutela del Estado en lo que atañe a la enseñanza, que la cultura es un fenómeno esporádico, y la ignorancia, endemia dominante y persistente.

Un pueblo sometido a tal vergüenza puede considerarse

el más desdichado de todos. ¿Cómo han de ser respetadas las leyes, si el ciudadano no puede conocerlas por la lectura? Así, a la acción no ejercida por un maestro que no existe, en una escuela que nunca se estableció, ha de suplir el golpe férreo del castigo para que el orden público no se altere. Es que las muchedumbres ignorantes son rebaños y a los rebaños no se les conduce sino con la piedra que sale de la honda o con el duro garrote del pastor.

.....

En uno de los interesantes estudios que se han leído esta tarde se demuestra que no hacen falta nuevas iniciativas de gobierno para que se modifique con gran beneficio el estado presente de la incultura nacional. De haberse cumplido la ley que hace tantos, tantos años fué votada por el Parlamento español y sancionada por la reina Isabel II —ley que obliga al glorioso recuerdo de su autor, don Claudio Moyano —, existirían en España «diez mil» escuelas más de las establecidas. Sólo en Madrid hay «cinco mil niños» que no pueden recibir enseñanza por no haber en la capital de la nación locales suficientes a la instrucción primaria.

.....

Me acompañaron desde la jornada inicial maestros de diversa doctrina filosófica; y cuando por primera vez nos congregamos los fundadores de la Junta Reformista de la Instrucción Nacional, nos acompañó el docto catedrático, tan respetable por su ciencia como por sus virtudes sociales, don Matías Barrio y Mier, y nos expresó su adhesión en una carta para nosotros memorable el insigne profesor de Metafísica de la Universidad Central don Nicolás Salme-

rón y Alonso. Así pudimos decir en nuestra convocatoria al profesorado:

«Queremos constituir un organismo independiente de la acción oficial, perdurable y activo, que vele por los intereses de la cultura patria y congregue las voluntades y los esfuerzos de cuantos en el profesorado y en otras esferas de la vida intelectual aspiren al progreso, formando así una legión poderosa que influya en la obra de los gobiernos y del Parlamento, a fin de que se incorporen a las leyes las reformas que el adelanto mental de la patria exige.

Trátase de una empresa nacional, por lo que deben colaborar en ella los hombres de todas las escuelas, sin exclusión de ninguna. Todos los intereses sociales, así los políticos como los mercantiles, se organizan para defenderse. Sólo los intereses de la enseñanza, los más altos de todos, carecen de esa organización, y así se ven de maltratados por la frivolidad y la ignorancia.

Necesario es que nos agrupemos cuantos anhelamos el mejoramiento intelectual de la raza.

Hay que ejercitar una campaña incansable para que la mente nacional tenga como la primera de sus preocupaciones la enseñanza de los ciudadanos, para que el aula esté rodeada de los mayores prestigios, para que no se regateen al maestro los elementos indispensables de su ministerio.

Hay que reconcentrar la atención de los españoles en este problema de la cultura, hay que convencerles de su importancia y hay que hacer sentir en todas las esferas de la vida el peso de esta sentencia: si no somos un pueblo culto, seremos un pueblo sacrificado.

Esta aspiración es unánime entre nosotros, pero esa unanimidad se dispersa como la luz no recogida por la panta-

lla. Y es necesario, es urgente, es vital el que tantos nobles esfuerzos, tantas útiles enseñanzas y tantos sabios ejemplos se reúnan y se metodicen, incorporándose a una obra común, de incansable persistencia, por la que se procure sanear el entendimiento español, hoy enfermo de rutina y de barbarie.

Tales son los propósitos que hoy nos reúnen. Cuarenta y siete organismos funcionan en otras tantas poblaciones correspondiendo a esta iniciativa. Al acto de hoy seguirán otros y la persistencia del propósito se evidenciará más cuanto más recias sean las dificultades que se nos opongan. La noble hospitalidad que Valladolid nos concede es tanto más digna de gratitud cuanto que no se mezcla con ningún interés local o político. Aquí encontramos la primera y la más entusiasta acogida. Por eso hemos venido a Valladolid, al pueblo generoso a quien un día saludé diciendo que era el hijo mayor de la madre patria desvalida.

En esta gloriosa ciudad lanzamos por primera vez el grito de alarma, seguros de ser oídos en todo el ámbito de la hispánica tierra. ¿Habremos de seguir siempre enclavados en el pantano de la ignorancia nacional? ¿No podremos algún día salir con raudo empuje en demanda de las altas cimas de la cultura? ¿Quedarán vencidas por siempre esas legiones de maestros que en Universidades, Institutos y Escuelas luchan hoy sin esperanza por el generoso afán del esplendor de España?... Antes de que tantos elevados espíritus se entreguen al pesimismo, habrá que aportar los medios de lucha. No nos cansaremos tan pronto, que merezcamos el desprecio que corresponde a los débiles y a los inconstantes.»

Discurso del señor Rodríguez Carracido:

El eminente catedrático y académico pronuncia un elocuentísimo discurso que produce honda impresión en los oyentes y que obtiene reiteradas muestras de aprobación y de aplauso.

Síntesis de su magnífica oración:

«En este acto han hablado no sólo los aquí presentes, sino también los que allá en diferentes comarcas de España coinciden en sentir con vehemencia el ansia de satisfacer el hambre intelectual que año tras año, y sin esperanza de remedio, tiene postrada la mentalidad de nuestro pueblo, condenándolo a la extinción de toda iniciativa, o a las peligrosas alucinaciones de colocarse súbitamente en las cimas sin escalar las pendientes que a ellas conducen.

El propósito aquí manifestado degeneraría en mezquina maniobra si lo adscribiésemos a un partido político, cualquiera que éste fuese: conservador o liberal, reaccionario o avanzado. Nuestra empresa es política, en cuanto este calificativo se refiere al arte de gobernar a los pueblos, pero no en el sentido de la bandería de luchas personales encaminadas a la conquista del poder. Fuera de toda parcialidad, es entre los problemas de la vida nacional el más fundamentalmente político, porque en último término, aquéllos se resuelven en cuestiones pedagógicas.

Si la agricultura y la industria no prosperan entre nosotros como en otros países más adelantados, lo inmediato es investigar cómo se da la enseñanza de aquellas materias a las gentes que obtienen tan espléndidos resultados.

Si la política sólo produce manifestaciones de garrulería, igualmente procede averiguar cómo se da la enseñanza de las ciencias sociales que a tal esterilidad conduce.

Hoy, la cultura no puede ser mera ornamentación de oradores y escritores, sólo instruídos para deslumbrar al público con el caudal de su erudición y la brillantez de las metáforas; su labor ha de ser más profunda y, por consiguiente, más trascendental, penetrando en lo íntimo del espíritu y modelando sus facultades para instituir un perfecto consorcio con la realidad a la manera de artífice hábil que llega a identificar los medios de trabajo a su propio organismo. Pecado capital de nuestra raza es la falta de fe en la Ciencia, quizá originada por la tradición puramente ornamental de la enseñanza que en su desvío de la realidad no pudo inspirar la convicción de que el saber es poder, porque la sabiduría transmitida fué sólo verbal, y ésta es tan inservible en el curso de la vida como un cauce ante el desbordamiento de un río. La verdadera cultura es formación psíquica, y aun diría psicofísica, la cual, por proceso evolutivo, a la manera del organismo que se ensaya en el ejercicio de nuevas funciones, va adquiriendo, como obra del propio esfuerzo, los órganos correspondientes.

Instruir es perfeccionar el mecanismo de la vida social, y tendiendo a este fin en todos los países cultos acrecienta, de año en año, el presupuesto de la enseñanza. La vida nacional, en sus varios aspectos, y en su conjunto, es como una industria regida por consideraciones económicas. Toda tacañería en la calidad de la maquinaria es ruinosa, porque sus imperfecciones aparecen incalculablemente multiplicadas en escasez y tosquedad de la producción.

Como en el trabajo fisiológico precede el estímulo nervioso a la concentración del músculo, en la Fisiología social los actos deben secundar las órdenes de la mentalidad

directora. Sin el influjo del nervio casi invisible, el músculo sería una masa blanda, incapaz de realizar esfuerzo alguno, y sin las corrientes de la cultura científica, difundidas por el cuerpo social, la industria humana no hubiera podido enseñorearse de las fuerzas naturales y estaría sumida, como en parte aun está entre nosotros, en el miserable estado del período precientífico.

El hombre sólo productor de kilográmetros tiene un valor mínimo, al mismo tiempo que da la mayor carestía posible a las unidades mecánicas de su trabajo. La cultura científica invierte estos términos pidiendo mayor desarrollo mental, el del maquinista de un tren de mercancías respecto al del mozo de cuerda. Watt redimió a millones de braceros y los ennobleció, exigiéndoles en vida cerebral la proporción en que los descargaba de vida muscular.

Como se dice en el acta de nacimiento de esta Asociación, hay que hacer sentir en todas las esferas de la vida el peso de esta sentencia: «si no somos un pueblo culto, seremos un pueblo sacrificado», porque la cultura científica dignifica al individuo y dignifica a las naciones, dándoles la respetabilidad que afirma su independencia. Bélgica, Holanda y Dinamarca, no obstante su pequeñez territorial, tienen en su prestigio la fuerza de que carecen Turquía y Marruecos, y la mentalidad de sus cultísimos habitantes es más fuerte que el blindaje de los acorazados que pudieran tener para defenderles de extrañas intervenciones.

Hay que reconocer que la Providencia ama mucho a España, porque mucho la castigó por su resistencia a la adopción de los nuevos métodos de enseñanza; y si la Junta que celebra su primer acto público en esta venerada Universidad, anuncia la hora de que el castigo va a cesar por-

que empieza la enmienda, consolidando asociaciones que perseverantemente demanda el acrecimiento del presupuesto de Instrucción pública, la posteridad otorgará a esta sesión, con mejores títulos que a otras, el calificativo de «sesión histórica», porque en ella se han sentado las bases inconmovibles sobre las que España ha de ir edificando el alma digna de encarnar en una potencia de primer orden.»

✠

He citado estas tres piezas (oratorias las dos últimas), porque abundan en ideas sanas prácticas, especialmente el discurso del señor Carracido, y muestran las nuevas y vigorosas orientaciones de la mentalidad española.

Baldomero Argente, uno de los periodistas mejor informados de la Península, califica con razón la asamblea celebrada en Valladolid de «la iniciativa más completa y mejor orientada de cuantas florecieron en los últimos años, e irrefragable declaración de que la conciencia del país se preocupa y tantea en las sombras.» «Esta Asamblea—añade—ha sido en España una equivalencia de la información parlamentaria para la reforma de la enseñanza, abierta en Francia hace algunos años. Ha llegado a idénticas conclusiones sobre las deficiencias de organismos, procedimientos y resultados docentes, y ha mostrado en los informadores igual indecisión y vaguedad respecto de los modos y fines de su reforma. Constituye, en fin, un indeleble timbre glorioso en el historial público de Ortega Munilla, su iniciador y casi su apóstol.»

✠

Por mi parte entiendo que, sea cual fuere la *indecisión y vaguedad* de la Asamblea, ya significa mucho su sola celebración y la simpatía con que ha sido vista por todos los españoles.

Muestra sobre todo una cosa que vale la pena de tener en cuenta, y es que la iniciativa de tales o cuales núcleos, independientes del Gobierno, se sustituyen voluntariamente, espontáneamente a la del Estado, que no puede hacerlo todo, y emprende con denuedo la obra magna de la educación nacional.

VII

LOS CONCURSOS DE POESÍA DEL ODEON

Dos hombres de mérito: Charles Morice, cuyo solo nombre es un elogio, y A. Antoine, el famoso creador del Teatro Libre, han hecho, en los comienzos de este año, dos buenas obras que les valdrán el reconocimiento más simpático de los jóvenes poetas de Francia. Reinauguraron en primer lugar en el Odeón, del cual Antoine es el actual director, aquellas hermosas sesiones de recitación que tan interesantes son en Francia, y que Sarah Bernhardt hizo célebres en su teatro, y no sólo las reinauguraron, sino que les dieron nueva forma y significación: y crearon un concurso anual de poesía.

Respecto de las recitaciones líricas es indecible el favor que les ha dispensado el público francés en estos últimos años y lo que ha contribuído a difundir el amor a la nobleza de la expresión.

Nadie que a ellas haya asistido olvidará las bellas sa-

batinas del teatro de Sarah Bernhardt, en que la voz de oro de la gran trágica desgranaba los más intensos versos de Musset, de Baudelaire y de Verlaine, asesorada por los mejores recitadores de París, que nos decían impecablemente lo mejor de los grandes maestros. La moda cundió fácilmente, y las sesiones de recitación se multiplicaron en la gran ciudad. Las del Odeón han sido de las más saboreadas, por el espíritu de novedad y de gracia con que se organizan.

Por lo que respecta al concurso, apenas iniciada la idea, el éxito fué sorprendente. En cuanto se publicó el anuncio, de todos los rincones de París y de Francia entera llovieron manuscritos hasta ascender a la respetable suma de ¡mil quinientos!

Refiriéndose a ellos, dice el mismo Antoine con pintoresco estilo, «cada manuscrito tiene su fisonomía, su alma: antes de abrirlos, como viejo conocedor que soy, *siento* que éste o aquél traen algo imprevisto, algo nuevo, *algo* en fin; ante el rimero de papel que nos revelaba tantas fuerzas dormidas, comprendimos el interesante esfuerzo que constituía el sacar a plena luz la obra aquella, poniendo a su servicio un hermoso instrumento de consagración pública, tal cual es el teatro del Odeón».

Mas no era esto todo. Había que buscar el concurso de un Jurado serio que diese las garantías deseables de imparcialidad y de eclecticismo, y este Jurado se encontró, y bastará citar nombres para que se aprecie el valor de sus juicios.

He aquí esos nombres: Condesa Mathieu de Noailles, Daniel Lesueur, vicepresidente de la sociedad «Gente de letras»; Paul Bourget, de la Academia Francesa; Antoine,

director del Odeón; Adrien Bernheim, comisario del Gobierno en los teatros subvencionados; Gaston Deschamps, León Dierf (el príncipe de los poetas), Paul Fort, Louis Ganderax, director de la *Revue de Paris;* Gustave Kahn, Jean Moréas, Charles Morice, Henri de Régnier, Vallete, director del *Mercurio de Francia;* un areópago, en fin, digno por todos conceptos de respeto, y que concienzudamente púsose a seleccionar hasta escoger definitivamente determinado número de poemas.

Hay que advertir, empero, que, al revés de otros concursos, en éste no decide simplemente el Jurado. En último término se apela al juicio del público, ante el cual se recitan esos poemas, escogidos por un Tribunal en el que están personificadas todas las tendencias, como se ve leyendo simplemente los nombres citados, y que ni siquiera se sabe de quién son, pues los sobres en que se hallan los nombres no se abren sino después de recitadas las composiciones.

Pero no bastaba, en concepto de Antoine, asegurar a los laureados los honores de una audición pública salpicada de «bravos». Los poetas y los artistas, *a pesar de todo*, tienen necesidad de dinero. Antoine echóse, pues, a buscarlo, y gracias a su actividad ha podido formarse la siguiente lista de premios:

1.° Premio del Odeón, francos 1.000 y un objeto de Sèvres, ofrecido por el subsecretario de Bellas Artes.

2.° Primer premio del *Matin*, francos 1.000.

3.° Segundo premio del *Matin*, 500.

4.° Tercer premio del *Matin*, 250.

5.° Premio Beethoven, 200.

6.° Premio del *Temps*, 200.

7.º Premio del *Mercurio de Francia*, 250.

8.º Premio del *Intransigente*, 100.

9.º Premio de Henry Rothschild, 500.

10.º Premio de *Je sais tout*, 250, y otro que veremos después.

Hay que hacer de pasada un elogio de la liberalidad del gran diario *Le Matin*, siempre dispuesto a solidarizarse con cuanto puede contribuir a la excelencia del pensamiento francés.

Por último, a quien se preguntase quién o quiénes iban a recitar los versos escogidos por el Jurado ante la *élite* que llenase el Odeón, hubiera habido que responderle con los siguientes nombres, que suenan ya a triunfo: Berthe Bady, Gilda Darthy, Laparcerie Richepin, Marthe Mellot, Ventura... mujeres todas de un arte supremo en los matices de la recitación, y de una suprema elegancia; y entre los hombres, Max. Desjardins, Bernard, D'Ines y Joubé.

«Como sabéis—decía Antoine, refiriéndose a los premios que apunté arriba—, todo este dinero va a ser puesto entre las manos del público. Es él quien va a distribuirlo, según sus preferencias, y al final de esa bella tarde de junio (en que se celebrará la gran fiesta) habrá diez poetas, que espero y quiero soñar jóvenes, que saldrán del Odeón aturdidos por los bravos, embriagados de gloria y llevando en el bolsillo tres hermosos meses de vida campestre, que transcurrirá para ellos sin cuidados, y de la cual nos volverán con la cabeza llena de bellas cosas que les habrán dicho el cielo, el mar o el bosque.»

✠

Y así fué, en efecto; y el día 2 de junio actual, este torneo

que os anunciaba arriba, se efectuó con un entusiasmo imponderable. El Jurado, entre unos *dos mil* poemas enviados, escogió *veintiuno*. La multitud, por un sistema *sui géneris* de voto, según dije, debía ser el juez y distribuir trece de estos premios. Para ello bastaba hacer poco más o menos lo siguiente: Los títulos de los veintiún poemas elegidos, en pequeños paquetes de volantes, se distribuirían a los espectadores. Estos poemas serían recitados durante la velada por los prestigiosos artistas que cité. Cada espectador, por su parte, iría apartando el volante correspondiente al poema que le agradase, y los escogidos los echaría al fin en una caja especial; el escrutinio vendría después, en la forma ordinaria en que se lleva siempre a efecto, y los trece poemas favorecidos por mayor número de votos irían saliendo por su orden.

Así aconteció. Hízose el escrutinio en el foro, a la vista de todos, y después el director del Odeón fué abriendo los sobres con los nombres de los poetas premiados y los premios en cuestión, en esta forma:

Premio del Odeón. (La entrada misma de la matinée.) El autor se empeñó en guardar el incógnito, y el dinero de su premio está destinado al monumento de Paul Verlaine.

Primer premio del Matin (1.000 francos): *El Arbol*, de Carlos Dormier: «Como fiel guardián en el umbral de la morada—extiende sus negros brazos y yergue su pilar.—Su sombra, girando sobre el suelo, marca la hora—y acaricia los muros con gesto familiar.

»Como pastor vestido de un manto de verdura—por la mañana espía la partida del rebaño—y su masa se despliega cual sombría cabellera—cuando el adiós de la tarde palidece en las colinas.

«Raqueta de trenzado verde, recibe o envía—el vuelo entrecruzado de gorriones sin fin—o bien aventando la luz del sol, cuyos rayos lo espolvorean,—derrama piezas de oro a oleadas sobre el césped.

»Su móvil cortinaje velando perspectivas — nos finge más cercana y grande nuestra casa.—Y los astros, por la noche, parecen suspendidos de sus hojas—como frutos de oro de todas las estaciones.

»La sombra de nuestros abuelos—está mezclada con su sombra.—Y mucho tiempo nuestros hijos—a su vez en ella jugarán..

»Y cuando venga para él la hora de la vejez—su madera muerta servirá de nuevo a los hombres.—Será acaso la gran puerta—o el sostén de los techos—o la cuna del niño, o trocaráse en pan!

»Se le despojará de su costra rugosa—pero será su entraña la mesa de labor familiar—o el gran lecho en que se nace, se ama y se muere.

»Y cuando ya nosotros mismos cerremos los ojos a la luz—sus tablas recibirán nuestro cuerpo, vueltas ataúd—e iremos juntos a reposar bajo la tierra—y estaremos en la sombra bajo su sombra aún...»

Ideas todas nobles, aunque no todas nuevas, e imágenes tiernas y luminosas.

Segundo premio del Matin (500 francos). *A la foule qui est ici*, de Jules Romains, recibida, sobre todo por las damas de la concurrencia, con gentil entusiasmo:

«Deja a todo mi soplo que te crea
pasar como un gran viento sobre el mar...»

Premio Leconte de Lisle (500 francos). Ofrecidos por

Jean Dornis y otorgado a una poetisa, la señora Basset-Dauriac, por su composición *Los Pierrots:*

«Mártires lamentables de parradas, de ferias,
fantasmas desolados de desesperación...»

Premio Henri de Rothschild (500 francos). Lo obtuvo Paul Isnard, por su composición *La ballade du Potager.*

«Diré en verso y en prosa
que no hay mejor cosa
que un huerto de hortaliza...»

Se trata de un poeta (vegeteriano) por lo visto.

Premio Beethoven (271 francos 50). Ofrecidos por René Fauchwis, lo obtuvo André Salmon, con su poesía *Tzigane.*

«Como mi oso del Asia quisiera yo haber muerto...» (un *vorrei morire* poco interesante).

Tercer premio del Matin (250 francos). *Le Malfaisant espoir,* de Ami Chantre:

«Dame, Dios mío, pues la dicha es vana,
la cordura de no esperar ninguna
como el viejo, que no desea nada
porque sabe que nada llega nunca.»

Premio del Figaro (250 francos). *Los bueyes,* de Pierre Durón.

«A veces, como obsesionados por la angustia de un sueño, la vida se duerme en sus ojos lánguidos, y los bueyes, resignados, inclinan la cabeza; renunciando a la esperanza de acordarse...»

Premio del Mercurio de Francia (250 francos). *La tierra maternal,* de Hubert-Fillay, de Blois.

«La tierra es mi rescate y el aire mi alegría.»

Premio del Je sais tout (250 francos). *Retour,* de Paul Tort:

«La hora teje sobre nosotros
su tul de sombra gris, mira:
¿no encuentras que la luna
es visible y en nada se parece
a la de otro tiempo?
Nos forjamos la ilusión de esperar el regreso
de alguien que no ha de venir...»

Premio de la Turquie nouvelle (150 francos). *In Memoriam,* de Camille Dubois:

«Digo tu nombre como se dice una plegaria
y desde que partiste te contemplo mejor...»

Premio del Intransigente (100 francos). *Les petits bateaux,* cuyo autor quiso guardar el incógnito.

Después de haber leído (con la natural sorpresa que produce la incurable mediocridad de casi todas), estas vagas palabras más o menos rimadas, os preguntaréis, quizá, por dónde anda la poesía francesa del siglo XX. Ella misma no lo sabe; como a la poesía latina en general, el período industrial la ha desorientado un poco, y se suele refugiar hasta en las hortalizas...

Consten, empero, porque es de justicia, varias cosas:

Primero, que se trata de concursos anuales para poetas nuevos, y no para celebridades, y que por algo hay que empezar; segundo, que el público, lleno de acierto, hizo su elección, en la cual no se trataba de premiar obras magistrales—¡ay! demasiado raras en todos los países y en todas las épocas—, sino las más aceptables entre las 21 designadas por el areópago de poetas y literatos; tercero, que a pesar de la endeblez de la producción que se advierte en los poetas jóvenes de Francia, y en general de todos los países latinos (pues en los países sajones acontece lo contrario), debemos recoger una nota consoladora, nacida del entusiasmo del torneo: que el amor a la poesía no muere en la tierra admirable de Francia. El entusiasmo que reinó durante esta velada, la oficiosidad amable con que el público se prestó al escrutinio, los aplausos verdaderamente entusiastas con que fueron acogidos los títulos de las composiciones premiadas, la atención intensa y conmovida o risueña con que se oyeron los poemas que lo merecían; lo que, en fin, precedió, acompañó y siguió a esta velada, muestra de sobra que el imperio de las bellas rimas y las bellas ideas, al cual debe el idioma francés su admirable desarrollo y su hegemonía, está lejos de acabar en la vieja Galia, felizmente para el alma vigorosa y lírica, ágil y ardiente, de la Gran República.

VIII

LA PRONUNCIACIÓN DEL CASTELLANO EN AMÉRICA

Los judíos. Su abolengo español.

Un amable corresponsal anónimo me envía larga carta relativa a cierta posible reforma en nuestra manera de hablar. Dice que ha escrito en el mismo sentido a usted, señor ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, a quien colma de merecidos elogios, y después de referirse a los adelantos logrados, se expresa así:

«Entre lo que falta por afrontar hay una reforma de capital interés, que, según parece, nunca se ha intentado, y que juzgo es ya tiempo de acometer: la corrección de nuestra habla.

»Es verdaderamente chocante y desastroso, señor ministro—añade—, que en las escuelas nos digan los profesores de gramática que la *c*, la *z*, la *ll* y la *y* tienen su pronunciación propia y especial, y aun se tomen el trabajo de indicárnosla, y sin embargo, en la práctica, sigamos todos usando tales letras sin la distinción debida.

»La consecuencia de esta aberración es el fárrago de disparates que a cada paso vemos en escritos y aun en libros, todo por no acostumbrar al niño a distinguir la *c* y la *z* de la *s*, la *ll* de la *y* y la *v* de la *b*, disparates de los que ni aun los buenos escritores escapan cuando se ponen a manejar palabras poco usuales, y muchas veces aún po confusión, lo que no sucedería si en la práctica se diese a cada letra su verdadera pronunciación.

»Ahora bien: cuando una falta se comete por ignorancia, cabe, sin duda, la disculpa; pero cuando, como en el caso presente, se incurre en ella a sabiendas, no se ve explicación posible a semejante conducta. Es seguro que todo el mundo ilustrado del país vería con gusto el perfeccionamiento de la pronunciación de la lengua, pero es seguro también que nadie se atreve a iniciarlo» (aquí el autor de la carta da extensamente el porqué de esta abstención, y concluye diciendo: «Y ya que en la República Mexicana se habla, sin duda, tan bien el español como en la misma España, donde, dicho sea de paso, en cada provincia o región se le altera de mil modos, pero siempre lamentablemente, esforcémonos por conservar, en toda su mayor pureza, esa hermosa herencia de la conquista, que tan suave y dulce suena al oído y al sentimiento.»

He copiado estos conceptos por la ingenuidad y buena fe con que están escritos, y porque todo hombre de sana voluntad debe ser escuchado con atención; pero es de advertir que lo que desea mi buen amigo anónimo es imposible. ¿Por ventura los andaluces, que tan cerca están del alma adusta de Castilla, han podido jamás abandonar su acento y el

dejo peculiarísimo con que hablan? Algunos, los más saturados del espíritu castellano, merced a larga permanencia en la planicie central, pronuncian la *c* y *z* como deben pronunciarse, pero el esfuerzo que les cuesta es visible, y, en cuanto pueden, se lanzan a sus nativas y deliciosas confusiones de letras.

No pidamos, pues, lo que apenas acertaría a alcanzar el esfuerzo lento y paciente de algunas generaciones, y contentémonos con algo que no heriría, por cierto, ninguna susceptibilidad nacional: con unificar la pronunciación de nuestra lengua en la amplia extensión de la República.

Todos vosotros sabéis las diferencias de acento que existen hasta entre simples Estados limítrofes. El tamaulipeco y el veracruzano, el jalisciense y el sinaloense, el chihuahuense y el sonorense hablan con dejos especiales, que dan a sus locuciones una fisonomía bien marcada. Pues bien, yo no pretendo—líbreme Dios de ello—que desaparezca esta fisonomía. Pero sí pretendo que en las regiones más distantes del país se dé a las letras el mismo valor fonético, empeñándose los maestros en fijarlo con claridad y precisión. ¿Por qué el yucateco ha de pronunciar, a ciencia y paciencia de sus maestros: tráia y véya, por ejemplo, en vez de traía y veía? ¿Por qué ha de dar a la *t* cierto impulso y cierto martilleo característico que la convierten en una letra aparte, en un sonido extraño casi al idioma?

Y lo que digo de los inteligentes y enérgicos habitantes de la Península podría aplicarse, *mutatis mutandi*, a todos los mejicanos de las diversas regiones, pues en cada Estado se da a la *j*, a la *ll* y a los diptongos pronunciación distinta, de tal suerte, que, merced a estas simples diferencias, puede adquirirse, sin gran pena, la práctica de descubrir la

procedencia del que habla por su manera de hablar.

Por lo demás, y cuando se advierte la rebeldía de tantos pueblos de sangre hispana a la pronunciación castiza de la *c* y de la *z*, se adhiere uno insensiblemente a la opinión de Moguel, quien cree que la primitiva pronunciación fué como la nuestra actual. Los sonidos linguodentales de la *z* y la *c* surgieron después.

No sólo diez y nueve naciones de habla española refractarias a esta pronunciación corroboran lo intruso de la misma, sino que, del otro lado del estrecho, están para comprobarlo también los judíos.

Como se sabe, éstos, expulsados de España—por un error nunca bastante llorado—hace siglos, han conservado, con devoción admirable, el idioma de sus abuelos. Si de Andalucía solamente hubiesen sido desterrados los hebreos, explicaríase fácilmente lo que diré luego; pero de todos los puntos de España e innumerables familias de ellos del riñón mismo de Castilla, fueron arrojados por desiertos sin piedad al otro lado del mar. Pues bien: todos, sin excepción, hablan el castellano como nosotros.

Nada menos don Luis López Ballesteros, que ha hecho en estos días una fructuosa visita a Marruecos, decía, refiriéndose a ellos:

«Hay cuestiones de las cuales estamos oyendo hablar constantemente, pero que no se nos presentan en toda su magnitud hasta que por un azar de la vida tenemos ocasión de observarlas «de cerca». Eso me ha ocurrido a mí con la cuestión de la enseñanza del idioma español a los hebreos. Se ha escrito mucho acerca del verdadero y espontáneo fervor con que conservan los hebreos el recuerdo de España y del idioma de sus antepasados. Ejemplos bien

curiosos y de países lejanos se están citando constantemente. Pero lo que causa verdadera pena es oír, como yo he oído, quejarse a distinguidos miembros de la Colonia israelita de las dificultades con que tropiezan para que en Tánger aprendan sus hijos, con la perfección que ellos desean, la lengua española. «Es nuestra lengua del hogar, me decía el señor Abenzú; lo hablamos todos nosotros; pero en ello interviene más que las facilidades que se nos dan, el tesón que ponemos en conservar como un tesoro el idioma de nuestros abuelos.» Y, en efecto—añade el señor López Ballesteros—, lo hablan a la perfección, *sin más que un extraño dejo americano*, que le presta gran dulzura, y sin los modismos de América, naturalmente.»

Por mi parte he conocido en diversos puntos de Europa a judíos descendientes de los expulsados de España. Todos hablan el castellano, y lo hablan todos *como nosotros los americanos*.

¿Cuál será la pronunciación que predomine a través de los siglos? Yo entiendo que ni la española ni la nuestra, pero acaso pudiéramos llegar, tanto en España como en América, a un *modus loquendi* basado en este simple principio: Deben escribirse con *z* todas aquellas palabras que escritas con *s* engendren confusión, como caza, raza, taza, etc.

En cuanto a la *c* tendrá que desaparecer por inútil así que nos resolvamos a modificar una miaja siquiera la ortografía del idioma, sustituyéndola con la *k* antes de *a*, de *o* y de *u*.

✠

Hay en el hecho relativo a los judíos, citado por el señor López Ballesteros, algo que no debemos dejar pasar inad-

vertido, siquiera nos aleje un punto de la cuestión capital de este informe, y es la colaboración de esa raza, privilegiada a pesar de todo, para la difusión del castellano. Ella lo ha llevado como una reliquia a través de la tierra, conservándole su primitiva pureza, y lo habla con un elegante arcaísmo que seduce; ella ha sido un factor olvidado, menospreciado, pero de los más efectivos para la hegemonía de nuestra estirpe.

A este propósito se me ocurre relatar algo de que fuí testigo hace muchos años, y que constituye uno de los hechos más significativos y curiosos que darse puedan.

Durante la Exposición de París de 1900, varios amigos, entre los cuales se encontraba Carlos Díaz Dufoo, frecuentábamos un restaurant de la pequeña rue Lédillot, establecido por dos judíos hermanos.

Estos, en cuanto supieron que éramos hispanoamericanos, nos colmaron de atenciones, asegurándonos diversas veces que su lejano origen era español.

En cierta ocasión, uno de ellos se acercó a la mesa en que comíamos y nos afirmó que su familia hablaba tradicionalmente el castellano, cuando se hallaba en la intimidad, aunque, a decir verdad, lo iban olvidando lentamente por falta de práctica. ¿Quieren ustedes—añadió en francés—que les diga algunas palabras españolas?

—Ciertamente—respondimos nosotros a coro; y entonces él, después de somera meditación, exclamó con exquisito arcaísmo:

—¿En dónde morades vosotros agora?

Excuso decir el éxito que obtuvo la frase, que fuimos repitiendo después de corro en corro.

También Max Nordau pretende descender de judíos es-

pañoles, y una tarde inolvidable nos lo decía a don Justo Sierra, a Darío y a mí, exclamando en perfecto castellano:

—Fuimos desterrados, es decir, arrancados de la tierra de nuestros padres.

Ahora bien, ¿nada hará España por que estos centenares de miles de españoles de otros siglos sigan conservando el tesoro de su lengua íntegro y perfecto?

Seguramente que el menor indicio en favor de la fundación de escuelas modernas españolas, cuando menos en Marruecos, donde los judíos de abolengo hispano son más densos, sería recibida con gratitud inmensa; pues como refiere el ya citado López Ballesteros, «recientemente los judíos de Fez, con ocasión de hallarse en la vieja capital mora el embajador español, fueron a visitarle, y cuando tan tas cosas de naturaleza menos espiritual pudieron pedirle, sólo llevaron hasta él la insistente y clamorosa demanda de que España les enviase un maestro de lengua española».

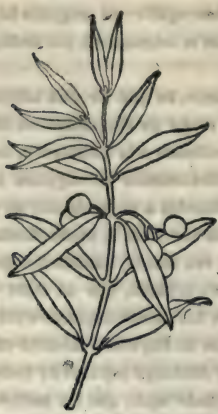
«¡Extraña raza ésta!—agrega López Ballesteros—; lo que en ella encuentro más admirable, aparte de las aptitudes reconocidas en todo el mundo, es la ausencia de rencor cuando hablan de España. Y hoy, cuando el sol vespertino matizaba de una pálida tonalidad de oro la costa de España, desde Trafalgar al Peñón, bajé a una pequeña playa en compañía de una amable familia israelita que me iba señalando las incomparables bellezas del paisaje. En la playa desemboca un pequeño riachuelo. «¿Sabe usted, señor, cómo se llama este río? Es el río de los judíos. Dice la tradición que aquí, en esta playa, tomaron tierra los primeros de nuestros antepasados expulsados de España. Aquí levantaron sus tiendas; aquí acamparon.» Y volvien-

do los ojos a la risueña costa bética, la persona que me daba estos datos, y con ella las demás que me acompañaban miraban con amor y melancolía a la España cruel que los había arrojado a las inhospitalarias costas africanas, abriéndose de paso, torpe y fanática, la gran herida por donde había de escapársele a torrentes la sangre de sus venas.

«Comunicaciones, escuelas, lengua... aprovechamiento de los elementos naturales de geografía, de vecindad y de los elementos espirituales de una raza... ¿Acaso no son todos éstos los factores fácilmente empleables por España en la lucha de concurrencia internacional que tiene por campo la tierra marroquí?»—se pregunta López Ballesteros, y afirmativamente le responderá, sin duda, todo el que lea estas líneas.

Hace poco tiempo, en uno de mis informes, hablaba yo justamente del rasgo de liberalidad del Marqués de Casa Riera, quien atendiendo a la insinuación del Rey se había desprendido generosamente de algunos cientos de miles de pesetas, destinados a la fundación de escuelas en Marruecos. Pero aun supuesta la noble donación y la inversión próxima de ese dinero, quedan dos problemas por resolver. Es preciso, primero, que en esas escuelas se procure, sobre todo, la racional expansión del idioma, no sólo entre los súbditos de España residentes en Ceuta, sino entre los judíos de abolengo español de todo Marruecos; y se requiere, en segundo lugar, que los métodos de enseñanza que se empleen sean menos anticuados que los que se hallan actualmente en vigor. La enseñanza española en Marruecos está en manos de congregaciones religiosas, según entiendo, y éstas, aunque animadas del más caritativo

de los celos, no se hallan pedagógicamente a la altura moderna. La rutina anda allí campando por sus respetos. Si España quiere, pues, aumentar su influencia secular, pero debilitada en extremo en Marruecos, tendrá que echar mano de maestros jóvenes, seglares preferentemente, familiarizados con modernos métodos y susceptibles de entusiasmo por esta bella causa de la civilización ibérica en el Africa refractaria y misteriosa...



IX

EL CONGRESO UNIVERSAL DE LA POESÍA

SERÁ preciso que me ocupe por segunda vez—y no ha de ser la última—del futuro Congreso de la Poesía en Valencia, única nota azul en medio de las angustiosas notas rojas de la guerra africana?

Este Congreso, que ahora se denomina «Congreso Universal de la Poesía», habrá de celebrarse en la ciudad levantina del 27 de octubre al 3 de noviembre próximos.

A él se invita a todos los poetas «que además de unidos por el sumo vínculo espiritual, lo estén por el de consanguinidad o por el de afinidad a los poetas españoles».

Con tal fin se ha publicado—y sus autores han tenido por cierto la bondad de unir mi firma a la suya—una entusiasta convocatoria, en la que se dicen, entre otras, las siguientes cosas:

«A los nacionales y regionales de la Península, así como a los del Continente e islas de América; a los franceses, incluyendo entre ellos a quienes cultivan las lenguas *d'oc* y

d'oil; a los ingleses del país de Gales; a los italianos que hablen dialectos e idioma; a los portugueses de aquende y allende el mar; a los alemanes, a los escandinavos, a los romanos y a los sefarditas se dirige este llamamiento.

»Deseamos, sin reparar en confesiones ni en procedencias, que acudan a la cita los servidores de la Musa académica y los enamorados de la Musa aldeana; los refinados y los ingenuos; los irónicos y los místicos; los cautivos de lo ideal y los andariegos de la vía pública; todos aquellos, en fin, que posean la gracia comunicante de las palabras armoniosas.»

Como se ve, nada se quiere de matices exclusivos, nada de hoscos, nada de escuelas inhospitalarias. Todos los poetas caben dentro de la serena amplitud del arte.

Pero sigue diciendo la convocatoria: «Y al convocar a los oficiantes convocamos de igual modo a los fieles, pues que a una sola comunión pertenecen los que administran y los que observan el mismo culto.

»Epoca de Renacimiento poético es la época actual, no obstante el predominio aparente de los intereses materiales y de las aventuras positivistas. La industria y el comercio han entendido que el arte es su mejor auxiliar; que las grandes empresas e iniciativas no se desarrollan exclusivamente en los libros de caja, y que sin un poco de vapor de alma no funcionan bien las mejores máquinas ni avanzan con segura velocidad las más potentes locomotoras.

»Ya no se considera a la Poesía como el ruido de un viento que, según la frase helénica, pasa desparramando gérmenes por golfos y despoblados. Se la considera como una sembradora que en dondequiera que hay una mota de tierra laborable deposita una semilla generatriz, como una

fuerza real que tonifica, embellece y engrandece la vida y el trabajo de los hombres.»

Decían los admirables artistas del Renacimiento: «Lo que seas, sélo con toda tu alma»; y antes habían dicho los latinos: *Age quod agis.*

Convengamos en que estos poetas de la convocatoria que he venido reproduciendo, cumplen, con amor, imperativos tales: Son poetas desde el fondo de las entrañas; creen que esta función de la poesía sigue siendo, a pesar de los pesares. la más alta de todas; no tienen vergüenza de ser poetas; al contrario, de serlo se ufanan y enorgullecen. ¿Pensarían de otra suerte en un congreso universal de la Poesía? ¿Tendrían de otra suerte ese entusiasmo cálido, contagioso hasta para los más pesimistas? Y por otra parte, a qué escribir convocatorias, a qué organizar congresos, a qué hacer nada en el mundo sin este factor capital del entusiasmo? Todo intento que por él no está animado, lleva en sí mismo su germen de muerte. Imaginad cuanto queráis; proponeos cuanto imaginéis, pero hacedlo con entusiasmo, y estáis salvados, porque vuestra noble exaltación contagiará a los demás, y cuando los demás estén contagiados de vuestra santa locura, ni encontrarán nada absurdo ni reputarán nada imposible.

¡Cómo queréis que triunfe el ensueño si lo lleváis vergonzosamente disimulado a las espaldas, como un fardo y no ya como un ala! ¡Cómo pretendéis que la poesía vuelva a enseñorearse de todas las cosas si ante la sonrisa irónica de cualquier troglodita os ruborizáis de escribir versos!

No hay, entendedlo bien, no hay empresa, por práctica que sea, que concebida en un grado eminente por ingenio, así sea un genio del negocio y del libro mayor, no tenga

una alta dosis de imaginación y de poesía. Los reyes del acero, del petróleo, de lo que queráis... inclusive del tocino, han necesitado para amasar la suma de poder que tienen en sus manos, una audacia poética, una imaginación exaltada. En la cima—lo mismo en la del negocio que en la de cualquiera otra actividad mental—siempre hay poesía, como en la cumbre de las altas montañas hay siempre nieve...

Volvamos empero todavía a nuestra convocatoria, que sigue diciendo:

«Bienvenidos serán a Valencia los que a este fraternal emplazamiento respondan, y bienhallados se sentirán en la espléndida metrópoli levantina, en donde a vueltas de cuatro centurias se determina un segundo Renacimiento mercantil, artístico y literario, en donde el ambiente moral es tan propicio a la faena de los brazos como al alumbramiento de las imaginaciones y en donde, si se multiplican las flores, no menos se multiplican los frutos.»

Ya en otra ocasión, comentando yo algunas palabras de Alfredo Vicenti en *El Liberal*, hablaba de este renacimiento artístico y literario, no sólo de Valencia, sino de toda España. En efecto, no hay época en que los juegos florales, los certámenes y concursos de todos géneros hayan sido más frecuentes, y es indecible el número de libros de imaginación que se leen. Blasco Ibáñez, a este propósito, me daba cifras que asombran. Existen ciudades españolas, de tercer orden, donde se venden hasta tres mil ejemplares de ciertos libros. Y en cuanto al arte, ¿cuál es la casa que se resigna a no ostentarlo en alguna de sus más amables formas? Se ha visto por ejemplo a duques a quienes el *chic* y el *sport* parecían alejar enormemente de ciertas manifes-

taciones artísticas, ayudar de un modo entusiasta, y efectivo sobre todo, a un joven pintor cuyo género de talento no parecía susceptible de impresionar más que a ciertos elegidos.

Ha podido quizá notarse en España, si no decadencia cierto espíritu retardatario para algunos progresos, que afortunadamente se van ya abriendo campo; pero el entusiasmo poético, literario, artístico, nunca como ahora ha estado despierto.

En Portugal también se advierte un activo movimiento literario y poético, y este entusiasmo por las letras es acaso el único que caldea los espíritus en la tierra lusitana. No hace mucho tiempo, en vida del rey don Carlos, un gran poeta: Guerra Junqueiro, la primer figura lírica del vecino reino, fué llevado a los tribunales por asuntos políticos.

Al preguntarle: ¿cuál es vuestra profesión?—«¡Soy poeta!»—respondió serena y reposadamente Guerra Junqueiro; y el juez, sin hacer la menor observación, sin la menor muestra de extrañeza, encontrando que ser poeta era ejercer una noble función social, hizo un gesto al secretario para que constase en el acta esta «profesión» de Guerra Junqueiro.

A don Juan Valera, en cambio, le causaba cierta pena pronunciar la palabra «escritor» cuando se le preguntaba su profesión, y prefería decir que era diplomático retirado; pero nacía la pena de don Juan de una consideración pecuniaria. Parecíale que la profesión de escritor estaba indecorosamente pagada en España, tanto que apenas podía mencionarse como «oficio».

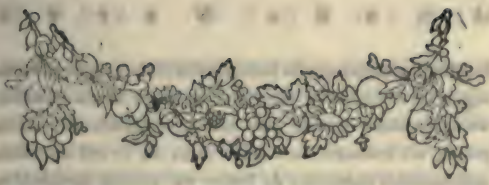
Pero antes de terminar este breve informe, bueno será que sepan ustedes cuáles son los fines «prácticos» (usemos

la palabra ya que está tan en boga) del Congreso universal de la Poesía:

«Anhelamos—dice la convocatoria—concretar los esfuerzos de todos los interesados para asegurar las conquistas modernas y ensanchar las acciones futuras de la Poesía; queremos reforzar los lazos de la simpatía con los del recíproco apoyo entre los poetas de España y los de fuera, sostener la fe, alentar la inventiva y agrupar en torno a quien sepa hacer sentir, auditorios cada día más numerosos y varios que le escuchen; es nuestro propósito fomentar y propagar un culto a la vez humano y divino, cuyo influjo sobre las conciencias y las inteligencias supera al que ejercen las otras bellas artes.

»Pero deseamos también que para los efectos de la propiedad intelectual, de la publicidad y de la librería; para el intercambio de la producción nacional y extranjera y para obtener de los Gobiernos protección análoga a la que alcanzan la música, la pintura y la escultura en todas sus derivaciones, presenten, discutan y aprueben los congresistas aquellas fórmulas y reglas que mejor conduzcan a los fines expresados.»

Tranquilícense, pues, los utilitaristas: Esta fiesta «de la paz, de la fraternidad y de la cultura» tiene sus fines concretos definidos, prácticos. El tiempo, que diz que es dinero, no se perderá del todo. La cigarra en esta vez ha hecho alianza con la hormiga.



X

EL INTERCAMBIO UNIVERSITARIO.—LOS LITERATOS ESPAÑOLES EN AMÉRICA

PARECE (Videtur, decía siempre Santo Tomás en todos los parágrafos de su Summa, y en los tiempos que corren es más cuerda aún la palabra esta), parece, pues, que el intercambio universitario tratándose de Francia y España, y sobre todo de España y las Américas de habla castellana, da admirables frutos.

Que la madre Patria envíe a América un Rafael Altamira, un Miguel de Unamuno; que México envíe por ejemplo a otros países un Ezequiel Chávez; que mande el Uruguay un José Enrique Rodó: todo esto está muy bien. Cada país tiene sus adelantos propios, característicos, digámoslo así; sus métodos, sus adaptaciones, sus hallazgos pedagógicos. Aun cuando la corriente de las nuevas ideas se hubiese derramado igualmente sobre todas nuestras entidades hispanoamericanas—lo cual no es cierto ni podía suceder—,

resultaría siempre que la fecundación habría sido diversa según las condiciones especiales de cada tierra. Muchas veces acontece que un país menos avanzado que otros puede, sin embargo, enseñarles algo, en virtud de estas adaptaciones especiales de frutos sui géneris producidos por su savia peculiar. De allí que el intercambio universitario sea utilísimo aun entre países de muy desigual cultura. Valdría la pena de intentarlo únicamente para saber cómo aplican otros países tales y cuales métodos experimentales que nosotros conocemos de sobra, pero que hemos seguido a nuestro modo.

Pero si tal intercambio es indispensable, ¿pasa lo mismo con las conferencias de literatos? La cuestión es de gran actualidad ahora que Blasco Ibáñez ha ido a la Argentina y piensa ir a México, y vale la pena de ser consultada. Oigamos, desde luego, lo que de ella piensa el ironista Martínez Ruiz, el pequeño filósofo español, el ex-travieso y enseriado Azorín:

«El hecho de que un novelista popular vaya a América a pronunciar unos discursos en un teatro—dice Azorín—ha llenado de admiración a los periodistas. Se han dicho muchas cosas sobre ello; se han fundado admirables esperanzas relativas al porvenir de nuestra patria en el continente americano.

»A mi parecer, las cosas se han sacado un poco de quicio. Las letras españolas son... lo que son en la actualidad y están... como están. ¿Pero puede decirse que Fulano o Mengano es el embajador de las letras españolas en América? Todo esto es algo infantil; en la llamada *república literaria* ni hay presidente ni ministros ni embajadores. Cada cual representa lo que es y nada más. Cada cual es lo que es y

no otra cosa. Un escritor a quien le han propuesto hacer un viaje y dar por tal cantidad unas conferencias, puede aceptar el trato y marchar a América y hablar en un teatro. Pero esto será un hecho individual; ni tendrá en ello nada que ver la literatura nacional, ni tal literatura podremos considerarla representada en dicho escritor. Ahora, después de esto, cabe considerar quién es el conferenciante y lo que exactamente, sin hipérboles ni ficticios entusiasmos, representa en la literatura nacional.

»Puede darse el caso de que vaya a América un escritor verdaderamente meritísimo; pero puede también suceder que no marche a las Repúblicas americanas sino un escritor meramente «popular», «renombrado». Si el escritor de verdadero mérito no es «popular», es muy difícil que sea llamado para dar conferencias en los teatros; lo que se desea en este caso (caso puramente industrial) es que vaya allá un literato de gran nombradía, muy conocido, muy ensalzado por los periódicos. De otra manera, siendo un artista conocido sólo y gustado por un grupo de espíritus selectos e independientes, ¿cómo iba a ser negocio el llevarle a América? ¿Quién iba a llenar el teatro?»

✠

Ciertamente que este asunto debe considerarse de dos modos: como negocio y como arte; pero yo opino, con la venia del amigo Azorín, que el hecho de que una empresa gane llevando un escritor popular a América, no significa que el viaje de este escritor deje de producir frutos. En primer lugar, ¿en qué forma sino en ésta irá un escritor a las Repúblicas americanas a dar conferencias? ¿Pretende Azorín que por su cuenta y por acendrado amor al arte

haga el viaje? Pero si los escritores populares de España, como Blasco, necesitan apoyarse en empresas editoriales poderosas para dar conferencias en América, los exquisitos, los que sólo conocen la crema de los elegidos, los santos de cenáculos íntimos, ¿cómo podrían excursionar al Nuevo Continente?

Por otra parte, no se trata de irnos a mostrar a los intelectuales americanos los hombres que más valen en España. Nosotros los conocemos de sobra. Se trata de conquistar masas, de hacer labor de propaganda mental, de unificar el idioma, de enlazar todas las manos que se tienden de uno y otro lado del mar, y esto no pueden hacerlo los exquisitos, esto lo hacen los populares, no los Valle Inclán, sino los Blasco Ibáñez.

Ya está mandado retirar ese desdén por los hombres que aciertan a conquistar a las almas simples. Los exquisitos son ingratos para con ellos, porque merced a ellos existen, como existe la crema merced a la leche.

Claro que ha de ser muy conveniente y muy útil, como lo dije arriba, que vayan a América Unamuno y Altamira; pero es muy útil y conveniente también que vaya Blasco Ibáñez.

Además, para repetir las palabras que Azorín oyó de boca de un argentino, «Los españoles hablan de América como los franceses de España». Pero no los españoles cultivados y exquisitos; ésos lo saben todo; saben *hasta* los nombres de las capitales de cada República, y suelen estar convencidos de que ya somos gente de razón y aun de que ejercitamos con cierta frecuencia la facultad de pensar. Los que suelen saber menos son los escritores populares, así de España como del Extranjero, y por allí se leen novelas en que la pobre etnografía y la geografía misma de nues-

tros países andan Dios sabe cómo. Y esos libros populares son los que nos hacen más daño; ya que hemos convenido en que los libros exquisitos no los leen más que las dos o tres personas exquisitas que hay en cada país, que vayan, pues, a América los escritores populares. Es posible que mañana Blasco, incitado por las reminiscencias de su viaje, escriba alguna novela sobre América, y es posible, asimismo, que en esta novela revele un conocimiento mejor de nosotros que el que los franceses revelan de los españoles.

X

EL V CONGRESO DEL ESPERANTO EN BARCELONA

En los primeros días del mes de septiembre se celebró en Barcelona el V Congreso Esperantista, bajo la presidencia del mismísimo doctor Zamenhof.

Acudieron esperantistas de todos los rincones y esquinas del mundo—¿no dice por ventura el abate Moreux que el planeta que habitamos es poliédrico?—y después de algunas sesiones en que habló, naturalmente, de los avances y progresos de la *lengua universal*, el celebérrimo doctor y sus numerosos adeptos se trasladaron a Valencia, donde en la actualidad la exposición regional congrega mucha gente, y llenaron uno de los números del programa de septiembre de dicha exposición.

Ya en un informe reciente hablé yo del Esperanto y de si había probabilidades de que el castellano lo sustituyese en sus pretensiones de Lengua Universal. Por cierto que este mi informe fué muy reproducido, especialmente en Estados Unidos, y el ilustre Altamira me escribió una carta pidién-

domelo, pues comulga conmigo en idea tan halagadora y se propone desarrollarla, como él sabe hacerlo—y aun dice haberlo hecho ya—en amplio trabajo que pronto habrá de publicarse.

En cambio a ciertos esperantistas hispanoamericanos no les agrada mi idea. Eso de que el idioma que hablan se les vaya volviendo universal; eso de que de la noche a la mañana los entienda todo el mundo, no les hace maldita la gracia. Lo que ellos quieren, sobre todas las cosas, es un idioma nuevecito, que no sepan más que unos cuantos. Aunque esto parezca paradójico, tal es su psicología. Si toda la gente medianamente instruída y llegada a los treinta años supiese el Esperanto, los hispanoamericanos de que hablo lo detestarían.

Se trata de un juguete nuevo y de una nueva forma de vanidad pedagógica, que es la más indigesta de todas las vanidades.

✠

No, señores míos, no soy amigo del Esperanto. Soy *Amicus esperanto, sed magis amica lingua mea*... (¿Está bien este latín, mi querido Balbino?)

Yo deseo que la gente se entienda... sin dejar de confesar que aun con el Esperanto y todo—¡ay!—¡los hombres seguiremos no entendiéndonos! Proclamo que el «idioma universal» ha hecho ciertos progresos. Son esperantistas, y no me duele decirlo: Appel, Boirac, D'Arsonval (el mago aquel que con corrientes alternas cura la arterioesclerosis... o dice que la cura); Bouchard, el Patriarca del Instituto, árbitro de los estómagos de la humanidad; el notorio, smart y sabedor príncipe Rolando Bonaparte; el muy sabio Pain-

levé, y Gautier, Haller y el nobilísimo doctor Doux, y el general Lebert y Deslanores... es decir, la mitad del Instituto de Francia... y el popular Monsieur Bienvenu Martin, y Godart y Cornet Deloude... y la mar.

Ya veis mi imparcialidad, pues que no me duelen prendas y cito a los esperantistas conspicuos, y aun diré más: diré que todo un Tolstoi y todo un Max Muller y todo un Henry Philipps han manifestado su superior aprobación con respecto al Esperanto.

Hay todavía un hecho significativo, a saber: que el Esperanto ha alcanzado los actuales progresos de que se ufana «sin más estímulo que la satisfacción personal que procura el estudio», como dice muy bien un adepto; esto es, que el vil metal no ha intervenido para nada.

✠

Pero...

Sí, ustedes me van a permitir un solo y modestísimo *pero*.

Pero el Esperanto, lengua llena de cualidades, es feo... sí, señores filólogos, ya solté la palabra, ¡es feo! Es como esas señoritas muy honestas, muy virtuosas, que son sacos de cualidades... pero no se casan nunca, a pesar de sus reiteradas súplicas a San Antonio... por falta de una sola cosa: de simpatía, de gancho, si me dan ustedes su venia para usar esta palabra.

Es un idioma lleno de probidad (dejaría de ser suizo), pero que carece... ¿cómo diré aún de lo que carece...? Pues carece de ondulación, como el pueblo suizo, como el pueblo vasco, como otros pueblos que hay en la tierra y cuyos idiomas son rígidos, angulares...

Hay otro inconveniente aún; pero éste no vamos a acha-

carlo al Esperanto en particular, sino a cualquier idioma internacional; y es que dos personas de distintas nacionalidades se entenderán por medio de él con bastante dificultad. ¿Por qué? Por el acento.

Por simple cuestión de oído. Imaginad que un ruso, un alemán y un francés recitan en latín el Paternoster. Ya veréis qué tres paternoster tan distintos. No parecerán ni siquiera primos hermanos. Todos habéis oído, sin duda, la peculiar prosodia con que los franceses pronuncian el latín. Aun se cuenta, que, consultada en cierta coyuntura la Sagrada Congregación de Ritos sobre la manera más idónea de pronunciar el latín, diz que dijo: «De todos modos, menos a la francesa...»

En honor de la verdad, ello no pasa de ser un chiste, y para convencerse, basta oír a los tudescos o eslavos latinizar. ¿Cómo pronunciaban el latín los romanos del siglo de Augusto? Vaya usted a averiguarlo, tratándose de una lengua que ha pasado por tantas corrupciones, por tantas razas. Pronunciar el latín como los italianos es acaso lo más prudente, porque se trata de un indicio... Pero sólo de un indicio.

Así, pues, cada pueblo—que no sólo los franceses—imprime a una lengua extraña su sello. Si el parisiense dice *Oldanglan* en vez de Old England, no os alarméis: oíd más bien cómo pronuncian los ingleses... cómo solemos pronunciar nosotros ciertas palabras, admirables de matiz y de expresión, de la maravillosa lengua de Chateaubriand, de Víctor Hugo y de Paul Verlaine.

Pero, volviendo al Esperanto, he aquí que acontece con él lo mismísimo que con el latín.

¡Oíd hablar la futura lengua internacional a un alemán y a un español, y veréis el resultado!

Si en Madrid suelen no entendernos a los hispanoamericanos, sobre todo la gente poco cultivada, hablando y todo como hablamos un castellano regularcito, imaginad lo que acontecerá cuando gentes de acentos diametralmente opuestos, como un japonés y un francés, quieran entenderse en Esperanto!

El acento está en la médula de nuestra fisiología. Se aprende un idioma, pero no se aprende su acento. Sólo la práctica, no de años, sino de lustros, suele conquistarlo. Conozco mexicanos que residen hace veinte años en París y que hablan el francés como *auvergnats;* ¡qué más! Conozco marselleses a quienes en París difícilmente entienden diez palabras.

Pero, en fin, no alambiquemos la cuestión. El español que pide *sanpán* por *champagne* acaba por ser servido (sobre todo si tiene un luis en la mano), y ningún joyero de la rue de la Paix deja de vender una joya porque le llamemos a ésta *bisú*, como he oído llamarle a muchas apreciables personas de mi raza.

El Esperanto es un intento serio de *inteligencia mundial* (¡qué horror de palabra!), y hay que estimularlo; no le hagamos la guerra con la acritud de Monsieur Remy de Gourmont. Más bien pongamos nuestro buen deseo en la balanza en que le ha colocado la sana voluntad de algunos hombres.

Desinteresada e imparcialmente, pues, apuntemos aquí algunos párrafos de cierto bien intencionado filólogo a propósito del V Congreso celebrado en Barcelona, y que sirve de tópico a mi informe:

«Quien haya consagrado algún tiempo al estudio del Esperanto—dice Monsieur Emile Fallek—sentirá por él gran admiración. Su principio, al menos, interesará a toda persona sensata lo bastante para que no sea hostil, o para acabar con lo que es peor que la hostilidad misma, con ese indiferentismo acerbo que así embaraza las grandes obras de progreso, como trata de obscurecer los más bellos ideales, impidiendo se desarrollen con la rapidez deseada.

»Pregúntese—añade—, por curiosidad, a los jóvenes que han aprendido una lengua extranjera, después de algunos años, si sienten cariño hacia ella; si creen que la dominan lo suficiente para sostener una conversación; hágase una estadística, y ella será tan edificante, que el lector podría predecir, sin vacilar, de qué lado caerá la balanza. Sentad después la misma cuestión a los numerosos estudiantes del Esperanto, y ya se verá la respuesta afirmativa que sale de sus bocas.»

Yo creo que esta prueba a que somete el Esperanto el señor Fallek, es harto ingenua. Yo conozco gentes que han llegado a dominar el inglés o el alemán, y abundan quienes, sin dominarlos, se dan a entender en ellos. Todos éstos sienten un gran cariño por tales lenguas, lo cual se explica porque el efecto natural de un esfuerzo logrado es el entusiasmo. No veo por qué solo el Esperanto ha de producir placer e inspirar afecto a quien lo entiende. Trátase más bien de un privilegio común a las lenguas vivas.

No necesita, por cierto, la nueva lengua internacional, de argumentos—tan débiles como el anterior—para su defensa. Mostrémosla más bien como la necesidad por excelencia de la época, y acertaremos.

«La rapidez de comunicaciones (de las aéreas), acortan-

do en cierto modo las distancias—dice también Monsieur Fallek—y atravesando las fronteras, dará ocasión a una mezcla tal de nacionalidades e idiomas, que para evitar probables confusiones será preciso hablar una lengua auxiliar que esté al alcance de todas las inteligencias.»

Este sí es argumento—aunque viejo como el mundo.

En efecto, hay que aprender el Esperanto en previsión, especialmente, de que todo ser racional acabe por tener aeroplano o automóvil. Se trata de una necesidad futura, no de una necesidad actual, porque sépalo el señor Fallek: hoy por hoy la gente que usa el automóvil y que empieza a usar el aeroplano, se entiende perfectamente en francés. En Europa no hay una sola gente bien educada que no hable francés. Los hispanoamericanos, que somos viajeros por excelencia y que estamos en todas partes, nos damos a entender en francés con suma facilidad.

El problema del Esperanto es un problema para mañana y no necesita la lengua internacional que la defiendan. O es necesaria o no. Si es necesaria triunfará. Si no, irá al cesto adonde fué el Volapuk y adonde van todos los bizantinismos y modas de los hombres.

XII

ALTAMIRA Y EL ESPIRITU DE COLECTIVIDAD

Cuando este Informe llegue a México, el ilustre Rafael Altamira habrá dejado ya nuestras playas; pero su noble tarea de desinterés, fraternidad y cultura latinos empezará a producir sus frutos.

Altamira no ha ido a América por su espíritu de lucro (el viaje constituye quizá para él un sacrificio), ni por deseo de gloria. Ha ido «representando un movimiento de opinión»; ha ido a tender un puente entre las ideas jóvenes y vigorosas, entre los deseos de cultura moderna, que bullen de uno y otro lado del mar, en los espíritus hispanoamericanos.

La característica esencial de este sabio, tan moderno y tan hondo, es el despego de su yo, el desdén de la gloria personal, el amor a la obra colectiva.

Bueno será que recordemos sus palabras en la Universidad de Oviedo, cuando con un banquete fraternal y filial lo despidieron los profesores y los alumnos.

«Días ha—dijo—que me conmovió profundamente un espectáculo grandioso: un artista aclamado por la muchedumbre que llenaba el Coliseo de Campoamor. Un hombre era en aquel momento el intérprete de los sentimientos de una multitud que como él pensaba, que como él sentía; pero si es muy grande verse aclamado por las muchedumbres, es más grande tadavía ver que al paso de un hombre por la vida se ha dejado una huella en sus semejantes que la semilla desparramada no se ha perdido, que algo germina en los corazones, que se debe a una obra personal. Yo tuve y tengo la dicha de alcanzar lo que deseaba: veo algo mío en otros, veo que mis semillas no cayeron en erial, y puedo decir con orgullo: «Esto es mío.» Esto es lo que me enseña este banquete que yo acepté con todos mis amores.

Pero entiéndase bien: si el banquete significara solamente una adhesión a mi persona, yo no lo aceptaría. La propia personalidad nada vale: nada es, si no encarna en ella un movimiento colectivo. Esto lo es todo y aquélla sólo es necesaria como instrumento indispensable de la encarnación, ante la cual hay que rendirse por costoso que sea.

Algunas veces me pregunté a mí mismo: ¿No sería mejor trabajar silenciosamente en mi cátedra, ser erudito, satisfacer el deseo de saber más; no sería mejor que emprender esta cruzada digna de más grandes héroes? De joven también yo luché por mi éxito, por la supremacía de mi «yo» pero luego me sentí irresistiblemente atraído por cuanto significaba obra social, obra colectiva.

Es verdad que voy a América porque tengo fe en España, como decía nuestro compañero Valdés; pero entendámonos: ¿de qué España se trata? Si de la España política, de la España de luchas y divisiones, en ésa no tengo fe;

pero sí tengo fe en el espíritu español, en ese espíritu grande y generoso que tanto se distingue por su amor a la justicia, y que reverdece vigoroso en América, a la cual podemos considerar, no como una tierra extraña, sino como nuestra nueva casa, en donde vibra el espíritu español que allí luchó por el ideal que, aunque equivocado, era grande y hermoso.

Tengo gran fe en la juventud que trabaja, no en el estudiante que sólo persigue el sobresaliente y un título; no en quien se contenta con aprender los programas de las asignaturas, que eso poco significa. No creáis que mis mejores discípulos, mis verdaderos discípulos son éstos, sino los que obedecen a una orientación arraigada, aquellos en quienes germina una dirección adquirida en su convivencia con el profesor. La obra de estudio de programas y asignaturas se disipa, es obra muerta; lo que queda, lo que permanece es la influencia que determina el rumbo de la vida.

Yo os aseguro que toda vida, por humilde que sea, tiene su día de fiesta, día que no debemos buscar, sino esperar, como decía Leopardi, para que en ese día, cuando el mundo os reclame, podáis decir: aquí estoy. Procurad llevar a cabo la máxima de los educadores ingleses, que es hacer caballeros antes que sabios, hombres desinteresados y que odien la mentira antes que hombres egoístas e hipócritas.

Voy a América, no por mi éxito personal, sino representando un movimiento de opinión: sea o no un fracaso nuestra idea (hay derrotas que honran tanto como una victoria), siempre quedará la gloria de nuestra iniciativa, gloria que en absoluto corresponde a nuestra Universidad, y, como representación de ella, a su ilustre rector.

Si alguna vez se apodera de mí el desaliento en esas horas de desmayo que a veces nos amargan la vida, bastará para reanimarme el recuerdo de mis estudiantes, que tanto se interesan por mi obra.»

«La propia personalidad no vale nada, nada es si no encarna en ella un movimiento colectivo. Este lo es todo, y aquella sólo es necesaria como instrumento indispensable de la encarnación, ante la cual hay que rendirse por costoso que sea.»

He aquí, pues, el sencillo programa de este hombre culto y bueno, y he aquí también incluída la razón por la cual los pueblos latinos avanzan tan poco.

No hay más que dos tendencias en el mundo: la personal y la colectiva.

Existen dos clases de seres: los que buscan el medro, el triunfo, la preeminencia de su propio individuo, y los que suman su yo a la colectividad identificándose con los fines de ésta. Los segundos son los que realizan las grandes cosas, los que fundan los grandes pueblos, los que hacen triunfar las bellas causas. Ejemplos: el Japón, Alemania, ciertas comunidades preponderantes, a pesar de todo, como la Compañía de Jesús y los sindicatos modernos, que se están imponiendo en Europa a todas las hegemonías sociales anteriores.

El hombre es superior a la amiba porque constituye una confederación de células abnegadas (valga el calificativo) que no tienden más que a un gran fin común.

Toda asociación se convierte en intensidad de vida, y cuanto más los individuos se diluyen en la colectividad,

más reciben de ésta, que al engrandecerse los engrandece.

Altamira posee este espíritu de colectividad vastamente desarrollado... Pero, hay que confesarlo, se trata de un temperamento privilegiado, que tiene algo de ascético, en el buen sentido, es decir, que se somete voluntariamente a la severidad de una sabia disciplina. Y temperamentos así son excepcionalísimos en nuestra raza.

Los latinos vivimos y morimos luchando desesperadamente por el triunfo de nuestra pequeña personalidad. La raza, los intereses comunes, la educación nacional, la cultura intensiva... Bueno, son bellas cosas; pero lo esencial es que triunfemos nosotros: el Estado está hecho para el individuo.

Veamos, por ejemplo, al hombre intelectual. Le oiréis hablar con frecuencia de altruísmo, de la instrucción de las masas, del bienestar de la colectividad; pero en el fondo esto le importa un comino. Lo que él desea es que sus libros se lean y que su nombre vuele de zona en zona. Si predica ideas nuevas no es por revolucionar con ellas, sino porque hieren el sentimiento usual, la mentalidad media de los otros, y así llama la atención.

Qué pocos escritores de nombre, qué pocos poetas han tenido, por ejemplo, el santo valor de dedicar su obra a los niños, de pensar y escribir sólo para ellos, aun disminuyendo, a fin de ser comprendidos, la altura de sus ideas, desmigajando sus pensamientos como Víctor Hugo, a quien no le impidió, por cierto, ser un grande hombre *¡l'art d'être un grand père!*

Y lo propio pasa con los músicos, con los arquitectos, con los pintores, etc.

Todos quieren hacer de la Patria un pedestal para su

loria, encaramarse a ella para que los vean de fuera, y con ecuencia se duelen de que el pedestal es aún harto pequeño... pero sin curarse jamás de fundir su esfuerzo al de los hombres de buena voluntad, para agrandarlo. Yo—y perdóneseme que me cite a este propósito por venir el ejemplo tan a pelo—, desdeñando mi reputación literaria y lo que pudiesen decir de mí los tres o cuatros amigos *exquisitos e inenarrables* que tengo, escribí en cierta ocasión un libro de cantos escolares, graduados, porque me dolía oir las coplas y refranes, llenos de una deplorable chabacanería, que cantaban los niños de México.

Un editor consintió en publicarlos... pero faltaba la música y no fué fácil hallar un músico mexicano que *tuviese tiempo* de componer cuarenta o cincuenta melodías simples y apropiadas.

No es raro, en cambio, que músicos y poetas compongamos con títulos y aun con letras y asuntos extranjeros cosas inútilmente bellas, que en Europa no se han de conocer y que en México no pasarán de los libreros y atriles de cuatro o cinco señoritas que manejan idiomas.

Y es que los intelectuales mexicanos solemos creer aún que lo que más nos interesa es dilatar nuestro nombre por el viejo mundo, formarnos una reputación europea, pedir—a veces humildemente—a los extraños que se dignen creer que tenemos talento, sin pensar que la Patria requiere trabajo abnegado y obscuro, celo constante por la raza y no reputaciones y nombres sonoros, que no nos sirven ahora para nada, porque con nombres y reputación ni se educan nuestros indios, ni aprende a pensar nuestro pueblo, ni hemos de llegar a ser una gran nación.

...En cuanto al libro de marras, el editor y yo, tras haber

logrado la colaboración fragmentaria de un maestro harto inspirado, pero también harto pobre y que por pobre hubo de abandonar la metrópoli, tuvimos que dirigirnos a un europeo—para que pusiese música a cantos escolares mexicanos—; pero al fin nos dolió esto, y el malaventurado librejo quedó guardado en un cajón para cuando haya un maestro mexicano—y lo habrá, sí, señor, lo habrá; yo, metido a optimista, lo he de ser incorregible—que arriesgue su reputación por incurrir en el vitando calificativo de «popular» y escriba música para los niños, para los que han de ser el México de mañana (1).

Si dirigimos nuestra mirada a los arquitectos de la gran familia hispana — y conste que exceptúo aquí los de México porque soy enemigo de que mis afirmaciones, impersonales por excelencia, se juzguen alusivas—descubriremos en ellos un personalismo no menos deplorable.

Por tener *ideas propias*, algunos de ellos nos están llenando el continente de edificios de un gusto generalmente pésimo; todo menos imitar a las clásicos.

Los grandes maestros del tiempo de Luis XIV, Luis XV y Napoleón, los Mansard, los Hardouin, los Soufflot, los Giraldini, los Lemercier, los Louis, los Chalgrin, los Poecier y los Fontaine, jamás vacilaron, sin embargo, en inspirarse en la antigüedad serena, para edificar maravillas como el Panteón, como el Palais Royal, como el arco de la Estrella y el del Carrousel, como la plaza y la columna Vendome, como el Palais Bourbon, como la Magdalena, como el gran teatro de Burdeos, como la magnífica columnata del Louvre que mira hacia San Germán d'Auxerrois, como la infini-

(1) Véanse estos «Cantos escolares» en el tomo II de la presente colección de *Obras Completas*.

dad de castillos de las márgenes del Loira. Y por eso Francia es la nación de los palacios y de las maravillas. En cambio, los hispanos-americanos, salvo honrosas excepciones—y entre ellas (aludiendo para el elogio ya que no aludo a nadie en la censura) bien está que cite el hermoso monumento de nuestra independencia que se erguirá, el de hombres ilustres, severo y noble, y el palacio de correos—, los hispanos-americanos, digo, preferimos edificar piezas de confitero, churriguerías deplorables, con tal de tener «estilo propio», como si un Tolsa no lo hubiera tenido al crear la admirable escuela de Minas.

... ¿Pues y los pintores? ¡Pero a qué insistir! Altamira lo ha dicho: la propia personalidad nada vale si no encarna en ella un movimiento colectivo. Obtengamos de la visita de este español ilustre a la América latina el fruto de un poquito de altruísmo intelectual. No nos avergoncemos de volvernos como niños para que un día los niños puedan volverse hombres. «Y si no os volviereis como estos pequeñitos—dijo Jesús—no entraréis al reino de los cielos.»

Aquí se trata de entrar también en el reino de la tierra que es el reino de la cultura.

México será grande el día en que dentro de cada uno de los intelectuales mexicanos haya el espíritu de un maestro de escuela.

XIII

LAS MUJERES Y LA ACADEMIA

HA vuelto a suscitarse en Francia esta cuestión particularísima y sugestiva: ¿Debe admitirse a las mujeres en la Academia?

Cuando el sagaz y cultísimo Emilio Faguet recibió «bajo la cúpula» a René Dounic, dijo estas palabras refiriéndose a Madame de Sevigné: «Una ley, en mi concepto deplorable, niega los honores de la Academia a las personas de su sexo».

¿Por qué se los niega?

Porque la Academia fué fundada en una época en la cual no se creía aún en la igualdad mental del hombre y de la mujer. He allí todo. Pero en los actuales tiempos, ¿qué podría objetarse? Nada... Sin embargo, hay unos señores que se llaman tradicionalistas, es decir, esclavos del precedente, los cuales pretenden que todo debe ser como era antes, por la sencilla razón de que así era antes. Estos señores de alma inmóvil niegan a la mujer el derecho de entrar a la

Academia porque su fundador no se lo concedió. Su razonamiento es el siguiente: «Los reglamentos académicos ni siquiera autorizan a que se plantee la cuestión. Si alteramos las reglas constitutivas de la Academia Francesa, acabamos con la institución misma. Su fuerza reside en su carácter permanente: es intangible. Tal como fué creada en 1635, debe persistir a través de los siglos. Si tocáis una sola piedra del edificio, aunque sea con el pretexto de consolidarla, se derrumbará pronto el edificio mismo.

»Por tanto, sea cual fuere el valor de las escritoras, no conviene considerar como posible su candidatura, porque el fundador de la Academia Francesa no lo quiso. Y no era por cierto porque faltasen, en el momento en que Richelieu reunió a los primeros académicos, mujeres de letras de gran talento y de renombrada virtud. Así, pues, lo que no plugo a Richelieu no sería oportuno discutirlo ahora.»

Esta opinión de los «conservadores» es la de Mauricio Donnay, quien se expresa en la siguiente forma: «Estimo que debe conservarse a la Academia el carácter que le dió su fundador.Y además, a la hora actual, las mujeres tienen otras cosas que conquistar, mejores que el sillón bajo la cúpula» (el argumento de Donnay es el viejo argumento de los que no quieren dar loque se les pide. «Si esto no vale la pena de buscarse...» Pues si no vale la pena, ¿por qué se empeñan ellos en tenerlo solos? Allá las candidatas que juzguen. Al señor Donnay no le importa si ellas tienen cosas mejores que conquistar. Pero sigue diciendo): «Sería más importante para ellas participar de la prerrogativa del sufragio llamado impropiamente *universal*, que entrar al Instituto. Con eso de querer estar en todas partes después de no haber estado por largo tiempo en ninguna (es una

manera de hablar), las mujeres correrían el riesgo de comprometer una justa y noble causa: me refiero al feminismo».

Como se ve, Donnay sigue saliéndose de la cuestión, según dijo el cocinero del cuento a los patos.

Se trata de saber si las mujeres pueden o no entrar a la Academia, y no si les conviene o les perjudica entrar.

Hay, en cambio, inmortales de espíritu moderno, en cuyo concepto la mujer podría brillar en la Academia. Monsieur Faguetes uno de ellos, según dije. He aquí sus palabras.

«Convencido de la igualdad intelectual del hombre y de la mujer, estoy por la igualdad de derechos entre ellos. Es estúpido que en el siglo XVII, Madame de Sevigné, Madame de La Fayette y Madame de Maintenon no hayan pertenecido a la Academia, tanto más cuanto que eso es justamente lo que impide ahora comenzar, porque dicen por allí: No haber comenzado por Madame de Sevigné y comenzar por Madame Dupuis, Dupont o Durand... He aquí las consecuencias de una falta.»

Y yo me digo: si la señora Dupont, Dupuis o Durand tiene tanto talento como la señora de Sevigné, hágasela académica, aun cuando su nombre no sea decorativo.

El académico Eugenio Brieux está en absoluto de acuerdo con Paul Hervieux en que más bien se cree en el Instituto una sección consagrada al mérito femenino en las letras, las artes y las ciencias. Piensa que este proceder suprime muchos inconvenientes.

Claretie, por su parte, exclama: «Es ésta una cuestión grave que no puede resolverse así, de pronto.» La cosa no es nueva, sin embargo, y Jorge Sand le consagró en otro tiempo un folleto intitulado *Puorquoi les femmes à l'Academie,* y por cierto, la gran escritora no era de opinión favo-

rable a su sexo. Sin embargo, si Jorge Sand se hubiese presentado y me hubiera encontrado yo entre sus electores, sin vacilar habría dado mi voto al autor de *François le Champi.*

Ya lo creo; como que Jorge Sand tenía infinitamente más talento que M. Claretie y que muchos de sus inmortales colegas.

✠

En España se ha tratado ya esta cuestión a propósito de doña Emilia Pardo Bazán. Nadie duda de que la ilustre dama tiene más títulos que muchos inmortales a usar la venera; nadie duda tampoco de que no la usará jamás.

Después de todo, esta inhabilidad oficial favorece a las mujeres.

¿Qué ganarían ellas con ser académicas? Diremos, como Mr. Donnay (el que se sale de la cuestión): ¿No nos hemos acostumbrado, por ventura, a excluir de este concepto de académico el concepto de verdor, de primavera, de lozanía? Un académico de número joven es un contrasentido. La venera en España es casi siempre galardón de las canas. Ahora bien: la mujer es la juventud eterna. La *inmortalidad* académica no sólo no se la da, sino que acusaría contrastes y sugeriría comparaciones, y nuestras académicas, más desgraciadas que Calipso, sufrirían doblemente: por no poder ser jóvenes y por ser inmortales.

XIV

EL CASTELLANO Y LA ESCUELA DE SALÓNICA

Los israelitas y el judeoespañol.

El Comité Central de la Alianza Israelita de París ha rehusado la admisión de un profesor de español para la Escuela de Salónica. A lo que parece, la proposición emanaba de la misma España, que varias veces ha insistido en su natural pretensión.

En la Escuela Normal israelita de Auteuil la asignatura de la Lengua castellana es, según leo, facultativa, y de ella está encargado un español. Son muy pocos los judíos que cursan castellano, en virtud de que en una sola de las numerosas escuelas de la Alianza—en la de Tetuán—, existe cátedra de español; ¿quiere decir esto que nuestro idioma va a ser derrotado por el italiano y el francés en Oriente? Bien lo quisieran franceses e italianos, que hacen laudables esfuerzos por imponer sus idiomas respectivos, pero no es ni puede ser así.

Los israelitas no estudian el castellano... pero en cambio lo saben. Es todavía una de sus dos lenguas vernáculas.

Quien lo dude, que consulte los diversos estudios que a tan sugestivo asunto ha consagrado don Angel Pulido Fernández, especialmente el que intitula «Intereses nacionales: Los israelitas españoles y el idioma castellano».

«El viajero español que recorre la mayoría de las naciones de Europa—dice Pulido—y más señaladamente las de Oriente, suele hallarse sorprendido de modo agradable cuando se entera de que en el tren, en el vapor, en las tiendas de comercio correspondientes a pueblos y ciudades cuyos naturales idiomas se diferencian radicalmente del suyo, encuentra, con frecuencia extraordinaria, individuos que primero escuchan con interés su expresión española, y luego con simpática espontaneidad, entablan conversación y hablando un castellano rarísimo y en grado desigual, pero muy desigualmente inteligible, se le presentan con marcada satisfacción como compatriotas de Oriente, y mantienen regocijados y afectuosos un largo coloquio sobre motivos de raza, de historia y de nacionalidad. Estos individuos son representantes de la muy extendida raza de judíos españoles, cuya existencia y conocimiento miramos torpemente con la mayor indiferencia todos en nuestro país, siempre imprevisor y ligero, desde los gobiernos a los sabios y desde los historiadores a los comerciantes y publicistas.»

Habrá quien imagine que este *castellano rarísimo* de que habla Pulido es alguna jerga ininteligible y que nos forjamos hartas ilusiones con los israelitas españoles de Europa, Africa y Asia; pero a quien tal piense, le bastará, para convencerse de lo contrario, leer algunas cartas de las muchas que entusiastas judíos romanos, turcos, austriacos, etcétera, han dirigido al expresado autor, cuando éste llamó

la atención del Senado español sobre la necesidad de cultivar la expansión del idioma y con ella las del comercio e industria entre los judíos de abolengo castellano.

He aquí dos de estas cartas, en las que el curioso lector advertirá formas de lenguaje a veces de un arcaísmo encantador, a veces bárbaras; pero siempre pintorescas.

La primera es de don Lázaro Ascher, de Bucarest, y dice: «Como Amador de la Idioma española heredada de mis padres y abuelos y que ainda la hablamos en mi familia, vengo a pedir a usted de tener la bondad dejarme enviar los diarios ande apareció la dicha interpelación por leerla en original.

»Mucho lo siento que a visitar Su Merced nuestra Ciudad no estuve aquí por dejar ver a Usted los niños de nuestra escuela de 7 años para arriba que hablan esta linda lengua, como a justa razón se dice: «es lengua con cuala se habla a Dios» (1).

»Todos los libros de oración, rogación, Biblia y otros semejantes, los tienen nuestros correligionarios trasladados en Lengua Español. Sería muy venturoso si la ocasión se presenta por darle a Usted prueba de mi grande gratitud y reconocimiento.»

La otra carta, mucho más enrevesada, es de M. Gañy, residente en Rosiori (Rumania), que posee una vasta agencia y almacén de géneros varios, en sociedad con otro compatriota suyo. Dice así:

«Los españoles ke nos topamos aky meldimos a con grande plaser la demanda ke su osted izu en el Senado español.

(1) Idea expresada por Bejarano y corriente entre los hebreos españoles: el castellano es la lengua de Dios.

»Ablamos la lingua española y sabemos muy boeno ke noestros padres si traban de los ebreos alongados agora 400 años.

»Guadrimos la lingua y muchos uzos, ma non podemos saber nada de la Literatura Española.

»Seguramente en Madrid hay algún Jurnal imparcial, lyterar y me tomo la libertad de rogar a su osted ke aga mandar aky a mi adressa un numero siendo mi kero suscrir.

»Vos presanto mis sinceras salutasiones.»

¿No os parece admirabie, conmovedora por todo extremo, esta persistencia en guardar, en hablar, en acariciar en la intimidad del hogar una lengua que de padre a hijo se ha ido trasmitiendo en el destierro, durante cuatro siglos, a pesar de todas las tormentas y de todos los...?

Esta lengua contrahecha por las vicisitudes es el tesoro por excelencia del judío español, quien piensa acaso que mientras no la pierda no ha perdido del todo su patria, que mientras la lleve consigo, consigo lleva a España.

Don Enrique Bejarano, sabio director de la Escuela israelita española de Bucarest, tiene, al dirigirse al senador señor Pulido, palabras más hondas y conmovedoras que las citadas.

»Dotado—dice—de un alma pura, de un corazón generoso, usted, como otros amigos de España, desea entretener relaciones estrechas con mis hermanos exilados injustamente de aquel país dulce, de aquel cielo bienhechor, hacen más de cuatro siglos.

»Desde veinte años que yo correspondo literariamente con ciertos señores doctos de España, los cuales deseaban desarrollar esas relaciones; buscaban borrar la mancha comitada de sus abuelos de haber desterrado de sus nidos

un pueblo tan pacífico, sometido, dulce y inociente; solamente por la ambición de hombres sin ley y sen fey.

....

»Dios, que lee los secretos y conoce la verdad, nos es testigo si tal nos conservamos o guardamos rencor, o alguna malquerencia siquiera: pero nosotros lloramos las tristes consecuencias: Exilo desolante y recuerdo dolorioso de aquellos ilustres sabios que en el seno de España brillaban como un sol e enviaban rayos de sus ciencias por todo el universo, formaban su gloria y la del pueblo de Israel. ¡Todo desapareció por una sentencia: Sea oscuridad!...

»Hoy en día se siente en silencio el dolorioso refren lleno de sospiro:

«Yo sufro, Señor,
Yo sufro tu saña;
Perdí mi amor,
Mi cara España!»

.....

»La mayor parte de esos judíos hablan el español con un idioma más o menos suave. Conservan aun el carácter del antiguo país natal; el aire de hidalgo; la pureza y el calmo natural; la mirada penetrante; el donaire español o portugués; en fin, las costumbres heredados de sus abuelos que os creiaron allá con tanto cuidado, y añademos a dicir, una solidaridad y una afección reciproca.

»Esos desheredados de la fortuna; hermanos de ley y de fey; hermanos de dolor, llegando en los paises hospitalarios, sobre todo en el Imperio Otomano, donde por orden Imperial de su Magestad Sultan Bajazet se les acordo la

excelente acogida (1) ellos parece haber jurado una amistad santa de ayudarsen reciprocamente y de espartir entre ellos el bien y el mal, el gozo y el dolor.»

✠

¿Es posible que habiendo quien conserve, siquiera sea de esta suerte, el amor a la vieja tierra, la tradición de la lengua castellana, España se desentienda de reforzar este amor, esta tradición y de purificar el idioma, que puede ser vehículo de intereses considerables?

No por cierto, y de allí las gestiones del Gobierno español cerca de la Alianza israelita, de que hablaba yo al principio. Sólo que tales gestiones, en concepto de algunos conocedores, no son apropiadas.

Oigamos a tal propósito lo que dice uno de ellos, Saturnino Jiménez, de Salónica, en carta reciente, que se refiere a los israelitas orientales.

«Ya dije en mi anterior que en este asunto el Gobierno español había errado el camino. A pesar de los tres desaires (que yo sepa) recibidos, va a insistirse aún cerca del Comité local de la Alianza en Salónica. Y las gentes ríense de nosotros al ver cómo nos complacemos en enredar lo que tan sencillo es, considerado bajo su verdadero aspecto. Nuestros diplomáticos, convertidos en pedagogos, obstínanse en que el español se enseñe a los judíos, como si para éstos fuese aquel un idioma extranjero. Es un contrasentido colocar en las escuelas israelitas de Salónica la enseñanza del español sobre el mismo pie que la del francés,

(1) Los anales otomanos nos cuentan que ese monarca dijo un día a sus cortesanos: Vosotros llamáis a Ferdinando un rey sabio; el que empobreció su país para enriquecer el mío...

del italiano o del alemán. Hay que tener en cuenta que los alumnos de esas escuelas *ya saben* el español, como lo saben en este país todos los individuos pertenecientes a la raza de Israel. Con esta afirmación, la cuestión se plantea por sí sola. Para consolidar el uso de nuestra habla moderna en Salónica y en todo el Oriente, basta con la centésima parte de los esfuerzos llevados a cabo por Francia y por Italia para lograr que algunos centenares de mozalbetes y algunas familias charlen en un francés o en un italiano de relativa pureza.

En mi anterior carta hablé de la facilidad con que podría introducirse el castellano moderno en el uso vulgar y de los medios que a este fin serían conducentes. Voy a ir aún más lejos. La clave del problema consistirá, simplemente, en enseñar a las clases populares el alfabeto latino.

Yo llevo hecha la experiencia. Todo individuo del pueblo conocedor de los caracteres latinos dase con gusto a la lectura de nuestros periódicos y de nuestros libros; insensiblemente aprende nuevas voces, nuevas frases y su judeo-español se moderniza. El sentido de las palabras que no le son usuales, lo adivina; sin el menor esfuerzo intelectual, su léxico se enriquece, y con que oiga hablar algunas veces el español, tal como se habla en España, corrígese su pronunciación.

El precedente gran rabino de Salónica tuvo la idea de que en las escuelas populares del Talmud Tora, donde la instrucción se da en judeo-español, fuesen empleados los caracteres latinos. Muerto aquel gran rabino, la idea no prosperó. El actual director de la escuela de la Alianza Israelita en Salónica, señor Benghiat, hombre de vasta cultura y de clarísimo entendimiento, es de parecer que a los

alumnos que pasan rápidamente por la escuela para volver después al trabajo manual, con el que ganan su sustento, se les debiera administrar en su propia lengua, es decir, en judeo-español, los conocimientos generales que alumnos de otra condición social adquieren en francés.

La necesidad de una escuela española es reconocida, tácita o explícitamente, hasta por los más caracterizados enemigos nuestros. ¡Cuán pronto, si esta escuela existiese, las demás quedarían relegadas al último lugar! El Gobierno español haría muy bien en preocuparse seriamente de esta cuestión.»

En cuanto al senador Pulido, supracitado, entiende que los testimonios flamantes y autorizados (como las cartas reproducidas) de israelitas que expresan el estado actual de esta cuestión en Turquía, Rumania y Austria Hungría, es decir, en tres núcleos principales del pueblo hebreo español, sugieren los importantes hechos siguientes:

1.° Que el pueblo judío español, diseminado por Europa Africa y Asia Menor, siente los efectos de esa concurrencia poderosa que en todas partes se manifiesta ahora activísima, por acreditar el valor de ciertos idiomas y establecer su predominio.

(De allí que la Alianza israelita universal, que tiene la Junta directiva en París, esté fundando escuelas en todas partes y les imponga la enseñanza del francés.)

2.° Que los judíos españoles se han convencido de que su castellano familiar no es muy perfecto y no responde cumplidamente a las exigencias de la vida pública internacional y nacional.

3.° Que, a consecuencia de esta inferioridad, los elementos más intelectuales de la raza plantean en términos persuasivos la necesidad imperiosa de reformar su lenguaje, dotándole de todas las bellezas, recursos y ventajas de un idioma enteramente desarrollado y excelente, como es el español contemporáneo, o de abandonarle sustituyéndol con otro.

4.° Que los israelitas españoles, saliendo de la obscuridad y de la modestia a que han venido contrayendo su cometido social durante el largo éxodo de cuatro siglos, acuden ahora a la lucha por la vida en los sendos países de su residencia, asaltando las Universidades y Academias, invadiendo las profesiones liberales y los cargos más distinguidos, y disputando a las capacidades de las demás razas sus puestos en todas las esferas y Ministerios, armas, ciencias, política, etc.

5.° Que por virtud de esta más amplia educación se están creando en muchos pueblos escuelas israelitas, cada día más perfectas, donde la enseñanza del español se contrasta con la enseñanza de otras lenguas, además de la qu sea propiamente nacional en el respectivo paraje; y

6.° Que en esta enseñanza, las escuelas israelitas n reciben inspiración, ayuda ni elemento alguno de su antigua madre patria, y solamente beben sus conocimientos en los manantiales revueltos y defectuosos, impuros y pobres, de los antiguos libros judaicos, romances, cantigas, consejas, biblias, exégesis, leyendas..., los cuales no sirven para depurar las naturales adulteraciones de su idioma familiar, ni para favorecerle en su natural evolución biológica.

Mas, preguntaréis acaso: ¿son tantos los israelitas españoles, que valga la pena de procurar con empeño la expansión entre ellos del idioma y de los intereses que de él se derivan?

A esto se ha de contestar con números, que es aquí la mejor respuesta.

No hay una estadística propiamente dicha de la población judío-española del mundo, pero se puede juzgar de la densidad de ella por los siguientes datos de diversas fuentes:

Kayserling, citado por Pulido, dice en el prólogo de su «Diccionario bibliográfico de autores judíos españoles y portugueses» publicado en Strasburgo (1890), que los fugitivos desterrados de la península Ibérica por los Reyes de España y Portugal, doña Isabel y don Manuel, se refugiaron en Italia, en Francia, en las diversas provincias que formaban el Imperio turco, en los Países Bajos, en Inglaterra, en Hamburgo y en Viena. Por todas partes llevaron consigo la lengua materna. «Llevaron de acá—decía Gonzalo de Illescas en el siglo XVI—nuestra lengua y todavía la guardan y usan de ella de buena gana; y es cierto que en las ciudades de Salónica, Constantinopla, Alejandría y el Cairo y en otras ciudades de contratación y en Venecia, no compran, ni venden, ni negocian en otra lengua sino en español. Y yo conocí en Venecia hartos judíos de Salónica que hablaban el castellano (con ser bien mozos) tan bien o mejor que yo.»

Don Antonio de Zayas, en una Memoria que escribió en Constantinopla, con referencia a los hebreos residentes en el imperio otomano, reino de Rumania y principado de Bulgaria, estimaba en 52.000 los judíos que hablan español en Constantinopla. Según él, había además 50.000 en Salónica,

22.000 en Esmirna y núcleos menores en otras muchas poblaciones.

El doctor Psaltoff afirma por su parte, en carta que escribe al señor Pulido, que en Esmirna hay 25.000 israelitas que hablan español, en Salónica 60.000, en Constantinopla 40.000 y, según noticias, lo hablan todos los israelitas de la Turquía Europea y del Asia Menor. Don Enrique Bejarano, ya citado, afirma que el número de judíos españoles que hay actualmente en Oriente puede llegar a 471.900, los cuales se hallan esparcidos en Turquía de Asia y de Europa, Bulgaria, Servia, Rumania, Grecia y, en menos cantidad, en Austria, Inglaterra y Francia.

En Bosnia, según otros datos, hay 10.000 judíos cuya mayoría habla español; en Servia, unos 8.000; en Sofía, unos 10.000, y en toda Bulgaria, de 30 a 35.000.

La colonia más numerosa de todas es la de Salónica, al grado de que, antes de ir a ella, los comerciantes aprenden el castellano.

En suma, debe calcularse en medio millón el número de judíos españoles que hay en Europa y en la Turquía Asiática actualmente.

Por donde se ve que tiene más el rico cuando empobrece que el pobre cuando enriquece, y que ya quisieran Francia e Italia esos quinientos mil parladores de sus lenguas, que España posee, a pesar de todo. Magüer el gran yerro de los Reyes Católicos y cuatro siglos de olvido.

Pero la responsabilidad para España es grande por lo mismo. ¿Va a dejar que, en la dura competencia entablada, Italia y Francia sustituyan en Salónica, en Constantinopla, en Rumania, en Servia, en Austria, su propia lengua al hereditario castellano?

¿Va a permitir que éste se extinga por fin entre las familias judías, cuando ellas mismas ansían hablarlo siempre, y cuando es tan fácil hacer que lo ejerciten y purifiquen, mediante la activa difusión de impresos y la labor de profesores entusiastas?

Trátase de un punto de honor, y es de esperar que la madre Patria lo tendrá en cuenta y se decidirá a luchar denodadamente por la conservación de esa herencia preciosa, de ese medio millón de españoles, rancios de cuatro siglos, que, cultivados con cariño, crecerán en proporciones enormes y harán la propaganda más simpática a los intereses ibéricos en las naciones en que vivan; porque, como decía a don Rafael Altamira un argentino práctico, a medida que en su nación se despertaba el amor a España... ¡había más demanda de aceites españoles!

Se empieza siempre, en efecto, por cambiar afectos y se acaba por un intercambio más práctico y de ópimos resultados económicos.

XV

LAS EVOLUCIONES DEL LENGUAJE EN LA REPÚBLICA ARGENTINA

TIEMPO es ya, tal vez, de prejuzgar los resultados «literarios» de la visita a la República Argentina de dos hombres eminentes—por diversos conceptos—de España, a saber: don Rafael Altamira y don Vicente Blasco Ibáñez.

Irán ambos probablemente a México, como ha ido don Juan Antonio Cavestany, senador, académico y poeta de rectas tendencias clásicas; y entonces será ocasión asimismo de hacer el balance de tales visitas; pero hay que decirlo de una vez: este balance tiene más importancia por lo que respecta a la Argentina; ¿saben ustedes por qué? Pues porque la Argentina en esto del idioma era, como si dijéramos, la hija rebelde. Y no porque llevase a la rica fuente del castellano su tesoro de regionalismos, sino porque soñó en un momento dado en crear el *idioma argentino*, para uso exclusivo del país, y este idioma era feo, se

hubiera reducido según la expresión del publicista Juan B. Terán, «a un patuá pintoresco, pero pobre y local». El capricho ha pasado felizmente y hoy los grandes escritores de la República Argentina, como los de todas las Repúblicas hispano-americanas, contribuyen no a desfigurar, sino a agilitar el castellano, dándole una intensidad de expresión que suele faltarle entre los cultivadores de vieja cepa, los cuales ahogan la intención, la sutileza y la gracia de la lengua en verbosidades excesivas y en enfatismos ya fuera de sazón.

«Conocemos—dice Terán—el carácter actual de la lengua española: sonora, rotunda, propia para la epopeya y la oratoria, carece de claridad, energía y gracia. Atascada en sus moldes clásicos, resulta pesada para la sutileza moderna (1), inapta para el análisis y la fineza del detalle; porque ha perdido su espíritu la invención y la originalidad que la elevaron en las manos de Cervantes, porque no puede producir una lengua rica y flexible sino un pueblo que piensa como el francés, siente como el italiano, coloniza y conquista como el inglés.»

Claro que no estoy de acuerdo con Juan B. Terán. ¿Y cómo he de estarlo si en la misma España, entre los prosadores hay un Ramón del Valle Inclán, lleno de flexibilidad, de elegancia, de gracia y de fuerza, incapaz de caer ni dormido en el anacronismo de un período castelariano, de esos que ya no usan sino los viejos oradores que consumen invariablemente el turno y que pueden contener cinco minutos la respiración?

---

(1) La observación ha sido hecha en América y Oceanía. Frente a un gran fraccionamiento filológico se encuentra la más grande unidad étnica, mitológica, etc.— J. Lubbock: *Orígenes*, cap. IX.

Hay ya una buena porción de españoles que piensan como los franceses, es decir, con claridad helénica: un Benavente, por ejemplo, en cuya pluma anida la suave y alada ironía latina como en la pluma de un Anatole France; todos, por otra parte, sienten como los italianos; y si no saben colonizar como los ingleses, yerro es éste que tienen los alemanes y los franceses, sin perder por ello su superioridad en otras cosas.

Al castellano le falta sólo un poquito de adaptación al medio, ponerse de acuerdo con la multiplicidad y actividad de las vibraciones del alma moderna. La Academia no puede hacer nada por esta adaptación del idioma porque en ella predominan los viejos o los hombres que, a pesar de su muy relativa juventud, merecen serlo por la inmovilidad del espíritu.

Es achaque de académicos españoles hurgar y desmenuzar la obra clásica, sin oir los apremiantes clamores de los pueblos hispanos que les piden palabras nuevas para dar un nombre a la variedad infinita de sensaciones, de emociones del espíritu actual, a las nuevas máquinas, a los útiles de uso reciente, a los innumerables descubrimientos que los sajones y los franceses nos dan a diario. Mientras un padre Cejador, con saber y autoridad indiscutibles, se pasa la vida averiguando cómo hablaba Cervantes, la gente española de ahora no sabe cómo llamar a las máquinas voladoras, a los conductores de automóviles, a las fotografías a distancia... a miles de cosas que nos rodean.

Un Benavente, un Darío, un Valle Inclán, un Maeztu, un Miguel de Unamuno, llevarían a la Academia española, sangre y vida nueva; pero alterarían quizá las digestiones de muchos filólogos de esos que saben cuántas palabras

usó el marqués de Santillana y que serían incapaces de traducir a buen castellano un *menu* francés.

Mas de esto a achacar al idioma defectos que no tiene, hay su diferencia.

El castellano ha sido solemne y enfático porque fuimos un pueblo lleno de solemnidad y enfatismo. Ya no lo somos. Españoles e hispano-americanos empezamos a comprobar una aptitud para la civilización mucho mayor de lo que convendría a nuestros detractores.

Pero si hay rigor en las afirmaciones de Terán, hay también en sus juicios mucho de exactitud y de justicia que debemos reconocer.

Hablando de la Argentina, dice: «Está habitada por un pueblo que conserva la lengua de sus colonizadores, que la impusieron como en la historia de todas las conquistas. Pero desde el primer momento debió sufrir la lengua la impregnación del ambiente, la exósmosis de los dialectos indígenas que dieron al explorador la nomenclatura de la fauna y de la flora, los nombres de las cosas americanas, de los detalles de su vida pastoril o de las idiosincrasias de sus imperios teocráticos.

»Y después de la ruptura política—hecha cada día más precaria la comunicación con España—nuestra habla ha recibido la contribución de otras lenguas, nuestro pueblo el contacto de otros hombres.

»Con otro espíritu, con otra historia, con otro destino y con otros medios, la lengua ha sufrido las transformaciones que las nuevas influencias le imponían.

»E. Quesada (1), a quien no podría citar en mi apoyo,

(1) *El problema del idioma nacional.*

afirma que en América la idea es más intensa, pero la expresión más desaliñada.»

Traía, en concepto de Terán, el colono español a América otro interés que el de la belleza y de la forma. «Ni la urgencia de la conquista del suelo y del indio, dejaban descanso a su espíritu, más duro que su cuerpo infatigable.»

«Vino después la improvisación de la independencia, la zozobra de la vida nueva, sus terribles sorpresas.»

«Hemos debido atender a la acción antes que al pensamiento, al pensamiento antes que a la palabra.»

«Esa será tal vez la cuna de la expresión descuidada e irregular de que habla Quesada, pero que refleja un pensamiento más activo y más agudo.»

«La renovación de la lengua se produce. Ligada por un lado con los dialectos indígenas, modificada profundamente por nuestra pronunciación, con sus proverbios que son el elemento pintoresco y familiar del idioma, bajo la influencia diaria de lenguas más flexibles, se altera la herencia primitiva, que se enriquece con nuevas y crecientes adquisiciones.»

Yo hallo, sin embargo, que esta alteración, tras de ser menor ahora que hace diez años por ejemplo, es más sagaz y avisada, más simultánea con la que se produce en la Península misma, y ello se debe al mayor comercio mental entre América y España, a que nos leemos más unos a otros, a que empiezan a ir a América intelectuales españoles y a que la colaboración de escritores como Unamuno, Valle Inclán, Baroja, Blasco, Benavente, y de poetas como los Machado, Villaespesa, Marquina, etc., desparrama pródigamente las peculiares formas de elocución de la España actual, recogiendo en cambio (al interesarse por nuestra

literatura todos los jóvenes pensadores españoles) mucho de la ductilidad y la gracia pintoresca de nuestra lengua, poco susceptible de trabas, y recordando y legitimando merced a nosotros—por qué no decirlo—muchos nobles arcaísmos del más rancio abolengo, como mercar, artimaña, arremedar, arrempujar, jabalín, ñublar y ñublado, pelegrinar y pelegrino, tusar y atusar, etc., etc.

«Un episodio curioso en la historia de nuestra lengua—dice a este respecto Terán—es la supervivencia de viejos vocablos castellanos desaparecidos en España y que provienen de la conquista como el agora de nuestras gentes—como el aloja y el maíz a los que se descubre ahora un origen latino.

»Así como aquí, en Estados Unidos, los puristas (1) proscriben vocablos criollos que no son sino *du bon vieil anglais*, viejas maneras de la lengua.

Y no sólo los proscriben estos señores puristas, sino que hay quien los califique de galicismos, como a *fenestra*.

Pero sigue diciendo Terán: «Se comprueba en la producción argentina una sobriedad en la oración, agilidad y movimiento en la construcción, inquietud en la frase, que no son castellanas.

»Groussac, en su lejana historia del Tucumán, estudiando la elaboración de estos pueblos, creía encontrar desviaciones lingüísticas que anunciaban la nueva raza.

»Interesa su testimonio, porque ahora, en uno de sus últimos escritos—*a propósito de americanismos*—ha cambiado de idea.

En suma: que la nueva manera argentina de hablar se

(1) Whitney, p. 121 y siguientes.

distingue «por una mayor delicadeza y transparencia en el vocablo, por la rara justeza del adjetivo y la sensible sugestión de la idea».

✠

¡Y qué mejor cosa puede apetecerse, añado yo, que esta nueva manera! ¡Pues qué más ha de pedir España sino que estas naciones de América que sorbieron lo mejor de su alma altiva y poderosa, así como rejuvenecen este alma le rejuvenezcan la lengua!

Pero hay un límite y es el marcado por la belleza.

Y el criollismo no sólo iba por caminos revolucionarios' sino por caminos de fealdad. La nueva inyección de casticismo le ha venido, pues, muy bien, porque el casticismo en América tiene la ventaja de pasar por la alquitara de nuestro temperamento innovador. No amojama ni reseca ni paraliza la lengua, sino que le da cuerpo; es como cuando se echa vino nuevo en uno de esos toneletes que contuvieron por años vino viejo.

¿A qué se ha debido el encarrilamiento de la lengua argentina? Ya lo apunté arriba: a la activa colaboración española, en primer lugar.

La Nación, La Prensa, y sobre todo *Caras y Caretas*, la popularísima revista cuya circulación asciende ya a más de ciento diez y ocho mil ejemplares, tienen una nutrida colaboración española.

Toda la España intelectual llena amplias páginas de estas importantísimas publicaciones.

Otrosí, los grandes autores argentinos y uruguayos, como un Lugones, un Rodó, el ya citado Terán, Jaimes Freyre (1), etc., no desdeñan escribir en buen castellano; en

(1) De origen boliviano, según creo.

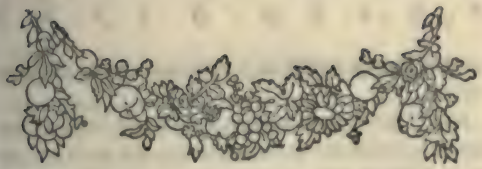
admirable castellano, agregaría, porque en sus plumas expertas, sueltas, ágiles, la lengua tiene un colorido, una novedad, una gracia incalculables. Y es que estos jóvenes autores no sufren del heredismo del adjetivo. Adjetivan, como Valle Inclán, a su modo, casando matices, acoplando las palabras que tienen verdadera afinidad ideológica.

En Castilla sabemos que el sustantivo suele traer, *ab eternum,* como la soga al caldero, su adjetivo, hidalgo, eso sí, cervantesco; pero, por su misma ranciedad, inapto ya para mover nuestra alma y solicitar nuestra imaginación.

Hay un enorme lote de parejas de sustantivos y adjetivos de palabras que hace siglos celebraron sus nupcias. Los americanos, a veces por una santa ignorancia, a veces conscientemente, separamos a estos cónyuges tan bien avenidos.

En nuestra memoria el atavismo asocia menos a las parejas en cuestión, y así sucede que casamos un viejo nombre con un adjetivo viejo también, si se quiere, pero que jamás se desposó con él, y la pareja, como por encanto, se rejuvenece y hasta deslumbra y da a la lengua española, en la Argentina, o en México, o en el Perú, esa intensidad mayor, esa agudeza, esa actividad, ese nervio de que habla Terán, a la manera que cuando un prócer, en vez de maridarse con alguna su parienta cercana, logra, casándose con una noble de otra familia de sangre absolutamente distinta, retoños floridos, temblorosos, de savia nueva.

Y no quiero de intento hablar del caso, harto común también en América, en que el señor sustantivo, de sangre gastada, se casa con un adjetivo joven..., porque aun cuando los resultados suelen ser maravillosos, suelen también, por el mal gusto de tal o cual casamentero escritor ser deplorables.



XVI

«LA NUEBA ORTOGRAFÍA RAZIONAL»

HA aparecido en Madrid un libro español, impreso con ortografía fonética, o sea con la «nueba ortografía razional».

Se llama «Pasado, presente, porbenir de la abiazión: Teoría práctica del buelo. Primera obra ke se escribe con ortografía natural.»

Esto de *primera obra* será en España, pues en nuestra América, especialmente en Chile y en México, abundan los libros y opúsculos impresos con la «nueba ortografía». Precisamente viene a mi memoria un trabajo a mí dedicado por mi amigo don Aurelio González Carrasco (González Karrasko mejor dicho) y que apareció en las columnas de *El Imparcial*.

De todas suertes bueno está que en España empiecen a preocuparse de este asunto, en mi concepto más importante que la difusión del esperanto.

Entendámonos primero en nuestro propio idioma y bus-

quemos después medios de entendernos con los ultrafronterizos.

Emile Faguet, en un travieso artículo publicado en días pasados, a propósito de los moralistas, que, en su concepto, no sirven de nada, afirmaba que hay dos ortografías: la de las costumbres y la de las palabras, y que con ambas acontecen dos cosas: 1.°, que nadie las sabe; 2.°, que todo el mundo quiere reformarlas.

Tiene razón de sobra Faguet. Nadie sabe la ortografía; pero en el caso actual se trata precisamente de reformarla para aprenderla. La tal reforma no nos hará escribir mejor. Bien sabemos que los admirables autores del siglo XVII ortografiaron sus obras lo peor que pudieron, lo que no impide que éstas sean inmortales, pero en aquellos tiempos no era mal visto eso de escribir buelo o vuelo, por ejemplo, y ahora, en esta época de las «buenas formas», poco nos importa la vaciedad del concepto con tal que vaya con el uniforme ortodoxo.

Un crítico español muy leído, refiriéndose a la ortografía fonética del «Pasado y presente de la abiación,» al principio de estas notas citado, hace las siguientes sensatas observaciones:

«En general, toda ortografía es fonética. Los signos ortográficos corresponden o han correspondido a sonidos. La inmensa mayoría de las palabras se escribe, en castellano, como se pronuncia. Hay, sin embargo, en la escritura letras que no corresponden ya a sonidos, o variedad de signos para expresar el mismo sonido. Las variaciones entre la pronunciación y la escritura obedecen a la historia de las palabras. Como es natural, la pronunciación varía más que la escritura, y elementos que mueren, se transforman o se

simplifican en la primera, subsisten y permanecen en la segunda, conservando al vocablo su fisonomía histórica o algunos rasgos de ella. De ahí nace la ortografía etimológica, que tiene casi siempre antecedentes fonéticos más o menos lejanos y acaso procedentes de otras lenguas.

»Evidentemente, la ortografía evoluciona en sentido fonético. Poco a poco se va reduciendo el elemento etimológico y se van simplificando los signos de la escritura para asignar a cada sonido un signo invariable. Cualquiera que vea escrituras y textos impresos del siglo XVII, y los compare con documentos actuales, observará que la ortografía presente es mucho más sencilla. Hasta el siglo XVII puede decirse que la ortografía es anárquica y varia. Sirvan de ejemplo las letras *i* e *y*. La *y* griega ha sido usada como vocal en muchos de los casos en que hoy se emplea la *i*, y ésta empleada como consonante en casos en que ahora se usa la *y*. El deslinde se ha operado respecto de la *i*, que en la actualidad se emplea sólo como vocal; pero todavía la *y* se usa como vocal en contados casos, cual el de la conjunción copulativa. La tendencia de la ortografía es a uniformar y a simplificar las formas de la escritura.

»Ahora bien, el señor Andany y los que como él piensan están muy de acuerdo con esa evolución de la ortografía; pero quieren acelerarla, implantando desde luego una escritura en que no haya para cada sonido más que una letra y en que cada letra responda a un sonido. Esto es lo difícil de la reforma. No hay duda de que si en un país la Academia, si por ventura la hubiese, y los principales escritores se concertaran para dar un golpe de Estado gramatical e implantasen la nueva ortografía, al cabo de poco tiempo se habría aclimatado, y las gentes encontrarían mayor facili-

dad para escribir. Pero no hay que engañarse, suponiendo que con esto quedaría resuelto de una vez para siempre el problema. La pronunciación varía antes que la escritura, y al cabo de tiempo volvería a haber en ésta elementos muertos, elementos históricos que no se corresponderían exactamente con los sonidos. Sería menester revisar de tiempo en tiempo la ortografía, como se revisan ciertos Códigos, y esta operación resultaría harto difícil, porque las variaciones de la pronunciación no son uniformes.

»Por eso, la ortografía etimológica no es tan artificial como parece, y la ortografía mixta de etimológica y fonética tiene su razón de ser, aunque sea más difícil y aparentemente menos lógica que la escritura fonética por completo. La pronunciación es variable y tiene poca fijeza. El *h*, por ejemplo, es sonido en algunas partes de España, y en otras no. La diferencia entre la *v* y la *b* tiene base fonética en algunas localidades y en otras carece de ella. Por eso la reforma ortográfica no puede hacerse precipitadamente por procedimientos dictatoriales, como los que empleó Pedro el Grande para europeizar a los moscovitas.

»De propósito he dejado aparte el argumento estético. A algunos les parece que perderían las palabras, al escribirse la nueva ortografía, su fisonomía propia, adquiriendo una bárbara y fea catadura o un seco aspecto de fórmulas matemáticas. Mas ésta es una ilusión del hábito y del uso. Al poco tiempo nos acostumbraríamos a la nueva escritura y la actual nos parecería entonces arcaica y oscura. Sin duda para las personas de letras serán siempre más interesantes las formas ortográficas en que la historia de las palabras haya dejado invisibles huellas; pero el lenguaje es de todos, y la comodidad de la ma-

yoría pesa más en tal negocio que el placer de los doctos.

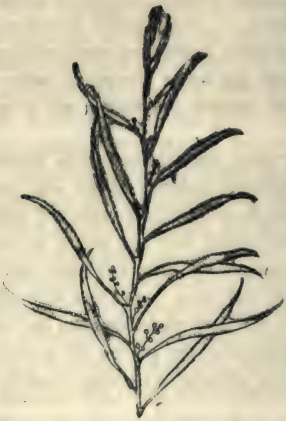
»En resumen: la ortografía que preconiza y practica el señor Andany es como un anticipo de lo que será verosímilmente la ortografía de lo porvenir; mas esta transformación se hará lentamente y será punto menos que imposible que desaparezcan del todo los elementos etimológicos, porque lo fonético se va convirtiendo en etimológico con el tiempo, por virtud de las variaciones prosódicas. No hay que olvidar que si la pronunciación es principalmente de origen popular, porque el uso común domina en ella, la escritura es de origen letrado y erudito. El pueblo, principalmente, ha hecho la pronunciación castellana; pero la ortografía la han hecho gramáticos, escritores, humanistas, impresores, gentes que tenían presente el latín y el griego y se guiaban por razones literarias y por el uso de los doctos.»

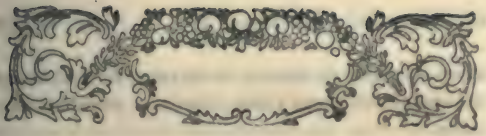
Para concluir estas observaciones debo manifestar que los hispano-americanos andamos mucho más necesitados que los españoles de una ortografía natural y simple.

El español más palurdo sabe que zapato se escribe con zeta y que en escepticismo hay una ese y dos ces: nosotros, es decir, los andaluces y nosotros, no lo sabemos, y sólo a fuerza de educar la mano logramos que ésta acabe por saberlo y maquinalmente escriba con corrección. Nos urge, pues, que las palabras se escriban como las pronunciamos.

Cierto que en lo de la zeta tendremos que buscar un modus vivendi con España, ya que para nosotros es una letra muerta, inútil, estorbosa, que se nos atraganta a cada paso; salvo en tal o cual palabra que la ha menester para presentársenos con su peculiar fisonomía y pergeño,

como caza, aunque ni en ésta es indispensable. En efecto, con decir «casería» basta casi siempre, y en ciertos casos con la supresión o el uso del reflexivo se aclara todo, ya que decimos: «se anda casando» o anda casando, y así de las otras palabras en que parece reina absoluta la última letra del abecedario.





XVII

EL TEATRO POÉTICO SU RENACIMIENTO EN ESPAÑA Y EN EL MUNDO ENTERO

Monna Vana.—Francesca de Rimini.—La Nave.—Chantecler.—Gerineldo.—Las Hijas del Cid, etc.

La Moda—me decía poco ha Linares Rivas, autor del bello *Caballero Lobo*- se vuelve hacia el teatro poético: yo quiero escribir una pieza histórica en verso.

Y como para corroborar estas palabras, el poeta Eduardo Marquina nos hace un elogio de la forma poética, que él por cierto ha cultivado con éxito así en *Las Hijas del Cid* (hablé de esta obra en su sazón) como en *Doña María la Brava.*

La poesía—dice Marquina en conceptos intensos y llenos de calor de juventud—, la poesía no es la materia, sino «un modo» de la materia. Desde que esta verdad tan fundamental se ha abierto paso, una revolución definitiva ha trastornado y vuelto a crear todos los géneros poéticos. La poesía no es, como afirmaron los neoclásicos dogmáticos,

ni una selección de asuntos ni un rango de palabras: es una cuestión de forma y una ordenación perfecta de vocablos.

Pero aquí «forma» y «ordenación» tienen un sentido infinitamente superior al que, de antiguo, se le atribuía en los tratados, y si han venido a ser todo lo esencial del elemento poético, no es porque de la poesía nos formemos hoy un concepto más bajo y más estrecho que los antiguos, sino porque «forma» y «ordenación» tienen, para nosotros, un valor espiritual más hondo y positivo que tuvieron para los retóricos y gramáticos las ideas de «belleza», «armonía», «rima», «lenguaje poético» y demás ingredientes conocidos. Aquélla era una fotografía poética, un plano de la poesía con cálculos de altura y escala de comparación; nosotros pretendemos considerar la poesía «esencialmente» de dentro a fuera, en lo que constituye su acción propia, la ley de su constante creación.

Es goethiana la frase de «monumentalizar la vida», refiriéndose a la poesía. Y ya en ella, se atribuye a este arte, como a todos, una actividad «formal». La vida se nos presenta enlazada, continuada, fuerte, perenne:

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar en la mar...

Cada fragmento de esta vida que nosotros arranquemos de la masa total, moriría, aislado de su fuerza de continuidad, como una flor que arranquemos de la planta. Es necesario envolver este fragmento en una forma sutil y vibrante, capaz de sustituir virtualmente la continuidad material de aquel fragmento con los anteriores, los concomitantes y los sucesivos, que eran la razón de su vida. Es necesario

que el hecho aislado, objeto de nuestro canto, si no queremos que muera, logre, en él, la misma «importación del pasado en el presente», origen del porvenir, que es íntima forma de la vida.

La forma poética, de consiguiente, suprime, no el tiempo, sino la medida humana del tiempo.

Hay en la forma poética, es decir, en la poesía, por encima de todo, esta «reintegración vital» del hecho cantado. Las cosas que desaparecían fatalmente en la evolución material de la vida, las salva la poesía de perecer, creando a su alrededor, con cuanta virtud puede, esta atmósfera sutil de la forma, que se sustituye a la forma temporal. De aquí todas las definiciones, en parte exactas, de la poesía, atribuyendo a este arte un poder de eternidad. «La poesía revela la «esencia» de las cosas», revela su elemento «eterno», destruye lo accidental y relativo para mostrarnos lo «sustancial» y «absoluto», etc., etc. Todas estas definiciones, en parte exactas, prescinden de la verdadera actividad poética para no fijarse más que en los resultados. La poesía, efectivamente, parece reducirse a una eterniza ción (monumentalización, ha dicho Goethe) de las cosas; pero no es aislándolas de lo que llamamos tiempo, sino poniéndolas en condiciones de una integración constante en él, como lo logra.»

Y tras este cálido y frondoso elogio de la musa, Marquina nos promete un estudio sobre el teatro poético, estudio que espero con interés y del que me ocuparé a su tiempo.

Que el público busca nuevas orientaciones dramáticas, es un hecho; que el teatro realista no le satisface ya, es otro hecho innegable.

«El realismo—dice Alvaro Alcalá Galiano, joven escritor

de la aristocracia española que acaba de enviarme su primer libro, *Impresiones de Arte*—, el realismo, tal como se entiende, no puede crear un modelo nuevo de tragedia; para llegar a esas alturas necesitaría el sentimiento poético, alma de los grandes trágicos, y esa inspiración idealista que conmueve a todas las razas. Le falta el apoyo del artista y el del público aficionado al drama, porque al encerrar la vida en los estrechos moldes de la comedia, el actor dramático tiene que limitarse a las piezas del antiguo repertorio, ya poético, ya puramente efectista, que le proporciona sus ruidosos éxitos. ¿Cómo explicar, si no, que los grandes artistas sigan representando esos papeles dramáticos de una escuela que hoy desdeñan los autores?... Si el realismo interesara igualmente al espectador, aquéllas se habrían perdido en el olvido; pero, al contrario, ésas permanecen y las obras del día pasan con velocidad cinematográfica. Al público no puede interesarle un arte prosaico, falto de sensibilidad, que ni llega al alma, ni conmueve, ni abre nuevos horizontes. El arte no es una fotografía; hay algo más allá de lo que vemos: es lo que imaginamos y lo que sentimos; pero sin imaginación fantaseadora, la obra de arte nunca llega hasta las cumbres de la poesía, que todo lo idealiza. La observación de por sí es crítica, fría y reflexiva, prosaica en su forma y en su fondo. Ha triunfado en el teatro, pero sólo al concebir comedias donde halla el humorismo su adecuado género, satirizando la vida real. Aristófanes, Molière, Sheridan, Moratín y otros ingenios universales que han retratado a sus contemporáneos, sólo fueron autores de comedias; los grandes creadores sacaron de la nada sus figuras inmortales, como Esquilo y Sófocles, Lope de Vega y Calderón, Shakespeare y Schiller, los cuales vieron la

realidad bajo la luz del idealismo, que purifica todo lo vulgar y sabe hacer grande hasta lo más inmundo. Sin esa inspiración verdadera del poeta dramático, llena de fuerza y de vigor, la observación y la realidad nos dejarán completamente indiferentes, porque un autor dramático no ha de ponerse al nivel del público, sino que ha de elevar su mentalidad, iniciándole en un arte nuevo. Debe cambiar la forma, debe ampliar más su cuadro, buscando la variedad, que es la nota característica de nuestro tiempo.»

El realismo no ha cumplido ni con los cánones de la estética ni con los cánones de la vida.

Su único mérito debió ser la verdad; pero ni como verdad ha existido. Sus pinturas, exageradas siempre, no nos mostraban al mundo sino prolongado hacia abajo, al revés del idealismo, que nos lo ha mostrado siempre prolongado hacia arriba, hacia el ensueño. La única razón de ser del realismo, el famoso documento humano, es errónea. Jamás ha habido documento humano en esa escuela. Es más verdadero Hamlet y Macbeth y Othelo, que todos los tipos de Zola o de Mirabeau, como es más real lo inverosímil aparente, lo extraordinario, frecuentísimo en la vida, que la tábla rasa de esas existencias sin relieve que se complacían en pintarnos los de la escuela del autor de *Madame Bovary*, y que, dígase lo que se diga, han sido aderezadas por la imaginación de sus autores.

La vida siempre es móvil, cambiante, varia, propensa al suceso, fértil en el incidente, pintoresca, pasional, maravillosa muchas veces.

Los realistas nunca supieron verla. Miopes de nacimien-

to, se han parecido a Descartes, que, por falta de observación delicada y paciente, juzgaba que la inteligencia de los animales no era más que el mecanismo de un reloj bien arreglado.

Para los realistas, muy capaces de pasarse la vida estudiando cosas nimias mientras el alma múltiple de las cosas mismas alentaba a su lado sin que de ello se percatasen jamás, la verdad tenía que ser forzosamente «normal», «ponderada» en lo alto y extraordinaria, en cambio, en el morbo, en lo patológico. Sólo la enfermedad ha tenido para ellos proporciones. Se han matado los ojos contando las burbujas de cieno, cuando podían contar las estrellas del cielo. La humanidad, con razón, se aparta de ellos decepcionada y procurando aire puro, harta de oler malos olores y de contemplar figuras contrahechas. Un potente y generoso impulso de ideal recorre el mundo y pasa a través de las almas, y el teatro tiene que responder a este impulso. De ahí el nuevo fervor por la poesía escénica; de allí que triunfen D'Annunzio en Italia, Rostand en Francia y en España Benavente cuando sueña, y Marquina cuando poéticamente se asoma a la historia, y Linares Rivas en el emblemático *Caballero Lobo,* y Castro en el *Gerineldo* y en la refundición (libérrima) de *La Luna de la Sierra,* de Vélez Guevara. De allí que cada día el público se muestre más amigo del teatro clásico y más displicente ante el perennemente estúpido problema del adulterio... que siguen sirviéndonos ciertos europeos.

Los mismos Quintero, fotógrafos expertos, procuran condensar en sus obras o diluir en ellas (según) la mayor cantidad de ensueño. Ejemplos: *La lucecita,* que veía *El Centenario,* y el novelesco amor de *Doña Clarines.* El público

aplaude estas tentativas. Tiene bastante el pobre con la enojosa y desabrida realidad diaria, y va a buscar al teatro un poco de generoso ensueño que lo reconforte. Ríe de buena gana los realismos, cuando son amables sátiras de la vida, pero en cuanto se les vuelven transcendentales pone gesto de pocos amigos. Quien dude de que volvemos al teatro poético con el ímpetu del hijo pródigo a los brazos de su padre, que lea cuanto se refiere al triunfo de Rostand en *Chantecler*.

«Todo es *Chantecler*, todo para *Chantecler*»—decía sonriendo, en vísperas del estreno de la obra de Rostand, Enrique Gómez Carrillo.

Todo es *Chantecler*, todo para *Chantecler*... Los ministros y los embajadores que, por lo general, tienen poco respeto por los poetas, ahora se inclinan ante Rostand como ante un semidiós. Los periódicos publican cada mañana los nombres de los elegidos que han gozado de la sin par ventura de asistir a la *repétition* de algunas escenas. Ayer era Clemenceau; anteayer, Briand; hoy, según se asegura, será el mismísimo Fallières. Mas esto no es todo. En las tertulias bulevarderas de los iniciados, un rumor halagüeño y extraordinario circula desde hace algunos días. «El príncipe heredero de Alemania—dicen los que todo lo saben—va a venir de incógnito a París, con objeto de ver el estreno.» Y aunque la noticia probablemente es falsa, no tiene en el fondo nada que pueda extrañar a los parisienses, que viven en una atmósfera obsesionante de «chanteclerismo», que no piensan sino en *Chantecler*, que no hablan sino de *Chantecler*.

¡La «chantecleritis» nacional!—exclama un ironista.

No hay, en efecto, más que leer los periódicos pura-

mente noticiosos, ajenos a toda literatura y desdeñosos de toda estética, para comprenderlo. He aquí el *Matin*. En su primera página encontramos algunas noticias que nos interesan. «Un ministro—dice una de ellas—no puede aceptar ninguna invitación desde el 1.º de enero, pues desea estar libre la noche del estreno de *Chantecler*.» Y otra: «El doctor Cazin, distinguido cirujano de la Cruz Roja, contaba el otro día que dos clientes suyas, de la más elevada alcurnia, enfermas de cuidado y que deben ser operadas, se niegan a dejarse operar antes de haber asistido al estreno.» Y otra: «Un multimillonario americano, que había tomado un palco para la *première* de *Chantecler*, creyendo que se verificaría en la fecha señalada, o sea hace más de quince días, y que tenía urgencia de volver a Nueva York, se queja de los perjuicios que los aplazamientos de la gran solemnidad le causan; pero no consiente en marcharse antes de haber oído cantar el gallo simbólico.» Estos son los «grandes casos», los casos dignos de publicarse. Pero no son ni los más interesantes ni los más conmovedores. Otros hay, menos conocidos, que indican mejor el entusiasmo popular.

—En las fábricas—decíame ayer un amigo—los obreros toman una butaca para *Chantecler*, como en España las cigarreras compran un billete de lotería de Navidad. Cada uno pone una peseta. Luego, solemnemente se rifa el papelito color de rosa. El que lo gana asistirá en nombre de todos a la fiesta magnífica.

En los círculos literarios, la fiebre es increíble.

—¿Va usted al estreno?—se preguntan todos los *chers confrères* al encontrarse.

Y todos contestan:

—Sí... Sí... Naturalmente...

Pero, en realidad, son muy pocos los que tienen la suerte de haber recibido una butaca. Y los demás intrigan, y sufren, y se creen humillados...

Para la Prensa extranjera, como un gran favor, Rostand ha dado cuarenta butacas. «Somos los cuarenta escogidos—decíame mi querido Ricardo Blasco, que, como todos lo saben, es uno de los corresponsales aquí más estimados y más conocidos—; somos los cuarenta envidiados.» Yo comencé por sonreir. Mas luego, viendo que por mi modesto *fauteuil* se me ofrecen ya, no ciento, sino hasta mil francos, he llegado a ponerme serio.

¡Una butaca de doscientos duros!... ¡Pensar que hay muchos periodistas que pagan tal suma!...

—¿Qué quiere usted que hagamos?—preguntan los que han venido de Nueva York, de Chicago, de Berlín, de Viena, con el encargo de hacer la «crítica» telegráfica del estreno—. Si no asistimos a la *première*, no habremos cumplido con nuestro deber, y nuestros directores nos harán los cargos consiguientes...

—¿Tanto interesa *Chantecler* en vuestros países?—preguntan los escépticos.

—Más de lo que se cree, pues la fiebre no es nacional, sino internacional... Los italianos, sobre todo los ardientes y sonoros italianos, no duermen pensando en *Chantecler*. «Todos los grandes poetas toscanos—dice el *Secolo*—se disputan con acritud el honor de traducir la obra desconocida.» En Inglaterra y en Alemania pasa algo por el estilo. Sólo en España tienen razón. Porque de una comedia que es toda magia verbal, toda alarde de ingenio, toda juego de luces, qué es, os pregunto, lo que se puede traducir...

Hasta para contar el argumento creo que Ricardo Blasco

se verá esta noche en grandes apuros, cuando, después de cada acto, tome su pluma de escritor telegráfico y se diga: «Hay que comunicar esto a Madrid cual si fuera el relato de una batalla.»

Y después del estreno, y aun cuando la obra de Rostand no es extraordinaria ni mucho menos, la magia omnipotente de la rima se enseñorea de tal suerte de las almas, que la propia aridez crítica se vuelve toda flores.

L'Action, de Mr. Henry Berenger, dice:

«En una época en que la poesía parecía imposible ya para el teatro, Edmundo Rostand ha tenido la gloria de rejuvenecerla» («rejuvenecerla» digo yo, a ella que es la eterna juventud), de crearla de nuevo, de adaptarla a todos los movimientos de la acción, a todos los estremecimientos de la vida, a todos los sobresaltos del alma. Ya rápida y desnuda como una prosa, ya sonora como una risa y lírica como un ensueño, esta poesía multiplica el prodigio de un drama, cambiante como la vida misma, pájaro maravilloso que ora marcha sobre la tierra, ora canta al cielo, y cuyo plumaje, por momentos replegado, se despliega y se alza de pronto con musical irradiación de alas endiamantadas.»

Decid francamente si soñabais que en París y en el siglo XX la poesía obtuviese de la crítica sufragios tales. Mas no es esto todo. Oíd al flemático *Times*, que exclama:

«Es una obra llena de delicias literarias, de alta fantasía, de extraordinaria virtuosidad en la versificación—acrobatismo he oído decir—; algunas veces hay en ella verdadero fervor lírico que está inspirado por el sincero amor y conocimiento de la naturaleza en sus más secretos repliegues.

Es nuevo, es ingenioso, es divertido esto como espectáculo. Es, en una palabra, una obra extraordinaria que sólo Rostand podría concebir.»

Y el *Daily Chronicle:*

«La literatura francesa es todavía más rica ahora que ayer. Gracias al genio de M. Rostand acaba de recoger una herencia nueva y gloriosa. ¡Cómo alabar cual conviene esta exquisita pieza en verso con sus sátiras y sus respuestas espirituales y su exposición franca de los pecados humanos: la vanidad, la charlatanería, la hipocresía y la arrogancia! Es Voltaire combinado con Rabelais, sin la vulgaridad del uno y sin la amargura del otro.»

Y así, los periódicos todos del mundo. Hemos visto, pues, a las naciones cultas del planeta ocupadas en discutir apasionadamente durante meses una obra del teatro poético. A quien después de esto dude del nuevo fervor espiritual que enciende los corazones del reinado nuevo del alto señor que se llama Ideal, ¿qué podríamos decirle?

Y con respecto a aquellos que lamenten la caída del *realismo*, que no se desconsuelen más de lo oportuno: nada pierden. Decir que una obra es realista, no es precisamente decir que pinta la vida tal cual es. La vida tal cual es, sólo la pintan los poetas. Retratar con la pluma, con la palabra, con el pincel, es en suma fisiológicamente imposible. En las escuelas se ha llevado a cabo este experimento que espero convencerá a los amigos apasionados del realismo. Se les ha mostrado a varios alumnos un paisaje o una habitación amueblada, o simplemente un cuadro. Se les ha hecho que los miren con detenimiento y en seguida se les ha pedido que describan lo que han visto. Pues bien, no ha habido jamás dos discípulos que estén de acuerdo. Todos ven

cosas diferentes o ven las cosas de distinto modo. Si cuatro artistas pintan un rincón pintoresco, diferirán los cuatro de tal modo al pintarlo, que apenas podrán compararse los cuatro lienzos. Cuando los Goncourt dijeron que *el arte era un rincón de naturaleza visto a través de un temperamento*, condenaron en absoluto el realismo, porque los temperamentos no fotografían, no traducen siquiera. Crean con los elementos exteriores extraordinarias arquitecturas internas...

Pero volvamos al drama poético.

El triunfo—más ruidoso aún que el de Rostand—de Gabriel D'Annunzio en *La Nave*, es otra prueba de la sed de entusiasmo y de ensueño que tienen los públicos civilizados.

En Madrid, la devoción con que va a oírse al Benavente idealista, al de *Los Intereses Creados*, al de *El Príncipe que todo lo aprendió en los libros*, al de *La Escuela de las Princesas*, refuerza mi decir.

El verso, proscrito momentáneamente de la escena, es acogido de nuevo como amo y señor, y el ilustre autor dramático que dijo que en España *el porvenir del teatro está en el renacimiento poético*, tiene mil veces razón.

Así lo cree conmigo el ya citado Alvaro Alcalá Galiano quien, comentando las palabras que subrayo, añade:

«En Francia, en Italia, en Inglaterra, los poetas se han alzado victoriosos contra la prosaica escuela decadente, como hicieron los románticos antaño contra la frialdad clásica de la vieja escuela que derrumbaron. A principios de

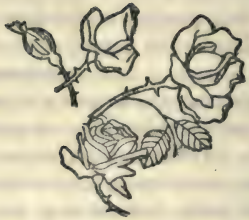
este siglo vemos la inspiración poética rompiendo de nuevo la superficie de hielo que cubría el volcán apagado.»

Pero no es esto todo. No sólo triunfa la poesía en el teatro, sino que triunfa la Historia poéticamente evocada, como en los tiempos de Shakespeare o en los de Schiller y Víctor Hugo.

La historia en la vida—dice nuestro Alvaro—como en la escena, es la mejor educadora de los hombres, porque ha producido los más grandes dramas en la realidad, como las más hermosas obras en el teatro. «Es el pasado en donde se combina la realidad con la poesía, el ideal con las tablas, el esplendor del cuadro que evoca la *mise en scène*, con la fuerza dramática de las pasiones. Así lo entendió el propio Ibsen en *Catilina* y *Emperador y Galileo;* Maeterlinck en *Monna Vanna*, y hasta Sudermann al dar una espléndida evocación del antiguo Oriente en su tragedia bíblica *Johannes*. Tener en estos prosaicos tiempos de la escuela moderna un psicólogo como Paul Hervieu, abordando el gran drama histórico *Theoroigne de Méricourt*, es prueba de que para los dramaturgos, como para los poetas, el pasado es fondo inagotable de inspiración que seduce al artista y logra deleitar al público. En Italia, Gabriel D'Annunzio, con *Francesca da Rimini*, intentó unir la forma poética y el drama. En Francia, los triunfos inolvidables de Edmond Rostand con *Cyrano de Bergerac* y *L'Aiglon*, hacen prever que este renacimiento poético del teatro tendrá lugar al abrir las viejas páginas de la Historia, evocando de nuevo ante el mundo la resurrección ficticia de sus héroes, sepultados en la tumba del olvido.»

Tengamos, pues, fe, ¡oh señora poesía!, ¡oh alta musa! El mundo es todavía tuyo. Te creyeron muerta, pero dormías únicamente, como la hija de Jairo.

Vuelve a las tablas de donde te proscribió la árida dramaturgia de última hora, para arrastrar ante los públicos en éxtasis tu manto de emperatriz. ¡Oh musa que hablaste por las bocas de fuego de las Rachel, de las Ristori y de las Sarahs: tuya es de nuevo el alma humana! ¡Tómala en tus brazos, sacúdela, ennoblécela, vivifícala y lánzate otra vez con ella hacia el azul, en medio del abejeo de las estrellas



XVIII

EL TEATRO POÉTICO

(*2.° Informe.*)

SERÁ preciso que vuelva a hablar a ustedes del teatro poético.

Trátase de *la cuestión palpitante.*

La idea está en el ambiente y cada día obtiene un más señalado triunfo en Europa.

No cabe ya ignorarla ni desdeñarla.

El teatro realista, *de costumbres* (¡y qué costumbres nos viene pintando desde hace veinte años, Dios eternol), rinde una batalla decisiva. El público da la espalda a las miserias de la vida para volver los ojos a la única realidad, a la interior arquitectura de su ensueño.

Cada día una nueva obra «poética» viene a reforzar el caudal de este teatro del porvenir.

Ahora quiero hablar de tres de estas obras, casi simultáneas: una tragedia italiana, *La Beffa*, de Benelli, que acaba de triunfar en París; una comedia española, *Las figuras del Quijote*, de Carlos Fernández Shaw, y una pieza para niños

representada en la Comedia, de Madrid, *La Cabeza del Dragón*, del incomparable Valle Inclán.

La Beffa es una tragedia toscana, esencialmente poética. Su acción hace pensar en Boccacio y en sus continuadores. «Es—como decía el mismo Benelli—*un encaje mojado en sangre.*»

He aquí cómo refiere un cronista el argumento de la pieza:

«El caballero Gianneto Malespina tiene una linda querida que se llama Ginebra.

Una noche, los hermanos Neri y Gabriel Chiaramantesi, bravos de oficio, enamorados de la dama, meten a Giannetto en un saco, lo echan al Arno y se creen dueños de amar sin ser molestados por nadie. Pero Malespina se salva de la cruel *beffa* y, a su vez, logra hacer encerrar como loco al mayor de los Chiaramantesi, al terrible Neri. «Ya ves—le dice—que la maña vale más que la fuerza. Tú eres hercúleo. Yo soy ingenioso. Tú estás aquí atado con terribles cadenas, mientras yo consuelo a la rubia Ginebra de tu ausencia.»

Al cabo de largos días, Gianneto hace poner en libertad a Neri y le dice: «Esta noche, si quieres matarme, ven a casa de la Ginebra. En su cama me encontrarás, amoroso y decidido. Ven. Señor loco, ven.»

Al mismo tiempo la Ginebra ha dado cita al menor de los Chiaramantesi, a Gabriel, de modo que cuando Neri, loco de celos, entra en la alcoba con el puñal en la mano, en vez de matar a su enemigo, mata a su propio hermano.

Historias como ésta—concluye el expositor—las hay a millares en la literatura toscana de antaño y hogaño. Pero lo que no abunda en ningún país es ese acento feroz y lírico

de deseo, de odio, de venganza, de heroísmo, de traición y de burla. Ese acento es el que ha triunfado en Italia y en Francia.»

Ese acento, digo yo, sólo puede producirlo el teatro poético, y llega ahora casi con el prestigio de la novedad, después de tantos y tantos años de diálogos familiares, geométricos, en que se discuten filosofías caseras, en que los conflictos amorosos son siempre pedestres, en que se dicen máximas de mundología mediocre, en que la mujer engaña al marido por interés o por vicio, no por pasión...

París tiene el tedio de todo eso y por ello triunfa *La Beffa*.

Por la primera vez desde que París existe—dice Gómez Carrillo—una obra extranjera, cuyo autor es joven, obtiene un éxito grande, ruidoso, unánime y sin ninguna clase de restricciones, como aquellas que acogieron las comedias de Ibsen y de D'Annunzio, en tiempos de Sarcey. Verdad es que, en el caso presente, *La Beffa*, escrita en italiano por Benelli, ha tenido la suerte de encontrar un traductor admirable y una intérprete maravillosa. Pero yo creo que, aun sin Sarah Bernhardt como actriz y sin Jean Richepin como poeta, la tragedia toscana habría triunfado. Hay tanta poesía en esas aventuras florentinas, que son ligeras cual encajes y ardientes cual fiebres!... Hay tal suntuosidad en las evocaciones de los idilios sangrientos de la gran época amorosa... Al sólo ver, cuando el telón se levanta, los trajes de los señores del Renacimiento, amplios y solemnes y cubiertos de oro como las túnicas de los iconos bizantinos, la magnificencia del siglo de Miguel Angel comienza a alucinarnos. Y luego, al oir el nombre de Lorenzo de Médicis, la ilusión se completa y se precisa.

¡Lorenzo el magnífico!...

Toda la belleza galante acude a nuestra imaginación para fascinarnos en cuanto oímos este nombre. Porque Lorenzo el magnífico es, al mismo tiempo, el espíritu pagano y la pasión cristiana; es el arte impecable, es la sutileza platónica, es la elegancia oriental, es el lujo estupendo y es, asimismo, la crueldad más refinada y la más refinada cortesía: y es el amor voraz, que devora las almas cual un incendio; el amor con sus divinos horrores, el amor hecho de celos y de lujuria, el amor florentino, en una palabra.»

El amor poético, digo yo, para concluir.

✠

En cuanto a *Las figuras del Quijote*, trátase de una ampliación de cierta obrita muy bella, que gustó en Apolo en su tiempo y que se llama *La venta de Don Quijote*.

La idea es muy simpática y muy poética al propio tiempo:

Un día, cierto genio que paseaba por ruines pueblos de la Mancha su manquedad y su inopia, topa con una mezquina venta donde por vil precio le dan más vil hospitalidad aún. Come las sobras de la cocina, duerme en el pajar o en el patio sobre los bultos que la arriería ha de cargar mañana en los tardos mulos. Y aun así el ventero juzga que le da harto para lo que paga.

Un día llega a la venta con grande estrépito, produciendo un escándalo y una alharaca inconcebibles en la modorra y el sosiego insípido y pertinaz del campo, un pobre loco de los contornos. Este sueña con desfacer agravios y remediar entuertos. Lleva en el alma un casto y luciente penacho de ensueños... Ama un fantasma blanco, al cual ha puesto un

nombre que es música en el oído y miel en los labios *(mel in ore melos in aure)*. Pregunta quiénes son los oprimidos para remediarlos, quiénes las damas acuitadas para socorrerlas con la fuerza de su brazo... Todos reían de él, menos el manco..

Por la noche, el loco, a quien un ímpetu de redención devora las entrañas, se levanta de su jergón y recorre la venta.

Una criada gorda y sensual que tiene cita con el novio en un pajar, topa con él en la sombra.

—¡Es Dulcinea!—exclama el loco.

Y allí de los juramentos estentóreos, de las líricas protestas a la princesa lejana...

Toda la venta se despierta. Jura el ventero, chillan las mozas, ríen los arrieros. El loco con la espada desnuda rubrica el aire... Al fin todos ríen... menos el manco!

En esto llegan el cura, su sobrina y el ama. Van a recoger al pobre Quijano, que se les ha escapado...

Él se rebela... pero el manco está allí, el manco que lo calma, que aprueba sus palabras, que finge creer en sus fantasmas.

El loco le tiende la mano y se la estrecha con una afectuosa y enérgica convicción.

—Vos, caballero, sois discreto y me comprendéis—le dice—. ¿Cómo os llamáis?

—Miguel de Cervantes.

—Pues sois el único que me habéis entendido.— Y se aleja con los suyos. El manco lo ve partir melancólico y exclama:

— Yo te haré inmortal, loco sublime.

Y escribe después el *Quijote*.

Veamos ahora, tras esta mi rápida exposición, las opiniones de la crítica.

Alejandro Miquis, que con extensión y seriedad se ocupa de la tendencia poética de la obra y de su importancia, nos dice:

«Nuestro teatro padece tremendo anquilosamiento por haberse encerrado en una orientación única y demasiado rígida, y el teatro poético (y de este tema, que está desarrollando actualmente en un caro colega un autor poeta, será necerario hablar extensamente) es una de las formas fuera de esa orientación que más urge llevar a nuestra empobrecida escena.

De cómo ha realizado el señor Fernández Shaw su idea llevando a la práctica su propósito, apenas si hay que hablar. *Las figuras del Quijote* no es, en realidad, una obra nueva: es una adaptación a ambiente distinto de *La venta de Don Quijote* que, con música de Chapí, aplaudimos todos durante muchas noches en Apolo.

Entonces la obra fué muy favorablemente juzgada por la crítica y ahora no sería procedente ni motivado el juicio de revisión. En todo caso procederá aumentar los elogios que en aquella época se hicieron al señor Fernández Shaw, ya que las variaciones importantes se reducen a la sustitución de los cantables por bellísimas escenas en admirables versos, de que la amabilidad del autor nos permite ofrecer a nuestros lectores preciada muestra.

Lo que no sería de ningún modo procedente es discutir si es lícito llevar a la escena figuras como las de Don Quijote y su escudero, y sobre todo, si al llevarlas es posible que adquieran no ya más vida, sino la propia intensísima que en la novela tienen. Este problema arduo no es del momento.

Cuanto a la interpretación, no puede decirse que fué afortunada; pero tampoco me parece justo censurar por ella a los actores de Lara, que estaban fuera de su ambiente y alejados de su habitual medio de expresión.

Los actores actuales, deformados por el mal gusto del público, han ido olvidando poco a poco la tradición gloriosa de nuestro Teatro: no cultivan el verso ni hacen habitualmente sino tipos del día, y esto forzosamente ha de traducirse, por mucho que sea el talento de ellos, en deficiencias cuando llegan casos como el estreno de anoche. Es justo, pues, callar piadosamente los nombres de los equivocados y consignar sólo el de la señorita Alba, actriz que anoche logró la más completa consagración de su talento y de su arte, que muchas veces he elogiado aquí mismo. En la escena del segundo acto con don Alonso hizo una maravillosa labor de mímica facial, a que pocos actores pueden elevarse; y de tal modo supo expresar todas las impresiones que en la Pingajosa producían las palabras del Hidalgo, que bien puede decirse que nadie podrá hacer más ni mejor en ese papel.

Y ahora aguardemos a que el ejemplo del señor Fernández Shaw sea seguido y venga pronto ese Teatro poético que nos está haciendo muchísima falta.»

Fernández Shaw escribió para su obra un prólogo en verso que siento no poder reproducir por su extensión y que no quiero mutilar.

Miquis le llama «lo más interesante de la función» y añade:

«En él, el autor ilustre de la *Poesía del mar*, el más gran-

de ciertamente, de los poetas españoles actuales, hizo una, alta y noble declaración de propósitos: su obra era una tentativa mejor, la primera piedra aportada para un edificio ideal, sagrario guardador del alma hispana. Para un Teatro poético y patriótico que haga resurgir la fuerza histórica de nuestra raza en nobles figuras para las que el señor Fernández Shaw quiere el habla de Rojas y el pensar calderoniano.

El prólogo, con tal contenido y con la forma magnífica propia de su autor, forzosamente había de ser una obra admirable y admirada, y así fué: cuantas ideas en él expone el señor Fernández Shaw fueron subrayadas por el asentimiento del público, y en más de una ocasión fué el prólogo interrumpido por los aplausos, justos, calurosos y entusiastas, de todos.

El autor de *Las figuras del Quijote* ganó, pues, fácilmente la primera batalla y conquistó con su prólogo muchos partidarios fervientes para su idea. Realmente, nadie puede ser adversario de ella. El resurgimiento de nuestra raza, mejor aún el resurgimiento de nuestra patria, puede tener cuna y templo en el Teatro, y el resurgimiento del Teatro castizamente español ha de ser obra de los poetas que sepan, como Fernández Shaw, pensar hondo y sentir alto.»

✠

Toca, por último, sitio en esta somera reseña a *La cabeza del Dragón*, de Valle Inclán. Trátase de una obra para los niños, la cual viene a aumentar el acervo de ese Teatro Infantil que inició Benavente y del cual en diversas ocasiones he hablado a usted.

Todos sabemos que Valle Inclán es estilista máximo, y

por lo mismo nada tiene de raro que su obrita, ingenua por aquellos a quienes se dirige, sea pulida y preciosa como cuanto es suyo.

Trátase de una fábula de un interés intenso, de un colorido de estampa, desarrollada con la instintiva técnica y maestría peculiar de su autor.

He aquí, pues, las tres valiosas contribuciones al teatro poético.

Pero hay algo más: hay un estudio muy jugoso y cálido de Marquina, el que nos prometía el mes pasado, y que trata a fondo la cuestión.

Mis informes son, más que todo, una revista de ideas, de opiniones, de doctrinas acerca de aquellas actualidades docentes que usted, señor ministro, se ha servido señalarme.

Fuerza será, por tanto, que reproduzca el pensamiento de Marquina, que tan bellamente ilustra la importantísima cuestión.

Dice, pues, el poeta lo siguiente:

El Teatro Poético. El fondo del problema.

Los que quieren hacer del «drama histórico» una reproducción científicamente exacta de un hecho pasado cualquiera, están tan alejados del verdadero teatro poético, como los cultivadores del teatro moderno en su acepción verista realista, naturalista o francesa, como yo acostumbro a llamarla, con un apelativo inexacto, pero que evoca el género de una manera más amplia y comprensiva.

Lo primero que resultaría anacrónico en un teatro histórico con pujos de realidad científica, es el verso. Consta que en época alguna han tenido los hombres por costum-

bre metrificar ni rimar la expresión de sus propios sentimientos en el dialogar ordinario de la vida. Y suprimido el verso, que lleva consigo una «tónica» general en todo el drama, caen con él muchos de los artificios, adornos, licencias y libertades, que son otras tantas necesidades de la expresión y que, en el drama histórico, por un consentimiento tácito y usual, se vienen permitiendo.

Aún cabría sutilizar las exigencias y no consentir en cada drama histórico el empleo de giros, palabras y locuciones que no constaran en el léxico conocido de las épocas respectivas. Así resultaría un drama escrito en castellano del siglo XII o XIII perfectamente incomprensible para los espectadores de hoy.

Extended a los accesorios, a la indumentaria, suntuaria arquitectura, etc., las mismas exigencias que se tienen con el idioma y su forma; mostraos tan implacables de estas exigencias como os permite y os enseña a serlo la verdad que preconizan las obras del día, y habréis hecho el teatro histórico, o inadmisible por faltar a estas reglas, o por atenerse a ellas, pedante, insustancial y fatigoso.

Cogido entre estos dos extremos, al teatro histórico no le queda otro remedio que desaparecer por anacrónico o arrostrar por incomprensible la fría desatención de sus espectadores.

La crítica, en ambos casos, cumple con su cometido condenándolo. Y, en generel, eso venía haciendo la crítica con los escasos dramas llamados históricos que, de cuando en cuando, como cadáveres galvanizados de un pasado muerto, se arriesgaban a levantar, en nuestros escenarios, el sudario de olvido que envolvía a todo el género.

En estas circunstancias, desde su pedestal de príncipe

del teatro moderno, que la crítica unánime le había adjudicado, y por una de estas contradicciones que caracterizan a los ingenios extraordinarios, Benavente publica su famosa alocución llamando a los poetas al teatro.

Se dió al grito toda la resonancia que, por venir de donde vino, merecía. Pero, en general, se pensó poco acerca de este grito; muy pocos trataron de darle un sentido dentro de la tónica general del teatro de Benavente; casi ninguno se preguntó para qué fin este hombre tan a la moderna llamaba los poetas al teatro, y, a la vuelta de un par de años, hemos de confesar que la alocución citada se ha olvidado casi, que las cosas siguen estando como estaban, y que muy contadas personas echan de menos a los poetas en las tablas de los escenarios.

Y, sin embargo, la idea del teatro poético sigue abriéndose paso. En estos dos años, Benavente logra dos éxitos excepcionales con *Los intereses creados* y *El príncipe que todo lo aprendió en los libros*, dos obras francamente «poéticas»; en Francia, Rivoire, con *El buen rey Dagoberto*, resucita las grandes noches de la *Comedie Française;* Rostand halla modo de entretetener la curiosidad mundial durante algunas semanas con su *Chantecler;* en Italia, D'Annunzio convierte en solemnidad nacional el estreno de *La nave;* desde Bélgica logra Maeterlinck, con su *Pájaro azul*, un éxito europeo... Y al lado de esto, Bernstein se ablanda, Capus se aburguesa más cada día. Donnay fatiga: una ráfaga de cansancio y de duda parece helar de antemano los últimos brotes raquíticos del ingenio francés. El artificio de los medios tonos prudentes que acusa las épocas de agotamiento, mancha de mediocridad la producción transpirenaica. Las tragedias abigarradas del mundanismo trashu-

mante, la horrenda miseria moral del París moderno, las convulsiones sociales, a veces sangrientas, con que pasado y porvenir están librando sus combates en el fondo de la conciencia actual, no inspiran a los dramaturgos franceses ni una fábula digna del momento, ni una máscara en armonía con semejante fábula.

Su teatro es una columna plástica de la revista o del periódico. Los autores dialogan en él la «Crónica del día» y nada más. A fuerza de limitaciones y de timideces hemos desvirtuado por completo la dramática. Ya el teatro no evoca la vida, la diseca. La ofrece disecada, inmóvil, inerte, en un momento único de su desarrollo, con todos los colores, con todas las flexiones, con todos los detalles del natural; pero muerta, inevitablemente muerta, sin raíces dentro de la tierra y sin perfumes en la violación del aire; sin pasado ni porvenir.

¿Dónde la salvación?

Si lo que se pide es una fórmula, me va a ser muy difícil concretarla. Si la buena voluntad de mis lectores me quiere seguir acompañando, trataré de demostrarles que esta anhelada renovación está en el teatro poético.

Hemos hecho imposible el drama histórico por empeñarnos en que sea un drama «moderno»... de ayer. Y estamos acabando de matar el drama moderno por empeñarnos en que sea un drama «histórico»... de hoy. Es decir, que en ambos casos, lo que mata al Teatro no es el género de la producción, sino el modo de concebirla y la forma, correlativa de la concepción, en que la encerramos. Quitarle al pasado su «misterio» y quitarle al presente su transcendencia, parece que sea procedimiento moderno de verdadera ciencia y servicio meritorio de la verdad. Pero es, en reali-

dad, un crimen de biología universal y una supercheria odiosa y falsísima.

La pretendida verdad histórica es tan relativa y accidental y cambiante y dudosa como la pretendida verdad naturalista de ciertas obras que se precian de reproducir la vida moderna exactamente, cuando lo que hacen es detenerla para marcar, sobre un fondo, su silueta de un momento.

Hay que llegar al fondo del problema. Y el fondo del problema, como procuraremos demostrar a nuestros lectores en otros artículos, es este, de una vez para todas: en el teatro no se trata de verdad, sino de poesía.

E. MARQUINA.

Me alegra ver que Marquina y yo coincidamos de tal suerte en nuestras apreciaciones, exponiendo él las mismas ideas que hace un mes exponía yo a usted en mi informe.

La verdad histórica, en efecto, no existe y es infantil condenar en nombre de ella al teatro poético.

Los hechos de que ha sido escenario el mundo son no sólo difíciles, sino imposibles de desentrañar, porque al producirse, los hombres que los presenciaban veíanlos de distinto modo, los narraban diversamente, y la imaginación de las multitudes los adulteraba en seguida. Pero los movimientos que han determinado estos hechos, sí son palpables, apreciables en todos sus detalles y constituyen el mejor documento, la mejor narración del hecho mismo; as como los vicios o virtudes de un hijo nos prueban hasta la evidencia los de sus antecesores.

Los mismos Evangelios, que son el documento por excelencia de la fe cristiana, no constituyen, como dice muy bien el Padre Loisy, «más que un eco, necesariamente debilitado y un poco mezclado, de la palabra de Jesús; queda la impresión general que El ha dejado a sus oyentes bien dispuestos, así como las más hirientes de sus sentencias, tal cual han sido comprendidas e interpretadas»; pero en cambio, el movimiento del cual fué Jesús el iniciador, está ahí, nos rodea, vive, palpita, englosa media humanidad, y ésa nos dice más sobre la naturaleza y la excelencia del Cristo que todos los cotejos y críticas de los sinópticos.

Ahora bien: los poetas, con su receptividad exquisita, retienen y luego formulan de una manera eterna estos grandes movimientos humanos, y por eso los verdaderos historiadores son un Homero, un Hesiodo, uu Moisés y un Dante y un Shakespeare y un Cervantes y un Hugo; y por eso la obra poética es la única realidad incontestable; y por eso el teatro poético es el teatro por excelencia, del pasado, del presente y del porvenir.

XIX

INAUGURACION DEL TEATRO PARA LOS NIÑOS

ANTES de lo que yo mismo imaginaba, el teatro para niños, de que recientemente hablé a usted, pasó del proyecto a la realidad.

El 20 de diciembre, y en el hermoso y elegante teatrito del Príncipe Alfonso, efectuóse la primera representación, con el éxito más franco y simpático que pudiera desearse. El día mismo de la inauguración, el ilustre Benavente decía en una de sus sabrosas crónicas de *El Imparcial*: «Hoy empezará sus representaciones el *Teatro para los niños*. Nada diré de sus principios, por tener yo tanta parte en ellos. Otros autores vendrán después que justifiquen el elogio. Por ahora baste con alabar la intención y agradecer a la compañía del teatro y a su director, Fernando Porredón, el entusiasmo, la fe ciega, el desinterés absoluto puesto al servicio de la idea. En compañías de pretensiones y en empresas de fuste, no es tan fácil encontrar todo eso!»

«No se aspira a la perfección ni mucho menos; es un en-

sayo, un modesto ensayo de un teatro en que los niños no oirán ni verán nada que pueda empañar la limpieza de su corazón ni de su inteligencia. No saldrán de allí con adquisiciones preciosas en su vocabulario, como «la vértiga», la «órdiga» y otras expresiones. No se iniciarán en los encantos del garrotín y del molinete.

«Si la idea fracasara y yo tuviera la conciencia de que no era por culpa mía ni de cuantos han de ayudar y servir en la empresa, hago voto solemne de escribir, en desagravio de mi error y agravio de lo ajeno, una «cachunda» de gran espectáculo, que dedicaré a cuantas y cuantos se lamentan de la inmoralidad en el teatro.»

A pesar de la ligera tinta de irónico pesimismo que se trasluce en las líneas anteriores, la idea ha prendido y el éxito es para alentar a cualquiera. Claro que se necesitan autores que ayuden a Benavente; ¿pero podrían faltar en esta España, tan fecunda en obras teatrales, unas cuantas para los niños, para los que son la verdadera *España nueva*?

Que el éxito es sólido pruébanlo no sólo presunciones afectuosas como las mías, sino afirmaciones amplias de la crítica madrileña.

José de Laserna, el sagaz crítico de *El Imparcial*, refiriéndose a la inauguración del *Teatro para los niños*, dice:

«Una hermosa iniciativa de Benavente comenzó a realizarse ayer, y con tanta fortuna y tan brillantísimo éxito que, apenas comenzada, pudiera decirse que está ya concluída.

No ha sido un ensayo con la vacilación y la inseguridad de los tanteos en las primeras pruebas de una obra magna, casi sin precedentes: ha sido la obra misma que surge per-

fecta, en cuanto cabe la perfección humana, del genio creador de tantas obras admirables.

Hágase el teatro, dijo, y el teatro fué hecho.

Ya tienen nuestros ingenios y nuestros poetas la pauta que seguir y el modelo a quien imitar, y, a su imagen y semejanza, la conquista de los más frescos laureles y los más puros sufragios a que puedan aspirar los sabios y los buenos.

«Que los niños se diviertan y que los grandes no se aburran.» Ahí es nada, hinchar... esta fórmula. Ayer los grandes y los chicos se confundieron en el mismo deleite y todos a una aclamamos al supremo hacedor de tan encantadores mundos de poesía, de ternura y de gracia, de compasión y de piedad también.

Las tristes realidades humanas que en la comedia primera, ya elocuente en su título—*Ganarse la vida*—, nos mueven a la conmiseración de los explotados y los oprimidos, ofrécense como contraste a las ideales fantasías de *El príncipe que todo lo aprendió en los libros.*

Ganarse la vida es una preparación, un anticipado reverso de *El príncipe azul*, y así estas dos caras de una misma medalla se completan en un todo indivisible de continuidad.

Perdón, Juanito; perdón, Mariquita, si me pongo pedante y os hablo un lenguaje que, afortunadamente, no comprendéis. Es que yo soy ya grande; y esto, el hacerse grande, es una cosa que da lástima que les pase a los chicos, según acaso hayáis ya leído en alguno de los siete u ocho kilos de libros con que os veo ir cargados todos los días al colegio.

Fijaos en el príncipe azul, el que todo lo aprendió en los

libros y no aprendió nada, y lo comprenderéis. Lo mejor que aprendió aquel príncipe bueno, generoso, valiente, fué en la vida. Los libros, casi todos los libros, andan todavía por un lado y la vida por otro.

Pero es preciso que os fijéis en aquellos dos pobres niños «que se ganaban la vida» en casa de sus avaros y descastados tíos, y no les pongáis polvos de pica pica ni les tiréis pellizcos como su primo el rico, y compadeceos por la severidad con que se les trata y amadlos por la bondad de su corazón y por el filial sacrificio que hacen escribiendo a su madre lo contentos que están, lo bien que lo pasan... y lo escriben llorando.

Luego veréis al príncipe azul «que realizó sus ensueños porque creía en ellos».

Las hadas generosas que buscaba, los montruosos ogros que temía y que los libros le enseñaron, no existen; pero hay hadas y hay ogros, unas que venerar y otros que destruir, porque éstos son los verdaderos ogros que se tragan las casas y las tierras de las víctimas de sus sórdidas garras, y aquéllas las verdaderas hadas que infunden el ánimo, la nobleza, el bien.

La ciencia, ¡ah, la ciencia! Cuando el príncipe ha de escoger, perdido en el bosque, entre dos caminos, su preceptor, eminente, vacila. La carta geográfica no está clara. Pero era que el preceptor saltó dos líneas. La ciencia no se equivoca nunca. Los que se equivocan son los sabios, lo cual no es igual, aunque viene a ser lo mismo...

Decir la luminosa fantasía, la poética inspiración, la ironía sin hiel, la gracia infantil, la fluyente ternura que Ja-

cinto Benavente derrama a raudales en este cuento de *El príncipe azul*, con ingenuidades de Perrault y ráfagas de Shakespeare, no sería posible más que reproduciéndolo entero. Y ni aun así, porque la acción escénica, la plasticidad de las figuras, los trajes, las luces y las «láminas» que como apropiado y deliberado ornamento semejan la decoración, realzan y avaloran lo positivo y lo irreal que en tan armoniosa ponderación y tan igual intesidad en este precioso cuento nos regocijan y nos conmueven a todos, porque ni es grande para los chicos, ni chico para los grandes. He aquí la fórmula.

Niños y poetas...

No me atrevo a decir: ¿qué más da?

Temo que Nanito, Polito y Rucito, tres niños—¡qué niños!—abandonados al «cine», me motejen de cursi...

Pero, en fin, los poetas en verso—como el poeta en prosa—cantaron ayer el nacimiento del nuevo teatro.

Curiosidad, de Catarineu, es un pedazo de corazón y un primor de arte. Catarineu tiene hijos. Es poeta, ¿No he dicho ya bastante?

Te voy a contar un cuento, de Rubén Darío (que leyó muy bien Nilo Fabra), tiene todo el preciosismo, toda la armonía y todo el ritmo de la musa principesca y fantasista del exquisito vate americano.

A los niños, de Marquina, es una poesía cálida, vigorosa y transcendente, que leyó su autor con la misma sincera emoción que palpita en sus versos, y que se nos transmite dulcemente.

Porredón, que hubo dado lectura a la composición de Catarineu, lo hizo de la de Campoamor *El buen consejo*, para digna coronación de esta parte de la fiesta, que acogió

el público con calurosos aplausos y demanda de repeticiones. Fabra y Marquina leyeron dos veces.

Todos los actores de la compañía rivalizaron en su trabajo, y ténganse todos por beneméritos en tan nobilísimo empeño, así como el escenógrafo Muriel, hijo, y la empresa y dirección que tanto entusiasmo han puesto en el *Teatro para los niños.*

Mas el primer vencedor de ayer fué Benavente. Se le aclamó, se le ovacionó, se le dieron vivas.

Ahora... Hacen falta más niños.

Pero, por Dios, que no vayan Nanito, ni Polito, ni Rucito, que se van a aburrir.»

✠

Ya ven ustedes cómo esta crítica, en la que hay amenidad y gracia liberalísimas, me evita decir a mi vez la impresión que produce la bellísima obra inaugural intitulada *El príncipe que todo lo aprendió en los libros,* que acierta a embelesar de la propia suerte a los niños grandes y a los niños chicos. Pero no es sólo José de Laserna el convencido, el que alaba con elogios cálidos, el que cree en el triunfo de la idea empollada por el ilustre autor de *Los Intereses Creados*; otro crítico, el de *El Liberal,* dice bellamente, con generosa comprensión alentadora:

«Benavente es un ser excepcional. Lo que él discurre, siente y expresa, se sale de las reglas que gobiernan la vida.

Al solterón impenitente, que atento a su propio bienestar huye del matrimonio para evitarse asperezas y sinsabores, le suelen molestar los niños.

No disculpan sus travesuras, ni tienen nunca para ellos un amable perdón.

—Los niños, a la cama—dicen si es de noche.

—Los niños, lejos. Nunca con las personas mayores—exclaman de día.

La cuestión es no ver nunca a los niños. Ellos saltan, chillan y molestan; se alteran los nervios, se perturban las digestiones. ¡Y luego lo que hacen sufrir cuando caen malitos!

Nada, nada de chicos. ¡Que los aguanten sus padres!

Benavente es soltero, y, sin embargo, ama a los pequeñuelos. Y ahora da en la diabólica idea de construir un teatro de niños, donde, sin que se aburran las personas grandes, empiecen los chicos a ver la vida tal cual es, conduciéndoles de la mano por una senda de saludable alegría, que al mismo tiempo les sirva de beneficiosa enseñanza.

¿Qué guía a Benavente en su admirable intento? ¿El amor a los niños? ¿Será acaso una satisfacción a la mujer, que instintivamente odia al solterón porque fué invulnerable a los ataques de Cupido?

Yo creo que Benavente no siente remordimientos por nada; y si va a esto del teatro de los niños, es porque tan alto ingenio, antes que dramaturgo, es un poeta de exquisita sensibilidad y busca en el amor a los niños un manantial de inspiración, que otros grandes poetas hallaron en las flores, en el mar o en las estrellas.

Esto es el Teatro de los Niños, inaugurado ayer tarde en el lindo coliseo de la calle de Génova con brillante éxito. La obra de un poeta. De un gran poeta, que ama la vida en su más hermosa manifestación. La idea es bellísima. Si fracasa en su noble intento el eximio autor de *Por las nubes*, no será suya la culpa. Es una obra que requiere el concurso y la ayuda de muchos. Benavente, aun siendo formida-

ble el empuje de su talento, no podría por sí solo convertir el proyecto en realidad. Es indispensable que los Quinteros, Linares Rivas, Marquina, Catarineu, Palomero y otros buenos poetas secunden al esclarecido autor y hagan teatro para los niños. Entonces, sí; entonces el triunfo será seguro, y mientras los pequeñuelos ríen y se divierten, los grandes saborearemos las infinitas bellezas que en sus «producciones infantiles» pondrán los poetas.

Ayer mismo experimentamos dulcísima emoción, suave y tierna alegría con el cuento de Benavente *El príncipe que todo lo aprendió en los libros.* Cuento primoroso, preñado de una amable ironía hacia esas fantásticas narraciones que embelesan a los niños y de las que «echamos mano» cuando, rebeldes a nuestros mandatos, procuramos infundirles pavor con ogros, brujas, hadas y príncipes encantados.

Los niños se divirtieron mucho con el cuento de Benavente. En los grande produjo verdadero asombro el ingenio de este hombre, que en tan diversas formas se ofrece a la admiración general.

El teatro de los niños está en marcha...»

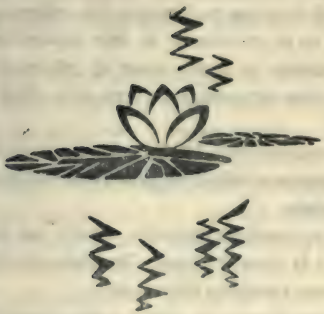
Sí, en marcha está, en efecto; y hasta yo, el único hombre de raza española que no lleva quizá en el bolsillo una pieza en tres actos, si alguna vez he sentido tentaciones de escribir para el teatro, es ahora que se trata de coadyuvar a la óptima obra de Benavente.

Me consuela, sin embargo, la idea de que en otros géneros algo y aun algos he pensado y publicado para los niños y de que toda la producción de mis últimos años pue-

de ponerse sin recelo entre sus leves manos impacientes y bajo sus diáfanos ojos curiosos llenos de *porqués.*

NOTA.—El anterior informe se cerró en diciembre. Ahora, en enero, el teatro para los niños ha sido reforzado con una bella pieza más, debida por cierto a un americano, al joven y vigoroso escritor peruano don Felipe Sassone (1).

(1) Nervo acompañaba a este informe un artículo de B. G. Candamo sobre la obra de F. Sassone.



XX

LA SUPUESTA DECADENCIA DE LA LITERATURA NOVELESCA Y TEATRAL

DECAE la literatura en Francia? Los editores se quejan de que ya no se producen ni se leen novelas como antes. Los empresarios de teatro ponen el grito en el cielo porque no pueden enriquecerse en tres años. ¿Qué debemos pensar?

Ante preguntas como ésta lo mejor es consultar la opinión de quienes se hallan en plena brega literaria con nombre y prestigio.

Así lo ha juzgado un publicista francés, que habiéndose dirigido a J. H. Rosny y a Lucien Descaves, obtuvo respuestas por todos conceptos interesantes.

J. H. Rosny (¿quién no conoce a este cerebral lleno de originalidad, miembro de la Academia Goncourt, cuyas admirables novelas, en las cuales sirve casi siempre de teatro la virginidad de la tierra en los viejos milenarios, hemos paladeado deleitosamente?), J. H. Rosny, digo, se muestra desalentado en su respuesta:

«El estado actual de la literatura y de las artes—exclama—es excelente, puesto que el número de hombres de talento crece sin cesar! Pero el estado de los literatos y de los artistas es, en general, execrable, ya que el número de los que mueren de desesperación y de miseria crece también incesantemente. Mientras yo escribo estas líneas, millares de hombres y mujeres jóvenes se disponen a venir y aumentar el desolado ejército de las artes y de las le tras No hay más remedio que dejar a todas estas pobres víctimas estrellarse contra la implacable realidad.

Algunas veces yo he pedido un ministerio destinado, no al Estímulo, sino *al Desaliento de las Bellas Artes*, pero ya no lo reclamo. A lo que parece, este ministerio sería tan impotente contra el pulular de escritores, de pintores y de escultores, como S. M. el Rey de Italia contra los terremotos...»

Y este reproche es maravillosamente justo. Yo, en mi pequeño radio de acción, lo advierto con profunda pena. Todos los días me escribe o se me presenta, en busca de estímulos más o menos platónicos, algún joven escritor o poeta, español o hispano-americano. Generalmente, tan generalmente que apenas si hay una sola excepción en el año, este muchacho no tiene talento. Basta hojear el inevitable cuaderno más o menos sucio que trae en la bolsa de pecho de la americana, para convencerse de ello. Después de haber tenido (y es mi caso) la paciencia de leer muchos centenares de tonterías en prosa o verso, se adquiere un olfato conspicuo... A las primeras líneas advierte uno que el joven aquel no hará nada, que es un candidato más a la miseria, que se pasará la vida escribiendo al margen de los diez o doce que tienen verdadero talento en la actualidad;

que va a perder lastimosamente su tiempo y—lo que es peor—a hacerlo perder a los otros. Que nunca logrará tener *segunda túnica*... como los apóstoles, y que restará para siempre a sus semejantes una actividad apreciable, valiosa quizá, si la empleara en otras cosas.

Vuestra lealtad en casos así os sugiere decir, suave, eso, así, muy suavemente, alguna de estas verdades al neófito. Yo confieso que varias veces he oído la voz de mi lealtad... Pero, ¡ay de mí!, lejos de agradecerme el noble consejo, nuestro candidato a inmortal se revolverá contra mí con dientes y uñas: me llamará Dios menor, me acusará hasta de haberle plagiado alguna ideíca e irá a escribir a su provincia española o a su nación sud-americana horrores sobre mi tergiversada y simple personalidad.

Hay, pues, que dejarlos que se estrellen, como dice Rosny, que se coman los codos de hambre, que no tengan jamás camisa limpia, que acaben como moscas ahogadas en ajenjo, que sean la lata de los propietarios de revistas y de los amigos piadosos... todo menos disuadirlos de que escriban versos o prosa. Cuando a un hombre se le ha incrustado en la cabeza que es literato, poeta, artista, nada en el mundo tendrá fuerza para desenraigarle tal idea. Acabará, quizá, aporreado por la indiferencia unánime, despreciando él a su vez a los verdaderos literatos, poetas o artistas; mas no sin guardar celosamente en algún cómplice cajón de su escritorio un manojo de versos amarillento, que diz que la envidia y la malevolencia se empeñaron en no apreciar.

¡Dios mío, y sin embargo, es tan fácil, como dijo Voltaire (si mal no recuerdo), *no escribir una tragedia en cinco actos!* ¡Hay tantas brillantes y bellas actividades que ejercitar en la vida!

La economía política—aunque hoy, piadoso lector, van resultando ya más economistas que poetas—, la sociología, las incontables ramas de la fisiología, la microbiología, la astronomía, la física del globo, las exploraciones de todos géneros, los mil problemas mecánicos de resolución relativamente fácil y llena de promesas pecuniarias, etc., etc., ofrecen campos infinitos a la perseverancia mental.

El mundo está aún lleno de secretos y de bellas esperanzas. La riqueza nos rodea. La fortuna sólo aguarda para entregarse al impulso del hombre joven, fuerte y nuevo, nuevo sobre todo de espíritu y de ideas... Por Dios, mancebos que, por la mayor de las aberraciones extraviados, pretendéis escribir prosas o versos: aun suponiendo que todos fueseis genios, creédmelo, romped vuestro ajado y sucio cuaderno de rimas, de cuentos, de novelas. Por ahora, creedlo, más os valdrá volar como un Wright o un Bleriot que como Víctor Hugo falsificado. Lanzaos en los brazos robustos de la realidad fecunda, muy más bella que todas las ficciones de vuestra neurastenia... y no os enojéis conmigo por el consejo. Soy un *Dios menor* sincero que os compadecería aun cuando llegaseis a Dioses mayores. Los tiempos estos ya no son los de los Dioses, son los de los hombres inteligentes y los enérgicos. Corren malos vientos para las divinidades, estad seguros, jóvenes que os quedáis soñando a la orilla del camino, mientras el genio humano pasa por ese camino mismo a la conquista del universo!

✠

Pero oigamos ahora a otra autoridad, a Lucien Descaves. De fijo conocéis a este vigoroso autor teatral, que firmó con

otros cuatro, hace veinte años, cierto famoso manifiesto por medio del cual los literatos jóvenes y conocidos de entonces arrojaron el guante a Emilio Zola, declarándose enemigos del materialismo.

Pues este Lucien Descaves afirma que «no hay decadencia: hay simplemente crisis, un momento en que faltan ímpetus. Pero ello pasará. En cuanto a las manifestaciones artísticas colectivas, en fila, bajo una bandera, opina que no debemos echarlas de menos. No perteneciendo a ninguna escuela, los de la generación que llega envejecerán menos pronto que sus predecesores los *naturalistas, simbolistas, naturistas, etc.*

«¿Ausencia de ideal?—exclama—; ¿qué es lo que llamáis vosotros ideal? La definición que Vigny da del arte: «la verdad elegida», me parece convenir admirablemente al ideal. Pero cada escritor, cada artista, lleva en sí mismo su ideal. es decir, un sentimiento de la verdad conforme a su tempe, ramento.

»En literatura, Villiers, Vallés, Barbey d'Aurevilly y Théophile Gautier, no tienen el mismo ideal; lejos de eso, y, sin embargo, son cuatro grandes escritores. Yo no les pido, para amarlos igualmente, más que una llama, y ésa la tienen.

»Del hecho de que la novela se haya ido convirtiendo desde hace algunos años en labor de damas haríamos mal en decir que es un género en decadencia. Si se leen menos las novelas nuevas se leen en cambio más las viejas, reeditadas en las colecciones baratas. ¡Hay, pues, compensación

»No debe verse prejuicio ninguno de sexo en la observación relativa a las novelas que escriben las mujeres, y la prueba es que yo pongo a madame de Noailles por encima

de todos los poetas de ahora (y sírvanse ustedes tener en cuenta que no la conozco, ni siquiera la he visto nunca).»

✠

Según Descaves, no hay, pues, decadencia en el gusto por la novela. Al contrario, podríamos añadir nosotros: hay refinamiento. Se leen poco o no se leen las novelas de ahora; pero hay que convenir (aunque muchas estén escritas por señoras) en que todas o casi todas son rematadamente malas. Están ya lejos los tiempos en que una novela solía ser obra maestra, los tiempos en que Flaubert, Zola, Maupassant, Bourget, los Goncourt, Loti, Villiers de l'Isle Adam, Daudet, Mirbeau, Pierre Louys, etc., etc., escribían esos primores que honran aún la literatura francesa.

El público lo sabe y por eso prefiere las ediciones baratas de Balzac, que lo hace pensar, o de Dumas, que lo divierte.

Los editores se han visto forzados a adoptar los procedimientos de un Wells o de un Conan Doyle, discípulos del ingenio anglo-sajón de Poe, para compensar la penuria de géneros y de asuntos novelescos que se advertía por dondequiera.

Para que Matilde Serao o Daniel Lesueur hayan venido a sustituir a Jorge Sand, se ha necesitado verdaderamente un derrumbamiento literario.

Resumiendo, pues, la venta de las novelas nuevas decae; pero no el gusto por la lectura de las que valen verdaderamente.

Si las publicaciones que antes se distinguían por su originalidad, como el *Mercurio de Francia*, hoy dan sitio de honor a novelas como la más reciente publicada por esta

revista y que es imitación servil de un cuento de Edgard Poe, el público selecto les *rend la pareille* comprando novelas viejas...

✠

Veamos ahora, para volver un poco a las ideas de nuestro amigo Descaves, lo que éste opina con respecto a la decadencia del arte dramático:

«Donde no se puede negar la crisis—dice—es en el teatro, que ya no aparece sino como una gran industria en el marasmo. Léase a tal respecto el excelente artículo de M. Séverin Gisors en *La Revue.* Este autor pone el dedo en la llaga: ¿queréis apostar a que en nuestras escenas parisienses, de cincuenta piezas reservadas para el invierno próximo, cuarenta y cinco tendrán por argumento el adulterio?» pregunta Mr. Gisors. Y estas piezas en que no se busca más que carne y *toilettes* con salsa picante, estarán firmadas... ¿por quiénes?

»Pues por los *proveedores* más estimados... a lo menos en Francia, porque en el extranjero comienzan a volver la espalda a un teatro así y se atienen a Maeterlinck, a falta de François de Curel, la más bella y la más alta expresión del arte dramático contemporáneo, en mi concepto.

»Pero monsieur de Curel, herido por la indiferencia del público, vive apartado y no son los directores de teatro quienes le harán salir de su pabellón de caza en los bosques, estad tranquilo.

»Monsieur Séverin Gisors tiene *paradojalmente* razón: lo que falta en la actualidad al teatro, son *piezas malas,* piezas mal hechas y declaradas innobles por todas las gentes

«del oficio», autores, directores, directoras, comanditarios, apuntadores, porteros...; las malas piezas, en fin, que representaban hace quince años el Teatro libre, l'Œuvre o Paul Fort.

»Los directores ya no montan más que piezas *buenas*, o más bien dicho, una pieza, siempre la misma..., recalentada en el fuego de las tablas. Pretenden que eso es lo que el público pide; pero entonces, ¿por qué no son todos millonarios?

»Calumnian al público; si dijesen la verdad, habría que reconocer, en efecto, que estamos en decadencia, aunque yo no creo que el ideal del espectador sea siempre una «buena digestión».

¿No es verdad que Lucien Descaves ha puesto a su vez el dedo en la llaga? Si el teatro francés y en general el teatro europeo decae, es porque se encanalla...; es decir, porque lo encanallan los empresarios. No es cierto que el público pida sólo desnudeces, verduras, conflictos bajos de adulterio. Hay infinitas gentes que detestan esta laya de piezas; pero como no les dan otras, se resignan. En Europa el teatro es una necesidad social. El larguísimo hábito de frecuentarlo, la atávica y secular costumbre de concederle una importantísima porción de nuestros ocios, hacen que, a pesar de todo, las salas de espectáculos estén siempre henchidas, especialmente en las metrópolis, donde se cuenta con un nutridísimo movimiento de viajeros. Pero aún hay grupos intensos que gustan de ver en las tablas conflictos nobles y bellamente resueltos; que piden a los autores dramáticos que los hagan pensar...

Cierto es que nadie puede dar lo que no tiene, y debemos convenir en que, a medida que el teatro se envilece, asaltan las tablas autores que en otra época no hubieran osado, por su ignorancia e inopia de ideas, escribir comedias... ¿Cómo van a hacer pensar tales gentes si ellas mismas no disfrutan de esta facultad, en otro tiempo fundamental para escribir?

Refugiémonos, pues, en el admirable teatro francés de hace veinte años. Refugiémonos también en el hondo, en el poderoso e inquietante teatro de Maeterlinck, mientras termina el triste desfile de *Monsieur, Madame... et l'autre*, de que hablan Descaves y Gisors.

XXI

ESTADÍSTICA ESCOLAR ESPAÑOLA

ACABA de publicarse la estadística escolar prescrita por la ley de Instrucción pública del año de 1857.

La obra está concebida de tal suerte, que se subdivide en regiones universitarias, por provincias y distritos, estudiando las escuelas que existen en España, las cuales hállanse clasificadas teniendo en cuenta su condición. Determínalas además el número de habitantes, la población de hecho y de derecho y otros datos que, como éstos, provienen de la Dirección General del Instituto Geográfico. Este, para facilitarlos, se ha guiado a su vez por las correcciones que, en el último período de rectificación, se han hecho en el censo.

He aquí los datos en cuestión:

El número de escuelas protestantes existentes, que son 91 en todo el reino, y el de las laicas o que prescinden de la religión, cuya cifra asciende a 107, corresponden: de las primeras, 5 a Baleares, 22 a Barcelona, 5 a Cádiz, 1 a Córdoba, 3 a Gerona, 1 a Granada, 2 a Guipúzcoa, 14 a Huel-

va, 3 a Logroño, 14 a Madrid, 4 a Málagá, 2 a Murcia, 2 a Pontevedra, 3 a Salamanca, 2 a Santander, 1 a Tarragona, 1 a Valladolid, 1 a Vizcaya, 1 a Zamora y 3 a Zaragoza.

De las segundas, o sea escuelas laicas o que prescinden de la religión, corresponden: 2 a Albacete, 1 a Alicante, 1 a Almeria, 3 a Baleares, 43 a Barcelona, 3 a Cádiz, 2 a Castellón, 1 a Córdoba, 5 a Gerona, 3 a Jaén, 2 a Lérida, 13 a Madrid, 1 a Málaga, 1 a Murcia, 1 a Pontevedra, 1 a Salamanca, 5 a Santander, 5 a Tarragona, 11 a Valencia, 1 a Valladolid, 1 a Vizcaya y 1 a Zaragoza.

El número de escuelas católicas de carácter privado se eleva en España a 5.014, correspondiendo de ellas: 36 a Alava, 42 a Albacete, 92 a Alicante, 64 a Almería, 88 a Avila, 175 a Badajoz, 796 a Barcelona, 56 a Burgos, 62 a Cáceres, 188 a Cádiz, 77 a Canarias, 79 a Castellón, 50 a Ciudad Real, 92 a Córdoba, 97 a Coruña, 14 a Cuenca, 179 a Gerona, 106 a Granada, 28 a Guadalajara, 119 a Guipúzcoa, 38 a Huelva, 27 a Huesca, 88 a Jaén, 36 a León, 64 a Lérida, 42 a Logroño, 246 a Madrid, 52 a Málaga, 136 a Murcia, 86 a Navarra, 43 a Orense, 97 a Oviedo, 43 a Palencia, 59 a Pontevedra, 66 a Salamanca, 169 a Santander, 17 a Segovia, 133 a Sevilla, 19 a Soria, 221 a Tarragona, 12 a Teruel, 48 a Toledo, 119 a Valencia, 97 a Valladolid y 95 a Vizcaya y Zaragoza.

Hay, pues, en cada provincia de España un número de escuelas católicas privadas proporcionado a su densidad de población, y es de notar que sólo en una provincia deja de haber establecimientos docentes de esta clase: en Zamora.

Respecto al número de escuelas que debe tener y que tiene cada provincia, la obra en cuestión acusa que sólo cuatro provincias españolas cuentan con mayor número de

escuelas que las que vienen obligadas a sostener. Son éstas: Alava, que tiene 304 escuelas, debiendo tener 276; es decir, 28 más; Burgos, que tiene 1.058, siendo su cifra obligatoria 1.042, es decir, 16 más; Soria, que tiene 561, no debiendo tener más que 539, es decir, 22 más; y Teruel, que sostiene 546, debiendo tener 538, es decir, un exceso de 8.

Todas las demás provincias de España, según este resumen, desatienden el cumplimiento de la ley en punto a extremo tan esencial de la vida pública.

Provincias de primera clase, como Madrid, Barcelona, Valencia, Sevilla, Granada, Valladolid, Zaragoza y Vizcaya, aparecen con cifras como 415, 535, 415, 335, 322, 74, 125 y 44, respectivamente.

Provincias de inferior categoría hay muchas también con cifras de menos, alarmantes en verdad.

Ejemplos: Albacete, 170; Alicante, 238; Almería, 277; Avila, 34; Badajoz, 290; Baleares, 190; Cáceres, 111; Cádiz, 458; Canarias, 363; Castellón, 145; Ciudad Real, 170; Córdoba, 238; Coruña, 603; Gerona, 123; Huelva, 139; Jaén, 325; Lugo, 722; Málaga, 353; Murcia, 509; Oviedo, 252; Santander, 110; Tarragona, 124, etc.; debiendo advertirse que en la cifra de escuelas existentes va comprendida la de las subvencionadas y de patronato.

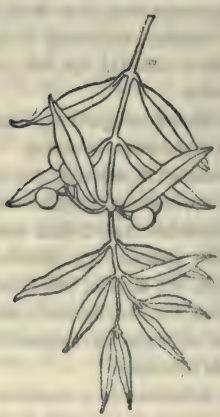
Como totales definitivos de la estadística escolar se ven estas cifras:

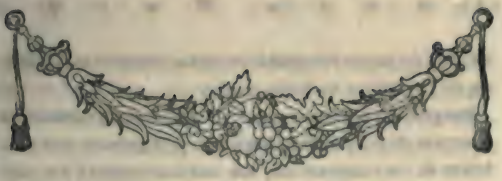
Debe haber en España 34.366 escuelas, y hay 24.681.

Hay en España 9.266 Ayuntamientos.

Existe en la nación una población de derecho que asciende a 20.827.463 almas y una población escolar (de seis a doce años) de 2.417.254 individuos.

Me ha parecido interesante enviar a usted estos datos, aun cuando la estadística escolar está más bien al margen de las atribuciones que usted se ha servido designarme para mis informes a esa Superioridad.





XXII

LOS CONSERVATORIOS DE DECLAMACIÓN

El ilustre autor dramático Brieux, de la Academia Francesa, analizando el reglamento y las funciones del Conservatorio de París, se queja de que aquellas reglas que rigen para la Música no convienen en manera alguna a la Declamación, y observa que en el Conservatorio la música es todo, y el arte dramático, nada.

A propósito de esto hace algunas consideraciones que me parece oportuno traducir, porque tienen aplicación en buena parte a nuestro Conservatorio.

«Desde que se creó el Conservatorio—dice Brieux—todos sus directores han sido músicos: Cherubini, Auber, Ambroise Thomas, Theodore Dubois y Gabriel Fauré.

Sea cual fuere la gloria de un músico, sea cual fuere su competencia en armonía, no está calificado para dirigir estudios de Arte Dramático.

Se puede comprender a Bach, Beethoven y Wagner y ser

incapaz de juzgar las aptitudes de los intérpretes de Racine, de Corneille y de Emile Augier.

Imaginad lo contrario: que a un literato se le confiase la dirección de los estudios musicales: ¡qué griterío, qué protestas de los compositores, los instrumentistas y los cantantes! ¡Y tendrían razón!

Ahora bien: puesto que tendrían razón, imitémosles y pidamos resueltamente, hasta que se haya practicado, la separación de la Música y del Arte Dramático.

Que se deje por tanto a Monsieur Gabriel Fauré la dirección del Conservatorio de Música y que se cree al lado una Escuela de Arte Dramático, cuyo director sea un hombre del oficio, un hombre de Teatro, que haya hecho en el Teatro sus ensayos, que sepa hablar la lengua de todo ese pequeño mundo del teatro, que pueda gobernarlo, que admire lo clásico y guste al propio tiempo de las obras modernas.

Este hombre, ¿es posible encontrarlo?

Antes de que se realice esta reforma esencial, es inútil pensar en mejoras necesarias; porque las reformas nada son si el que está encargado de llevarlas a cabo no las ha deseado.

Entonces, y solamente entonces, se podrá discutir sobre los medios útiles para asegurar a la Escuela de Arte Dramático profesores asiduos, trágicos para la tragedia y cómicos para la comedia.

Se dará a esos profesores, de nuevo, el sitio que jamás debieron perder en las comisiones de examen. Se reconstituirá el Jurado, compuesto exclusivamente de hombres de teatro. Se prepararán algunas representaciones dadas por los discípulos en matinées, los jueves, en la sala de espec-

táculos de la Escuela, teniendo como público a los educandos de los liceos—sin críticos y sin periodistas. Se estudiará la creación de bolsas de viaje que permitan a los mejores alumnos ir a Londres, a Munich, a Berlín, a Viena, a Roma, a Atenas.

Se harán otras mil cosas que serán excelentes...

Monsieur Brieux no dice cuáles son algunas de estas mi cosas.., pero con las que ha mencionado bastarían para formar un programa muy completo y muy fructífero.

En mi concepto, las tres cosas esenciales entre las que él apunta, son:

1.º Los hombres de teatro para dirigir el Conservatorio o el anexo del Conservatorio que se destine a la *Declamación*, como decimos nosotros.

2.º Las representaciones frecuentes, sobre todo aquellas que se dan ante los alumnos de las escuelas.

3.º Las bolsas de viaje.

En cuanto a la primer circunstancia, no necesita comento.

Es claro que resulta absurdo en demasía que un músico dirija a los aspirantes a artistas de *verso;* se necesita exclusivamente un actor. Hasta el señor de la Palice pensaría así.

En México se ha solido echar mano de los poetas que recitan bien, para profesores del Conservatorio.

Yo los juzgo, en ocasiones, necesarios, porque los actores saben a veces declamar, pero no recitar, y hay bellezas en el teatro, en el teatro moderno sobre todo ,sea poético o

prosaico, que se pierden en absoluto con la declamación.

Pero es claro que si un actor reúne las dos aptitudes de declamador y recitador, si sabe mover su voz en ese admirable registro medio, en que están los matices más delicados, las inflexiones más varias y el secreto de las emociones más sutiles, de las sensaciones más elegantes, mejor que mejor.

El teatro poético de hoy: *El cuento de Abril*, de Valle Inclán, por ejemplo, declamado se desnaturalizaría en absoluto. Necesita toda la suavidad de tono, toda la elegancia de dicción, todo el aterciopelado que cabe en el registro medio.

Y lo propio digo del teatro moderno de costumbres, del diálogo fino de los actuales comediógrafos franceses.

En cuanto a la segunda circunstancia, a las representaciones frecuentes, convencidos nos hallamos todos de que sin ellas no puede haber estímulo posible.

Un Conservatorio de Declamación, un anexo, una clase, lo que se quiera, se muere de agotamiento sin matinées teatrales.

Todo lo que fuera de esto se haga es vano.

Por eso cuando usted, señor ministro, se sirvió confiarme el reclutamiento y formación de un grupo de jóvenes que pudiesen fundar más tarde el teatro mexicano, *la comedia* nuestra, insistí con tanto calor en la frecuencia de las representaciones.

Y está bien que éstas se den para los compañeros de las escuelas y liceos, almas nítidas, que tienen entusiasmos nuevos, ingenuos, y, por lo mismo, eminentemente estimuladores. Y está bien que no asistan críticos ni periodistas,

cuyas crónicas, o inflamarían a los alumnos de vanidad precoz, o los desalentarían en absoluto.

Queda el tercer capítulo: el de *las bolsas de viaje.* Estas se forman, como usted sabe, de muy diversas maneras, y en tal asunto podía servir buena parte del Reglamento que rige en nuestro Conservatorio para las pensiones-premios.

Con una subvención relativamente modesta; con producto de funciones dadas por los alumnos a beneficio de tan noble objeto; con un tanto por ciento de recargo a las entradas de los teatros; con una pequeña tributación anual de los alumnos mismos, podría acaso formarse un fondo que permitiese al mejor discípulo del año viajar por aquellos centros de Europa en que pudiere depurar y perfeccionar sus aptitudes.

Basten por ahora estos apuntes, que son a modo de breve cimiento de lo dicho por Brieux, y ya oportunamente insistí sobre asunto de tan reconocida importancia.

XXIII

LAS ESCUELAS SANATORIOS

El ministro de la Gobernación—dice un diario madrileño—ha dirigido una real orden al Ministerio de Instrucción pública, participándole que se han habilitado los Sanatorios de Oza (Coruña) y Pedrosa (Santander), para albergar durante el verano niños tuberculosos.

Estos irán acompañados de médicos y maestros para ser atendidos en su salud y recibir al aire libre la instrucción necesaria.

Comprendo que, comentando esta noticia, rebaso un poco el límite de mis informes; pero se trata de un asunto tan simpático que no resisto a la tentación.

La escuela al aire libre durante el buen tiempo, la escuela bajo la sombra de los árboles, se multiplica en Europa en beneficio de los niños enfermos o débiles, y durante los dos meses más crudos del verano se identifica con otra institución verdaderamente piadosa: la de los sanatorios infantiles a la orilla del mar.

Mucha gente ilustrada contribuye asimismo a enviar a

los niños de las barriadas pobres a alguna playa donde almacenen oxígeno y salud para contrarrestar su ñoñez y su raquitismo.

En días pasados, Francia inauguraba una escuela al aire libre, y dando cuenta de ello un importante diario, decía entre otras cosas lo siguiente, que traduzco:

«Bajo los árboles amigos, en el vasto parque en que canta su canción, entre los rayos de oro, la fiesta del estío, las cabecitas infantiles se inclinan atentas sobre los libros escolares. Y las voces se llevan, alegres, hacia las frondas verdes

Hay allí ochenta niñas y niños de siete a doce años, en el antiguo establecimiento de los padres de Santa Cruz, en el Vesinet. Bajo la benévola y dulce mirada de cuatro institutrices: las señoras Pilon, Pognon, Martinet y Oyhambedeu, aprenden la bella armonía de nuestra lengua y las aventuras inauditas de nuestra historia.

Son frágiles alumnos y alumnas de la Demarcación 16.ª de París, venidos de la gran ciudad donde los alojamientos son estrechos, donde la atmósfera está viciada, hijos de obreros la mayor parte, que desfallecían en el horno ardiente de la capital, y que ahora, al aire libre, bajo las ramas donde ríe el sol, piden a las plantas erguidas hacia el cielo azul la savia vigorosa de la vida robusta.

—Estamos instalados aquí desde el 30 de mayo—nos decía monsieur Dubois, el director de la escuela al aire libre—. Esta institución, fundada por la Caja de escuelas de la décimosexta Demarcación, posee ochenta pensionados que efectúan una estada de treinta y cinco días.

Pasado este lapso de tiempo, otros vendrán que gozarán a su vez de todos los beneficios de este higiénico sistema de enseñanza.

Aquí practican una verdadera cura de aire, en un paisaje reposador, lleno de verdura y de luz, y siguen estudiosamente los trabajos escolares.

El pizarrón es la calzada arenosa en que la institutriz traza figuras geométricas y plantea problemas.

Gracias a monsieur Antonio Pinson, profesor del Liceo Janson-de-Sailly, y adjunto del alcalde de la décimosexta Demarcación, hemos podido crear esta escuela, en la cual nuestros hijos podrán hacer estudios provechosos y gozar de una floreciente salud.

¡Las cuatro de la tarde! Se oye la señal para el recreo y se produce una loca desbandada a través de las calles de árboles.

Alegres chicuelos trepan a los troncos. Al pie de una encina una niñita rubia sueña con los ojos abiertos hacia el infinito...»

✠

Hay que conceder a los alemanes buena parte del honor que deriva de este entusiasmo por las escuelas al aire libre y por los sanatorios marítimos.

En Charlottenburg, ciudad importante de Prusia, sabemos, por ejemplo, que *todo el año se lleva* a los niños de las escuelas al campo, a educarse y a higienizarse.

Hay escuelas cubiertas, cobertizos para las meriendas, sitios deliciosos donde los niños estudian prácticamente la Historia Natural.

Y como en España parajes como éstos abundan, el ilustre doctor Tolosa Latour, que tanto ha trabajado por la infancia, no se cansa de proponer la fundación de escuelas-sanatorios a la orilla del mar, como las dos de que habla-

mos al principio, destinadas a los niños débiles de las escuelas, hospicios y asilos.

«Bosques frondosos—dice—, playas admirables existen en toda la Península española que pudieran competir con las extranjeras; lo que falta es que se avive el amor a la infancia, que se sienta el amor a la patria.

»No desmayen los que desde altas o pequeñas esferas han contribuído a este movimiento regenerador; no les importen los desvíos de las muchedumbres, ni la indiferencia de los poderosos, ni se lamenten de no obtener la debida recompensa, ni siquiera el testimonio de la pública simpatía; hay que insistir, hay que perseverar. Nada hace tan fuerte al hombre como sentir en el fondo del corazón la certidumbre de haber cumplido con su deber, pudiendo evantar la cabeza y mirar al infinito, de donde viene la luz que alienta y vivifica los cuerpos y las almas humanas.»

Hablando el mismo doctor Tolosa Latour de la indiferencia con que se lucha en España respecto de las expresadas fundaciones, dice que se debe al modo como se planteó aquí la lucha antituberculosa:

«En la famosa Asamblea convocada en el Teatro Real no se hizo resaltar lo suficiente la importancia incuestionable que tienen los sanatorios marítimos de toda Europa para destruir en sus comienzos el veneno tuberculoso. Se habló del adulto, se recordaron estadísticas, se proclamó el miedo como elemento defensivo de la sociedad española, y ésta no se percató entonces, ni lleva camino de percatarse, de que lo que convenía hacer era modificar el terreno humano, en vez de combatir exclusivamente el germen.

»De la existencia o no existencia del bacilo de Koch en

los enfermos se deducía toda la terapéutica, y especialmente el pronóstico, y se olvidaron un tanto de los centenares de niños que, sin parecerlo, eran tuberculosos, estaban condenados a morir y podían ser peligrosos para cuantos les rodeaban.

»Se preconizaron los dispensarios como el más eficaz y rápido elemento de combate, y al instalarse, con la oportunidad y celo de todos conocidos, colocáronse bajo el patronato de los Reyes y otras insignes personalidades, inaugurándolos el ministro señor La Cierva. Ilustres médicos pusiéronse al frente; jóvenes profesores trabajaron con entusiasmo, y puede decirse que esa forma de policía sanitaria, análoga a la gubernativa, que también se creó con grandes elementos, puso de manifiesto la extensión del mal, las hondas raíces que tenía en la familia y en la sociedad.

»Y de igual modo que con los casilleros policíacos se averigua el número, género, especie y variedades de la gente maleante, sin que por ello se pueda conseguir disminuir la criminalidad, ni aun prevenirla, en tanto que otros organismos no se encarguen de remediar la miseria, perseguir la vagancia y purificar las costumbres, de igual modo las Juntas de damas y los celosos clínicos, al ver la impotencia para atajar el mal, se desesperaron. Se decía a los enfermos: «Tened cuidado de vuestra prole, alimentaos bien, respirad buen aire, tomad determinados medicamentos»; pero el reposo necesario, el aislamiento indispensable, la vivienda sana y los alimentos reparadores, no se les podían proporcionar.

»Nunca se estimará bastante, ni habrá quien pueda elogiar debidamente, los esfuerzos de cuantos cooperan a la

labor santa del dispensario. Acusarle de deficiencia es una injusticia. A quienes hay que llevar a diario para que se enteren de lo que ocurre en las clases proletarias es a las insignes personalidades que asistieron a la inauguración.

»Verán niños que viven enfermos y contagiados por padres casi moribundos; observarán casos que causan dolorosos espasmos de angustia en el ánimo de los médicos, que sienten cómo se llenan sus ojos de lágrimas y cómo instintivamente se crispan sus manos ante esos espectáculos lamentables.

»Es, pues, necesario distribuir esas criaturas donde les dé el aire y el sol: llevar la mayoría a las orillas del mar, donde a fuerza de paciencia se curan las gravísimas lesiones orgánicas que ahora no pueden ser admitidas en esos sanatorios que acaban de crearse.

»Los que desde hace diez y ocho años vienen luchando en la obscuridad, sin elementos apenas, amparados por la caridad cristiana, sufriendo desdenes de todo género al tratar de crear estos centros benéficos en España, reciben a diario, en la actualidad, peticiones para numerosos enfermitos que no pueden admitir por falta de medios en el modesto sanatorio fundado en la costa gaditana.

»¿Cómo han de tenerlos, cuando el Estado tiene que apelar a la cooperación de los hombres de buena voluntad?

»Hora es ya, pues, de que sin lamentaciones estériles ni recriminaciones enojosas, volvamos la vista a la realidad y se diga a los españoles de toda procedencia, ricos, pobres, obreros e intelectuales, que la salvacion de la raza estriba en llevar a los niños al aire, al sol, al mar.»

✠

¿Y en México, los pobres niños de los barrios, la infinidad de criaturas tuberculosas, raquíticas, ñoñas, en quienes la degeneración ancestral produce efectos tan lastimosos, tendrán sus sanatorios algún día?

Estoy seguro de que pronto podremos responder afirmativamente a esta pregunta.

Sé que, además de la solicitud que a usted, señor ministro, le merece todo aquello que se refiere al idóneo acondicionamiento de los edificios para escuelas y a las escuelas al aire libre, el señor vicepresidente de la República y ministro de Gobernación, señor Corral, se preocupa también de la importante parte que en este asunto le concierne, y, por lo tanto, no está lejano el día en que algo bello y práctico se haga en favor de los miles y miles de niños en quienes está en botón el mañana de la Raza.

XXIV

LOS TRATADOS LITERARIOS

RAMIRO de Maeztu, en estos últimos días, ha abordado un problema de alto interés hispanoamericano.

Francia, según se sabe, o sea la Sociedad de Compositores y Autores Dramáticos, de París, representada en Buenos Aires por un enviado especial y por el ministro plenipotenciario de la República, está gestionando cerca del Gobierno argentino la adhesión del país del Plata al régimen de tratados de propiedad intelectual que prevalece en las naciones europeas.

Si las gestiones de los franceses tienen éxito, los españoles conseguirán también que se respete su propiedad intelectual en Hispano-América (exceptuando a México, con el cual hay, según todos sabemos, un tratado de luengos años de fecha).

El régimen actual, según Maeztu, es mucho más perjudicial para España que para Francia, porque España es más bien un país importador que no exportador de productos culturales, mientras que Francia es un país exportador.

Los franceses se ven obligados a pagar derechos de propiedad intelectual por lo que importan y traducen, pero ese gasto lo reembolsan diez veces con lo que exportan y dan para traducir. Mientras que España, según Maetzu, se halla en el caso contrario. Tiene que pagar derechos por lo que traduce y por lo que importa: novelas, grabados, música, teatro, reproducciones artísticas, manuales, libros de ciencia, artículos de arte industrial, etc.

La única compensación posible a este desembolso, piensa Maeztu que debía hallar España en la América que habla español; pero no la halla, excepto, como dije, en México. Y así no es posible que florezca la producción mental española.

Debe, pues, por todos conceptos, hacerse, especialmente con la Argentina, un tratado de propiedad literaria y artística.

He aquí el anverso de la cuestión, perfectamente dibujado y expuesto. Veamos ahora el reverso, a saber: lo que piensan en la Argentina.

La Prensa, de Buenos Aires, ocupándose del asunto en uno de sus últimos números, dice: «En cualquier pacto de esta naturaleza entre los países europeos y los hispanoamericanos, iríamos a pérdida segura, porque encarecería irremediablemente la producción intelectual, de la que nos encontramos ávidos, dificultando la producción del libro y de las obras artísticas en general; no recibiríamos en cambio el más mínimo beneficio y nos inhabilitaríamos involuntariamente para utilizar en pro de la cultura los tesoros de la inteligencia extranjera.

»Hay un interés argentino, un interés americano en difundir la cultura por todos los medios posibles, poniendo la

producción cerebral, que enseña y dignifica, al alcance de cuantos seres deseen obtenerla.»

La Prensa elogia en seguida el tratado hispanomexicano de propiedad literaria.

En su concepto, para la opinión argentina sería el único aceptable, porque aseguraría los derechos de los autores nacionales y extranjeros, pero a condición de que sus obras fuesen producidas dentro de la República.

Queda, por tanto, planteado el problema en términos elevados, y refiriéndose a él Maeztu dice en otra parte, con mucha independencia y alteza de espíritu por cierto:

«Mientras se trataba únicamente de intereses era difícil que un hombre delicado interviniese en ello. Los españoles sólo decían que les convenían los tratados; los hispanoamericanos contestaban que no les convenían a ellos. Ambos estaban en lo firme. Pero comprendo que Angel Ganivet, con su hidalguía fundamental, se asquease de los argumentos españoles y proclamara en su *Idearium español* que no debíamos aspirar a cobrar en dinero la expansión de nuestro espíritu en América, sino regocijarnos desinteresadamente de que nuestra labor mental continuase influyendo sobre los pueblos de nuestra sangre.»

Pero esto es elevar la cuestión del plano estrictamente mercantil al plano cultural.

«Si fuera cierto—dice Maeztu—que el actual régimen redundara en beneficio eminente para la cultura hispanoamericana, no tendríamos más remedio que bajar la cabeza.

»Pero no es así. El único beneficio que obtienen los his-

panoamericanos es algún abaratamiento en la importación y traducción de ciertas obras de carácter popular, como novelas y piececillas de teatro que, por lo común, no se proponen esencialmente elevar el promedio cultural.

»En cambio, ese abaratamiento dificulta en los países hispanoamericanos y en España la creación de cultura propia. Es evidente que, por ahora, los beneficiados con un régimen de tratados no serían los tratadistas, ni los ensayistas, ni los pensadores, ni los músicos de cámara, ni los sinfonistas, ni los poetas, sino unos cuantos escritores de literatura ligera. Pero el régimen de tratados haría posible la subsistencia de una literatura científica, seria, fundamental, española e hispanoamericana, que es lo que no tenemos, ni unos ni otros, y que es lo que forma la substancia cultural de un pueblo.

»La literatura importada, de aluvión, inexpresiva de nuestro estado de conciencia, vale poco. La literatura que influye sobre nosotros es la nuestra. Para el alma argentina vale más *La Gloria de don Ramiro*, de Larreta, o *La instauración nacionalista*, de Rojas, que la lectura-pasatiempo de cuatrocientas novelas francesas. Unamuno ejerce mayor influencia sobre el alma española—y conste que mi antiunamunismo va en aumento—que Tolstoi, Anatole France y Bernard Shaw reunidos.

»El valor de mis correspondencias para *La Prensa, Nuevo Mundo* o *Heraldo*, no creo que dependa tanto de mi acceso inmediato a la vida política y literaria de Londres, como del punto de vista de un español, criado o educado en España, lleno de emociones españolas, en correspondencia y en trato personal constante con españoles hispanoamericanos.

»En resumen, un poco de cultura de propia creación vale cien veces más que un mucho de cultura importada. La cultura propia es, esencialmente, formativa; la cultura importada es, esencialmente, informativa.

»Pero la cultura propia hay que pagarla, no sólo porque es justo pagarla, sino porque como es dolor y esfuerzo, difícilmente se encontrará quien la produzca como no le obligue a ello la necesidad de ganarse la vida. El caso del hombre adinerado o del funcionario público que dedique la existencia a la formación y expresión de un ideario, será siempre excepcional y esporádico. Como el cura del pie de altar, así ha de vivir el autor del libro, si hemos de salir alguna vez, españoles e hispanoamericanos, de nuestra producción inconexa, desordenada, reflejo de reflejos, satisfacción de vanidades, naderías...

»Un régimen de tratados favorecería de momento el arte popular en España, en perjuicio de algunos pocos impresores de Hispano-América. Ello me interesa poco. Pero luego favorecería también la producción española de mayor importancia. Y así sería posible que tuviéramos sinfonistas, periódicos artísticos, ensayistas, pensadores, etc. Ello favorecería a España en primer término, pero también a Hispano-América por la emulación ya existente entre los intelectuales de la lengua española de allende y de aquende el mar. Y, además, aceleraría el momento en que Hispano-América crease su producción propia, en competencia con la nuestra, al brindar a sus intelectuales el mercado de España.»

¿Qué decir sino que abundo en las ideas de Maeztu?

Más aún: ¿no podría afirmar acaso que usted, señor ministro, abunda también en ellas? Es decir, que mucho antes de que Maeztu las expresara, ya usted, con su gran claridad de espíritu y de concepto, se servía manifestarlas a todos los escépticos que veían el tratado literario entre México y España como algo nocivo o inútil, cuando menos para nosotros.

Cierto es, por otra parte, que las ventajas de nuestro tratado serán mayores para México cuando todas las naciones de Hispano-América, o siquiera las más importantes, hayan pactado con la madre patria los suyos respectivos, pues entonces se iría elevando paulatinamente, así en España como en México, el nivel de las ideas que se cambiasen, tal como lo siente Maeztu.

El problema es de todos modos tan interesante, que me propongo volver sobre él en alguno de mis próximos informes.

XXV

LA EXPANSION DE LA LENGUA FRANCESA Y DE LA LENGUA ESPAÑOLA

Si es cierto que difundir el idioma patrio equivale a una conquista, moral cuando menos, Francia puede estar contenta. La expansión de su hermosa lengua es cada día mayor, y en estos últimos días han podido observarse dos hechos significativos y en extremo halagadores, a saber: en Berlín, el discurso en francés del canciller Bülow, quien se complace en hablar tan elegantemente como un parisiense de buena cepa; y en Arlon, ciudad del Luxemburgo belga, la celebración de un congreso para la expansión de la Lengua francesa.

Este congreso tiene una importancia considerable, porque ha fijado métodos y ha hecho propaganda. Hablando de él un pensador del Norte, decía, en conversación con un colega francés: «Ese congreso ha asociado a vuestra nación un conjunto de fuerzas extraordinariamente eficaces: las que representan las gentes del Norte y de las pequeñas democracias. Las gentes del Norte tienen una manera de obrar que vosotros no conocéis ya: tienen fe en la acción.

Esta fe no es contemplativa ni egoísta; es colectiva y se concentra como en un foco. Se asocia y brota como la llama. El alma que fomentó en otro tiempo la ciudad, la comuna libre y comerciante, el orgullo burgués y la cultura artística, emplea su ardor ahora en extenderse, en irradiar. Encontrará usted a los belgas en una infinidad de asuntos internacionales. Los hay en Africa, en China, en Siam, en el Japón, en Egipto, y no son por cierto gentes inactivas. Hablan el francés y lo propagan. Lo mismo las pequeñas democracias, que tienen una libertad de movimiento que vosotros no conocéis; que saben moverse entre los grandes Estados sin despertar sus oposiciones; que se deslizan entre los resquicios de los negocios que los mutuos celos o las poderosas competencias dejan subsistir y que, seguramente, acaban por influir en los bloques macizos entre los cuales se instalan.

»Desead, pues, que las pequeñas democracias vecinas vuestras se apoderen lo más que les sea posible de vuestra lengua francesa. Tratadlas con discreción, alentadlas, no desconcertéis su buena voluntad con vuestras fáciles ironías. Si combatís su acento, su carácter, os combatís vosotros mismos. Las heridas de amor propio que les hacéis se vuelven en pequeñas derrotas para vuestro prestigio.»

Estas últimas palabras son dignas por todos conceptos de tomarse en cuenta. El país que quiera en efecto propagar su lengua y con ella su cultura, su influencia política, su prestigio, debe empezar por la aceptación de las deformidades, de los dialectos mismos, que preceden a todo aprendizaje completo.

Achaque ha sido también de España, como lo es de Fran-

cia, abrumar de ironías al hispanoamericano o al catalán mismo, porque no pronuncian el castellano como en Castilla, porque tienen un vocabulario y modismos regionales. Hasta han procurado no entenderlos, y no es del todo extraordinario encontrarse gente en Madrid—poca por fortuna—que «pilla» mejor el francés que el castellano de América. ¡Cuántos americanos se han quejado conmigo de que no los entienden! «¡Como si no hablásemos la misma lengua!», dicen con ingenuo asombro.

¡Qué conducta tan distinta la de los alemanes! «Jamás veréis a un alemán—dice Mr. Georges N.—reir de las deformaciones que en los *patois* o dialectos de los pueblos fronterizos alteran la lengua de Goethe. Lejos de eso, los alientan. Los consideran como avanzadas de la *cultura alemana*, y por lo mismo, de las empresas alemanas. Más aún, esos *patois* y dialectos los hablan ellos mismos.»

He aquí cuál debe, pues, ser la conducta lúcida de los que hablamos el castellano y queremos que se propague esta lengua admirable. Dejemos que los que quieran aprenderla empiecen por hablarla mal. No riamos jamás de su acento, de sus ensayos, de sus balbuceos. Procuremos, sobre todo, entenderlos, y así atraeremos más y más aliados a la causa nobilísima del idioma y de la cultura hispano-americana, tan amenguadas en estos momentos por la hegemonía de otros pueblos y de otras lenguas.

XXVI

EL ALFABETISMO ANALFABETO

El señor Hernández Fajarnés, nuevo académico de la Lengua, ha definido el otro día con dos palabras, que, aunque unidas detonan un poco, son bastante expresivas, al peor enemigo del idioma y forma peor de la ignorancia, según él: a lo que llama el «Alfabetismo Analfabeto».

«Sin duda—dice el señor Hernández Fajarnés—el analfabetismo es de varias especies y entre todas completan la ignorancia teórica y práctica de nuestro rico idioma. Pero entre estas formas de ignorancia, a mi ver, ni es la más grave ni es la más perniciosa la que señala el cero de la escala intelectual de los analfabetos, porque aun entre los que estudian y acaban «académicamente» carreras, los hay quienes ignoran el significado, régimen y construcción de las oraciones, el valor y propiedad de las palabras, el de las ideas que éstas enuncian, el régimen interno de las mismas ideas, su relación con la realidad, la prueba y fundamento de tal relación, rompiéndose así la cadena de comunicaciones de nuestra inteligencia con los medios natura-

les, con los verdaderos principios del conocimiento humano y de «nuestros» conocimientos con las causas reales, fenómenos y leyes del universo.

»De donde resulta un analfabetismo por ignorancia de la Gramática y un analfabetismo por ignorancia del «uso» y «valor» de nuestro pensamiento, de las relaciones de la palabra con la idea, del fundamento crítico de la idea y de la palabra; muerte del valor positivo de nuestra razón para el descubrimiento y posesión de la Verdad, fin de toda ciencia; muerte de los dones literarios mejor dispuestos para expresar la belleza y comunicar a los demás el sentimiento ennoblecedor de la misma.»

Resulta, pues, según el criterio del señor Hernández Fajarnés, que son más atentatorios o nocivos para el idioma los que lo hablan de cierta manera que los que no saben ni cómo lo hablan, los hombres de carrera que los patanes.

Y ello se explica porque el patán acaso altera un poco lo que oye, pero con alteraciones insignificantes; siendo, en cambio, por su falta de imaginación y de iniciativa, el guardián más fiel del acervo del lenguaje que ha recibido en herencia. Por eso vemos que en las provincias apartadas de España y de nuestra América, mantiénense inmutables ciertos arcaísmos, que son como sedimentos de pasados tiempos, ciertos viejos y gallardos giros ya en desuso, ciertas formas elocutivas del siglo XVII.

En cambio, los semi-eruditos, los semi-instruídos, los *analfabetos... alfabéticos*, que diría el señor Hernández Fajarnés, alteran más o menos conscientemente la sintaxis e introducen en la circulación barbarismos deplorables...

Hay, como habrán visto ustedes, cuatro analfabetismos, por lo menos, según el distinguido académico de la Española:

1.º Analfabetismo por ignorancia de la Gramática.

2.º Analfabetismo por ignorancia de la Lógica.

3.º Analfabetismo por ignorancia del uso; y

4.º Analfabetismo por ignorancia del valor de nuestro pensamiento.

Pero yo me permito preguntar al señor Hernández: ¿qué gramática, qué lógica, qué uso y qué valor de nuestro pensamiento?

Porque de esta clasificación y de las razones del citado académico, parece desprenderse que existe una especie de arquetipo inmutable de la Gramática, de la Lógica, del uso y del valor del pensamiento, al cual debemos ajustarnos en todos los tiempos; que el idioma es un organismo ya perfecto, incapaz de reforma y de variación, geométricamente delineado y del que no podemos salirnos, so pena de *analfabetismo*...

Y esto no es exacto.

La Gramática de ayer no es la Gramática de hoy. Las definiciones de Nebrija, su método y su criterio, han sido cien veces modificados desde él hasta Benot, hasta Bello y Cuervo, hasta Navarro Ledesma.

La lógica de un idioma, por su parte, es lo más deleznable que conozco. La lógica de ayer es el absurdo de hoy; y en cuanto al *uso*, su mismo nombre lo indica, es algo pasajero de suyo, momentáneo, subordinado a circunstancias de actualidad. De otra suerte no sería *uso*.

Pretender, por tanto, que nos ajustemos a un modelo de idioma prefijado por algunos doctos y cristalizado definitivamente en un punto cualquiera de su evolución, es imposible.

El mismo señor Hernández Fajarnés se vería apuradillo si le pidiésemos que nos dijese cuál debe ser ese modelo.

Habría que fijarlo, en primer lugar, de un modo que no diese lugar a dudas, sin ambigüedad posible, y ¿quién se encargaría de hacer esto?

¿La Academia Española?

¿Pero cómo, si no hay dos académicos que estén absolutamente de acuerdo acerca del régimen y construcción de las oraciones, el valor y propiedad de las palabras, el de las ideas que éstas enuncian, el régimen interno de las mismas ideas, su relación con la realidad?, etc., etc.

¿El uso de los buenos autores?

Pero habría, en primer lugar, que entendernos acerca de quiénes son los *buenos autores*, y en seguida sería preciso definir cuándo han sido correctos y cuándo no, porque si estudiamos, por ejemplo, cuáles son las preposiciones de dativo y ablativo correctas, veremos que lo son todas, y si pasamos revista a la manera de construir de los grandes hablistas del siglo XVI y del siglo XVII, notaremos una deliciosa anarquía y hallaremos en ellos ejemplos de cuantas maneras de construir hay, aun de las más absurdas.

Querer fijar una forma definitiva al idioma es querer fijar una forma definitiva a la onda que revienta en la playa, a la nube que pasa.

El idioma es organismo de plasticidad suma. En esta plasticidad está la condición misma de su vida. Inmovilizarlo conforme al ideal de hoy es volverlo piedra, que se convertirá en losa, sobre la cual, sea cual fuere su belleza, ya no puede escribirse más que una palabra: «Aquí yace...»

Otra debe ser la labor de las Academias y de los académicos, tal como yo la entiendo, y es: depurar perennemente el idioma que se habla; purificarlo de los barbarismos que lo enturbien, a tiempo y sazón que vayan apareciendo; sustituir prontamente palabras gallardas, elegantes, castizas, a los extranjerismos que la gente se ve forzada a usar porque carece de la equivalencia inmediata que no le proporciona la lentitud de los doctos. Popularizar las obras de los buenos escritores; abrir concursos en que se honre y se premie el buen hablar; españolizar todos los extranjerismos técnicos que son indispensables, porque designan nuevas máquinas, nuevos usos, nuevos productos; poner en activa circulación muchos arcaísmos expresivos que nos hacen suma falta y que duermen el sueño del justo en los casilleros del idioma; simplificar la ortografía, hacer amenos los estudios filológicos, etc., etc.

Pero pretender convertir el castellano, tal cual se hablaba en esta o aquella época, en una especie de Venus de Milo, de perfección absoluta, a la cual deben ajustarse todos los ritmos y gracias y elegancias y perfecciones mismas del porvenir, es matar la lengua, embalsamarla y clasificarla ya para siempre entre los idiomas históricos... mientras siga viviendo y hablándose *esto* en que escribimos y pensamos ahora, *esto* que ya no se llamará *Castellano*, porque le faltará la identidad con que lo hablaba Cervantes... ¡pero que felizmente, y a pesar de todo, continuará siendo la expresión del pensamiento de setenta millones de hombres!

✠

Estoy, en cambio, de acuerdo, casi del todo, con los siguientes bellos períodos del discurso del señor Hernández Fajarnés, dirigidos a sus colegas:

«Custodios oficiales de nuestro rico idioma, es, no de perfecciones literarias, sino del alma misma de la raza, de lo que sois custodios. Es la palabra la gran característica de la patria, y velando celosamente por que se mantenga y difunda nuestra lengua con todas las perfecciones posibles, conserváis y extendéis los horizontes de la patria. Porque la lengua se constituye en testimonio indubitable de las grandezas del espíritu nacional, en el curso de los siglos, sea cual sea la varia suerte de sus empresas.

»Cuidar de que se conserve y extienda más cada día la lengua española, mantenerla en todo el esplendor posible, con el uso e inteligencia más cabales, es obra de trascendental patriotismo; y los setenta millones que la hablan serán testigos fehacientes de nuestra nación, a través de la historia y en los confines del universo.

»Renazca el espíritu latino que difundió por el mundo los elementos de la civilización inspirada por el cristianismo; ese espíritu latino que pide la suya, magnificada en el orden de lo material por todo progreso, profesores de un pueblo «de cuyo nombre no quiero acordarme», por patriotismo, imitando a Cervantes en su caso respecto del pueblo en que vivía el hidalgo manchego que su genio creara.»

Sí, de acuerdo estoy, pero recordando que la mejor manera de *que se conserve y extienda más cada día* la lengua española es quitarle toda solemnidad indigesta, evitar toda sinonimia inútil, toda verbosidad vana, toda tendencia a la logomaquia y volverla cada día más ágil, más flúida, más elegante y más concisa, a lo cual se presta porque es uno de los mejores instrumentos de expresión que existen en el mundo.

XXVII

UNA PROPAGANDA SIMPÁTICA

Si hay una manera efectiva y afectiva diligente y práctica de propagar una lengua, es sin duda la empleada por monsieur Maurice Damour en la Luisiana.

Monsieur Maurice Damour, diputado por el primer distrito de Mont-de-Marsan, acaba de embarcarse en el Havre para América. Va a continuar una tarea por todo extremo simpática, emprendida hace algunos años.

Era monsieur Damour vicecónsul en Nueva Orleans, y a fuerza de percibir a cada paso la palpitación del espíritu galo que anida aún en aquella tierra, descubierta en el siglo XVII por franceses y habitada aún por descendientes de los primeros pobladores, vínole la idea de aumentar la influencia intelectual de Francia, y con ella los intereses franceses en toda la Luisiana.

Para que su carrera consular no le impidiese realizar sus deseos, pidió al ministro de Relaciones que lo dejase en disponibilidad, y al propio tiempo logró que el ministro de

Instrucción pública le confiase la misión de renovar la lengua francesa en la Luisiana.

¡Cuántos esfuerzos hechos desde entonces con la más afectuosa tenacidad por monsieur Damour!

Pero los resultados fueron tales, que tienen por fuerza que halagar en sumo grado el ímpetu generoso del propagandista.

Después de muchas reuniones y conferencias; después de una campaña perenne llevada a cabo con la palabra y con la pluma, monsieur Damour ha logrado agrupar a los descendientes de franceses, que habitan la Luisiana, y organizar con su ayuda desinteresada, solamente en las escuelas públicas de Nueva Orleans, 50 clases donde se enseña la lengua francesa, que es para la mayor parte de los habitantes la lengua materna, la lengua de los abuelos.

El año pasado, el Gobierno francés, reconociendo los inmensos servicios hechos a la causa nacional por Damour, le votó, a propuesta de Paul Deschanel y con cargo al presupuesto de Relaciones Exteriores, una subvención de diez mil francos «para estimularlo a continuar su labor patriótica».

Recientemente, monsieur Damour fué electo diputado por Mont-de-Marsan, conforme me expresé arriba, y con este mandato la índole de sus labores tenía que toma, otros rumbos. Pero tanto el ministro de Instrucción públicar monsieur Doumergue, como el de Relaciones Exteriores, monsieur Pichon, apelaron a su patriotismo, pidiéndole que no abandonase, a pesar de su puesto legislativo, la obra emprendida en la Luisiana.

Monsieur Damour se embarcó, pues, de nuevo para aquella que fué tierra francesa, con el propósito de exten-

der su propaganda a todas las ciudades y a todos los pueblos de la Luisiana, y de buscar un hombre abnegado e inteligente que le reemplace.

Como el impulso capital está dado, la obra continuará creciendo y acabará por hacer una de las más bellas porciones del territorio americano, gracias a la libertad de las leyes de la gran República, una colonia mental de Francia.

Y ya sabemos que quien dice mental acaba por decir económica.

Se empieza por aprender bien el idioma de Francia, y se acaba por venir a París, por gustar la cocina francesa, por consumir los productos franceses, por ser, en fin, «parroquiano» de Francia.

Los alemanes, que tienen un admirable sentido práctico, comienzan siempre por fundar escuelas de alemán en los países que quieren conquistar económicamente. En España misma hay excelentes escuelas alemanas donde se instruyen muchos niños españoles que aprenden a estimar a Germania y que acabarán por ser consumidores de sus productos.

No se compra ni se vende sino hablando, y mientras mejor se habla, mejor se compra y se vende.

Esto ya lo sabía sin duda monsieur de la Palice, pero parece que lo ignoran aún muchas gentes que desdeñan la difusión de su propio idioma.

Si hay idiomas comerciales es porque antes ha habido idiomas literarios. El idioma se difunde esencialmente por medios literarios, llámense cátedra, conferencia, libro, revista o diario.

Los españoles colonizadores de México, según me hacía notar con justicia un amable corresponsal anónimo, al cual me he referido ya dos veces en estos informes, no se preocuparon en lo general mucho que digamos de la correcta difusión de su idioma. Así se veía—y se ve—que el hijo de un español que habla bien regularmente el castellano, hable mal el mismo con deficiencia de términos y mayor deficiencia prosódica aún, sin que a su padre le choque ni mucho ni poco esto.

Siempre encontrarán padre e hijo la manera de entenderse.

La verdadera difusión del bien hablar es, pues, reciente en México; tan reciente como la renovación de nuestros sistemas de enseñanza, y si nuestra lengua se depura y embellece lo deberá exclusivamente a los procedimientos literarios que se empleen.

El ideal sería que todo libro de enseñanza, así como vaciendo un primor de impresión, un primor de ilustración, un primor de método, un primor de pedagogía actualísima, fuese un primor literario: que antes de declararse texto una obra, por elemental que fuese, se viera si además de estar bien metodizada y bien informada, estaba *bien escrita*, sencilla pero limpiamente escrita.

De esta suerte, el libro que le lleva al niño indígena el pan científico, le llevaría el pan literario al propio tiempo.

Aprendería el indio muchas cosas, sí, pero además aprendería a expresarlas.

Los barbarismos de una obrita elemental, por pedagógica que ésta sea, dañan enormemente. Están destinados a fijarse en memorias frescas y a un uso activo en el indispensable ejercicio de la lengua.

Por tanto, hay que evitar a todo trance estos barbarismos.

Sentiría yo mucho que cuando digo la palabra *literaria* alguien entendiese *retórica!*

Yo no quiero—líbreme Dios mil veces—obritas de texto retóricas o pedantes.

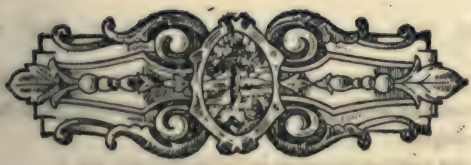
Yo quiero que el estilo docente sea siempre sencillo, pero que sea *estilo;* que el maestro que va a tratar no importa qué ramo de enseñanza, la historia de México, por ejemplo, conozca a fondo este ramo, sepa desmigajarlo bien, según la categoría mental de la clase de alumnos a quienes se dirige, y *además sepa escribir* su idioma.

Yo no sé el valor pedagógico que se les dará a los libritos de historia elemental del maestro Sierra (a mí me parece lo tienen grande); pero sí puedo decir que es un encanto leerlos. Pasa con ellos lo que con el teatro para los niños que soñaba Benavente: que instruyen a los chicos y encantan a los grandes (a veces también instruyen a los grandes...).

Pues ¿por qué no se han de escribir, siguiendo ese alto ejemplo literario de don Justo Sierra, todos los libros que en México se destinan a las escuelas?

Así, la difusión del idioma, tal cual debe ser, alcanzará su máximum. Así, los niños, al propio tiempo que aprenden las innumerables cosas elementales que necesitan aprender, se forman un estilo, y cuando llegan a las clases de literatura, llevan ya en embrión una cosa preciosa: el gusto, y poseen una facultad más preciosa aún: la de expresarse bien.

Pero observo que me he apartado un poco, sin querer, de monsieur Damour. Dejémosle por ahora en Nueva Orleans y felicitemos a Francia, que tiene cónsules de ese nivel patriótico y mental.



XXVIII

LOS PROGRESOS DEL ESPERANTO

VARIAS veces he hablado en estos informes del Esperanto. Ello nada tiene de raro, ya que difícilmente podrá darse asunto que mejor quepa dentro del marco de la misión que esa Secretaría se ha servido conferirme.

El Esperanto tiende a realizar el más viejo ideal de los hombres: entendernos.

Según la Biblia, los humanos nos entendíamos con las bestias en el Paraíso. La famosa manzana... de la discordia, hizo que la fiera y el hombre ya no pudiesen comprenderse (quizá porque el hombre tiene fierezas conscientes, y la bestia, tan calumniada, no).

Sin embargo, si la fiera y el hombre ya no se entendían, los hijos de Adán... tampoco (puesto que por no entenderse Caín mató a Abel); pero podían conversar, cuando menos entre ellos, hasta la famosa torre de Babel.

Antes de la torre de Babel había, pues, un Esperanto, según la Biblia.

El Esperanto actual se ha hecho esperar muchos siglos; en cambio, pretende destruir el castigo milenario. ¿Pero lo consigue?

Sus apasionados gritan en todos los tonos que sí.

Tristán Bernard le consagraba en días pasados en el *Excelsior* un ditirambo de lo más entusiástico... ¡No es el primero, ni será el último!

Sin embargo, yo en uno de mis informes ponía a la lengua universal un reparo. Hace siglos, decía yo poco más o menos, el latín era en Europa la lengua universal; en ella escribían sus libros los hombres de todas las razas: lo mismo Calvino su *Constitutio*, que Servet su *Restitutio Christianisimi;* lo mismo Linneo sus clasificaciones admirables, qué Kepler sus portentosas afirmaciones. No obstante, cuando dos hombres de diversas nacionalidades se encontraban y pretendían entenderse tendiendo entre sus cerebros un sutil puente de latín... solían separarse sin haberse entendido. ¿Por qué? Pues por un pequeño detalle: por el acento.

Entre el acento latino de un tudesco y el de un francés había una sima infranqueable, y quien lo dude, que haga simplemente pronunciar a un alemán y a un francés el *Dominus vobiscum (Fominus popiscum* dirá el tudesco, y el francés, tras de introducir en el *Dominus* su *u* peculiar, que lo disfraza por completo, dirá *vobiscom).*

Fresca está la tinta de lo que escribí entonces (no en los términos apuntados, pero sí con el mismo fondo) y ya cuento con un aliado francés para mi opinión.

Cierto que él ignora hasta mi nombre, pero aliado es de todas suertes.

Me refiero a Adrien Vély, quien en carta abierta, dirigida

a Tristán Bernard a propósito de su defensa del Esperanto, a la cual hago alusión antes, le dicé lo siguiente, que traduzco

«Mi querido amigo:

He léído con vivo placer su artículo sobre el Esperanto. Pero debo confesarle que no comparto del todo su entusiasmo.

Reconozco con gusto que el Esperanto puede prestar algunos servicios desde el punto de vista literario, no obstante que hay en Francia y en Inglaterra bastantes gentes que tienen un cordial e inteligente conocimiento de los idiomas de las dos naciones. Pero en lo que se refiere a la conversación, hago algunas reservas.

Yo hablo bastante bien el inglés y creo hablarlo con una pronunciación bastante buena...; es decir, que no puedo llegar a hacerme entender ni por la mayor parte de los franceses que saben el inglés, ni por la mayor parte de los ingleses que saben el francés. En uno de mis últimos viajes a Londres, una mañana, después de varias excursiones por la City, quise, a la hora del almuerzo, hacerme conducir al café Royal, al restaurant francés de Londres. Tomé un *cab* y le dije al *cabman:*

—*Café Royal.*

Como esas dos palabras son las mismas en inglés y en francés, era absolutamente como si me expresase en Esperanto. El *cabman* me las hizo repetir diez veces. No entendía una *jota*. Al fin tuve que resolverme a escribírselas en un pedazo de papel. Las leyó y exclamó:

—*¡Oh! ¡Café Royal! ¡All right!*

Hablábamos la misma lengua, pero no nos entendíamos a causa de nuestras diferentes pronunciaciones.

Tomemos la frase de esperanto que usted cita:

Kiajn logio vi havas.

Un inglés la pronunciaría así:

Kiédjn leudgieu vai heveuss.

Y he aquí como la pronunciará un alemán:

Kiachn lochio fi hafas.

Si usted se esfuerza en hacerse comprender pronunciándola a la francesa, hay probabilidades de que su interlocutor, inglés o berlinés, lo lleve a usted a ver al representante local de la Agencia Havas, para que le sirva de intérprete...

Se verá usted, pues, forzado, sin duda, a hacer lo que el sordomudo, cuya divertida historia cuenta usted: a escribir la frase.

Pero en estas condiciones y dado que en el extranjero las palabras de que se tiene necesidad para los usos corrientes son bastante limitadas, sería más práctico para un francés que permanece en Londres copiar, según las circunstancias, las frases hechas de cierto librito que se intitula:

L'Anglais tel qu'on le parle.

¿Cuándo nos dará usted, mi querido Tristán, *el Esperanto tal como se pronuncia?* Nos lo debe usted y Claretie lo espera.

Truly yours.

Adrien Vély.»

Esta desesperante dificultad de que habla Vély, de hacerse entender en Inglaterra, en Francia, en Alemania, aun hablando bien el inglés, el francés y el alemán, es uno de los más terribles obstáculos para el progreso de cualquier lengua universal.

¿Cómo allanarlo?

¿Modificando el acento de cada uno de los respectivos nacionales?

Esto es un sueño.

El acento enraíza firmemente en las honduras mismas de la fisiología, y el inglés ha de hablar siempre cualquier idioma (dado que se resuelva—caso dudoso—a hablar otro que el suyo) con acento inglés.

Cuando uno se hace entender, por ejemplo, en Inglaterra no es porque los ingleses adapten siquiera una miaja su oído a nuestra pronunciación. Es porque nosotros hemos logrado, después de persistentes esfuerzos, pronunciar a la inglesa.

Un amigo mío, que lo es también de Ramiro de Maeztu, me refería las angustias y los trabajos de éste para hacerse entender en Londres durante los primeros tiempos de su permanencia allí. Y, sin embargo, Maeztu, cuya madre es, según creo, inglesa, hablaba correctamente esta lengua.

Al fin, después de formidables esfuerzos, adaptó su pronunciación a la inglesa, hasta identificarla, y un día, un camarada suyo, que le oía hablar corrientemente con un *cabman* con quien ajustaba el precio de una carrera, decía:

«Maeztu debe hablar muy bien el inglés, porque le entienden hasta los cocheros.»

He aquí, en efecto, la piedra de toque: el cochero. Por lo que respecta a los *cabmen*, ensayad que os entiendan la palabra *Carlton*, nombre de uno de los mejores hoteles londinenses... y veréis lo que significa el acento en una lengua.

Vanamante repetiréis:

—*Carlton, Carlton.*

Después de insistir cinco o seis veces, puede ser, si no pronunciáis del todo mal, que el *cabman* exclame:

«¡Oh! *Corlton, Corlton* (con una *o* atrozmente cerrada y difícil). *Corlton... ¡All right!...*» Pero ¡qué más! En Madrid suele suceder que la gente del pueblo no nos entiende a los hispanoamericanos.

En cierta ocasión, una buena mujer se excusaba conmigo de no entender lo que le decía un compatriota amigo mío.

—Como ese caballero me hablaba en francés...—decía.

Y en Burgos, un guarda, queriendo halagarme, exclama:

—El señorito habla bastante bien el castellano.

—Sí—le respondí—, lo he practicado un poco.

—¡Ya lo decía yo!—replicó el guarda, satisfecho de haber acertado.

Pero, en fin, diréis vosotros; sabiendo Esperanto, queda el recurso de escribir lo que uno quiere en un papelito.

¡Y tenéis razón, es un recurso!

Por lo demás, lo que he dicho hasta aquí no pretende nublar en lo más mínimo el brillo de la *Lengua Universal*. Encuentro, al contrario, que debe fomentarse su enseñanza y aplaudo de veras el buen intento del almanaque Hachette para 1911, que abre un concurso de Esperanto y apoya su idea con las siguientes palabras:

«Desde que en 1905, en Boulogne-sur-Mer, se abrió para el Esperanto la era de los grandes Congresos internacionales, la nueva lengua no ha cesado de hacer extraordinarios progresos.

»El año 1910 ha visto el Congreso de Washington que ha reunido muchos miles de esperantistas y el Congreso especial de esperantistas católicos de París, que ha reunido a su vez algunos centenares de asistentes.

»Además de esas grandes reuniones mundiales, los esperantistas son bastante numerosos ahora para organizar en

todos los países Congresos nacionales y aun regionales. Habrá más de 30 en el curso de este año de 1911.

»En cada ciudad se crean grupos que se federan entre sí. Estas federaciones a su vez forman entre ellas confederaciones.

»Lejos de estar compuesto con elementos nuevos o completamente deformados, como lo estaba el difunto Volapuk, el Esperanto toma para su vocabulario a las lenguas indoeuropeas sus raíces más internacionales. Un pequeño juego de afijos bien escogidos le asegura además una riqueza y una elasticidad extraordinarias. Su gramática es de una simplicidad tan notable, que se pueden traducir con mucha exactitud textos de Esperanto sin ningún estudio previo de la lengua y sacar uno mismo de ellos la Gramática.»

Los anteriores elogios, que traduzco gustoso, probarán que mis reparos al Esperanto no son apasionados.

Dios siga deparando buena suerte a la lengua internacional y haga que la Humanidad, merced a ella, acabe al fin por entenderse.

XXIX

HIPERTROFIA DEL IDIOMA

ENTRE las notas editoriales de *El Imparcial*, siempre discretas y oportunas, encontré en días pasados una que, por su exactitud, debe alarmar a todos aquellos que nos preocupamos de que no sufran menoscabo la elegancia, la pureza y la propiedad de nuestra lengua. Dice así esta nota editorial:

«PERDEMOS EL IDIOMA

»Es penoso advertir la hipertrofia del idioma español como instrumento de expresión de las ideas científicas. Después de que se hubo constituído tan brillantemente en el siglo de oro, que adquirió la flexibilidad y hermosura en las pulidas obras de Fray Luis de León, en la magna producción de Cervantes Saavedra, en el Teatro conceptuoso de Calderón y en el donairoso y cortesano de Tirso de Molina; cuando acaparó una riqueza infinita en sus vocablos después del contacto con las civilizaciones árabes y al cabo de la conquista de los pueblos americanos, revistiéndose

de mil matices y maneras de decir que se sobrepusieron al caudal de voces griegas y latinas, de cuyas lenguas conserva su filosófica estructura; es penoso, al cabo de esto, que los hombres de hoy no sepamos ni desenterrar los tesoros de los siglos clásicos, ni curarnos de la barbarie de voces ríspidas e insulsas que nos invade, ni atinar con la palabra que en la lengua vernácula pinta con primor el menor detalle de los secretos de los fenómenos que a diario contemplamos en la Naturaleza.

»Por tan pecaminosa negligencia, por descuido tan fatal, hoy hablamos una jerga inarmoniosa que, sin embargo, vamos ostentando por casinos y avenidas.

»Ya en las aulas se habla siempre de compundaje, voltaje, amperaje, mereciendo la diatriba de algunos que otros que añaden examinaje y reprobaje. Esto en punto a nociones nuevas, puesto que otros, por hacer gala de políglotas, no encuentran equivalente a «hangar» cuando nos hablan de aviación. Y en modas, ¿qué decís? Hemos perdido ya los colores del espectro, los nombres de los tejidos, y seguramente que una dama no da tres puntadas ni se calza el dedal sin hacerlo en parisién como una «grisetilla».

»Por otro lado, el sajón penetra en el comercio, en la técnica ferrocarrilera, en los deportes.

»Hay mil neologismos; el castellano se atrofia; perdemos insensiblemente el idioma.»

«Hay—me decía en días pasados Antonio de Zayas, coincidiendo con esta queja de *El Imparcial*—una resuelta mala voluntad para encontrar el equivalente castizo de las palabras extranjeras más en uso.»

Y esta observación del joven poeta es de una angustiosa verdad.

¿A quién se le oculta que la palabra *hangar* que cita, por ejemplo, el editorialista de *El Imparcial,* tiene los equivalentes *cobertizo* y *tingladó?* ¿Por qué no usar estos equivalentes? ¿Por qué no decir asímismo *deportista* en vez de *sportsman?* ¿Por ignorancia capital? Pues cuando se ignoran cosas tan elementales, no debiera escribirse para el público. Yo, de gobernante, propondría una ley que exigiese a cuantos se dedican a escribir en los diarios un certificado de idioma. Debieran sustentar un examen, en el que probasen que saben siquiera el vocabulario más común, las quinientas o seiscientas palabras que bastan para escribir gacetillas...

En esto de los términos técnicos viene notándose un desconcierto enorme desde hace unos diez años, y le sobra razón al editorialista de *El Imparcial,* quien pone a tal respecto el dedo en la llaga.

Ya en 1903, mi ilustre amigo el doctor Tolosa Latour desarrolló un tema intitulado: «El Diccionario Tecnológico Médico Hispanoamericano.»

Entre otras cosas muy interesantes y sugestivas, dice el doctor Tolosa: «Fué en un tiempo el idioma latino el preferido por los sabios de todos los países, y con profundo respeto hojeamos las obras clásicas, deletreando por culpa de la escasa o nula enseñanza de las viejas humanidades, aquellos libros donde la Medicina dice tanto con tanta brevedad como corrección. En los idiomas corrientes escriben ya los autores contemporáneos, y al leer las obras francesas, inglesas o alemanas, la nerviosa rapidez con que pretendemos asimilárnoslas no nos da tiempo de verterlas

en los castizos moldes de nuestro vulgar romance. Y así como hay en todo el haz de la tierra plantas medicinales que hollamos con nuestros pies y ni las recogemos ni las aprovechamos por ignorancia, prefiriendo acudir a los preparados químicos que nos vienen de las grandes fábricas con preciosas envolturas, así también adoptamos perezosamente vocablos extraños, ignorando que tienen su correspondencia en el idioma.»

De esto, además de los periódicos, tienen la culpa los editores de obras de vulgarización científica a bajo precio

En España hay varios editores *de cuyos nombres no quiero acordarme,* quienes, no contentos con acrecentar a diario el galimatías de que adolece el castellano, contribuyen con carretadas de términos técnicos, pésimamente traducidos, a que nadie se entienda.

Ellos son los que lanzan esos *hangares*, y esos *compundajes, voltajes y amperajes* de que habla *El Imparcial.* Ellos y los reporters de los grandes diarios.

Pero ¿cómo exigir instrucción ni siquiera sentido común a un pobre hombre que traduce tal o cual obra de vulgarización científica por veinte duros... cuando no por diez?

Los reporters de los grandes diarios sí son menos disculpables. Algunos ganan bastante dinero para comprarse un buen Diccionario Inglés-Español o Francés-Español y viceversa. Podrían además cultivar un poquito su espíritu con buenas lecturas. Si leyesen a nuestros mejores hablistas de España y América, ejercitarían fácilmente el buen léxico de que han menester.

Y conste que no me refiero a la lectura de autores áridos e indigestos. Bastaría con conocer a cualesquiera de los autores modernos de España; bastaría hasta con leer a los

cronistas más en circulación, a un Gómez Carrillo, a un Zozaya, a un Répide, a un Luis Bello, a un Mariano de Cávia... Ninguno de ellos dirá *hangar* por *tinglado*, ni *amperes* por *amperios*... como no dirá tampoco *presupuestar* por *presuponer*, *afecto* por *aficionado*, *intrigado* por *preocupado*, *preciosura* por *preciosidad*, *revancha* por *desquite*, *constar* o *constatar* por *comprobar*, etc., etc.

Con un poquillo de docilidad ya tendríamos un nombre menos difícil de pronunciar y más castizo para el novísimo aeroplano. Le habríamos llamado simple y sencillamente *volador*, como quiere Cávia... y diríamos *cernerse* por *planear*, y quizá atracar, a pesar de su filiación marítima, en vez de *aterrar*, que tiene un significado completamente distinto del quequiere dársele... Pero ¿quién se ocupa de substituciones tan sencillas?... ¡Vengan galicismos, y ruede la bola!

Un joven cultísimo, laborioso y sereno, M. de Toro y Gisbert, hijo de don Miguel de Toro y Gómez, excelente amigo a quien conocí y traté en otro tiempo en París, se pregunta en reciente estudio sobre extranjerismos y neologismos: «¿Qué debemos hacer cuando nos encontramos en presencia de una palabra extranjera que queremos introducir en un discurso o escrito? Claro está que sólo debe recurrirse a este género de voces cuando materialmente no existe el equivalente exacto de la cosa en castellano. Así, por ejemplo, rechazar *lunch* queriéndolo reemplazar por merienda, es una majadería tan censurable como la de empeñarse en ofrecer *bouquets* en lugar de ramos a las señoras.

Hay cosas que no existen en castellano y, por consiguiente, cuando las tengamos que designar deben conservar su nombre exótico. A este género pertenecen *chalet, bar, bersagliere, bookmaker, cocktail, demi-monde, grog, groom, poney, sleeping-car* y otros varios.

Cuando se trata de palabras poco corrientes, y sobre todo, si no se siente uno con suficiente ánimo para ponerle las banderillas al toro, vale más dejar dichas palabras al natural, tal como las escriben en su tierra, sin meterse en camisa de once varas. En una conversación se procura pronunciarlas lo mejor que Dios le dé a entender a uno, procurando ajustarse a la pronunciación natural de la palabra. Si la engasta uno en un escrito debe subrayarla.

Ahora bien: si se siente uno más animoso o si la palabra es ya bastante corriente, no es atrevimiento exagerado procurar aderezar el vocablo a la española, siguiendo los ejemplos que nos suministran la Academia y los buenos autores.»

Y a renglón seguido nos da una pequeña y útil lista de extranjerismos que ha tiempo adquirieron carta de naturalización.

Hela aquí:

Arrurruz, viene del inglés, arrow-root, raíz, flecha.

Buró, viene del francés, bureau. Clisé, viene del francés, cliché. Contralor, viene del francés, controleur. Corsé, viene del francés, corset. Epilocho, viene del italiano, spilorcio. Esplin, viene del inglés, spleen. Margrave, viene del alemán, markgraf. Sumiller, viene del francés, sommelier.

Ahora bien: al lado de estos extranjerismos naturalizados desde hace ya tiempo, encontramos a cada paso en los escritores modernos otras palabras españolizadas según el

mismo proceder. No negaré que encuentro muy aceptables las formas *bandós, coctel, dubuar, fular, mitin, borders, rosbif, biftec*, que, después de todo, difícilmente se substituirían con otras españolas que, además, están ya admitidas por casi todo el mundo, y que tarde o temprano han de entrar en la lengua, como ya lo hicieron años ha croqueta, piqué, neceser, paletó, financiero, cutí, matiné y otros centenares que no lo merecían más que ellas.

Repito que la única regla que en este caso debe seguirse es la de no emplear una palabra extranjera al natural, ni españolizada, mientras haya otra castellana que signifique lo mismo (no algo análogo, sino exactamente lo mismo); ¡qué demonios!, de alguna manera habrá que expresarse cuando quiera uno escribir lo que los ingleses llaman beefsteack. No creo que sea ya posible transcribir esta palabra con la forma bifstec, que corresponde exactamente a su pronunciación figurada. Hoy todo el mundo dice biftec y hasta algunos bisté y así lo he visto ya escrito. Y hasta más de una vez he oído diminutivos como bistelico y bistelizo, que me han dejado soñando.

Así, pues, pongamos a mal viento buena cara y procuremos aderezar lo mejor que podamos a la española los vocablos que, acompañando cosas nuevas, se nos entren de fuera.»

El consejo es excelente. No hacen otra cosa los franceses desde años ha, y les va muy bien. Su idioma es cada día más rico, más expresivo, más elástico.

He dicho al principio que los reos capitales del actual

desbarajuste del idioma son: los editores de libros y los editores de periódicos. Si ambos quisieran enmendarse, les bastaría un arbitrio harto sencillo: tener un buen corrector de pruebas, que estuviese asesorado por tres diccionarios de los mejores en su género: uno español-francés y viceversa, otro español-inglés y viceversa y el último de la Academia.

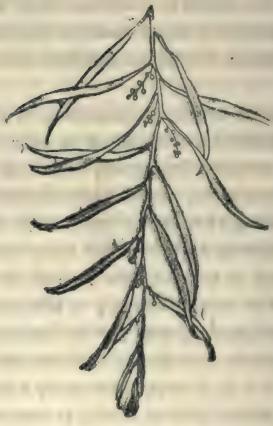
Antes de permitir el uso de un extranjerismo, el corrector lo buscaría en el diccionario respectivo a fin de ver si tenía traducción exacta en castellano. Si no la tenía, el corrector, apelando a su buena memoria, procuraría recordar la castellanización de este extranjerismo hecha por buenos escritores.

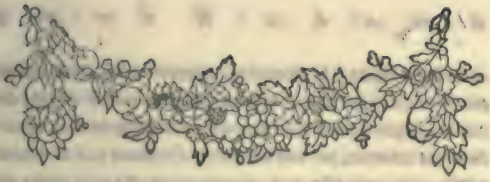
En el supuesto de que su memoria no le ayudase en tal sentido, se limitaría a castellanizar la palabrita según su leal saber y entender. Expurgaría, además, las pruebas todas, escrupulosamente, de todas esas bárbaras y absurdas construcciones que hallamos a cada paso en muchos escritores muy leídos en América sobre todo, como *me dijo de no faltar, venía en harapos, bajo el punto de vista, bajo la base de esto o de aquello; mi mujer se hizo embarazada.*

Es así que se puede afirmar por los resultados conseguidos que los cálculos eran justos; mi madre estando enferma, no he podido ir a ver a usted; si jamás voy a París, me guardaré de ir en febrero; toda mi familia es aprensiva, «mismo» yo... Llena los frascos para tener bien de vino; etc., etc.

Ya que muchos de los que escriben para el público o de los que traducen del francés ignoran en absoluto su lengua, ¿por qué no procurar que los correctores de pruebas lo sepan siquiera medianamente? Así evitaríamos que de uno de los más admirables idiomas del mundo se formen diez o

quince dialectos feos y que en breve plazo los hispano-americanos de diversas nacionalidades tengamos que entendernos en esperanto... o, lo que es peor, en inglés!





XXX

EL LEXICO CERVANTES

HAY muchos señores que se enfurruñan y molestan porque diz que en todos los empeños que se ponen para que España y sus antiguas colonias, hoy casi todas florecientes, se ayuden y entiendan mejor, *hay mucho de lírico.*

Esta palabra *lírico* los saca de sus casillas. «Los intereses son los que ligan!», afirman estos señores. Y creen con ello haber dicho todo.

Si se les pregunta qué clase de intereses, enójanse más aún.

En el fondo ellos creen que no hay en el mundo más que una clase de interés: el comercial.

Comprar y vender: he ahí el Universo; he ahí la ley y los profetas...

Yo soy tan condescendiente y conciliador, que quiero conceder por un momento a los expresados señores que no hay, en efecto, bajo el sol que nos alumbra (y si me apuran mucho en todos los mundos posibles) más que una ley, que

es la de la oferta y la demanda, superior a las enunciadas por Newton (y las cuales hoy, por cierto, andan en tela de juicio). Según esta ley, lo que a nosotros los de raza española nos interesa, no son los lazos afectivos con la madre patria, sino que ella nos compre cada día más sacas de garbanza, y nos venda, lo más barato, sus mejores vinos.

Perfectamente; pero aun considerando las relaciones hispanoamericanas desde este único e importante punto de vista, habremos de convenir en que la primera condición para comprar y vender es entendernos, y para entendernos hacemos falta los que escribimos, los poetas, los literatos, los que procuramos contribuir a que el castellano se hable de la misma manera en México que en Buenos Aires, en Madrid que en Santiago de Chile, salvo, naturalmente, los pequeños matices que no dañan a la totalidad de la lengua.

Si convienen ustedes conmigo, señores míos, en esta manera de razonar, tendrán la máxima amabilidad de otorgarnos a los antedichos poetas y escritores que trabajamos por este ideal, siquiera una modesta patente de hombres prácticos, que buena falta nos hace para trajinar por el mundo.

Y si se trata de otorgarnos esta patente pido que se le dé, de toda preferencia, a don Francisco Pleguezuelo, cuyo discurso relativo al léxico Cervantes, pronunciado muy recientemente en la fiesta dada por la Unión Ibero Americana, en honor de las Repúblicas nuestras, con motivo de su Centenario, será el objeto de este informe.

Piensa el señor Pleguezuelo (y ya había antes hablado extensamente de ello en una conferencia) que no se debe consentir jamás, bajo ningún pretexto, que el castellano deje de ser la lengua oficial en el territorio español, y su

idea es tan natural que está y ha estado siempre en los espíritus, menos, quizá, en los espíritus catalanes.

Piensa asimismo que, aunque ello parezca utopía, debiera haber, así como hay misioneros religiosos y misioneros comerciales, una especie de apostolado lingüístico. «Lo cual—dice—, después de todo, no es tan utópico, si se considera que casi siempre que se cumplen los fines más idealistas, resultan también cumplidos otros más positivos y más prácticos. Y si se tiene en cuenta, sobre todo, que quizás algo pudiera irse haciendo en este sentido con la intervención de nuestros cónsules, mediante la concesión de honores, franquicias y derechos, ya que no fueran posibles subvenciones, a todos los españoles que acreditaran hallarse consagrados en el extranjero a la enseñanza de nuestro idioma.»

Piensa que podría también hacerse lo conducente a que las jóvenes españolas, fortificando el ánimo al par que la inteligencia, inundaran otros países en calidad de institutrices o profesoras, como vienen a inundar a España, y es bueno que lo hagan, las extranjeras.

Piensa otras muchas cosas; pero especialmente lo siguiente, que es a lo que deseo referirme: que tomando España, como pueblo de origen, la iniciativa, aprovechándose como base los organismos académicos existentes y contribuyendo con exiguo sacrificio cada uno de los pueblos hermanos, se constituyera aquí, donde están el viejo solar, los viejos archivos, las raíces de la lengua, una comisión permanente, compuesta de autorizados representantes de todos los pueblos (y de España por supuesto), encargada de formar un diccionario español hispanoamericano, donde con amplio y fraternal criterio se diera entrada y sanción a

cuanto pudiera merecerlo de lo antiguo y de lo nuevo, de lo de aquí y de lo de allí, sin exclusivismos ni prevenciones, sin arrogancias ni desdenes, de modo que resultara una obra tan imparcial, tan elevada y tan completa, que inspirando amor y respeto a escritores y no escritores de ambos mundos, llegara a ejercer sobre todos ellos la presión necesaria y suficiente para que el vocablo castellano saliera de todos los labios con el mismo cuño y con el brillo y consistencia y duración del oro.

«Porque bien lo sabéis—añade el señor Pleguezuelo (poniendo el dedo en la llaga)—: a pesar de tantas corrientes de mutuo amor y de recíproca admiración (en esta casa sinceras como en pocas partes); a pesar de muchas públicas protestas, *es lo cierto que todavía, en voz baja, muchos de aquí suelen desdeñar el estilo americano y muchos de allí suelen decir con gesto despectivo:* «Escribe muy español.»

✠

Yo no sé si esto último se dice en América. Yo, en todo caso, no lo he oído decir jamás. Sé, en cambio, en cuánto se ha apreciado y tenido siempre a los grandes escritores españoles; cómo, con qué devoción se les lee; cómo, con qué devoción se les guarda.

Pero en cuanto a lo primero que afirma el señor Pleguezuelo, a saber, el desdén de algunos por el estilo americano, desgraciadamente es cierto todavía, aunque el número de los desdeñosos sea cada vez menor.

Por un desconocimiento total de nosotros, hay escritores españoles, y no de los viejos, sino de los jóvenes, como Andrés González Blanco, que piensan que en América na-

dle sabe escribir el castellano... que lo pensaban, rectificaré, porque estoy seguro de que él ha rectificado también su decir.

¿Pues no afirmaba, por ventura, en días pasados uno de los noveles autores, con ignorancia deliciosa, que *yo era el único* que en América sabía escribir el castellano? Aun cuando se trataba de tan desmesurado elogio, lo taché a las volandas en el artículo en que figuraba, destinado por cierto a la *Revista Moderna*, de México; llamé al autor, y gracias a innumerables revistas y libros de América que poseo, lo convencí sin esfuerzo de que hay en el nuevo Continente centenares de hombres que manejan admirablemente el castellano, con una soltura y una agilidad poco comunes; que América fué la patria de Bello, es la de Cuervo y que en ella escriben y piensan y versifican un Justo Sierra, un Federico Gamboa, un Manuel Díaz Rodríguez, un José Enrique Rodó, un Rafael Delgado, un Salvador Díaz Mirón, un Leopoldo Lugones, un Rubén Darío, un Luis G. Urbina, un Enrique Larreta (léase su admirable libro *Las Glorias de don Ramiro*, verdadero monumento de la lengua), un Jesús Urueta y tantos y tantos conocedores de la totalidad del idioma, como lo fué don Rafael Angel de la Peña, como lo son Casasús, Salado Alvarez, Balbino Dávalos, Pedro Emilio Coll, Eduardo Wilde, Ministro de la Argentina en Madrid; Juan B. Terán, argentino también; el cubano Jesús Castellanos; el peruano y clásico Ricardo Palma, etc., etc., etc..., porque citaría cien más!

Y debo confesar, sin que ello sea modestia, porque no sólo no la tengo, sino que detesto esta antipática virtud, que yo, a pesar del generoso juicio del escritor citado, no soy de los que escriben mejor el castellano en América. Ya

quisiera poseerlo como Salado, como Gamboa, como Rafael Delgado, como Don Justo, como Díaz Mirón.

Yo escribo un castellano mío, que no es ni malo ni bueno; es simplemente mío, con mucho de instintivo, poco de leído y algo de estratificaciones, acaso nobles y bellas, de otros tiempos, que están en mi espíritu y duermen en mi tierra tranquila y solitaria.

Pero sigamos a nuestro amigo Pleguezuelo. «Es necesario—dice él—que estos apartes de si «habla muy americano o habla muy español» desaparezcan, y para ello urge que aceptemos los españoles, por nuestro lado, americanismos y que los americanos, por el suyo, acepten los que podríamos llamar hispanismos; transigiendo unos y otros en cuanto fuere necesario, seguros todos de que los puntos de transacción marcarán siempre el ancho cauce del más genuino castellano; porque órganos tan autorizados para seguir formando el lenguaje, son los hijos de los que allá fueron a conquistar y poblar el suelo americano (pensemos no más que en Andrés Bello), como los hijos y descendientes de los que aquí quedamos; y si hemos de ensanchar más la contextura política y social, preparándonos para una vida de raza superior aún a la de la nación, necesario es ensanchar también los moldes del idioma, para que todo vaya tomando proporciones atlánticas en vez de mediterráneas. Hay que aceptar giros, vocablos, acepciones, nombres de cosas que nosotros no tenemos, para que siquiera en la esfera del lenguaje lleguen a unificarse hasta la fauna, la flora y la gea de aquellos territorios y del nuestro. Con este cri-

terio por una parte y con el de aceptar y respetar por otra raíces y modelos de la tierra hispana, habrá de formarse ese gran diccionario, proscribiendo de él todo barbarismo, todo lo superfluo y lo vicioso; aleccionando y corrigiendo de este modo a los malos escritores, que no son planta exclusiva ni del viejo ni del nuevo continente. Creando, en fin, una autoridad, una norma, una guía para todos, y un elemento poderosamente conservador de la unidad del idioma!

»Porque también me figuro—sigue diciendo el señor Pleguezuelo—que se convendrá conmigo en que los elementos que pueden integrar o representar la llamada fuerza centrípeta, los diccionarios, son incomparablemente valiosos y eficaces, dejando siempre a salvo, por supuesto, lo que por abreviar hemos llamado el nuevo milagro griego. No sólo sirven para depurar los idiomas, sino también para guardarlos, conservarlos, tenerlos como en estuche, protegerlos y defenderlos contra toda clase de agentes exteriores y enemigos; y a ellos acuden los que ignoran, los que dudan, los que disputan; y de ellos se saca siempre algo que sirve para evitar deformidades y extravíos. No sólo constituyen un freno para el común de las gentes, sino que también refrenan a los escritores más altivos. No son sólo un inventario: son una fuerza moral, vienen a ser un código. Y en este caso, el libro que yo imagino, hecho por autoridad sin semejante hasta ahora, con el corazón y el pensamiento puestos en el interés de una raza, podría ser para ésta no ya un código, sino una arca santa, merecedora de religioso respeto.

»Y habéis de considerar, además, que este medio en que yo insisto (de la formación internacional de un léxico), es

fácil y viable, no sólo por lo poco gravoso que económicamente habría de resultar, sino también por la especial esfera a que se refiere. ¡Cuán difícil sería por hoy, cuán imposible, mejor dicho, la acción de veinte naciones en el terreno económico, político, religioso, jurídico, industrial! ¡Pero qué exenta de dificultades y qué llena, por el contrario, de atractivos en los dominios ideales del lenguaje! ¡Y habéis de considerar, por último, que esa acción común, por hoy únicamente posible en el idioma, será ejemplo y enseñanza y sugestión y costumbre y acicate para otras acciones simultáneas, conjuntas, paralelas, correspondientes al interés solidario de la raza y a ese vago ideal que todos acariciamos, de formas superiores de asociación humana.

»Aunque para concluir no lo dijera, bien se comprende que son dos las ideas principales que yo me he propuesto llevar a vuestro ánimo: la de que la formación internacional de un léxico sería el medio más adecuado para procurar el bien y prosperidad de nuestro idioma y la de procurar esto constituye un alto deber, atendiendo al todo a que pertenecemos, de manera que nuestro natural egoísmo resulta económico y conforme con el interés general humano; punto de vista que centuplica la energía para el cumplimiento del deber, y punto de vista que no es exagerado, como bien claramente lo demuestra el hecho (ya que mis argumentos no hubieran tenido tal virtud) de que en importantes publicaciones y sociedades de los Estados Unidos, de un pueblo que habla inglés, abóguese, como abogan, férvida y elocuentemente, por el establecimiento del español como lengua internacional. Hecho al que puede añadirse el de su enseñanza oficial en Francia y hasta en

el apartado Japón... ¡Como si los extranjeros quisieran consolarnos de domésticos extravíos!»

✠

Es claro que la idea del señor Pleguezuelo vibró simpáticamente en el corazón del auditorio. Todos sentimos en estos momentos la necesidad de defender el común patrimonio de la lengua. Los argentinos mismos, cuyo desvío por ella era conocido hasta hace poco, ahora, llenos de entusiasmo, con motivo de la visita de la infanta Isabel, convienen en hacer todo lo posible por purificar y guardar el precioso depósito.

En España uno de los comentarios favorables al señor Pleguezuelo ha sido el del conocido poeta y periodista Cristóbal de Castro.

Helo aquí, ya que mi informe debe tender a ilustrar cuanto sea posible la cuestión, con dictámenes avisados:

«En el local de la Unión Iberoamericana, donde tanto orador meloso y tanto poeta cursi contribuyeron a que el tópico de «estrechar los lazos» haya dado la forma del ridículo, sonó por fin la voz discreta.

»El señor Pleguezuelo pide la formación de un diccionario hispanoamericano, bajo la advocación gloriosa de Cervantes.

»Veinte naciones hablan hoy el idioma del *Quijote;* el idioma es el vínculo espiritual más puro, y, por lo tanto, más duradero; las fronteras se ensanchan o se acortan; los ejércitos vencen o son vencidos; tal río, que hace años era del Paraguay, hoy pertenece a la Argentina; tal pabellón, que ayer tenía escudo real, tiene hoy el simbolismo repu-

blicano de un águila o de un sol. Las naciones geográficas dependen de una guerra o de un tratado; las naciones espirituales tienen la permanencia secular de su habla. El idioma, como el espíritu, goza soberanías sobrehumanas.

»En la floresta de homenajes nacida al centenario de la Argentina, destácase el proyecto del diccionario, con la robusta sencillez de un roble. Todo el talco de las poesías y de los discursos caerá ante el paso de las horas; todas las recepciones y asambleas perecerán, efímeras y gárrulas; pero si el diccionario se hace, quedará patriarcal y santo, túmulo secular de varias razas, arca de la alianza de veinte pueblos.

»El lenguaje, como el espíritu, necesita comercio y renovación. Incorporando al casticismo hispano las voces juveniles de pueblos jóvenes, se ensanchará el idioma, como el mar con la ofrenda de los ríos, y quedará inmutable en sus esencias, como el padre océano, patriarca que, acogiendo de tantos manantiales aguas tan variadas y diferentes, las santifica en su unidad potente, infundiéndolas el respiro de su alma.

»Además, este diccionario tendrá como un nuevo conquistador, el avance de ejércitos invasores. Italia, Francia e Inglaterra son voraces en la irrupción americana, y no contentas con arrebatarnos la geografía comercial y diplomática, avanzan, con facundia *rastaquoère,* por las fronteras del idioma con sus ejércitos de libros, de teatros y de periódicos. En México, y en la Argentina sobre todo, los emigrantes italianos y franceses, juntamente con los autores y los cómicos de sus países respectivos, destacan ya insolentes avanzadas; argentinos y mexicanos mezclan a la pureza de Cervantes voces extranjerizas y modismos anárqui-

cos. La jerga emigratoria mancha con sus canturrias de aluvión el ritmo de Quevedo y de Solís.

»El diccionario, pues, debe aprestarse en plazo corto y lanzarse a los mares tras de las carabelas de los Pinzones. La sombra de Cervantes le será propicia, y las veinte naciones que han de anidar en él, las veinte palomas de sus almas sentirán el calor del nido, arrullándose con el mismo arrullo hispano. Y Andrés Bello surgirá, filólogo y poeta, y Palma, con sus *Tradiciones peruanas*, y Argüello, con su *Ojo y alma*, y Peza, ingenuo y creyente, y Díaz Mirón, frondoso y exaltado, y Acuña, y Mármol, y Tablada, y Pimentel, y Altamirano, y el duque «Job», aplaudirán en la «región luciente» el desfile de estos modernos capitanes que se llaman Leopoldo Lugones y Rubén Darío, Amado Nervo y César Dominici, Icaza y Ocantos, Gómez Carrillo y Manuel Ugarte, a los cuales habrá que señalar la avanzada de honor en este diccionario-mausoleo.—*Cristóbal de Castro.*»

✠

Otros se dicen en cambio: Si existe el Diccionario de la Academia, que periódicamente adopta los americanismos oportunos, ¿a qué un nuevo diccionario?

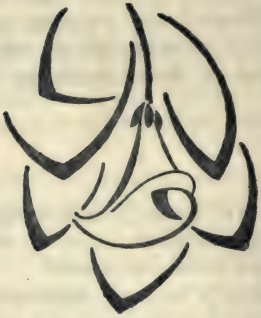
El Diccionario de la Academia, podríamos contestar, es una autoridad puramente española, y se trata de una autoridad, así como de una colaboración y una amplitud hispanoamericanas.

Se trata de una contribución unánime de la raza, que ahora no existe; se trata de que presida a la fijación del léxico un criterio más liberal y más amplio que el de ahora;

se trata de utilizar la autoridad de los grandes filólogos americanos, que no están todos en las academias correspondientes.

Se trata... pero como yo no soy el autor del proyecto, no me compete defenderlo. Era simplemente mi misión informar acerca de él, como lo hago.

Al señor Pleguezuelo toca responder a las objeciones. Yo he cumplido mi misión.



XXXI

DE LAS NUEVAS ORIENTACIONES DE LA NOVELA

OCTAVIO Uzanne, el amable y sagaz escritor, ha llevado a cabo en estos días una información curiosa relativa a las corrientes literarias europeas de nuestro principio de siglo.

Según él y con él, en concepto de muchos grandes libreros parisienses, la decantada crisis del libro no existe.

Aun se lee y se lee mucho, si se tiene en cuenta que vivimos más de prisa, que los deportes de todo género han adquirido enorme ascendiente en las sociedades modernas, y que nuestros vagares son mucho menores que antaño.

Aun se lee, sí, señor: sólo que se leen cosas muy distintas de las que se leían hace diez años, quince años si os parece mejor.

Cierto importante librero de esos que saben percibir las menores pulsaciones del público, interrogado por Uzanne, respondióle:

—«Hay una gran diferencia entre nuestro público actual de compradores y el que teníamos que contentar hace unos quince años. Ya no se trata de la misma gente. En otro

tiempo nuestra clientela se componía de eruditos reales o superficiales, o sea de aficionados más o menos bibliófilos, muy meticulosos, curiosos de ejemplares intactos o escogidos y de autores consagrados. Entonces había aún mandarines literarios, de cuyos libros se hacían tiradas enormes: 40, 50, 60.000 ejemplares y aún más. Algunos jefes de escuela quedaban aún en esa época en la República de las letras: Loti, Daudet, Anatole France, Verlaine, y los jóvenes revelados merced al *Mercurio* o la *Revue de Paris*, los provocadores de escándalo. Desde hace tiempo todo eso se ha nivelado. Ya no se conocen las tiradas de cien mil. Seguramente se venden menos ejemplares de un solo libro; quizá se vende más de la masa de las producciones nuevas, en un género más serio.

—¿Esta producción—preguntó Uzanne—es, sin embargo, excesiva? ¿No es cierto que aumenta y se exagera cada día?

—No podría yo negarlo. Es espantoso lo que se produce. Ya no se puede diferenciar a nadie. Los nombres conocidos se ahogan en la masa de los desconocidos. La noveal abunda sobre todo y se desborda.

—¿Y se venden las novelas?

—Cada día menos, si no me engañan mis observaciones rectificadas, por lo demás, por las de mis colegas. El público parece fatigado por las obras de ficción. Hubo un momento en que, ayudado por una publicidad ingeniosa, el lector se dejó seducir; pero hoy ya no se deja engañar ni por el reclamo mejor disfrazado Está cansado de toda esa literatura en que no se encuentra más que el amor, el adulterio, asuntos sexuales, psicologías femeninas, confesiones sin originalidad. La novela popular, en ediciones muy baratas, se vende aún como pan; pero el libro de imaginación, los cuentos, las

novelas, los estudios pasionales, las psicologías refinadas, las aventuras de amor, «el 3 frs. 50», como decimos nosotros, se halla en el marasmo, en la decadencia. Todos los editores lo dicen. Se desea otra cosa, eso no interesa ya a nadie. Hay seguramente un *krack de la novela.*»

¿Cuáles son las causas de estas nuevas orientaciones?

Los editores les asignan muchas. Hay quien se mete en honduras para analizar lo que existe dentro del espíritu de las muchedumbres.

Pero yo me digo: ¿para qué tanto trabajo inútil?

Los tiempos cambian y nosotros cambiamos con ellos. He aquí la vieja, la vulgar pero suprema razón de esta y de todas las mutaciones del planeta. Un lugar común si queréis, mas por ventura ¿no son lugares comunes las leyes todas del mundo una vez conocidas?

He dicho antes que los deportes dejan menos tiempo para leer; pero entendámonos. Dejan menos tiempo, no a los que usan de ellos racional y moderadamente, sino a esa sociedad frívola, *snob*, ultra-*smart*, que les dedica todas las horas libres del día, y esa sociedad, fuerza es decirlo, jamás ha leído mucho que digamos. No se trata de gente con quien puedan contar los escritores: no les resta ningún valor con su abstención. Los que usan, sin abusar, de los deportes, sí leen. Sólo que ya no leen novelas. Prefieren a las obras de ficción las obras de realidad.

Los deportes, por otra parte, en el sentir del librero interrogado por Octavio Uzanne, han creado una literatura técnica especial, que va enraizando en un mundo nuevo. Hay entre ella los mapas de las carreteras, las guías prácticas, las publicaciones de viajes y de conferencias geográficas, etc.

Nunca se han vendido tantos libros de este género como ahora, y los editores que han sabido presentir los nuevos gustos se han enriquecido.

—¿No estima usted—pregunta Octavio Uzanne a su librero—que los grandes magazines ilustrados cuya boga persiste, la afición a los grandes diarios, más difundidos que antes y que dan a millones de lectores novelas, cuentos y dramas de apaches, frescos de la víspera y puestos en escena por redactores que tienen estilo de folletinistas; no estima usted, digo, que todo ese papel impreso para la masa ha podido perjudicar al libro digno de tal nombre?

—Eso se dice y se repite; pero ¿puede usted creerlo verdaderamente? Esté usted seguro de que en todos esos decires hay una evidente exageración. Yo sé bien que se trata de la opinión general, pero quizá esta opinión ha sido falseada. El público que lee los periódicos es o un público aparte que no lee más que eso, o bien un público elegido que se educa para el libro, inconscientemente, y que debe formarnos poco a poco un considerable contingente de compradores. Ese público se afina, se instruye, se da cuenta y va creando su juicio y su discernimiento. Percibe muy pronto que el tiempo pasado en la lectura de la mayor parte de las novelas es un tiempo irremediablemente perdido y sin provecho alguno. No tarda en convencerse de que las obras de gran reportaje sobre los países extranjeros, como los libros de Julio Huret, los cuadros de viaje a la manera de Pierre Loti, de Andrés Chevrillon y de tantos otros, las memorias auténticas, los recuerdos históricos, los estudios sobre el pasado artístico, pintoresco y mundano, o sobre el movimiento social; que los retratos literarios, y por último las memorias de hombres y mujeres célebres de otros tiempos, constitu-

yen lecturas infinitamente más nutritivas, más reconstituyentes que las historias imaginarias que se parecen todas y en las cuales hay demasiada aventura. Debemos convenir en que los volúmenes de documentación histórica son de un precio muy elevado; pero eso no detiene a los compradores distinguidos, que cada día son más, cuando se trata de estudios científicos y de obras de vulgarización tales como las *memorias*.

Las de madame de Boigne, por ejemplo, tuvieron un verdadero éxito; el «1815» de Houssaye, las publicaciones de Frederic Masson sobre Napoleón y su familia, los grandes volúmenes sobre madame Du Barry por Saint André, sobre el duque de Morny por Lolliée, sobre Taillerand, los numerosos estudios de historia literaria de León Seche, todo eso se vende a maravilla y mil veces mejor que las novelas, no obstante que el precio es más elevado.

✠

En suma, que las modernas orientaciones literarias son más definidas, más seguras, más nobles.

Ello obedece a la instrucción más sólida y perfecta que se da en las escuelas y al perenne escenario de la civilización en todo lo que tiene de sugestivo, y especialmente al ya familiar espectáculo de la máquina, cuyo organismo cada día nos maravilla por modo eminente.

El muchacho que sale de las escuelas superiores posee un bagaje tal que puede comprender el mecanismo extraordinario de la vida moderna.

Se apasiona por los adelantos de los cuales es espectador; desea contribuir a ellos y busca en los libros serios la explicación de lo que aun ignora.

Por otra parte: ¿Por qué la literatura, la novela sobre todo, ha de ser un mero pasatiempo, menos útil todavía que el tennis o el golf?

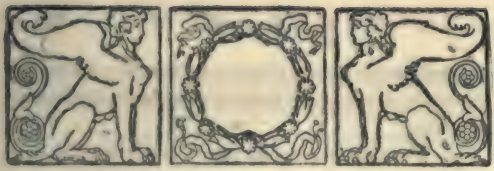
¿Por qué el literato, el novelista, no han de contribuir de una manera más directa, más efectiva, más substanciosa al movimiento cultural moderno?

Los novelistas profesionales tienen una indicación harto clara de las orientaciones actuales, si leen con reposo los párrafos de este informe.

Hay cien actividades literarias posibles fuera del esfuerzo novelesco que, por cierto, gasta más fósforo que el libro de literatura técnica.

¿Por qué no ir paralelamente a las exigencias de su época?

El escritor debe ser ante todo un ser actual, es decir, debe moverse en el medio ambiente en que se mueven los espíritus contemporáneos.



XXXII

EL CONGRESO DE LA POESÍA Y LA ACADEMIA DE LOS POETAS

El famoso y nunca bien ponderado Congreso de la Poesía fracasó, por fin, definitivamente.

A lo que parece, una de las circunstancias *sine qua non* para que esta gran Asamblea de jilgueros tuviese verificativo, era que se celebrase en Valencia, «la ciudad de las flores».

Hemos convenido desde hace mucho tiempo en que el escenario forzoso de la poesía ha de estar compuesto de flores, pájaros y mujeres bonitas.

¿Por qué?

Nadie acertaría a decirlo. Acaso porque el lugar común es el barco que más anclas echa en el mar de nuestro pobre espíritu, moldeado por las convenciones.

¿Qué necesidad tiene la poesía de colorines, de telones de boca y de fondo, cuando ella misma lleva consigo todo el *vestuario?*

Ponedla en los yermos árticos o antárticos, y allí cantará. Envolvedla en noches, en brumas; vestidla de desolación, y así cantará.

Pero el clisé triunfó en esta vez y además del clisé había el deseo de añadir a las fiestas valencianas, con motivo de la clausura del certamen, una nota gaya.

El Congreso, por tanto, debía irrevocablemente celebrarse en Valencia.

De allí que se transfiriese nada menos que cuatro veces, en el espacio de poco más de un año.

De allí que se transfiriese, sí, porque aun cuando a ustedes les escandalice la enunciación de un hecho, este hecho es todavía de una verdad incontrovertible: los poetas en plena mañana del siglo XX, por lo general no tienen dinero. Bien sé yo que los poetas sajones y aun los franceses sí suelen ser ricos; pero en España y en nuestras Américas, quien se desposa con la Poesía debe estar inflamado por un amor semejante al que nuestro seráfico Padre San Francisco experimentaba por la pobreza.

El activo, el enérgico, el infatigable Mariano Miguel de Val se percató pronto de esta imposibilidad pecuniaria y arregló las cosas de manera que los poetas pudiesen ir a Valencia por muy poco dinero.

Ya que el Pegaso, alirroto probablemente, o poco avezado a los caminos de la tierra, se negaba a prestarles el modesto servicio de un viaje gratuito a la bella ciudad que conquistó el Cid, los insípidos y lentos ferrocarriles disminuirían para ellos sus tarifas... Pero ni aun así—¡oh dioses!—podía ir, no digo la totalidad, sino la mayoría de los poetas!

Sin embargo, contando con los que hay en Valencia (que

son muchos) y con los menos desfavorecidos de la fortuna—españoles e hispano-americanos (que son pocos)—había un número suficiente para que la Asamblea se efectuase con decoro.

Sólo que una de las condiciones que los poetas imponían para el Congreso, era que lo presidiesen los Reyes: la Reina sobre todo. Entiendo que en esto, los que me leáis estaréis de acuerdo con los poetas españoles.

Cuando se tiene una reina tan guapa como la reina Victoria—una de las más bellas soberanas de Europa—rubia como un mediodía de Madrid, de tez más suave que el más suave jazmín sevillano, ella y sólo ella debe presidir una gaya junta.

Pero tal presidencia no fué posible.

Además, el Rey, cuya intención era permanecer cuatro días en Valencia, tuvo que reducirlos, a última hora, a tres.

La Junta organizadora de los festejos valencianos, naturalmente, hizo esfuerzos enormes para que todos los actos del programa se verificasen en esos tres días.

Y, naturalmente también, al pobre Congreso de la Poesía le tocaba el tiempo más justo posible. Fué desposeído por las demás corporaciones, al grado de que apenas le quedaran una o dos horas... Ya sabemos de antiguo que cuando se trata de reparto los poetas llegan siempre tarde. Y si por casualidad llegan temprano, no por eso se les da más.

La ración que el repartidor encuentra congrua para ellos, es invariablemente mínima.

Mas en esta ocasión los poetas protestaron y, cortés pero enérgicamente, dijeron a la Junta de festejos: *aut César aut nihil*.

Como no era posible, por otra parte, darles más tiempo,

pues que todo el mundo se había repartido febrilmente las setenta y dos horas de los tres días de marras, el Congreso no se celebró.

✠

Pero Mariano Val no es hombre que retroceda por tan poco. Si el Congreso de los Poetas (que, como dije a usted, había de ser preliminar para la fundación de la Academia de la Poesía) no se celebraba, la Academia famosa se fundaría *quand même*.

La infanta doña Paz presidiría la sesión inaugural de esta Academia, sesión que habría de efectuarse en el Ateneo.

Y así fué, como verá usted por la siguiente breve crónica que copio de un diario importante:

«La solemnidad celebrada ayer tarde (4 de noviembre) en el Ateneo, constituye el preliminar para establecer en España una «Academia de la Poesía».

»Realizará, entre otros laudables fines, la «Academia de Poesía española» una protección reuelta a los poetas que carezcan de recursos para publicar sus obras, que son casi todos los poetas desde que en el mundo se versifica. Si vamos a juzgar de los vates actuales y venideros por el número que suscitan ciertos concursos, es indudable que la Corporación naciente tendrá una horrenda tarea seleccionadora.

»La infanta Paz, exquita cultivadora de las letras, así en prosa como en verso, presidió el acto de ayer, que dió principio con un breve y razonado discurso del señor Val, exponiendo las ideas que habrán de presidir a las ocupacio-

nes de la Academia. El señor Val dedicó a la infanta ilustre elogios merecidísimos.

»A excepción de la señora doña Blanca de los Ríos, afortunadísima investigadora de nuestra literatura clásica, que leyó un hermoso estudio acerca de la poesía en la Historia, y de la sentidísima impresión de la infanta Paz sobre *La poesía del hogar*, que fué aplaudidísima, todos los demás trabajos que se leyeron estaban escritos en verso.

»Francisco Villaespesa leyó briosamente nueve sonetos excelentes.

»El tema *La poesía del pueblo* sirvió a Manuel Machado para concentrar en intensos versos el alma compleja de aquel a quien con razón se ha llamado el «primer poeta». Enrique de Mesa condensó en preciosas cuartetas de corte clásico *La poesía de la Sierra*. Los hermanos Quintero contribuyeron a la fiesta con un panegírico al poeta de las *Rimas*. Antonio Zayas leyó una composición vibrante, digna de figurar entre las mejores de entre las suyas, y don Angel Avilés cantó en dos buenos sonetos *La poesía de la patria*.

»La fiesta, en suma, resultó muy grata y de buen augurio para el designio que persigue.»

Este *designio* no tardó en cristalizarse, como verá usted, asimismo por la siguiente crónica que también me permito reproducir:

«LA ACADEMIA DE LA POESÍA ESPAÑOLA

»En la secretaría del Ateneo de Madrid se ha celebrado, bajo la presidencia de don Salvador Rueda, una reunión para la aprobación de los estatutos de la naciente Academia de la Poesía.

»Asistieron las señoras condesa de Castellá, doña Blanca de los Ríos, doña Sofía Casanova y los señores Rueda Martínez Sierra, Villaespesa, Machado, Ortega Morejón, Val, Mesa y Brun. Los señores Vicenti, Zozaya, Avilés, Fernández Shaw, Répide, Godoy y Zayas enviaron sus delegados a fin de adherirse a los acuerdos que se adoptaran.

»Por unanimidad fueron elegidos académicos de número, los 33 señores siguientes:

»Don Joaquín Alvarez Quintero, D. Serafín Alvarez Quintero, D. Angel Avilés, D. Jacinto Benavente, D. Luis Brun, D. Emilio Carrere, doña Sofía Casanova, D. Cristóbal de Castro, D. Ricardo J. Catarineu, D. Carlos Fernández Shaw, D. Ramón de Godoy, D. José Joaquín Herrero, D. José Jurado de la Parra, D. Juan Ramón Jiménez, D. José López Silva, D. Antonio Machado, D. Manuel Machado, don Eduardo Marquina, D. Gregorio Martínez Sierra, D. Enrique de Mesa, D. José María Ortega Morejón, D. Antonio Palomero, D. Ramón Pérez de Ayala, D. Pedro de Répide, doña Blanca de los Ríos, D. Francisco Rodríguez Marín, D. Salvador Rueda, D. Mariano Miguel de Val, D. Ramón del Valle Inclán, D. Alfredo Vicenti, D. Francisco Villaespesa, D. Antonio de Zayas y D. Antonio Zozaya.

»La Comisión administrativa quedó constituída en la siguiente forma:

»Presidente, D. Alfredo Vicenti.

»Vicepresidentes: D. Angel Avilés, D. Jacinto Benavente, D. José Joaquín Herrero y D. Francisco Rodríguez Marín.

»Vocales: D. Eduardo Marquina, D. Salvador Rueda, don Ramón del Valle Inclán y D. Francisco Villaespesa.

»Bibliotecario, D. Gregorio Martínez Sierra.

»Archivero, D. Manuel Machado.

»Secretario, D. Mariano Miguel de Val.

»Vicesecretarios: D. Enrique Mesa y D. Luis Brun.

»Aprobáronse y firmáronse los estatutos que, en cumplimiento de los preceptos legales, ya han sido presentados al gobernador civil.

»En las primeras sesiones que se celebren se ultimarán las listas de académicos honorarios y colaboradores.

»Quedaron nombrados académicos correspondientes fundadores todos los adheridos al Congreso Universal de Poesía, declarándose exentos de abonar la cuota de entrada y los derechos expedidos de título.

»Dentro de pocos días aparecerá el primer libro de la Academia. Contendrá todos los trabajos leídos en la solemne sesión del día 4, celebrada en el Ateneo de Madrid bajo la presidencia de la infanta doña Paz de Borbón; contendrá además los estatutos y la lista general de académicos.

»Inmediata labor de la Academia será la formación del *Libro de oro de la Poesía,* para el que se cuenta con los más valiosos originales.

»Pero antes que nada se harán las gestiones relativas al domicilio de la nueva Corporación, que se instalará pronto en uno de los sitios más céntricos de Madrid.»

✠

Ni un solo nombre de poeta hispano-americano en esa lista de 33 académicos.

¿Por qué? Porque los señores Machado, Marquina y Martínez Sierra (tres emes... meticulosas) se opusieron

terminantemente a que se nos considerase a los poetas hispano-americanos como poetas españoles.

¿Acaso porque escribimos en un dialecto especial?

Puede ser, por más que en ese dialecto hayan pensado Díaz Mirón, Rubén Darío, Justo Sierra, Luis G. Urbina, Leopoldo Lugones, poniendo en sus versos la totalidad del ritmo y de la magia del español.

El criterio reciente no era ese, sin embargo, en España.

Al poeta no lo nacionaliza la tierra donde nació: lo nacionaliza el idioma en que compone, ya que es el idioma el instrumento por excelencia de la Poesía. Se puede ser pintor argentino, mexicano, español; pero no se es más que poeta castellano o de lengua castellana.

A Rubén Darío y a mí se nos ha repetido esto muchas veces en Madrid.

Y la razón debe ser segura y convincente, cuando sabemos, por ejemplo, que a don José María de Heredia, criollo cubano, hijo de español, nacido en la Isla cuando ésta dependía de la Península, es decir, cuando era *tierra española*, jamás, que yo sepa, se le ha considerado como poeta español.

¿Por qué? Pues, sencillamente, porque componía en francés.

Poeta francés fué, en cambio, sin que a nadie se le ocurriese negarle tal calidad, y la Academia francesa confirmó esta nacionalidad, no sólo legal, sino literaria, abriéndole sus puertas.

Me apresuraré a decir que los señores Marquina, Machado y Martínez Sierra han procedido, en mi concepto, guiados por un criterio sincero (lamentable quizá sólo para las futuras relaciones intelectuales entre España y América,

que habíamos convenido en estrechar y que diz que debían favorecer a la unidad de nuestro común idioma).

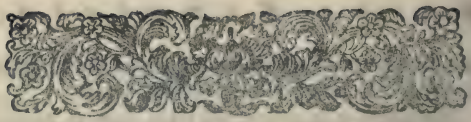
Tan sincero es su criterio, que están, según sé, por completo de acuerdo en que a algunos poetas americanos (muy pocos, pero de seguro que entre ellos no faltará Rubén Darío) se les nombre «colaboradores».

Yo criticaría la Academia. Diría que si tiene éxito, los poetas que la forman acabarán por academizarse, y que esta es la peor cosa que puede sucederle a un poeta.

Pero, una de dos: o yo soy nombrado *colaborador* (parece que sí) o no lo soy.

Si soy nombrado colaborador (y vaya si colaboraré al Congreso), se diría que critico ingratamente a quien me distingue; y si no soy nombrado colaborador, se diría que siento despecho...

Y como, en realidad, en mi sincero amor a España yo no siento más que lo que he sentido siempre: un gran deseo de que en ella vuelva a ser grande todo, hasta los poetas, me limito, señor ministro, a informar a usted, como es mi deber, acerca del Congreso de la Poesía, para el cual, por cierto, usted tuvo la amabilidad de nombrarme representante de nuestra muy amada México.



XXXIII

LA ENSEÑANZA DE LA LECTURA EN FRANCIA

Un distinguido pedagogo francés ha *descubierto* algo verdaderamente desolador. La juventud francesa de las escuelas, de los liceos, de los colegios... ¡no sabe leer! Este pedagogo, que es también un literato, un periodista, Lucien Descaves, afirma que ninguno de los alumnos de dichos establecimientos ha sido iniciado en el mecanismo de la lectura, «la cual es para la enseñanza lo que el tronco del árbol es para las ramas».

«Partiendo de este principio—añade—puede decirse que el número de iletrados es incalculable, y verdaderamente apena que se gaste cada año tanto dinero *para coger al toro por la cola en vez de cogerlo por los cuernos...*» (expresión verdaderamente pintoresca... hasta para un pedagogo).

Pero no sólo monsieur Lucien Descaves hace tan peregrinas afirmaciones—que por lo que diré después no me sorprenden—; monsieur León Riquier, profesor de la Escuela Normal, busca hace *cuarenta y cinco años* los mejores procedimientos para enseñar a leer a las gentes que

leen mal. Estas gentes, según monsieur Riquier, se llaman legión!

En concepto de monsieur Riquier, la rapidez misma de la lectura es la causa de lo mal que se lee, y para remediar este inconveniente propone un simple signo, una coma invertida—que podría colocarse entre las palabras que no separa la puntuación natural.

Antes de monsieur Riquier, todo el mundo lo recuerda, otro pedagogo, monsieur Alcanter de Brahm, inventó un signo que, según él, era indispensable para el matiz de la lectura: *el punto de ironía.*

El punto de ironía estaba designado, como su nombre lo indica, para marcar los períodos o frases zumbones, satíricos, burlones, *pince-sans-rire*, que dan tal colorido al idioma literario.

Claro que quien sabe leer no necesita que le indiquen con punto la entonación que debe dar a tales o cuales conceptos; pero monsieur de Brahm estimaba justamente que la inmensa mayoría de alumnos, y aun de adultos relativamente ilustrados, es incapaz de advertir a primera vista esta entonación y más incapaz aún de darla al período que la ha menester.

¡Ay! el punto de ironia de monsieur Alcanter de Brahm no tuvo éxito ninguno. ¿Pasará lo mismo con la coma invertida de monsieur Riquier?

Este último, que es ante todo un profesor de dicción, considera la lectura como debe considerarla todo el mundo, como la consideraba el viejo Legouvé: como un arte, un arte admirable y difícil.

Monsieur Descaves, por su parte, se contentaría con que los maestros y los alumnos se dignasen considerarla siquie-

ra como una cosa útil, necesaria en innumerables casos, y enseñarla aquéllos y aprenderla éstos con el mismo cuidado que ponen en la gramática, la historia y la geografía.

Ahora bien, ¿consagran los maestros franceses una solicitud tal a la lectura?

«¡Ah! no por cierto—exclama monsieur Descaves... — Y por lo demás, ¿cómo podrán enseñar a los otros lo que ellos mismos suelen ignorar?»

¿Es posible esta ignorancia? Sin duda alguna. Los hechos lo confirman. ¿De dónde dimana? Según cierto viejo profesor de instrucción primaria, que durante treinta y cinco años ha ejercido el magisterio en Francia, una de las razones de tal atraso es lo mucho que se exige del maestro de escuela, cuyas atribuciones son cada día más amplias y más complicadas y cuyas fuerzas tienen límites, aun cuando no los tenga su celo.

Muy frecuentemente el institutor o maestro de provincia es secretario de la *Mairie,* agente de propaganda al servicio de esta o de aquella obra de beneficencia, conferencista, organizador de fiestas, consejero universal...

Estas faenas debilitan más o menos su energía moral y quitan a la escuela recursos que debían consagrársele por completo.

La preparación de una conferencia, de una reunión amistosa con su respectivo concierto, frecuentemente exigen quince días de trabajo, cuando menos. La papelotería municipal lo reclama; por otra parte, y como si esto no bastara, sus noches están dedicadas a las clases de adultos. Es el único en el pueblo para desempeñar una faena que demandaría el concurso de tres maestros cuando menos.

¿Qué hace el institutor en estas condiciones? Toma y

deja. ¿Qué es lo que deja? ¡Ah! en primer lugar, las clases nocturnas, diga lo que quiera el optimismo oficial. Ustedes comprenden que no va a matarse desasnando adultos analfabetos! ¡Se contenta con darles un pasante benévolo que los enseñe a leer! ¡Peor para ellos, si cuando tenían tiempo de aprender, allá en sus mocedades, fueron a la escuela tres o cuatro años en vez de ir siete. ¡Que ahora recuperen como puedan el tiempo perdido!

Por desgracia, la pendiente es resbaladiza..., y al cabo de poco tiempo el maestro descansará también en el pasante por lo que respecta a la tarea de enseñar a leer a sus discípulos diurnos; de tal suerte, que toda una clase viene a ser víctima de la fatiga del maestro, quien sirviendo a tantos amos acaba por quedar mal con todos.

Ahora bien, la tarea de enseñar a leer a los niños es capital. Sobre ella reposa todo el edificio escolar.

«Del maestro que la enseña—dice el tantas veces citado Mr. Descaves—depende que la lectura sea un ejercicio fastidioso, ininteligente, rutinario, en vez de ser una adquisición atractiva y fructuosa, un *passe-partout* que no solamente abre todas las puertas, sino que *da* gana de abrirlas. ¿Cómo no comprenden los maestros desdeñosos de esta parte elemental de su misión, que estimulando en el alumno el gusto de la lectura lo ponen en aptitud de instruirse por sí mismo, casi sin el concurso de ellos o, cuando menos, ahorrándoles muchísimo trabajo?

»La mala lectura, por el contrario, disgusta al niño y le hace odiar todos los libros.»

La proporción de los niños que no saben leer es muy grande, según Mr. Riquier. Refiere éste que en días pasados, como delegado cantonal que es, visitaba un grupo

escolar de seis a setecientos alumnos. Entre los niños una *tercera parte* no sabía leer. La misma proporción se advertía entre las niñas, con la agravante de que se veía desde luego que éstas no aprenderían jamás, por falta de una enseñanza seria y metódica! Había niñas de diez años que en vez de leer, recitaban, mascullaban, con la voz falsa, estridente, insoportable, que todos conocemos tanto, esa voz del niño que dice de memoria un cumplido o una fabulilla. «¿Creen ustedes—pregunta Mr. Riquier—que esas infelices niñas gustarán alguna vez de la lectura y desearán enriquecer su vocabulario, su acervo de ideas? Y si a los veinte años no saben nada, ¿de quién es la culpa? La culpa es de un sistema defectuoso, que ya no permite al maestro ocuparse por sí mismo de sus discípulos más pequeños y llevarlos suavemente del alfabeto a la lectura silábica y de ésta a la lectura corriente. Una vez forjada la llave (y bien forjada), se puede estar tranquilo. El niño no se quedará encerrado en ninguna parte.

«Pero no acaba aquí todo: es necesario que los jóvenes maestros que han obtenido su título de enseñanza superior, no sigan viendo la lectura como un curso elemental indigno de ellos.

»¡Oh viejo maestro, que me habéis enseñado el alfabeto—concluye Mr. Riquier—, yo admiro vuestra abnegación ignorada!»

Yo por mi parte creo que la razón principal de que los niños no aprendan a leer, es el desprecio de sus maestros por la lectura.

Hemos convenido, así *a priori*, en muchas cosas absurdas, entre otras en que la «lectura no sirve de nada», lo cual es tanto como decir que el dibujo, para los que se de-

dican a pintar, no sirve de nada, y que para los que piensan ser músicos no sirve de nada el conocimiento de las llaves, de las notas, de los tonos. ¿Con qué entusiasmo, con qué estímulo, puede enseñar a leer el maestro que empieza por despreciar esta enseñanza? A él mismo, por otra parte, lo han enseñado harto mal. Seguro estoy de que si con un público muy escogido se invitase a leer en alta voz a veinte maestros, diez por lo menos mostrarían dos defectos capitales: la monotonía de la voz y la articulación defectuosa.

Nada, por otra parte, más fácil de corregir que estos defectos, vencidos los cuales, la lectura es un verdadero deleite para el que la hace y para los que la escuchan, sobre todo para los últimos.

La articulación defectuosa es, de los dos tropiezos, el que se corrige más pronto, a menos de imposibilidad orgánica (aunque aquí cabría citar el clásico y asendereado ejemplo de Demóstenes), y una vez corregida merced a un poco de ejercicio y de paciencia, la lectura comienza a deleitar.

A medida que se purifica la dicción y que la voz adquiere elasticidad para las entonaciones, para esa enorme variedad de entonaciones que permite nuestra admirable lengua, la lectura se va volviendo música, una música que impone su prestigio, su cadencia, su hermosura aun a los alumnos más jóvenes, los cuales se quedarán verdaderamente suspendidos de vuestros labios.

Merced a tan bella adquisición ya no habrá lecturas fastidiosas. Las interesantes serán un encanto, las áridas se volverán soportables.

Cuando el discípulo llegue a leer como vosotros los

maestros, lo cual será más fácil si se tiene en cuenta que a a él no le toca vencer vicios de articulación, de dicción o de entonación, seguramente que, como dice el pedagogo citado arriba, se volverá vuestro mejor colaborador.

Desaparecida la parte más ingrata de su aprendizaje, el entusiasmo y el estímulo con que su joven espíritu habrá de internarse en todas las materias, os ahorrará la mitad de vuestras fatigas.

Señores maestros, de cualquier nacionalidad que seáis, pero especialmente franceses, italianos e hispano-americanos: enseñad, ante todo y sobre todo, a leer bien a vuestros discípulos. Poned en sus manos ese admirable instrumento de cultura y utilizadlo vosotros mismos con amor y con entusiasmo. No os arrepentiréis, sobre todo cuando hayáis visto la noble opulencia de los frutos.

XXXIV

SABER VIVIR

Los franceses suelen quejarse más o menos amargamente del recargo de materias de que sufren los alumnos. «Llevan—decía ayer cierto escritor—un saco que cada año se vuelve más pesado.» «Los programas—añadía—están horriblemente recargados. Los alumnos también. Un joven ciudadano que frecuenta la escuela «laica», de su barrio, lleva a las espaldas lo menos cinco kilos. ¡Es enorme!, asusta ver todo lo que hay en ese saco... ¡Cuántos «cursos», tratados, manuales y resúmenes! Todo eso es pesado para los brazos del niño, pero es más pesado aún para su cerebro. ¡Apenas se atreve uno a pensar en lo que tiene que aprender ahora un infeliz muchacho de catorce años! Y cada año los programas se agravan, se complican: todo el bagaje de un Pico de la Mirandola pesaría apenas al lado de lo que nuestros chicos llevan mañana tras mañana a la escuela.»

En México andamos poco más o menos como en Francia. Creo que en la Preparatoria nada tenemos que envidiar a

los franceses... A pesar de lo cual, yo propondría una clase, un curso, un aprendizaje más, por todo extremo necesario. Esta clase, este curso no sé cómo llamarle; tal como yo lo concibo y propongo jamás ha existido en nuestras Escuelas. Sería hasta difícil incluirlo en los programas. Es algo mucho más amplio que lo que nuestros padres llamaban *Urbanidad,* más práctico que lo que los franceses llaman *Civilité;* se roza a veces, pero muy poco, con la instrucción cívica, y más, mucho más, con *ce savoir vivre,* y habrá que establecerlo, no en la escuela primaria, sino lo más tarde posible, cuando están ya próximos los estudios profesionales, o el definitivo ingreso en la vida de los negocios y del trabajo.

Tal vez le llamaría yo a este curso, así de una manera general, *Curso de cultura,* y serviría para prestigiarnos en el extranjero mucho más que una porción de cosas que nos cuestan hartas fatigas y harto dinero.

Quizá al explicar mi idea me salga un poco o un mucho de la zona que para mis informes me ha demarcado esa Secretaría; pero juzgo que no será sin provecho.

Para hacerme entender mejor, procederé por ejemplos y descripciones, un poco ajenos en apariencia, pero con más meollo del que muestran a primera vista.

Quiero suponer que un mexicano llama a las puertas de su Legación en París, Londres, Bruselas, Viena o Madrid. Mi ideal sería que desde el momento en que, gracias a la amabilidad del ministro o del personal de la Legación, aquel mexicano entra, como si dijéramos, en la habitual circulación de la metrópoli, nada, absolutamente nada, le distinguiese del común de los hombres cultos que están en los clubs, en los teatros, en las calles, en los salones de la Le-

gación o en las otras salas mundanas. Ansiaría que adquiriese el tono discreto y elegantemente neutro que aman tanto los ingleses, que son los hombres más bien educados de la tierra. Querría, en suma, que aquel hombre no llamase en absoluto la atención ni por su traje, ni por su aspecto, ni por su gesticulación, ni por el timbre de su voz; que fuese como los otros que lo rodean, *the right man in the right place.*

Tengo la satisfacción de confesar que algunas veces, que muchas veces, acontece así. Pero otras... en cambio... y como estas otras son las que conviene suprimir o modificar, que se me perdone lo agridulce de mi crítica (la cual no se refiere en manera alguna a personas determinadas), en gracia de mis excelentes propósitos de humilde aprendiz de «educador nacional», propósitos que no están, por desgracia, a la altura de mis merecimientos y de mis aptitudes.

Lo primero que hace el mexicano a quien critico, es abrazar fuertemente, en medio de la calle, a los compatriotas o amigos que encuentra y darles unas palmaditas en el hombro. Les llamo *palmaditas* por nuestro amor al diminutivo, pero ciertamente este diminutivo no lo merecen, porque son en extremo vigorosas.

He visto a un «paisano» saludar de esta manera a un caballero francés conocido viejo, y a la consideración de ustedes someto la cara de estupefacción que puso el dicho caballero.

El mexicano en seguida se pone a hablar. *Nos ponemos a hablar*, diré mejor, y en lo sucesivo emplearé el plural, por ser menos vejatorio para nuestra vidriosa vanidad. Nos ponemos a hablar en voz alta, muy alta, de tal suerte que todo el mundo, en las terrazas de los cafés, en los tranvías,

en los teatros, vuelve la cara con cierta sorpresa. Gesticulamos también de la manera más expresiva. A muchos casi nos es imposible hablar sin gesticular. Las manos con desaforados movimientos, los músculos todos de la cara, completan nuestro discurso. Nuestra voz es regularmente de un metal áspero y está llena de estridencias penetrantes. Es imposible que no se enteren de cuanto decimos los que están a diez metros de distancia, y si no hablan nuestra lengua, la vivacidad de los ademanes y la pirotecnia de los ojos, las pobres manos atormentadas, y el fruncimiento de boca, cejas y frente, les traducirán asaz nuestra conversación.

Si se nos invita a comer, solemos presentarnos con un ligero retardo y encontrarnos con que sólo se nos espera a nosotros para sentarse a la mesa.

Si un amigo que nos acompaña denodadamente durante una hora o dos, desea retirarse, no lo dejamos ir.

—No, hombre—le decimos—, quédese.

—Tengo una cita.

—¿Con quién? ¿Dónde? ¿A qué hora?

Es imposible (tan cariñosos así somos) que nos resignemos a dejar ir a un amigo que quiere absolutamente irse. Lo obligamos a que mienta para ver si se libra de nosotros, y a última hora le proponemos que deje sencillamente plantada a la persona que, afirma, le espera.

Otra de nuestras características es la susceptibilidad.

El señor Presidente de la República dijo en reciente ocasión, si mi memoria no me es infiel, que el mexicano tenía más presentes sus derechos que sus deberes.

Esta frase es de una absoluta verdad. Llevamos nuestros derechos en la alforja delantera, como el del cuento lleva-

ba las faltas de los demás, y nuestros deberes en la alforja que pende sobre la espalda... para no verlos nunca o lo menos posible. Y como solemos exagerar la noción de nuestros derechos, así como la amplitud de nuestros merecimientos, nos juzgamos acreedores a una suma tal de finezas, de atenciones, que son prácticamente irrealizables y que los otros no podrían jamás dispensarnos. De aquí la susceptibilidad turbulenta y vidriosa, *los sentimientos* con los amigos, los odios y malas voluntades. Cuando viajamos por el extranjero, esta susceptibilidad crece hasta adquirir proporciones irritantes y dar malos ratos a los compatriotas que se afanan por servirnos.

Ciertamente, al hacer el inventario de todas estas pequeñas flaquezas pienso que no somos nosotros los únicos que en América adolecemos de ellas; que son más bien defectos hispano-americanos; pero a mí, naturalmente, me interesan de una manera especial mis compatriotas, hago hincapié en ellos, guiado por mi ensueño de que el mexicano jamás difiera por su cultura de los extraños, aun en los medios más refinadamente cultos.

Ahora bien: ¿cómo corregir todos estos (y algunos otros) pequeños defectos, que tanto obscurecen el papel decoroso y aun brillante que podemos representar en el mundo?

Esos defectos, en todos los países civilizados, se corrigen en la escuela.

En la escuela, decíamos en días pasados cambiando ideas a este propósito la ilustre doña Laura Méndez de Cuenca y yo, es en la escuela donde los niños sajones aprenden:

A hablar en voz baja.

A no gesticular demasiado.

A mantener quietas las manos.

A no mirar a las gentes con mirada insistente y curiosa, sean cuales fueren su traje y sus maneras.

A dejar la mayor suma de libertad posible a los otros.

A no hacer preguntas indiscretas.

A no pretender obligar a un amigo a que beba o coma con nosotros.

A no quitar el tiempo con visitas interminables a las gentes ocupadas.

A no disgustarse ni *sentirse* porque los extraños no nos abruman a consideraciones.

A vestir y peinarse «como todo el mundo».

A hablar lo menos posible de nosotros mismos, a dominar nuestras exaltaciones.

A cumplir, en suma, el sabio precepto inglés: «Vivir... pero dejar también vivir a los otros.»

Entiendo yo que una clase especial para enseñar estas y otras cosas análogas que constituyen la difícil ciencia de convivir con nuestros semejantes, nos puliría y afinaría de tal suerte que un mexicano honraría a su país por la distinción de sus maneras, como de hecho lo honran muchos, dondequiera que estuviese y fuese cual fuese su origen.

¿De qué le sirve a un joven de diez y seis años resolver ecuaciones de segundo grado o haberse leído todos los textos, si no sabe ni comer, ni sentarse, ni hablar, ni saludar a una dama, ni hacerse amable a los otros, ni dominar sus iras, ni vestir con sobriedad, ni ser, en fin, en todas partes, el hombre adecuado en el lugar adecuado?

Los mexicanos viajamos mucho, es decir, que la Patria envía a todas partes *spécimens* de sus diversos núcleos sociales. ¿No sería prudentísimo educarlos antes en ese ritmo del bello y decoroso vivir, del movimiento mesurado y justo

haciendo de cada uno de nosotros un hombre armonioso?

La fealdad física de alguno de nosotros, ni mayor ni menor que en otros muchos países, para nada nos estorba. Yo he visto japoneses que no son precisamente Antinoos, pero que han adquirido uua desenvoltura tan elegante y discreta, que no desdicen al lado de ningún teutón rubio de cara de dios wagneriano.

«¡Puerilidades!»—dirán algunos, sobre todo entre esos hombres que ni se peinan ni se cambian de camisa con una frecuencia ejemplar, que suelen hasta ser pozos de ciencia... pero pozos un poco turbios...

¿Puerilidades? ¡Ah, no! felizmente para México, habrá muy pocos que lo digan.

Quien ha hecho lo más hace lo menos. Hemos logrado, gracias a un régimen sabio, que se tome en serio a nuestro país en todas partes... ¡Procuremos que individualmente se nos tome en serio también!

Yo llegaría hasta sugerir el establecimiento de clases de *civilidad* para adultos.

En ellas los que no hemos podido afinarnos en razón de las excesivas labores y penalidades de nuestra vida, puliríamos esa faceta que le falta a nuestra personalidad.

Yo de mí sé decir que *no me avergonzaría* de asistir a una de esas clases.

¿Y vosotros, amigos míos?

Me he salido en esta vez del margen demarcado a mis informes; que se me perdone en gracia de mi buena voluntad.

XXXV

DE LA UTILIDAD DE LAS ACADEMIAS

AHORA vienen cayendo en la cuenta en Francia de que las Academias no sirven de nada.

¡Es todo un descubrimiento éste!

De la Academia francesa dicen que es una antigualla. Si no se ha hundido en el descrédito que diz que merece, es... ¿saben ustedes por qué?

Pues porque los escritores más bravos y llenos de acometividad para atacarla cuando son jóvenes, cuando están ya maduros acaban por entrar «bajo la cúpula»... y así se hacen cómplices decididos de la rutina de que antes abominaban.

El hombre es así... dicho sea en mengua de la especie.

Que un rey sonría a un republicano convencido, que le dé una cruz, que le llame amigo... y ya tenemos un realista más.

¿Quién no recuerda el caso de Carducci en Italia?

En España, *toute proportion gardée*, tenemos otro caso reciente: el del poeta Marquina.

Las Academias poseen, pues, esa fuerza casi incontrarrestable. A sus más briosos enemigos los hacen... ¡académicos!

Y no es esto lo peor. Lo peor es que los académicos así fraguados, lejos de llevar un ímpetu viril, nuevo, a la arcaica corporación, vuélvense más papistas que el Papa y son después reaccionarios por excelencia.

Pero, a pesar de estas «adaptaciones», por no llamarles de otro modo; a pesar de esta ductilidad de los academófobos de antes y academófilos de después, la institución, en concepto de sus detractores, resulta absurda e inútil. Dicen ellos: «El estado actual de la instrucción general y las publicaciones enciclopédicas hacen superfluo el famoso Diccionario que la corporación arregla y desarregla para distracción de sus pretendientes. Veinte escuelas literarias fueron sucesivamente sucediéndose, para las cuales las leyes del purismo jamás llegaron a ser un hecho acogible; en materia de lenguaje y de gusto, es nula la influencia académica. Considerada como Jurado literario, la Academia recompensa sólo a las medianías; detesta la originalidad. Como sociedad benéfica, administra sus bienes correctamente, pero sin iniciativas lúcidas ni generosas. Su espíritu de cuerpo es reaccionario, menospreciador y mezquino; sus ceremonias son propias de otras épocas. Pretendiendo gobernar los destinos de las letras, la Academia carece de autoridad. En conclusión, es un círculo que se considera a sí mismo como autoridad nacional, sin tener el menor derecho para ello. Mortifica, en verdad, el que un grupo de gentes privadas se atribuyan ilegítimamente el

derecho de representar el talento y la ideología franceses...»

Bueno, todo eso está bien pensado y bien dicho..., pero lo malo es que los que protestan con tanta lógica están generalmente dispuestos a cambiar de ideas si les dan derecho a llevar la fea casaca verde rameada...

Sin embargo, oigámoslos... mientras no se las dan. ¿Cuál es el remedio que proponen?

El capital remedio, según ellos, consiste en que las elecciones se verifiquen por sufragio restringido. Las ambiciones, de este modo, se exasperarían, sin embargo, pues como observa un cronista, aun cuando fueran nombrados hombres de mérito, precisaría crear muchas plazas para satisfacer, no ya a cuarenta, sino a cuatrocientos individuos. «Los influjos políticos y sociales lucharían a porfía para favorecer a la nueva especie de inmortales y las lindas costumbres parlamentarias entrarían a formar parte de las costumbres literarias.»

Por otra parte, si la Academia francesa se renovase de esta suerte, ganaría acaso en autoridad y en prestigio; pero... ya no sería la Academia francesa.

Hay instituciones que no pueden progresar. La atmósfera nueva las mataría.

La tradición es lo único que da cierto prestigio platónico a las Academias de la Lengua, y merced a ese prestigio viven, aunque inútil y estérilmente.

Decretan con lentitud vocabularios que ya nadie consulta; premian libros que ya nadie lee; dan a la virtud recompensas que ya nadie solicita.

Los diarios, las revistas, las obras teatrales son los verdaderos árbitros del idioma, porque van paralelamente a las exigencias modernas.

Las Academias no se renovarán, pues, ni tendría objeto su renovación.

Quedan allí, enconchadas en su rincón, para halagar la vanidad de los literatos que envejecemos, con la verdura dorada de un uniforme y de un estoque, o el ornato pectoral de una cruz...

XXXVI

ALGO SOBRE LA ERUDICIÓN Y SOBRE EL ESTILO

No sé quién [dijo que la erudición] es una forma de la pereza.

Evita, en efecto, la fatiga de pensar.

Con un poco de método y de laboriosidad se es erudito. Con otro poco de cuidado, se es castizo. Lo que no se puede ser ni con método, ni con laboriosidad, ni con cuidado, es pensador.

Una tendencia que ya va siendo vieja, porque ahora todo envejece con suma rapidez, es la que consiste en sacrificarlo todo a la erudición.

Se escribe un libro sobre cualquier cosa y es preciso haberse leído, para escribirlo, una biblioteca.

El público en cambio suele no leer el libro y hace bien, porque con su seguro instinto, el público quiere *interesarse* y no sabemos interesarlo.

Eternamente cierto será lo que fué evangelio de muchos hombres de ingenio de la generación pasada: «El único género que debe evitarse es el género fastidioso.»

Lo esencial en un libro, sea científico o literario, es interesar. Si pretende enseñar algo, ha de cautivar primero la atención. Si no pretende enseñar, sino deleitar tan sólo, claro que ha de cautivar también la atención, en absoluto, sobre todas las cosas.

Preguntaron en cierta ocasión a Dumas hijo:

—¿Cómo es que vuestro padre, que publicó tantos y tantos libros, no escribió jamás una página fastidiosa?

Respondió:

—Porque una de las cosas que nunca supo mi padre fué fastidiar...

¡Imitemos a Dumas!

Es tarea decorosa citar todo lo que se ha escrito con respecto a un asunto, pero es más decorosa tarea aún pensar algo propio acerca de él.

Me sugieren estas reflexiones otras de Palacio Valdés, que me parecen muy oportunas y que acaso constituyan una segura orientación para muchos.

«Hay y hubo siempre—dice Palacio Valdés en una reciente conversación literaria—idólatras del libro.

»Son éstos los que creen que ser eruditos, conocer las ediciones de todas las obras y saberse de memoria, como un catálogo viviente, la bibliografía universal, es ser algo superior a los que con su ingenio, con su talento *productor, crean.* Así, la gente no concibe un escritor que no haya leído mucho. A mí me han enviado retratos personas de mi amistad con esta dedicatoria: «Al gran sabio Palacio Valdés». Y es que confunden al escritor con el erudito, *infe-*

rior a aquél. Yo he visto en las historias literarias los nombres de los poetas, de los novelistas, de los filósofos, de los historiadores... de los eruditos, jamás.»

Hay otro punto, respecto del cual Palacio Valdés hace observaciones interesantes: el lenguaje.

«Yo—dice—no soy un idólatra del lenguaje, como muchos escritores modernos, que lo sacrifican todo al estilo. El lenguaje es un instrumento. No sólo hay que escribir bien: hay que decir algo.

»Yo, en mis mocedades, hice una apuesta respecto a este punto: escribir un cuento en cada uno de los lenguajes de los siglos XIV, XV, XVI, XVII y XVIII. Y digo esto para que se vea que, con un poco de estudio y otro poco de habilidad, se crea un estilo peculiar o se imita perfectamente a cualquier gran literato antiguo.

»Santa Teresa de Jesús no tenía conocimiento del lenguaje, no había leído más que algunos libros piadosos y otros cuantos de caballerías. Y, sin embargo, es la mejor escritora de nuestra literatura. ¿Qué quiere decir esto? Que debemos escribir sinceramente, con claridad, con elegancia, *como se habla.* Sin rebuscar formas pedantescas, que a menudo encubren la vacuidad de los que las emplean. Y esto no quiere decir, claro está, que se deba abandonar el lenguaje y el estilo y escribir con desatino. Pero de ello a convertirse en esclavo de un molde, va ya mucha diferencia.»

✠

En mi sentir, el escollo este del *molde* viene, sobre todo, del deseo de originalidad. Se cree encontrar la originalidad en *una fórmula,* en una receta literaria.

Debiera pensarse que, siguiendo el cauce sereno del propio temperamento, se encuentra la originalidad siempre.

La sinceridad es la originalidad mejor, porque merced a ella se parece uno siempre *a sí mismo*: es decir, es uno siempre vario en su estilo, asomándose al espejo en que se copia todos los días análoga, pero todos los días distinta, la fisonomía de nuestra vida.

¿Habéis visto mayor originalidad que la de la naturaleza?

Contemplad un paisaje: el que sea más familiar para vosotros, aquel que veis todos los días desde vuestros balcones.

Siendo el mismo, lo veréis a diario diferente.

No sólo se diversificará según las estaciones, sino que será uno en la mañana y otro en la tarde, para ser otro bajo la blanda y misteriosa iluminación de la luna.

Pero ¡qué digo! Cambiará cada hora, cada minuto, cada segundo...

Y sin embargo, la perspectiva es fundamentalmente la misma...

Yo recuerdo haber leído lo difícil que es dibujar los detalles lunares. A cada instante la luz los transforma, variando su tonalidad de tan singular modo, que cansa y desespera el pincel del astrónomo...

Imitemos por tanto a la naturaleza, siendo como ella sinceros, como ella ingenuos, como ella movedizos y cambiantes.

Huyamos del *procedimiento*. El procedimiento es el recurso de los que no tienen ya recurso mental ninguno. Merced a él, los que carecen de personalidad se embozan en la personalidad de los demás.

Los espíritus subalternos se enamoran del procedimien-

to. Es, en general, lo único que ven y lo único que los seduce.

No advierten que quien lo usa posee una individualidad poderosa, de la que este procedimiento deriva sin que él se dé cuenta.

No se percatan de que ese procedimiento es eminentemente suyo; de que el traje ajeno que van a ponerse les vendrá muy largo...

Quizá estas reflexiones desbordan del cauce usual de mis informes; pero si bien se mira no alteran su índole, antes la afirman.

Ellas dimanan, por otra parte, de una *actualidad literaria*, y por lo tanto conservan su carácter informativo, que es el peculiar de la misión que usted, señor ministro, se ha servido confiarme.

✠

Tal vez vosotros habréis oído decir (volviendo al primer punto de estas notas) que la descripción del París medioeval que Víctor Hugo hace en *Nuestra Señora*, es falsa; que París no era así; que profundas investigaciones y estudios sapientísimos muestran que era de otro modo... No hagáis caso: Víctor Hugo no fué erudito a la manera de los ratones de biblioteca... pero era en cambio genial, y esta evocación de París seguirá siendo por los siglos de los siglos una de las reconstrucciones más maravillosas que existen.

Víctor Hugo, mejor que Fernández y González, *presentía la historia*...

También habréis oído decir, probablemente, que en los *Trabajadores del mar* hay un pulpo fantástico; que los

pulpos no son así; que no aspiran la sangre de nadie; que se trata de un bicho inofensivo...

No hagáis caso: Víctor Hugo no era naturalista, pero sabía más que los naturalistas todos, por una sola razón: porque tenía genio, y el genio está identificado con la naturaleza, es la naturaleza misma llevada a la mayor excelencia, es el solo ojo que sabe contemplar la vida; es el único oído que sabe auscultar los latidos más íntimos de la creación.

Los naturalistas, los sabios, en general, se equivocan a ada paso; el genio no se engaña jamás; y es que los sabios no tienen sino la pálida linternita de la experimentación, en tanto que los genios poseen la intuición suprema.

Moraleja: *Ama a Dios y haz lo que quieras*, decía un gran Padre de la Iglesia. Y yo digo: Ten talento y escribe lo que te plazca, y cuando ya no tengas talento... ¡métete a erudito... como yo pienso hacerlo!

XXXVII

EN QUÉ CONSISTIRA LA REFORMA DE LA ORTOGRAFIA FRANCESA

En uno de mis últimos informes hablaba de la próxima reforma oficial de la ortografía francesa. Hoy se sabe ya, detalladamente, en lo que consistirá tal reforma. En efecto, el ministro de Instrucción pública de Francia, a petición del diputado Mr. Beauquier, acaba de anunciar a la Cámara su proyecto de simplificación ortográfica.

Con este motivo, Mr. Auguste Renard, agregado de la Universidad de París, ha preguntado a uno de los confidentes de Mr. Doumergue cuáles son los cambios que éste se propone introducir en la ortografía francesa, y he aquí la respuesta:

«El Proyecto que el ministro presentará a la Cámara tiene por objeto suprimir algunas de las más visibles anomalías de la ortografía actual, anomalías cuyo estudio no apro-

vecha en modo alguno a los niños y que supone una gran pérdida de tiempo. Este Proyecto tiene doble base: las modificaciones ya aprobadas por la Academia Francesa y las proposiciones presentadas a esa misma Academia, en 1893, por el vicerrector de la Academia de París, Mr. Gréard.

»En efecto, en 1905, la Academia, invitada por el ministro de Instrucción pública, Mr. Chaumié, a dar su opinión sobre la reforma, en respuesta al proyecto de Paul Meyer, hizo esta declaración en su informe (redactado por Mr. Emile Faguet): «La Academia reconoce que hay simplificaciones deseables y que es posible aplicarlas a la ortografía francesa.»

¿Cuáles son estas modificaciones? La Academia acepta con especialidad la supresión de *h* en el grupo griego *rh*, como *rétorique*, *rinocéros*, etc., en lugar de *rhétorique*, *rhinocéros;* la substitución de la *i* a la *y*, pronunciada como *i* simple, como *analise*, *stile*, en lugar de *analyse*, *style*; la substitución de la *c* a la *t* antes del diptongo *ie*, como *confidenciel*, *substanciel*, derivados de *confidence* y *substance* en vez de *confidentiel* y *substantiel;* la extensión de la *s* como signo del plural en las siete excepciones en *ou*, como *bijous*, etc., y algunas otras simplificaciones. Atacar, pues, estos cambios, sería atacar las decisiones mismas de la Academia.

En cuanto a las proposiciones de Mr. Gréard, se refieren principalmente a la supresión de las consonantes dobles, a la reducción a *c*, *r*, *t*, *f*, de los grupos griegos *ch*, *rh*, *th*, *ph*, como *cronique*, *rétorique*, *téatre*, *fénomène*, etc., en lugar de *chronique*, etc.; y al empleo uniforme de la *s* como signo del plural, como *hibous*, *bateaus*, *animaus*, *chevaus*, etc.

He aquí, pues, los solos cambios que habrá.

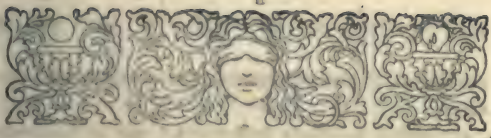
Cierto que los revolucionarios como Mr. Brunot no quedarán contentos; pero según el *Diario Oficial*, sus proyectos no eran aceptables, porque introducían trastornos tales en la manera de escribir, que se hubiera necesitado evidentemente que todo el mundo se pusiese a aprender de nuevo la ortografía. El ministro de Instrucción pública está de acuerdo en reformar, pero a condición de que las reformas puedan ser aplicadas fácilmente por todo el mundo.

Por lo que respecta a los cambios, claro que no serán obligatorios. No se puede impedir con las leyes que cada cual escriba como le plazca. Serán, sí, autorizados en los exámenes (y sin duda, también, en las escuelas). El decreto que promulgará la reforma será, según las palabras del confidente del ministro de Instrucción pública, un «edicto de tolerancia». En adelante estará prohibido contar como falta la conformidad de cualquier alumno a la nueva manera de escribir. Todo discípulo estará autorizado a escribir, por ejemplo, *paysane* con una sola *n*, como *courtisane*, o *pestilenciel*, como *artificiel*.

El proyecto en cuestión pasará a manos del Consejo Superior de Instrucción Pública antes de que termine el presente año escolar.

La reforma de la ortografía francesa es, pues, un hecho.

¿Cuándo podremos decir otro tanto respecto de la española?



XXXVIII

LA REFORMA DE LA ORTOGRAFIA EN FRANCIA

En mi informe último hablaba yo de las reformas *decretadas*, por decirlo así, en Francia, a la ortografía. Ahora me ocuparé de la declaración hecha a este propósito por la Corporación de impresores en su principal órgano, intitulado *La Bibliografía de Francia*. En esta declaración la citada Corporación afirma «que no aplicará una reforma ortográfica que no obtenga antes el asentimiento de la Academia Francesa; pues, decretada por la sola autoridad del ministro de Instrucción pública, tendría el carácter de un «golpe de Estado».

Comentando lo anterior, Augusto Renard, profesor de la Universidad y secretario general de la Asociación para la simplificación de la ortografía, se pregunta con mucha justicia: Si nos colocamos en este terreno, ¿qué decreto del Gobierno dejaría de ser golpe de Estado?

Pero, se objeta, en esta materia el ministro es incompetente. Sólo la Academia tiene el derecho de legislar. Su-

plantándola, el ministro cometería una «usurpación de poderes».

«La verdad es—añade Renard—: 1.º, que la Academia tiene como principio no hacer jamás reforma alguna; y 2.º, que siempre se ha ajustado a este principio.»

¿Se quiere una prueba?

En cuanto al principio, he aquí un testimonio que nadie recusará: el de la Academia misma. En todos los prefacios de su diccionario, la Academia declara expresamente que se ha impuesto como ley no anticiparse jamás al público en materia de reforma, observando escrupulosamente el uso establecido.

Prefacio de 1740 (3.ª edición):

«L'on *(on* es la Academia) *ne doit point, en matière de langue, prévenir le public mais il convient de le suivre, en se soumettant, non pas à l'usage qui commence, mais à l'usage généralement reçu.*»

Prefacio de 1762 (4.ª edición):

«La profesión que la Academia ha hecho siempre de conformarse al uso universalmente aceptado, *sea en la manera de escribir las palabras, sea al calificarlas, la ha forzado a admitir los cambios* que el público ha hecho.»

Así pues, la Academia, según confesión propia, se ha trazado como regla no tomar jamás la iniciatíva de una reforma, no adoptar los cambios sino cuando el público los ha hecho ya.»

✠

Por otra parte, la Academia ha conformado siempre su conducta a sus declaraciones.

Desde 1694, fecha de la primera edición de su diccionario, modificó muchas veces su ortografía, especialmente en 1740, 1762 y 1835. Ahora bien; en cada una de estas veces el público se le había anticipado ya, y ella, en realidad, no hacía sino plegarse al uso establecido.

De una sola vez, en 1740, modificó la ortografía de cinco mil palabras (A. F. Didot las contó y, como dice Sainte-Beuve, podemos estar seguros de que las contó bien), *cinco mil palabras* de las *diez y ocho mil* que contenía solamente el diccionario (ahora contiene cerca de treinta y dos mil), más de la cuarta parte del vocabulario académico. Ya se adivinará fácilmente la hecatombe de *ph*, de *ch*, de *th*, de *rh*, de letras dobles y de letras etimológicas que fué necesaria para operar esta reforma que, según observaba la Academia misma, *había sido hecha ya por el público* antes que por ella.

Veintidós años después, en 1762, nueva reforma, más considerable aún. La Academia añade dos letras al alfabeto, la *j* y la *v*, a fin de distinguir la *i* de la *j* *(jouir* en lugar de *iouir)* y la *u* de la *v* *(sauver* en lugar de *sauuer)*, de donde vino la necesidad de arreglar de nuevo el orden alfabético de una parte del diccionario, sin contar una carnicería de letras etimológicas, de *ph*, de *ch*, de *th* y de *y* (la palabra *chymie*, por ejemplo, se convirtió en *chimie)*; pero el público, en esta ocasión también, se había anticipado a la Academia, según declaración expresa de la misma.

Por último, cuando en el siglo pasado, en 1835, adoptó la substitución de *ai* por *oi* en las formas *je chantois*, *ils avoient*, *les françois*, no obstante la viva oposición de Chateaubriand, Lamennais y Nodier, que se oponían a que se escribiese je *chantais*, ils *avaient*, les *français*, a fin, de-

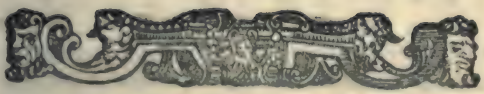
cían, *de no cambiar la fisonomía de las palabras*, este cambio tan legítimo, reclamado veinte veces por Voltaire, había pasado ya del uso corriente, especialmente en el *Monitor Universal*.

Así, pues, según queda comprobado plenamente por las citas del profesor Augusto Renard, siempre que la Academia Francesa ha llevado a cabo una reforma, esta reforma había sido ya realizada por el público. Jamás se ha anticipado la ilustre Corporación al uso establecido.

¿Por qué no habría de suceder ahora lo mismo?

¿Por qué la Academia, anticipándose a dar su adhesión a la reforma proyectada, había de ponerse en contradicción con sus principios?

Nada hay que esperar, pues, por ahora de los inmortales, y si el público francés aguarda su autorización para simplificar la ortografía, corre el riesgo de no simplificarla nunca.



XXXIX

EL TEATRO ESPAÑOL

El señor Cavestany acaba de presentar en la Alta Cámara una proposición para que el Estado se incaute del Teatro Español, apoyándola con un brillante discurso. Con este motivo se formó la Comisión correspondiente, la cual nombró para presidirla a don José Echegaray.

La proposición del señor Cavestany está concebida, poco más o menos, en los siguientes términos:

Artículo 1.º Se crea, bajo la dirección del Ministerio de Instrucción pública y Bellas Artes, un organismo que se llamará «Teatro Español».

Art. 2.º Con el fin de que este organismo comience a funcionar desde luego, el Gobierno concertará con el Ayuntamiento de Madrid lo necesario para que en el concurso próximo a celebrarse se adjudique a dicho organismo, por un período de cinco años, el disfrute del edificio perteneciente al Municipio, que ha venido llamándose hasta ahora Teatro Español.

Durante ese período se habilitarán los medios bastantes a producir la cantidad anual que se estime necesaria para

construir un edificio nuevo digno del objeto a que se le destina, que será también Escuela de Declamación y que deberá estar terminado al expirar el plazo del concierto arriba indicado con el Ayuntamiento.

Art. 3.° En el Teatro Español alternarán periódicamente las representaciones de las obras clásicas con las modernas.

Art. 4.° El Teatro Español dará también, periódicamente, representaciones a precios reducidos, y aun gratuitas.

Art. 5.° El Teatro Español celebrará igualmente grandes solemnidades literarias, representando obras de los teatros griego y latino, así como de otros autores extranjeros consagrados por la inmortalidad.

Art. 6.° La compañía del Teatro Español se compondrá de actores y actrices que se dividirán en dos categorías: de término y de entrada.

Los primeros serán inamovibles y tendrán participación en los beneficios y derechos a la jubilación, cuando se retiren, después de cierto número de años de servicio. Los de entrada podrán pasar a ser de término, como premio de su mérito. Los alumnos que hayan obtenido primeros premios en la escuela de declamación, ingresarán como actores de entrada en el Teatro Español, y dicha escuela celebrará periódicamente representaciones en el mismo teatro que sirvan de enseñanza y estímulo a sus alumnos.

Art. 7.° La temporada del Teatro Español durará ocho meses: desde 1.° de octubre a 31 de mayo. Durante las vacaciones los actores serán dueños de trabajar donde les convenga.

Art. 8.° Los ingresos del Teatro Español se destinarán a su sostenimiento y formar un fondo del que saldrán las

jubilaciones y cuantos gastos se estimen necesarios para su mayor esplendor, así como los encaminados a cumplir las obligaciones nacidas de esta ley.

Art. 9.º El Gobierno consignará en los presupuestos anuales las cantidades necesarias para la subvención con que se haya de auxiliar el organismo a que se refiere el artículo 1.º

Art. 10. Al frente del Teatro Español estará un director gerente, nombrado por el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, que habrá de ser persona de reconocida competencia. Este cargo será inamovible, a no ser por causa justificada, y disfrutará, en concepto de gratificación, la cantidad de 15.000 pesetas, con cargo al presupuesto del Teatro.

Art. 11. Al lado del director y para asistirlo debidamente, tanto en las cuestiones artísticas como en las administrativas y de gestión de la entidad de que se trata, se constituirá, nombrado igualmente por el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, un comité compuesto de seis individuos: tres autores dramáticos, uno de los actores de término de la compañía, un crítico de teatros y otra persona extraña a éste y aun a la clase de escritores, pero de notoria autoridad en cuestiones de teatro. Este comité se reunirá por lo menos tres veces al mes.

Art. 12. La marcha del trabajo, el reparto de papeles y la resolución, en fin, de todos los asuntos, será de la competencia del director gerente, que se asesorará, cuando lo juzgue necesario, del comité (del que formará parte para los asuntos artísticos el director de escena, y para los administrativos el administrador) y aun de una Junta general compuesta de todos los actores y actrices de término.

Art. 13. El ministro de Instrucción Pública resolverá en alzada sobre cualquier asunto relacionado con la marcha del Teatro Español.

Naturalmente, esta proposición de ley sufrirá tales o cuales modificaciones, pero la esencia será la que he transcrito.

Se ve a las claras que el señor Cavestany se ha inspirado en la organización de la Comedia Francesa, lo cual por cierto nada tiene de malo, sino antes bien de loable, ya que en su género es aquélla la institución más admirable que se conoce.

Debo advertir asimismo que no es el señor Cavestany en este caso más que un portador de aspiraciones cada vez más intensas y unánimes.

La idea del *Teatro Nacional,* del *Teatro Español,* viene germinando desde hace tiempo en el seno de una *élite* entusiasta.

«Las circunstancias lamentables y mezquinas en que por causas muy complejas se halla la dramaturgia nacional—dice un joven escritor—; el estado de interinidad en que está el primer teatro de España; la dispersión por América y provincias de valiosos elementos dramáticos; el estado de opinión que en la Prensa y en las tertulias van adquiriendo estos asuntos de bastidores, y, antes que todo y sobre todo, el ansia patriótica de un renacimiento teatral, han dado origen a una exaltación, a una preocupación de ciertos hombres eminentes, los cuales, en varias conferencias, han echado las bases del teatro nacional español.

»Periodistas y críticos, autores y actores, hasta los mismos empresarios teatrales, han tenido en principio para el proyecto toda clase de elogios. La opinión asimismo lo acogerá con viva simpatía, y la decisión del señor Maura, que apoyará efusivamente esta obra patriótica, no tendrá en contra suya ni «el duplo de un voto».

Por lo que respecta a autores y actores, su aspiración, según palabras del mismo joven escritor, ha sido siempre ésta: que exista un teatro nacional.

«De los autores no habrá que decir si les convendrá o no que sus obras, en vez de estar sujetas al rudo temporal de un abono fanático o de una empresa exclusivista, tengan desde hoy el santo asilo de un teatro ecléctico. Porque el Teatro Nacional, por sólo el fuero de su nombre, no es posible que tenga prejuicios ni de tendencias ni de escuelas, y, en su tutela paternal y amplia, acogerá del mismo modo al romántico que al naturalista y al clasicista lo mismo que al moderno.

»En cuanto a los actores, el solo hecho de librarles de una sujeción personal, como la del empresario, para entregarles a un contrato impersonal, como el que con el Estado concierten, ya es por lo pronto una ventaja. En el Teatro Nacional el actor no correrá el riesgo de que la temporada «se tuerza», pues el Estado se la garantiza. En el Teatro Nacional, el actor a su sueldo garantizado ha de unir el prestigio y el decoro de una posición oficial y definitiva. En el Teatro Nacional, el actor obtendrá los beneficios de una jubilación por el Estado. ¿Qué más puede pedir un actor? Todos los vaticinios de algaradas, de piques, de rencillas de bastidores, de vanidades y de altiveces que anuncian los zaragozanos de saloncillos, serán «fogata de virutas»

el día en que se publique el Reglamento, suponiendo, como es de suponerse, que el reglamento del Teatro Nacional se redacte juiciosa y sabiamente.»

He aquí precisamente el busilis. Un reglamento *juiciosa y sabiamente* redactado es un verdadero cuervo nácar.

El tiempo es el único corrector posible de errores que sólo la práctica evidencia, ¡qué duda cabe! El reglamento que rige y concierta los esfuerzos de los asociados de la Comedia Francesa, es el más sabio en su género en el mundo, lo que no impide una interminable sucesión de choques entre monsieur Claretie y sus irritables artistas... Demasiado *irritables*, a pesar de no estar incluídos en el *genus irritabile vatum* de los latinos...

De todas suertes, lo esencial es que haya un reglamento... malo o bueno para el futuro teatro español. Hemos convenido en que sin reglamento no se puede hacer nada en este mundo... ¡ni arte siquiera, ni poesía... nada! y yo decía—¡ay! con harta justicia—en líneas escritas recientemente, que el hombre no es ni un *animal de costumbres*, ni un animal religioso..., sino un animal reglamentador!

«Si el Teatro Nacional se lleva a efecto y funciona admirablemente—se pregunta el periodista aludido—,¿no tocará a rebato en las demás taquillas de los demás teatros grandes? Ceferino Palencia y Tirso Escudero creen que no. Escudero y Palencia creen que hasta para los mismos empresarios el Teatro Nacional será provechoso. ¿Paradoja? Ni mucho menos.

»¿Es que la Comedia Francesa no perjudica ni al Odeón, ni al Vaudeville, ni a la Renaissance, ni al Réjane, ni al Sarah Bernhardt, ni al Gymnase, ni a Variétés, ni a Nouveautés? Al contrario. Lo que hace la Comedia Francesa es

dar a conocer cada año autores y actrices que, consagrados ya por el espaldarazo artístico, van al año siguiente a traer público a los demás teatros de París. Con el Teatro Nacional de España ocurrirá lo mismo. Primero, porque el Teatro Nacional, como ha de tener día fijo para tragedia, para drama, para comedia y para sainete, y días clásicos y días populares, no podrá mantenerse en sus carteles una obra, por grande que sea su éxito, sino contado número de noches. Y los autores y actores, como lo primero que necesitan es nombre, irán al Teatro Nacional por el «gentil espaldarazo», y, cuando ya lo tengan, irán con otras obras y otros contratos a que los demás teatros les den dinero.»

Es decir, que el Teatro Nacional será, como dice un conocido empresario español, «una escuela de autores y de actores, que han de utilizar luego los demás teatros».

Y si el Teatro Nacional español ha de constituir, sobre todo, esta escuela, convengamos en que en México la creación de un organismo semejante es de toda conveniencia también.

En efecto, la gran objeción que se ha opuesto siempre a nuestras ilusiones de un Teatro mexicano, es la falta de actores y de autores.

Es así que, justamente para que haya autores y actores, es indispensable que haya teatro: *ergo*...

El año de 1902 tuve yo la honra de rendir ante usted, señor ministro, un extenso informe acerca de la constitución del Teatro francés y de la posibilidad de crear un organismo análogo en México. Usted que desde hace muchos años alimentaba el vivo deseo de una institución tal, acogió solícito mi informe y aun me encargó de la formación de un

grupo de jóvenes que pudiese ser más tarde el núcleo de la Comedia *mexicana*.

Yo formé fácilmente este grupo. No tuve para ello más dificultad que la de congregar los diversos elementos que conocía, y que hoy, dispersos de nuevo, trabajan aquí y allí, ya profesionalmente, o ya como simples aficionados.

Todos recitaban bien y estaban alentados por un entusiasmo simpático. Pero les faltó el estímulo principal. Un teatro donde trabajar y elementos para montar las primeras piezas.

Ninguno pensaba en sueldo: eran todos (ellas y ellos) demasiado jóvenes, y, por lo mismo, generosos, desprendidos y con fe en el arte. Pero había algunos gastos urgentes y no les tocaba a ellos sufragarlos.

Gracias a las vivas simientes de simpatía que se habían establecido entre todos por la identidad de ideales, y a promesas más o menos lejanas de un teatro que, según las miras de usted, debía ser el Teatro Iturbide, aquel grupo se mantuvo compacto y unido alrededor mío durante varios meses, hasta que un día, convencido de que sus esfuerzos eran prematuros y de que mientras usted no regentara del todo el ramo de Instrucción pública, que aun no se elevaba a la categoría de Ministerio, todo era vano, se fué desmoronando lentamente...

Yo asistí a este desmoronamiento, que era el de uno de mis más luminosos sueños..., como he asistido a tantos otros derrumbes espirituales: con una callada pero dolorosísima resignación.

Mas las circunstancias se han modificado en los últimos años por completo. La Subsecretaría de Instrucción pública se convirtió en Ministerio.

Una simiente de vitalidad y de energía ha reanimado,

gracias a usted, los entusiasmos. Hasta la momia del Conservatorio, merced a la solicitud de la Secretaría de Instrucción pública y a los esfuerzos del malogrado Ricardo Castro y de Gustavo Campa, parece revivir, galvanizarse. El número de actores jóvenes ha ido en aumento. Se construye teatro, la obra del Palacio legislativo avanza, abriendo campo a la posibilidad de utilizar el teatro Iturbide. Y, por último, nuestros hermanos los españoles se lanzan bruscamente a realizar un ensueño que ha sido tan nuestro... ¿No ha llegado, por ventura, señor ministro, el momento de intentar algo en México en este sentido y estimulados por el ejemplo de España?

Yo sé que en usted vive y medra el antiguo sueño, y por lo que respecta al grupo de ayer, al núcleo hoy disperso, de seguro a la primer palabra que usted pronunciase se reconstituiría y apretaría en torno suyo.

¿Quién sabe si Borrás no aceptaría gustoso, secundado por actores mexicanos—entre ellos Manuela Torres—la misión de disciplinar y perfeccionar ese grupo?

Los autores de teatro vendrían después.

Allí está Federico Gamboa, que de seguro escribiría algo bello para la *primera velada de la Comedia Mexicana.*

Entre los jóvenes del último barco, la producción surgiría tan nutrida, que el único embarazo posible sería *el embarazo de la elección.*

De todas suertes, los intentos que se hagan en España para la creación del Teatro Nacional y los resultados que den, habrán de aleccionarnos mucho a los mexicanos. Observemos, pues, la marcha del proyecto y que una cálida emulación responda en México al esfuerzo de nuestros hermanos de la Península.

XL

EL UNANIMISMO

ENTRE las cosas nuevas que me he encontrado en París, cuéntase una escuela literaria.

Parece mentira que haya todavía quien se ocupe en fundar escuelas literarias; pero el hecho es ese.

El jefe de esta escuela, M. Jules Romains, acaba de hacer representar un drama en el Odeón. Los otros poetas, sus compañeros, son admitidos en las grandes revistas. Trátase, pues, de gentes conocidas, pero que hallan que les falta una cosa muy importante: la notoriedad, y van a buscarla en donde pueden, en un membrete, en un título nuevo, en una palabra:

«EL UNANIMISMO»

¿Qué es el unanimismo?

He aquí algunos conceptos de su programa:

«Ponte al paso de las grandes ondas. Deja que tu cora-

zón se exalte dulcemente y no impidas a tu vida que desborde de sus límites normales.»

Es preciso hacer resurgir—según esos poetas—el alma de las colectividades. Van, por tanto, a comenzar cantando la vida unánime de la ciudad, que está hecha de innumerables vidas individuales, trabajo poético que se asemeja al del perfumista, que recoge el perfume único de mil violetas de un jardín.

La idea no es nueva, aun cuando la defiendan «los jóvenes». ¡Ay! ya sabemos que, decididamente, nada es nuevo en este mundo. Paul Adam, allá en sus comienzos, como lo hace notar Maurice Verne, en un libro que se intitulaba *La Ville de Demain*, se ocupaba ya del alma de las muchedumbres. Verhaeren ha procurado también internarse en esta alma unánime.

En concepto del citado Verne, las fórmulas del unanimismo harán acaso sonreir a quienes juzguen rápida y superficialmente. Sin embargo, debemos reflexionar y observar con calma antes de condenar semejantes esfuerzos. Hay alrededor de nosotros espectáculos que pueden excusar las exageraciones inevitables de una escuela tan joven Un teatro puede darnos débil y vaga idea del alma única de una aglomeración. El espectáculo de la calle es igualmente elocuente, sólo que allí los cambios de colores, de ruidos, los cien aspectos diversos, acaban por distraer nuestra atención... Pero si pensamos en todo lo que debía haber de emoción colectiva en el anfiteatro antiguo, mientras se representaba al formidable y obscuro Esquilo, comprenderemos mejor lo que una multitud temblorosa, presa de una misma emoción, puede producir de verdad inconsciente...

En el curso de mis viajes—añade Verne—he presentido

con frecuencia la fuerza obscura de los grandes concursos de pueblo. Pero me fué dado asistir al más efectivo fenómeno unanimista en Francfort, cuando la primer llegada del *Zeppelin*. La ciudad, al aproximarse el aparato del Conde, fué presa de un estremecimiento único. Toda ella era una sola alma entregada al culto del aeronauta. Un gran amor ascendía hacia el cielo, que el dirigible iba a recorrer. El pueblo, inmovilizado durante horas enteras, tendía sus deseos hacia el espacio. Los flúidos que se escapaban de la multitud parecían capaces de soportar la aeronave Todo el vigor psíquico, la energía mental de la multitud ser colectivo, iba positivamente a ayudar al vuelo del dirigible. La fe de aquel pueblo igualaba a la fuerza fisiológica de un titán; parecía capaz de determinar un milagro...

«¿Qué hay, pues, en definitiva, de condenable si un grupo de poetas pide a tales espectáculos un retoño de inspiración?»

Seguramente nada, respondo yo; pero ¿no os parece demasiado sutil fundar una escuela sobre modalidad tan vaga?

Por lo demás, ¿qué gran poeta no ha sido unanimista? ¿No lo fué por ventura y en grado eminente Víctor Hugo?

¿Se puede acaso ser poeta y no sentir el influjo admirable que se desprende de una multitud?

¿Por qué singularizarse en una sola cuerda de la lira? Muchas tiene y todas hay que herirlas al unísono o alternativamente. Ningún espectáculo de la naturaleza, de la vida, es desdeñable para el poeta.

Tanto prestigio debe tener para él el perfume misterioso de un álma solitaria como el flúido potente que se desprende de una colectividad febril.

No todos, sin embargo, toman en serio, como Maurice Verne, a los unanimistas.

El *pince-sans-rire*, el siempre ingenioso Clement Vautel, dice:

«Tenemos una nueva escuela literaria: el Unanimismo.» Su principio es muy sencillo: el escritor unanimista no se ocupa más que de las multitudes. Para interesarlo, hay que llamarse legión. Después de la escuela del cabello cortado en cuatro partes, viene la de las multitudes, de las *bolas*, y el animal único que puede inspirar es el animal de cien mil patas.

Añadamos inmediatamente que el unanimismo no tiene hasta hoy más que un solo adherente: M. Romains. Es, poca gente para una escuela de las multitudes.

Mas hay otras capillitas en las que el sacerdote, el chantre, el bedel y los fieles no son más que una sola persona: por ejemplo, el *futurismo*, el *intensetsmo*, el *esoterismo*, el *naturismo*, el *neo-clasicismo*, etc., etc.

Y después de esto, ¿qué? Nada...

El público ignora todo eso. Si por casualidad se le muestra una de las nuevas obras, bosteza o ríe.

De esta suerte, la pintura, la música, todas las artes, o casi todas, se diseminan en grupos y en subgrupos, cuyo esfuerzo fracasa miserablemente. Ningún eco... En vano se buscará entre estos jóvenes (algunos de los cuales tienen cincuenta años) la apariencia de la vida. Sus hijos han nacido muertos y no se conservan ni en espíritu de vino...

«Una formidable mala inteligencia separa al público de las últimas generaciones de escritores y de artistas, y por eso sucede que la multitud, que no comprende el nuevo lenguaje, lee las novelas policíacas, canta *Tu ne sauras ja-*

mais y se extasía ante las reproducciones del *Vértigo*

»—¡Despreciemos la multitud!—dicen esos excéntricos Extraña época en que a todo se le da un barniz democrático, y sin embargo, no tenemos más que una música, una pintura y una literatura para la *élite*, o más bien para los *snobs*.»

Estos unanimistas, sin embargo, no incurren en el anatema de Clement Vautel: no desprecian a la multitud, puesto que la base de su escuela es cantarla... pero la cantarán tan sutil y singularmente, que ella no se dará cuenta ninguna de que la cantan. Son *quintaesencistas* nimios e inútiles.

El alma unánime de las turbas no se percatará de los *unanimistas*.

¿Qué importa?—diréis—. Tampoco el león se ha dado cuenta de que lo han cantado, pintado, literaturizado a porrillo...

Bueno, ¿pero no os parece absurdo sorprender el alma de las muchedumbres, pesarla, medirla, ponderarla, exaltarla, para que de ello no se den cuenta más que tres o cuatro personas?

Todo esto de las escuelas haría sonreir si no diese lástima. Lástima por tantos jóvenes que se empeñan en vivir al margen de la vida, cuando debieran sumergirse en su caudal cristalino y profundo.

He allí por ejemplo a los pobres *marinetistcs* haciendo todo género de contorsiones literarias para lograr un poquito de singularidad vana. Aquí está ahora el amigo Marinetti con su *futurismo* pasado por agua, en el que sólo

cree Enrique Gómez Carrillo, si es que Enrique Gómez Carrillo cree en alguna cosa.

Los estudiantes invitaron en días pasados a Marinetti a que expusiese el porqué de su odio al pasado, y el autor del *Roi Bombance* habló dos largas horas en un estilo espumoso y epiléptico.

¿Qué dijo?

Que en Nápoles una multitud furiosa le arrojó coles, manzanas y naranjas podridas.

¡Vaya si hizo bien la multitud napolitana!

¿Qué pregonó?

He aquí sus palabras:

«¿Qué es lo que admiráis en Italia vosotros, pobres franceses? Casi no amáis allí más que nuestras tumbas y nuestros cadáveres. Florencia, Roma, Venecia, esas tres podre dumbres de Italia. ¡Ah! ¡cuándo vendrá el santo, el saludable temblor de tierra que derrumbe los monumentos antiguos, vergüenza de Italia!

»¡Cuándo vendrá el bello cataclismo que destruya las bibliotecas y los museos, los inmundos Rafaeles, los inconfesables Miguel Angeles! ¡Cuándo se cegarán, para la utilidad de los tranvías eléctricos y de los *autobús*, tus ignominiosas lagunas, oh Venecia, amante neurótica de los románticos, y tus canales que acarrean ollas rotas y excrementos líquidos en una atmósfera de letrinas!

»La verdadera belleza, sabedlo, es la de las ciudades industriales (¡oh ideal Chicago!), la de las bellas fábricas de Milán, de Génova, de Turín, cuyas chimeneas ensucian el *deplorable azul* del cielo italiano, poniendo ante él un velo de hollín!

»Jóvenes apasionados — siguió aullando Marinetti —:

Despreciad el sexo; amad a los gatos, a los perros y a los caballos...»

Los jóvenes en cuestión habían escuchado en una semisomnolencia irónica, salpicada de epigramas, pero al fin los silbidos vinieron... Era natural.

«¿Qué hay en el mundo más bello que un andamio, sobre todo cuando el albañil se cae de él y se estrella en el suelo?»—gritaba, gesticulando, Marinetti.

«¿Qué cosa más sublime que esa fábrica de explosivos del Japón, que utiliza osamentas de los campos de batalla de Mandchuria para fabricar la pólvora y matar a los vivos? ¿Qué cosa más bella que lo rojo?»

Al llegar Marinetti a este punto, hasta los silbidos se apaciguaron. Silbar... era demasiado. Los estudiantes de París se contentaron con reir...

Lo dicho: ¡qué lástima de juventud que no se sumerge en el límpido y hondo caudal de la vida! ¡Qué lastimosa agonía de la sinceridad, justamente cuando el vigor de los años mozos debiera tender a ella con más fuerza!

¿Hasta cuándo será preciso detestar un aspecto de la actitud humana para amar otro aspecto diferente?

¿Por qué han de excluirse los canales de Venecia y las fábricas de Milán?

¿Por qué odiar a Miguel Angel en nombre de las fábricas de pólvora?

Pobre Marinetti: ¿por qué en vez de tu pobre snobismo no tienes talento?

¡Pero son éstos demasiados porqués para un informe!

La juventud parisiense, más cuerda que yo, no ha formulado ninguno, no ha preguntado nada a Marinetti. ¡Se ha contentado con reir!

XLI

EL TEATRO ARGENTINO

EXISTE el teatro hispano-americano?

¿Está siquiera en embrión?

Sus manifestaciones ¿pueden considerarse sólo como manifestaciones aisladas, o como signos de una vida que comienza a alentar y que promete robusteces próximas?

Preguntas son éstas que no América, *nuestra* América, sino Europa, empieza a hacerse.

Por más que las metrópolis del convencionalmente llamado *viejo mundo* se empeñen en ignorarnos, los hispano-americanos acosamos a París, a Londres, a Roma con nuestra obra, con nuestros nombres.

Somos gentes con quienes es preciso contar. Ayudamos a sostener y, óiganlo ustedes, a afinar este complicado y delicioso organismo de París.

En los actuales momentos, París trabaja para nuestra raza y gracias a nuestra raza, con proporciones tales que eclipsamos a los sajones.

La mujer argentina, chilena, mexicana o madrileña, trae ocupados beneficiosamente a todos esos magos de la rue de la Paix, a los Doucet, a los Paquin, a los Worth; mueve los pinceles de la Gándara, impone su tipo a los novelistas modernos y, fijaos bien, no es extravagante como la mujer sajona, que confunde frecuentemente *el esfuerzo con la fuerza y la extravagancia con la originalidad,* sino que sabe fundirse en esa deliciosa finura de matices que hacen de la parisiense una de las flores más delicadas del mundo!

No cabe, pues, desconocernos, y París empieza a preguntarse, no ya como antaño, de qué color usamos el taparrabo y de qué pájaro son las plumas que llevamos en la cabeza, sino: si tenemos novela; si tenemos teatro; si poseemos instintos técnicos; si nuestros pintores pueden reputarse como coloristas a la manera española; si Rubén Darío o Leopoldo Lugones son los primeros poetas de habla castellana, etc., etc.

Por tanto, a nadie hace sonreir aquí que un erudito bien informado se le ocurra proponerse esta u otra cuestión por el estilo: ¿Existe ya un teatro hispano-americano? ¿qué fisonomía, qué índole tiene? ¿qué tendencias persigue?

Y en efecto, hay entre otros un publicista que sabe lo que trae entre manos: Georges Billotte, quien nos dice, no ya respecto de toda la América latina, sino respecto de una sola de sus Repúblicas, estas palabras que traduzco: «Cuando recorre uno Buenos Aires, la ciudad de ímpetus prodigiosos, ahora segunda ciudad latina del mundo (cuya población ha ascendido de 60.000 habitantes en 1875, a 1.250.000 en 1906), y se examina en detalle la diversidad de monumentos de sus inmensas avenidas, se sorprende uno del número de teatros que encuentra. Se experimen-

ta, como consecuencia de esta sorpresa, la impresión de una vida intelectual refinada, y se siente uno impulsado a preguntar si la Argentina tiene sus dramaturgos nacionales para alimentar esos teatros, o en otras palabras, si existe un arte dramático argentino.»

¿Cómo hay que responder a esta pregunta?

Afirmativamente, y tal afirmación salta a la vista en cuanto se consultan datos, harto visibles, a los cuales, con toda buena fe, recurre Georges Billotte.

En efecto, además del gran teatro municipal Colón, *de arquitectura imponente* y *uno de los más vastos del mundo*, el cual ha de consagrarse exclusivamente a la música, existen los siguientes teatros bonaerenses:

1.° La *Opera*, que viene, en categoría arquitectónica, después del anterior

2.° El *Politeama*

3.° El *Odeón*

4.° El *Victoria*

5.° El de la *Comedia*

6.° El de *Mayo*

7.° El de *Rivadavia*

8.° El *Teatro Argentino*

9.° El *Marconi*

10. El *San Martín*

11. El *Apolo*.

Claro que dejamos muchos en el tintero, porque deseamos ocuparnos de los principales.

Ahora bien, ¿qué géneros imperan en estos teatros?

Según dijimos, el Gran Teatro Municipal Colón, lleno de suntuosidades, va a dedicarse exclusivamente a la música. Se inauguró hace poco y se afirma que su acústica es im-

mejorable y que puede contener 3.750 espectadores. El Teatro de la Opera es algo como el Teatro Real de Madrid y como fué nuestro benemérito Teatro Nacional: *rendez-vous* de cantantes italianos que van en invierno (en Buenos Aires, de junio a septiembre, por ejemplo).

En el Politeama alternan el drama y la música.

En el Odeón reina la comedia. Allí ha tenido fructuosas temporadas María Guerrero.

En los teatros Victoria, de la Comedia, de Mayo, Rivadavia, Argentino, Marconi, San Martín, etc., se representan todos los géneros: el drama, la comedia, el vaudeville, la zarzuela, el género chico, etc., etc.

Pero, citábamos intencionadamente al último (por aquello de que los últimos serán los primeros) el Teatro Apolo, que merece especial atención.

En este teatro sólo se representan obras de autores argentinos. Pertenece a una familia, la familia Podestá, y dos de los hermanos de este apellido son los directores del teatro. Otros miembros de la familia, artistas de talento, se distribuyen los papeles de las piezas del repertorio. Se cita como autor distinguido a Pablo Podestá y como primera actriz digna del nombre de estrella a Blanca Podestá, persona de una gran belleza.

Arturo Podestá escribe entremeses y sainetes.

Uno de éstos, intitulado *¡Qué niño!*, ha alcanzado un número considerable de representaciones.

Los autores argentinos representan asimismo piezas en otros teatros. En general, hay en Buenos Aires una tendencia unánime a protegerles y ayudarles. No existen monopolios, ni españoles ni de ningún género, que excluyan de los teatros nacionales a los autores nacionales o les

pongan trabas. Por lo demás, los argentinos no lo tolerarían.

Entre los teatros que más frecuentemente admiten piezas argentinas, citaremos el *Marconi* el *Victoria* y el *Politeama*.

Los dramaturgos—dice Billotte—no faltan en la Argentina y por su número se imponen a la atención general. Claro que habrá que hacer algunas reservas en cuanto a la calidad de las piezas representadas. No podría ser de otro modo; pues no va uno lógicamente a esperar encontrarse en los autores argentinos obras tan perfectas como las de los dramaturgos experimentados de la vieja Europa. Las letras y las artes demandan tiempo para desarrollarse y perfeccionarse y requieren asímismo largos períodos de paz. Ahora bien, hasta 1880, época en que el presidente Avellaneda triunfó de la guerra civil, la Argentina había vivido desde el comienzo de su emancipación constantemente en la anarquía. Además, en toda nación que se forma, las preocupaciones de orden material absorben las facultades de los habitantes. Antes de consagrar tiempo a lo que constituye el embellecimiento de la vida, hay que pensar en la vida misma y asegurar el pan cotidiano.

Sin embargo, el teatro nacional ha producido ya obras originales interesantes, que, aun cuando las consideremos como ensayos, tienen un sabor extraño y fuerte. Y la vitalidad de este teatro no podrá ponerse en duda si hacemos observar que se ha mantenido y progresado, a pesar de la más temible competencia.

Esta competencia es la que hacen las grandes compañías europeas que visitan frecuentemente la Argentina y que se enlazan unas con otras, casi sin interrupción, durante la estación de invierno, que coincide con el verano europeo.

El argentino, a pesar de la contribución considerable de la inmigración y de la mezcla de sangre indígena, ha seguido siendo español. Es además un español de cultura francesa. La literatura de Francia ha sido siempre conocida y apreciada en la Argentina. Hace treinta años en Buenos Aires se arrebataban de las manos las novelas de Zola y de Daudet, que se pedían a París con prisa febril. Ahora se lee con el mismo interés a Barrés, a Anatole France, y las obras de estos autores se encuentran en todas las librerías. Puede decirse que el 75 por 100 de los libros que se leen en la Argentina son franceses; franceses son asimismo los métodos de enseñanza que han prevalecido hasta hoy en las escuelas argentinas, a donde han ido numerosos universitarios de Francia, atraídos por las condiciones ventajosas en que se les ha contratado: (2.000 francos de sueldo mensual y 5.600 como gastos de viaje e instalación). Si a esto se añade que los grandes diarios de Buenos Aires, tales como *La Prensa* y *La Nación*, son de los más importantes del mundo (el hotel de *La Prensa* en la Avenida de Mayo ha costado 13 millones), que cada número de esos dos diarios tiene de 16 a 48 páginas (*La Prensa* publica anuncios por valor de 5.500 francos diarios), y que cotidianamente los dos periódicos tienen crónicas muy documentadas, muy eruditas, que emanan, ya de los americanos del sur y del centro que residen en París, ya de literatos extranjeros (muy frecuentemente franceses), y en ese caso traducidos en las oficinas mismas del diario a medida que se van recibiendo, nadie se asombrará de que Buenos Aires conozca a fondo todas las manifestaciones del arte europeo y *de que, sobre todo en el teatro, siga muy atinadamente sus huellas.*»

Subrayo la líneas anteriores porque está escrito que nosotros los hispano-americanos no podemos hacer obras maestras. ¿Por qué? Pues *porque sí*. No hay otra razón *(because is the women's reason)*.

Todavía no he leído a un europeo bastante imparcial (sobre todo a un francés) para conceder que podamos tener genio sin parecernos a Francia o pareciéndonos, como se parecen unos a otros los europeos.

¿Acertamos por ventura alguna vez a producir una obra de originalidad potente, de sello raro y personal, *Las montañas del oro*, por ejemplo?

Pues cuando se ocupe un crítico francés de la obra, hará cuanto esté a su alcance para probar que esa obra está influída por algún poeta francés. Francia no se halla dispuesta a admitir sino lo que ella produce o lo que ella cree que produce de su cepa gloriosa, y como decía muy graciosamente Miguel de Unamuno, cuando un francés elogia a un extranjero deja en todos sus conceptos transparentar esta idea.

«Hay que convenir en que, para no ser francés, no es del todo tonto.»

No le reprochemos esto a Francia. Pecado es también de otros pueblos que se ufanan de su cultura. Nadie puede vivir sin amor propio. Si todos supiésemos exactamente lo que son nuestros hormigueros en este pobre peñasco dorado por un sol mediocre que se llama la tierra, quizá no tendríamos el valor de vivir.

Hacen, pues, bien los europeos en creerse maestros perpetuos de nosotros. Y nosotros, por nuestra parte, no escatimaremos el *cher maître* a todo hombre que se nos proponga como tal.

Pero (y a ello iba en mi digresión), dada esta tendencia mental europea a nuestro respecto, ¿no es mucho que, aunque sea creyéndonos influídos por ellos, los críticos del viejo continente empiecen a darse cuenta de que existimos?

Tienen, por tanto, sumo interés los siguientes párrafos —siempre referentes al arte teatral en Buenos Aires—de nuestro amigo Billote:

«En el teatro argentino actual, nuestra curiosidad es solicitada de preferencia por las piezas que nos revelan los usos particulares del país y la mentalidad de sus habitantes. Lo más frecuente es que las piezas representadas pertenezcan al género dramático o melodramático. Estas piezas tienen, en general, mucho color y son vigorosamente conducidas.

»Citaremos como modelo del género la *Piedra de escándalo*, de Martín Coronado, que alcanzó trescientas cincuenta representaciones.

»He aquí el asunto: En una pequeña estancia del campo argentino, vive un viejo estanciero con su hijo y sus dos hijas. El capataz está enamorado de Rosa, la hija menor, pero no se atreve a declarársele. Rosa, de quien su hermana mayor tiene celos porque es bella, cae en una abominable emboscada y pierde la flor de su doncellez. Desde entonces, se declaran las dos hermanas una guerra franca. Rosa se vuelve el súfrelotodo de su hermana. El hermano vanamente trata de interponerse. La hermana mayor acaba por declarar públicamente, en una escena muy dramática, la afrenta de que Rosa ha sido víctima... Cae la tarde. Sabemos que el seductor de Rosa intenta llevar a cabo aquella misma noche el rapto de la joven. Los mastines han sido envenenados. Rosa y su hermano son los únicos que velan.

El padre, pobre anciano sin defensa, nada sabe de lo que pasa. Rosa declara que se suicidará antes de caer en las manos del miserable. Su hermano jura defenderla y sale para ir a buscar su fusil. En esto, el capataz, cuya faena acabó, vuelve a la estancia. Encuentra a Rosa sola y le parece más bella que nunca. Decídese, pues, a hablar y le pide que sea su mujer. Rosa experimenta al principio una gran alegría, pero se domina pronto, y a fin de parar de un golpe las insinuaciones del honrado muchacho, le descubre su deshonor. Un estridente silbido se deja oír fuera. El hermano vuelve con su fusil en la diestra; abre la ventana, se arrodilla y va a tirar; pero el capataz, cuyo valor nos ha hecho conocer una escena episódica anterior, se apodera del fusil, y como Rosa, asustada, quiere detenerle, la rechaza, exclamando que ya él nada tiene que perder en la tierra, y dispara sobre el enemigo invisible. Después saca su machete y salta por la ventana para hacer justicia completa.

»Este drama—comenta Billotte—es bastante pobre de inventiva, hay que convenir en ello, y los personajes que en él se agitan pertenecen a una humanidad extrañamente simple.»

Y yo me pregunto: ¿son acaso más complejas las almas bretonas o pirenaicas? ¿Ha encontrado el señor Billote una mentalidad más sutil en los apaches que alientan en el corazón mismo de París? ¿Cree que no hay *midinettes* del Marché Saint Honoré o de la rue des Petits Champs con el alma tan elemental como la de Rosa?

Por lo demás, el crítico añade que los personajes están animados de una vida intensa y que las situaciones en que se encuentran son de tal manera fuertes, que el espectador

se conmueve a pesar suyo, y no piensa en criticar la pieza sino cuando ha caído el telón.

Con la *Piedra de escándalo*, Billotte menciona el hermoso drama de nuestro amigo el impetuoso publicista Alberto Ghiraldo, intitulado *Alma gaucha*, y la *Yndiada*, de Carlos Pacheco. Pacheco—dice nuestro crítico—no ha revestido jamás las escenas de la vida argentina de un tono más vivo que en su *Indiada*.

¿Cómo representan los actores argentinos estas piezas de su tierra? «Con un ímpetu y un brío de los que difícilmente puede uno formarse idea. Su mímica expresiva y desordenada recuerda la de los artistas sicilianos de la compañía de Giovanni Grasso y de Mimi Aguglia. Los figurantes mismos están llenos de convicción y toman constantemente parte en la acción.»

Los autores argentinos no se contentan, empero, con escribir dramas. Han tratado también de pintar la sociedad de su país en obras de un gusto más discreto, y hasta han escrito, con éxito, comedias de costumbres.

Entre las piezas de esta nueva categoría merecen citarse la obra interesante de José León Pagano, *Almas que luchan* (que pasó de las cien representaciones); la agradable comedia, de un autor anónimo, intitulada *Los colegas;* dos piezas de Florencio Sánchez, *Mi hijo el doctor* y la *Gringa*, y, por último, el *Doctor Morés*, de Alberto del Solar. (Florencio Sánchez ha escrito además dos dramas aplaudidos: *Los derechos de la Salud* y las *Pobres gentes*, y Alberto del Solar es el autor de una pieza histórica muy conocida y no sin mérito, llamada *Chacabuco.)*

Dentro del mismo orden de ideas de las anteriores, pero en una categoría que nuestro crítico estima inferior, hállase un cuadrito de observación harto penetrante: *Mala yerba,* de José Eneas Riu, y *Silvino Abrojo,* juguete cómico de José M. Casais. El éxito de este juguete parece inagotable.

Conviene también—añade—poner en el número de los autores notables del teatro argentino a Enrique García Velloso, autor de un drama célebre, *Cain,* y de una comedia agradable, aunque de sal un poco gruesa, *Fruta picada.*

Rafael Padilla, que fué agregado a la Legación argentina en Madrid, ha hecho representar tres piezas con éxito: *La pena capital, Leonor* y *Una incógnita sin solución.*

Pero no termina aquí la lista, a la que había que agregar aún muchos nombres; los siguientes, entre otros: J. Sánchez Gardel, autor de *Campanas;* Méndez Caldeiro; Roberto J. Payró; Nicolás Granada Trejo; Julio G. Traversa, autor de *Cómo se ama;* David Peña, cuya pieza más importante, *Doña Próspera,* parece haber sido inspirada por la *Electra,* de Pérez Galdós; Luis Arcos y Segovia, autor de *Pecados capitales;* Mariano Rojas, autor de *Avestruces;* José de Maturana, autor de *Flor de trigo;* Julio Pardo; Ricardo R. Flores; Vicente Martínez Cuitiño, y Gregorio de Laferrere.

¿Que la mayor parte de estas piezas son incompletas y sumarias? ¿Que no hay ninguna tendencia unánime en el teatro argentino? ¿Que se trata de esfuerzos aislados?

¡Ay! Así y todo, cómo quisiéramos una lista análoga de autores y de obras para los comienzos del teatro mexicano, que, salvo raras excepciones (como la del ilustre Federico Gamboa), parece haber anclado, por ahora, en el género chico.

Cierto que no podemos comparar aún a nuestra capital

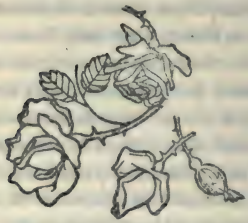
con Buenos Aires, y no menos cierto que la literatura ha seguido en México (con incomparable éxito) otros caminos. De todas suertes, el hueco es muy sensible y debemos llenarlo; *deben* llenarlo mis compatriotas, porque, en cuanto a mí, me siento incapaz de escribir una comedia de costumbres.

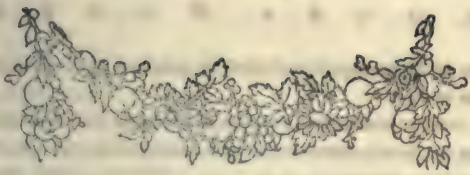
Mi único teatro posible sería para leído, y la escena, con eso, nada saldría ganando.

¡Ah! ¡Si un *Micrós*, por ejemplo, hubiese pensado en escribir para el teatro! ¡Qué penetrantes y regocijadas comedias presenciaríamos!

Pero *Micrós* se diría, como nos decimos todos, que aun no tenemos teatros, ni compañías, ni alicientes pecuniarios, ni público.

Y se murió sin dejarnos esa herencia admirable.





XLII

VOCABULARIOS HISPANOAMERICANOS

En la Argentina se ha editado un Diccionario en el que se contienen todas las voces usadas en la República, castellanas o regionales.

Ya sabremos, pues, a qué atenernos con respecto al idioma del Plata, y quedarán definitivamente consagradas palabras como *chancho, mucama, bochinche* y otras que nos escocían, no sé por qué.

La verdad es que los argentinos no han logrado introducir aún, en el caudal del idioma, muchas voces suyas que digamos. Sus palabras y locuciones regionales se quedan allá, para Buenos Aires, sin acertar a imponerse ni en España ni en las otras Américas, fuera del vecino Uruguay.

¿A qué debe atribuirse esto?

Entiendo que, en su mayor parte, a la extremada juventud de la floreciente República.

El Perú, que tiene abolengo e historia, ha traído al acer-

vo del léxico español infinidad de palabras, ¡y de México no se diga!

Nuestro contingente prestado al idioma es enorme. Abrid un diccionario castellano, el de la Academia, por ejemplo, o un buen diccionario, el de Viada y Villaseca, pongo por caso, y será raro que tropecéis con una página en que no haya uno o muchos mexicanismos, aceptados y conocidos más o menos en España.

Citaré algunos de la *che*, sin que ello indique preferencia especial por esta letra, sino la simple casualidad de páginas:

Chachalaca. Ave de México, de carne muy sabrosa, del tamaño de una gallina común, que, mientras vuela, no cesa de gritar. || adj. y s. com. fig. *Méjico:* Persona locuaz.

Chalate: Méjico. Matalón.

Chalupa. 3.ª acepción: Pequeña canoa que sirve para navegar en las chinampas de Méjico. *Mej.* especie de torta de maíz.

Chamagoso. Méjico: Mugriento, astroso. *Méjico:* mal pergeñado. *Méjico:* aplicado a cosas, bajo, vulgar y deslucido.

Chaparreras. Especie de zahones de piel adobada, que se usan en Méjico.

Chapetín. Méjico: Rodaja de plata con que se adornan los arneses de montar.

Charal. Pez que se cría con abundancia en Méjico, y, curado al sol, es un artículo de comercio bastante importante.

Chía. Planta mejicana, de cuya semilla se obtiene un aceite secante muy bueno para la pintura.

Chicotazo. Méjico: Golpe dado con el chicote.

Chicote. 2.ª acepción. *Méjico*: Látigo para castigar las caballerías.

Chicotear. Méjico: Dar chicotazos.

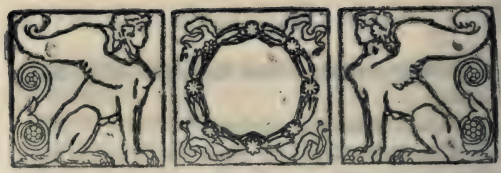
Chiflón. Méjico: Canal por donde sale agua con fuerza. Derrumbe de piedra suelta en lo interior de las minas. (Hay también el americanismo *chiflón*, viento colado o corriente muy sutil de aire.)

Vienen luego las voces mejicanas *chile, chiltipiquín, chinampa, chinampero, chinguirito, chipichipi* (llovizna), *chiqueadores* (adorno mujeril usado antiguamente en México). Rodajas de papel que, untadas de sebo u otra substancia, se pegan en las sienes para el dolor de cabeza.

... Y no continúo, porque llenaría páginas y más páginas de mi informe.

El inteligente y amable don Francisco Pleguezuelo, que tanto amor tenía a nuestras Américas y tan devoto era de la culta y elegante lengua de Castilla, soñaba—y yo hablé de esto en un informe—con un gran léxico hispanoamericano, que fuera como el arca santa de nuestro idioma.

Seguramente que si ese ensueño se realiza, el nuevo diccionario argentino aportará a él un copioso contingente; pero, de seguro también, el contingente de México será el mayor de todas las Américas, con la circunstancia de que en nuestra contribución habrá centenares de voces, no sólo aceptadas de antaño por la Academia, sino de uso corriente en España y en enorme extensión del Nuevo Continente.



XLIII

LAS COOPERATIVAS LITERARIAS

SACUDIRSE la tiranía del editor. No vender por unos cuantos francos el jugo mismo del cerebro. No pasar por esas humillaciones que impone el librero rapaz al sabio, al literato, al poeta.

¡He aquí un viejo sueño que hasta hace muy poco parecía irrealizable!

Yo recuerdo que varios amigos en México, hará unos diez años, pensábamos lo más seriamente del mundo en una cooperativa literaria *sui generis*.

Tratábase de reunir trescientos intelectuales, buscándolos en todo el haz de la República, los cuales se comprometiesen a dar para la cooperativa dos pesos mensuales.

Con los seiscientos pesos que se reuniesen era nuestro propósito editar dos obras cada mes, elegidas por suerte entre todas las que los asociados tuviesen dispuestas.

El producto de esas obras se iría distribuyendo, parte en

ediciones, parte para un fondo de reserva que diese desde luego mayor solidez a la empresa y permitiese en breve tiempo ofrecer a los autores las utilidades a que tendrían derecho.

Calculábamos que al cabo de dos años nuestra cooperativa tendría un local en Plateros, destinado a vender los libros todos de los asociados, y que cada uno de éstos podría obtener las ganancias totales de sus libros, menos, naturalmente, un tanto por ciento destinado a sostener el funcionamiento de la cooperativa.

Todo se quedó en buena intención y los libreros debieron sonreir un poco de nuestra juvenil ingenuidad.

En España, el año pasado quedó (con mejor suerte que la nuestra) constituída una empresa editora, en la cual figura, conspicuamente por cierto, nuestro buen amigo Gregorio Martínez Sierra.

Llámase esta empresa «Biblioteca Renacimiento»; se encarga de administrar los libros que edita y puede gloriarse de haber obtenido ya halagadores resultados. En efecto de febrero de 1910 a febrero de 1911, ha vendido, según datos especiales que recojo, más de 93.400 volúmenes, de novelas y poesías. Da a los autores, según su importancia y popularidad, de setenta y cinco céntimos a una peseta por cada ejemplar realizado. Felipe Trigo, novelista bastante leído en España, cuyo estilo voluptuoso place en extremo a las estudiantiles turbas, ha podido en un solo año, según me aseguran, ganarse treinta y cinco mil pesetas con sus obras, mediante este decoroso «porcentaje».

En cuanto a la Empresa, ya anda muy cerca de las cien mil pesetas de ganancia líquida. Ya se ve, pues, que, sin tratarse de cooperativas, sino de una simple compañía más

liberal que las otras casas editoras, las ganancias son pingües.

Fuera de esta empresa, hay sin embargo en España muchos autores que editan y explotan resueltamente ellos mismos sus libros. Ejemplos: Pérez Galdós, Blasco Ibáñez, Valle Inclán. Y no les va mal... ni mucho menos.

En París este sistema no es usual, y según nos refiere Gómez Carrillo, por primera vez desde hace más de un siglo, una gran novelista francesa, Gabriela Reval, se decide, en vez de dar sus obras a un editor, a publicarlas ella misma y a administrarlas personalmente.

«La diferencia—dice la Reval—es tan extraordinaria, que no comprendo cómo mis compañeros todos no hacen lo mismo.»

En París, en efecto—nos cuenta Gómez Carrillo—, el editor es un tirano que impone a sus víctimas condiciones extraordinarias. A Anatole France, lo mismo que a Perico de los Palotes, le da cincuenta céntimos por ejemplar que vende de sus obras.

Y como las novelas se venden uniformemente a tres francos, esta proporción, cuando se trata de autores populares, resulta muy productiva para el negociante, muy mezquina para el escritor, muy absurda para ambos. Porque si lo que cuesta más es el primer millar, lo natural sería que los autores comenzaran a cobrar un «porcentaje» mayor después de un número determinado de ediciones vendidas.

«Esta situación—dice a su vez Gabrielle Reval hablando con un repórter—ha indignado siempre a los atos. Maupassant tuvo, hace veinte años, la intención de romper con la rutina y convertirse en su propio editor.»

No sólo Maupassant. Otros muchos novelistas de los que venden veinte, treinta o cuarenta mil ejemplares de cada una de sus obras, han comprendido la gran ventaja que le sacarían a su labor si, en vez de emplear un intermediario para darla al público, la imprimieran y la vendieran ellos mismos. El gran Zola, en más de una ocasión, habló del asunto con los Goncourt. Pero ni Zola ni nadie quiso exponerse a los riesgos de una organización comercial complicada. Imprimir no es todo, hace notar Gómez Carrillo.

Y en efecto, no es todo. ¿Pues y el envío de paquetes a los corresponsales del mundo entero?, corresponsales que precisa ir formando en todas partes si se pretende vender un libro... ¿Y la correspondencia copiosa e incesante? ¿Y la contabilidad?... ¿Y, añadiré, la falta de delicadeza de algunos señores corresponsales que se quedan con los libros y no envían jamás un céntimo al pobre autor?

Porque con los libreros las cosas andan muy derechas. Un corresponsal tiene siempre necesidad del librero que le manda constantemente determinado número de ejemplares de obras diversas. Si no paga con puntualidad, si falta del todo a sus compromisos, el librero lo rinde por hambre, no enviándole ya un solo libro nuevo, y además lo desacredita en el comercio. Pero un pobre autor ¿qué puede hacer? Necesita asociarse con varios colegas, tener un administrador activo e inteligente, constituir, en fin, la cooperativa literaria en toda forma.

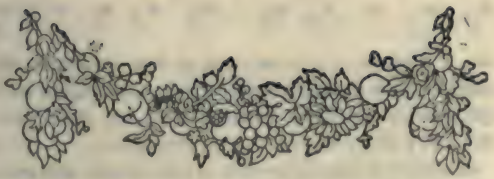
De otra suerte se agotaría en nimios esfuerzos y en labores administrativas... ¿y qué cerebro iba a quedarle para escribir bellos libros?

La propia Gabrielle Reval—según Gómez Carrillo—con-

fiesa que la tentativa revolucionaria le da resultados pinüges..., pero le cuesta enormes molestias.

«Para que mi sistema diera de sí todo lo que debe dar—dice ella—sería necesario que nos uniéramos en grupos numerosos los literatos y nos editáramos. Eso, si no me equivoco, se llama en lenguaje comercial el sistema de las cooperativas. Tratándose de escritores, la palabra puede hacer sonreir. Sin embargo, nada tiene de cómico que los trabajadores de la idea, como los trabajadores de las fábricas, quieran agruparse para sacudir el yugo del capitalismo opresor. Los Lemerre, los Garnier, los Hachette, los Collin, no imponen sus condiciones sino porque saben que el escritor está obligado a aceptarlas. Pero que se funde una cooperativa de novelistas con una organización editorial basada en la repartición de los productos, y los editores. en general, tendrán que cambiar de sistema o que desaparecer.»

Antes creo yo que se defenderán y han de defenderse encarnizadamente. Su primer movimiento será no vender en sus librerías a los autores de la cooperativa. Pero si éstos son numerosos y populares, no habrá al cabo más remedio que ceder y abrirles camino. Cuando ello suceda—y sucederá si los escritores se unen—se habrá dado un gran paso para la emancipación de los trabajadores más nobles y quizá más tiranizados que hay en el mundo!



XLIV

EL CASTICISMO MELINDROSO

El ilustre Padre Cejador, con ese «amor» por todo lo hispanoamericano que le caracteriza, la emprende contra don Manuel Antonio Román, por lo que verán ustedes en los siguientes párrafos que transcribo:

«En el tomo II de su *Diccionario de helenismos*, que me ha regalado su erudito autor don Manuel Antonio Román, leo, a la página 46, a propósito del verbo «chocar»: «Darle la acep. de «agradar», «complacer»; tamaña barbaridad (1) no la hemos oído ni leído en Chile, sino en Hartzenbusch y en Cejador, que en el *Diccionario del Quijote*, artículo «chocarrero», escribió: «Entre los clásicos, «chocar» significó repugnar, impresionar desagradablemente; pero ya iba tomando el valor de extrañeza, de impresionar como algo extraño, como se ve en «chocarrero», y como ya éste significa gracioso, «chocar» hoy tambien se toma por caer en gra-

(1) Dijera «barbarismo» y fuera mejor bienhablado.

cia». Y añade de su cosecha, como si fuera «chocante», el erudito autor y buen amigo mío: «Pues no, señor; mal hacen, pésimamente hacen, los que acepten tan descabellada acep., y peor y repeor los que la disculpan.»

»Ni acepté ni disculpé yo nada en aquel párrafo; sólo pretendí exponer hechos y darles su porqué, oficio del lexicógrafo. Que «chocar» por caer en gracia se use en toda España, sobre todo en Castilla, así como por extrañar en Aragón y por disgustar en Andalucía, es cosa averiguada. Que estos valores de caer en gracia y de extrañar apuntasen ya en chocarro, chocarrero, chocarrear y en el chucanada de Honduras y otras partes, no lo es menos. Que no sea una barbaridad de Cejador, sino de todos los españoles, puesto que todos lo usan, y ni en el párrafo aludido lo uso ni autorizo yo, ni sé lo haya leído en ningún otro de mis escritos, cosas son que pueden probarse. Pero ya que allí ni lo acepté ni lo disculpé, voy a aceptarlo y a disculparlo ahora, porque si los demás españoles por usarlo son bárbaros, bárbaro quier ser también. Y sirva esta cita de mi buen amigo el señor Román para dar a conocer aquí su *Diccionario,* que bien merece ser conocido por la mucha erudición que encierra y los afanes que ha debido costar a su autor.

»El ual ha debido cuanto trae sobre «chocar» en l P. Juan Mir, otro trabajador incansable y benemérito de la lexicografía castellana, que merece ser más conocido y leído de lo que lo es, sobre todo por los galicistas y por los que no suelen conocer ni leer autores católicos. Que esa es la madre del cordero, por cierto harto tiñosa; los no católicos no leen a los católicos, y los católicos no leen a los que no lo son. El P. Juan Mir es jesuíta, y su *Prontuario de*

hispanismo y barbarismo merece leerse. Verdad que el bueno del Padre no me cita a mí donde, como en la Introducción, debiera, difiriendo tanto en principios lingüísticos, y citando a otros autores que han escrito menos; pero yo, con no ser muy aficionado a los Padres, le cito siempre que puedo y con loa. Ahora lo hago, además, para tacharle de purista demasiadamente melindroso y de no admitir evolución alguna en el castellano.

»Entre los clásicos, «chocar con» valió dar un golpe una cosa con otra, de donde acometer y embestir de golpe, llevar la contra, ir contra lo acostumbrado. De aquí tres modernas acepciones, fruto de la evolución, de las cuales sólo la primera, y a regañadientes, acepta el P. Mir, con ser la que tiene en francés, desechando las otras dos, que el francés no tiene y estaban encerradas ya, como en su botón, en los derivados chocarro, chocarrero, etc.

»La primera es la de ofender, repugnar, disgustar, que tiene el francés y hoy se usa en España, mayormente en Andalucía: «¿Por qué chocar conmigo sin razón?» (Bretón). «No quiero chocar con la señora condesa» (Larra).

»En esta acepción y construcción no hay más que un ligero matiz de la acepción metafórica de los clásicos, porque el que va contra o lleva la contra, por lo mismo ofende y disgusta.

»Choquemos con todo el mundo, despreciando y pisando todas sus locuras y vanidades» (Muniesa). «De chocar con un grande, de arrestarse con un rico» (Niseno). «¿Pensaste que en él había de haber bonanza y ninguno que chocase con vos?» (Aguado).

»Hácenlo algunos transitivo: «Por no chocar enteramen-

te la moda» (Azara). «Cosa que ofenda al pudor ni que choque al buen sentido» (Jovellanos).

»La segunda acepción moderna es de extrañar y ver, como cosa rara, que no es de costumbre, y se usa sobre todo en Aragón. La construcción es la transitiva anterior, de la cual salió esta segunda, porque lo extraño y no acostumbrado como que repugna y ofende. «A la primera vista tanto choca» (Duque de Rivas). «¡Disparates! Cierto que me ha chocado» (Moratín).

»La tercera acepción moderna es de caer en gracia, agradar, regocijar, usada particularmente en la meseta castellana, y nació de que siempre lo nuevo place, de modo que del extraño y admirar lo extraño, se puso al caer en gracia y agradar. «Bastará que por ahí veas otra (mujer) que te choque» (Hartzenbusch).

»La segunda y tercera son fruto de la evolución natural semántica del idioma, y ya las tenían los derivados chocarro, chocarrero, chocarrear, como se ve por estos ejemplos: «El choque de tantas admiraciones y de tantos desengaños» (Quevedo). Choca, pues, lo admirado y lo que desengaña disgustando, conforme a las dos primeras acepciones. «Caer un chocarrero en gracia de un rey» (Juan de Pineda). Aquí se ve qué propio es del chocarrero el caer en gracia sus chocarrerías, porque chocan, esto es, porque las extrañamos y nos caen por la novedad en gracia. Igual valor tiene chocarrear, que es gracejar, cierto que chocando con lo usado y común, y por lo mismo, con alguna bajeza, como el truhán y payaso; pero este mismo matiz lleva hoy el chocar por agradar, por lo extraño y no usado. «Nos regocijamos y regodeamos y nos holgamos y aun chocarreamos» (Juan de Pineda). «Chocarrearse con ellos algunos ratos» (Boscan).

»Las tres modernas acepciones del verbo «chocar» y del adjetivo «chocante» son, pues, fruto natural de la evolución. No las verá el P. Mir con buenos ojos por no hallarlas en los clasicos; pero yo, que soy tan castizo como el que más, si antes nada hice más que contar el hecho de usarlas los españoles, no sólo los eruditos, sino los populares, y declarar el porqué de su evolución semántica, ahora las acepto por ser castizas, aunque nuevas. ¿No son tan castizamente españoles los ciudadanos que ahora nacen en España como los que nacieron en el siglo XVI? Pues tan castizas son esas tres acepciones de «chocar», ya que han brotado en España de la evolución natural semántica, del valor propio que tuvo siempre este verbo, como habían brotado en chocarro, chocarrero y chocarrear. El paso de la construcción intransitiva a la transitiva es corriente en nuestro idioma, y ni nuestros clásicos melindrearon ni el pueblo melindrea en llevarla a verbos de suyo intransitivos, como entrar, caer y quedar. No hay quien las pueda tachar, por consiguiente, de no ser castizas y tan bien nacidas y venidas al mundo como el mismo que las tache, y pretender desterrarlas del castellano es empresa tan hacedera como si quisiera desterrar del mundo los automóviles, porque no los gozaron Quevedo y Cervantes, a quienes no hubiera parecido muy desagradable, creo yo, darse en ellos sus buenas carreras, riéndose de los Mires de entonces, enemigos de cuanto nuevo nace, como si Dios fuera el autor de lo viejo que fué y el diablo fuera su sucesor en dar vida a cuanto engendran y crían los pestilentes tiempos que corremos.

»En los de oro que pasaron el vocablo «chocante» significó el que embiste o se opone y es de genio fuerte, mal su-

frido. «Ni menos mofaron de él ni burlaron, como si fuera chocante o loco, que tales disparates decía» (Valderrama). «Ese chocante embajador de Febo» (Cervantes). En este sentido he llamado yo chocante al señor Román, y acaso no me entienda ni me hayan entendido los lectores. Porque es lo cierto que ya nadie lo usa sino como chocar, por lo que hace gracia lo que parece extraño y lo que repugna; *sólo en América* vale truhán, impertinente, casi a la antigua y medio a la andaluza. No hay que darle vueltas: los idiomas evolucionan y no hay represa que los detenga.»

Este *sólo en América vale truhán*, etc., no tiene precio.

Estoy seguro de que el desdeñoso españolismo del sabio padre Cejador el *sólo en América* tiene un sentido análogo a «sólo en Getafe» o algo por el estilo. América, mi buen padre Cejador, está constituída por diez y ocho naciones, y el simple hecho de que *sólo* en esos diez y ocho pueblos se use un vocablo o se use en determinado sentido ya sería quizá razón suficiente para adoptarlo aun en España, justamente por las razones que da el padre Cejador.

Es curiosísimo que cuando en la Península se sale la gente de lo castizo, esté muy bien pensado porque «no hay que dar vueltas, los idiomas evolucionan y no hay represa que los detenga», y en cambio cuando a los castizos nos adherimos nosotros, los pobres diez y ocho pueblos de América, ni por esto se nos trate con indulgencia.

Ello viene de una idea muy general, no sólo en el padre Cejador, a quien, dicho sea de paso, estudio y admiro, sino en todos los hablistas de la vieja Metrópoli. Esta idea, sin las naturales formas de cortesía, pudiera expresarse así: «Los españoles hemos prestado a los hispano-americanos la lengua que hablan, pero conste que ésta sigue pertene-

ciéndonos por completo y que sólo nosotros sabemos usarla.»

No de otra suerte algunos simpáticos madrileños, con ese mismo orgullito, harto disculpable, hanme dicho:

«Nosôtros *que los conquistamos a ustedes...*» A lo que yo he respondido con mi habitual sonrisa: ¡Qué nos iban a conquistar ustedes, hombre! Los mexicanos somos descendientes de aquellos españoles osados, aventureros, que jamás conocieron el miedo, que lucharon con todas las intemperies y todas las asechanzas de las tierras desconocidas y se establecieron allá y allá nos engendraron. ¡Vosotros, los que os habéis quedado en la Puerta del Sol bebiendo mal café y criticando al Gobierno, no nos conquistasteis, vive Dios! ¡Sois nuestros hermanos muy queridos, pero nuestros padres... ca!

¿Será preciso repetir al notable padre Cejador este clisé de que el idioma es tan nuestro como de los castellanos? ¿Será preciso insistir en que en Buenos Aires, en México, en Lima, Guatemala, la Habana o Bogotá la lengua tiene el propio derecho que en España para evolucionar o no?

Volviendo al verbo *chocar,* debe saber el padre Cejador *que en toda América* se usa en el sentido clásico de *repugnar, impresionar* desagradablemente, como quiere el señor Román, y si no ha de aplicársenos la ley del embudo, entiendo que todos los clásicos y además diez y ocho naciones (sin contar la isla de Puerto Rico), que en junto tienen tres veces más habitantes que España y los mismos derechos que ella, si no imponen la ley a Castilla, merecen cuando menos que se respeten sus usos lingüísticos.

¿Por qué el padre Cejador, delicioso y consumado arcaísta en cuyos escritos hay una prodigalidad tal de voces

que ya no se usan, o se usan sólo en muy determinadas regiones de España y que acaso enturbien la claridad de su vigoroso estilo, ve con tanto desdén nuestros arcaísmos? ¿Por qué en cambio se escandaliza y enoja si nos pilla a los americanos con un barbarismo en los labios, cuando harta ocupación tendría con expurgar el lenguaje de Castilla de galicismos innumerables que lo afean, sobre todo desde que es *chic* hablar en galiparla?

¿Y por qué admite con tanta facilidad que un verbo que en España tenía un sentido tan opuesto al que ahora se le da, siga, no obstante, siendo ortodoxo, y en cambio nosotros no disfrutemos casi ni del derecho de cambiar un tantico así la significación de una palabra?

¡Ah! son muchos porqués éstos para mi sabio y atareado amigo, pero a todos ellos pudiera responderse con un *porqué* capital: Porque los veinte millones de españoles, señor Nervo, aunque hablemos el castellano como un catalán, un canario o un gallego, tenemos todos los derechos y ustedes no tienen ninguno.

XLV

UNIFORMIDAD DE LÉXICO

UNA casa editora de París está trabajando en firme para posesionarse por completo del comercio de libros españoles en América, y como pudiera tachársele su extranjerismo, despliega cierto celo por el idioma, digno de tenerse en cuenta.

Desde luego pretende nada menos que esto: uniformar nuestra manera de hablar en América y en España.

Para ello, en cuanto topa con un vocablo regional, lo suprime sin piedad, a menos que se trate de regionalismos aceptados por la Academia.

Las frases citadas en idioma extranjero no alcanzan tampoco misericordia. Hay que buscarles su equivalente. ¿Que no lo tienen? Pues se les busca a pesar de todo. ¡Deben tenerlo! ¿Qué es eso de que en castellano no haya palabras para traducir las francesas?

—¿Pero y el matiz?—protestan los escritores susceptibles—. ¿No comprende usted que esta palabra española no tiene el mismo matiz que la francesa?

—¡Véngame a mí con matices! Aquí no estamos en una tintorería, sino en una casa editora. El matiz, que se lo lleve el diablo—responde el irascible editor.

En un libro mío decía yo, por emplo, burla burlando, que la vaca era un animal demasiado burgués, demasiado *pot-au-feu*, buscando justamente en el calificativo francés el equívoco, necesariamente cómico, a que da lugar lo *pot-au-feu*, tratándose de una vaca...

Pero fueron implacables y me tradujeron el *pot-au-feu* por la palabra... *casero*. La vaca resultaba por tanto muy casera... ¡la pobre que jamás ha tenido casa!

Sin embargo, no pretendo reir del intento.

Quienes lo abrigan dicen que es preciso que todol o que en ese caso se publique vaya de acuerdo con el diciconario de la Academia, y esto lo encuentro yo muy razonable, no porque el diccionario de la Academia valga gran cosa, que todos sabemos lo contrario, sino porque, malo como es, constituye de todas suertes algo como el Código oficial del idioma. Si se quiere una pauta, hay que atenerse a él, ya que para huir de la anarquía hemos de acatarlo.

Pero, digo yo, ¿qué va a hacerse con dos clases de palabras: los regionalismos que expresan algo que no tiene expresión adecuada en España y los nombres técnicos de nuevos inventos? Respecto de los regionalismos, nunca ha sido vitando usarlos en el caso indicado arriba, ni a nadie se le ha ocurrido criticárselos a los buenos autores españoles, no obstante que hay algunos tan peculiares, que saliendo de la comarca donde se usan no los entiende ni Dios Padre.

Justamente don Marcelino Menéndez Pelayo, hablando de don José María de Pereda en su discurso leído el 23 de

enero pasado, en el acto de la inauguración del monumento al ilustre escritor, dice: «Sus libros son tan locales, que para los españoles mismos necesitan glosario.»

¿Es esto loable porque se trata de un Pereda y reprobable cuando se trata de un hispano-americano?

Ya se ve que esa frondosidad del idioma, pródiga en vocablos, no puede menos que dañar a la limpidez del estilo, pero no es ésta una razón para condenar los giros regionales. Será razón para que el autor no los use sin necesidad.

Cuando es necesario, no sólo por lo que expresa, sino por la fisonomía especial que da a descripciones locales tan bellas y bien logradas como las que se encuentran en las mejores novelas mexicanas (*La Parcela*, *La Calandria*, *La Bola*, etc.), ¿qué se va a hacer sino acatar y aplaudir el regionalismo?

Claro que la tendencia de cada país ha de ser repudiar los vocablos especiales de los otros países; pero si la Academia Española fuere menos perezosa, ya se encargaría eficazmente de ir adoptando los regionalismos que no tienen sus análogos en castellano y de rechazar los demás.

Esto lo hace la Academia con extremada flema y languidez y tan de tarde en tarde, que su labor resulta inoportuna.

Pero su lentitud es más censurable todavía cuando se trata de los términos científicos que designan nuevos inventos.

Preguntaba yo al corrector de la casa editora a que he venido refiriéndome:

—Y si se encuentra usted una palabra referente a las nuevas máquinas, a los aeroplanos, por ejemplo, ¿también la suprime usted porque no está en el diccionario?

—No, señor.

—Entonces tiene usted que buscarle una designación castellana.

—Sí, señor.

—¿Y si esa designación no cuadra al vecino de enfrente?

—Que él invente otra.

—¿Y la uniformidad, en qué queda?

—¡Ah! Señor mio, hay que encontrar un verbo adecuado para eso que hacen los aeroplanos cuando... cuando... permítame usted el barbarismo, cuando *planean.*

—Yo pondría uno: *planivolar.*

—Planivolar... perfectamente, muy bonito, me gusta la mar... ¡Lástima que no tenga usted ni la autoridad ni la publicidad suficientes para imponerlo!

—¡Qué le vamos a hacer!

—A mí se me ocurriría que la Academia tuviese una comisión activa, destinada a castellanizar, luego de aparecidas, las palabras nuevas que por fuerza tenemos que usar, como estas que se refieren a vehículos, a máquinas, a utensilios indispensables.

—Excelente idea.

—De esta suerte la gente sabría a qué atenerse desde luego, porque se entiende que la tal comision daría a sus *ukases* lingüísticos la necesaria publicidad.

Hay muchos bien intencionados, deseosos de vivir en paz con el idioma, los cuales adoptarían inmediatamente todo vocablo castizo o castellanizado que se le diese en lugar de un extranjerismo. Pero los míseros generalmente no saben cómo llamar en cristiano viejo las cosas, y como tienen que decirlas de cualquier modo, las dicen como las oyen, eso sí, santiguándose escandalizados:

—... ¿No encuentra usted que una comisión así sería más

útil en las Academias que todas las nimiedades filológicas en que se pasan el tiempo los inmortales?

—¡Ya lo creo!

—Pues sugiera usted que se nombre, si se quiere uniformar el idioma, porque de otra suerte, a fuerza de injertos extranjeros, hechos inconsideradamente por escritores y traductores ignorantes, en vez de una lengua tan bella y noble como la que tenemos, nos vamos a encontrar un día de éstos con tantos dialectos como países *hablaban* el castellano.

INDICE

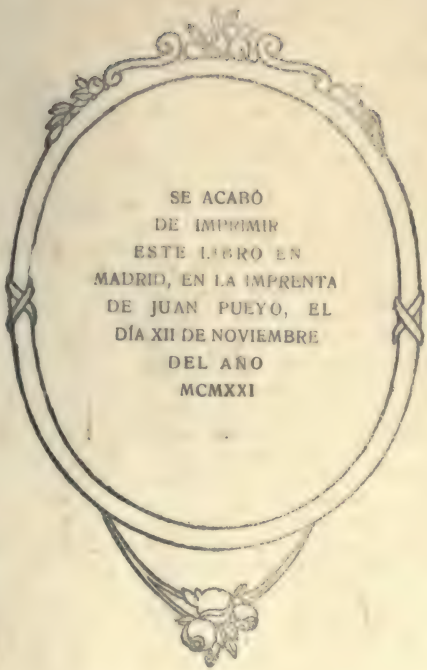
Páginas.

I.—El castellano como lengua internacional. 9
II.—Nueva escuela literaria... 21
III.—La Junta reformista de la enseñanza..... 30
IV.—El Congreso de la Poesía. 32
V.—La aristocracia española y el cultivo de las letras..... 40
VI.—La asamblea de la enseñanza en Valladolid..... 49
VII.—Los concursos de poesía del Odeón..... 61
VIII.—La pronunciación del castellano en América..... 70
IX.—El Congreso universal de la Poesía..... 79
X.—El intercambio universitario - Los literatos españoles en América..... 85
XI.—El V congreso del esperanto en Barcelona. 90
XII.—Altamira y el espíritu de colectividad.... 97
XIII.—Las mujeres y la Academia..... 105
XIV.—El castellano y la escuela de Salónica.... 109
XV.—Las evoluciones del lenguaje en la República Argentina..... 121

Indice

Páginas.

XVI.—«La nueba ortografía razional»... 129
XVII.—El teatro poético, su renacimiento en España y en el mundo entero... 135
XVIII.—El teatro poético..... 149
XIX.—Inauguración del teatro para los niños... 163
XX.—La supuesta decadencia de la literatura novelesca y teatral..... 172
XXI.—Estadística escolar española..... 181
XXII.—Los conservatorios de declamación..... 185
XXIII.—Las escuelas sanatorios.... 190
XXIV.—Los tratados literarios..... 197
XXV.—La expansión de la lengua francesa y de la lengua española..... 203
XXVI.—El alfabetismo analfabeto 206
XXVII.—Una propaganda simpática..... 212
XXVIII.—Los progresos del esperanto..... 217
XXIX.—Hipertrofia del idioma.. 224
XXX.—El léxico Cervantes.. 233
XXXI.—De las nuevas orientaciones de la novela. 245
XXXII.—El Congreso de la Poesía y la Academia de los Poetas..... 251
XXXIII.—La enseñanza de la lectura en Francia... 260
XXXIV.—Saber vivir. 267
XXXV.—De la utilidad de las academias..... 274
XXXVI.—Algo sobre la erudición y sobre el estilo.. 278
XXXVII.—En qué consistirá la reforma de la ortografía francesa..... 284
XXXVIII.—La reforma de la ortografía en Francia... 287
XXXIX.—El teatro español.... 291
XL.—El unanimismo..... 300
XLI.—El teatro argentino..... 307
XLII.—Vocabularios hispanoamericanos..... 319
XLIII.—Las cooperativas literarias.. 322
XLIV.—El casticismo melindroso..... 327
XLV.—Uniformidad de léxico..... 335



SE ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN
MADRID, EN LA IMPRENTA
DE JUAN PUEYO, EL
DÍA XII DE NOVIEMBRE
DEL AÑO
MCMXXI

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ Nervo, Amado
7297 Obras completas de Amado
N5A1325 Nervo
1920
v.23